This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

SA1719.06

Harvard College Library

FROM THE FUND

FOR A

PROFESSORSHIP OF
LATIN-AMERICAN HISTORY AND
ECONOMICS

ESTABLISHED 1913

SA 1719.06

Segarra y Julià

EXCURSIÓN POR AMÉRICA

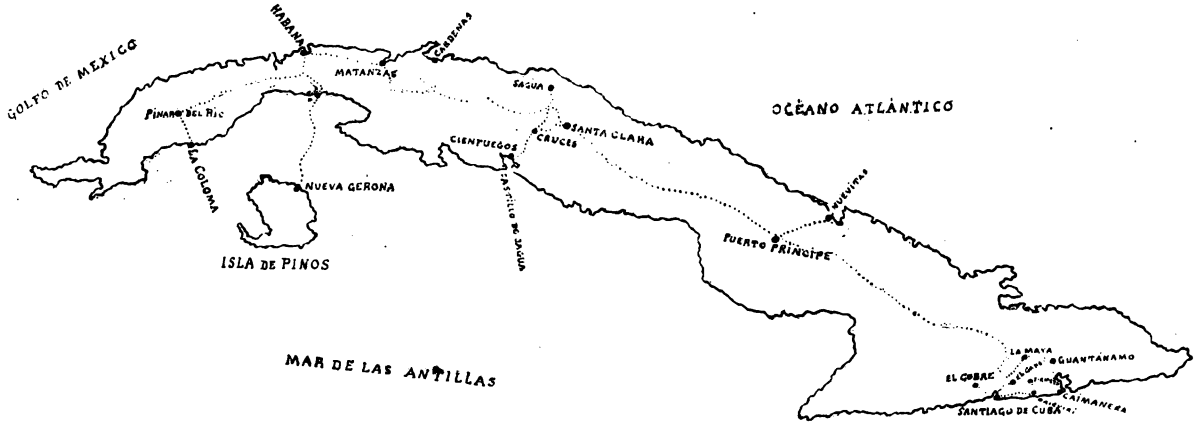
CUBA

CON ILUSTRACIONES

IMP. DE AVELINO ALSINA
San José C. R.
1906

LIT. MARTINEZ

CUBA



ITINERARIO DEL VIAJE POR CUBA

José Segarra y Joaquín Juliá

Excursión por América

CUBA

EDICION ILUSTRADA

SAN JOSÉ DE COSTA RICA
IMPRENTA DE AVELINO ALSINA
1906

SA1719.06 HARVARD COLLEGE LIBRARY
MAY 3 1917
LATIN-AMERICAN
PROFESSORSHIP FUND.

Obras de Segarra y Juliá

Provenza. — Impresiones de un viaje á pie por Europa. —Valencia, 1898. (Agotada).

Cuba. — Excursión por América. — San José de Costa Rica. Edición propia, 1906.

Obras de José Segarra

LAS NOVELAS DEL RACÓ:

La Ermita. — Madrid. Fernando Fe, 1905.

Vocación. — Barcelona. Henrich y Cía., 1905.

EN PREPARACIÓN:

El Mesías del Racó.—Con ilustraciones de José Benlliure.

Los Cubells.

Talión.

PRÓXIMAMENTE:

COSTA RICA

Dedicatoria

En el Honorable Ciudadano

Don Tomás Estrada Palma

Primer Magistrado de la joven nacionalidad cubana, á todos los ciudadanos del pueblo hermano, como homenaje á su cultura, hospitalidad y nobles sentimientos fraternales, dedican este libro

Los Autores.

ES PROPIEDAD

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Serán furtivos los ejemplares que no lleven al pié de esta advertencia el sello de los autores, en tinta verde.

Dos palabras que no están de más

Al lector.—Explicaciones necesarias.—Propósitos y finalidad de este libro.—Alcance de la Dedicatoria.

Lector amigo:

Si lo eres nuestro, ello presupone que nos conoces, ó por lo menos, que, si no nuestro trato, nuestra efigie—y si ni el uno ni la otra, nuestra empresa—te es simpática...

¡Gracias, pues; muchas gracias! por la buena opinión en que nos tienes, y oye con igual benevolencia lo que á decirte vamos—aunque, en verdad, pudiéramos ahorrarnos y ahorrarte este breve discurso preliminar, ya que nos conoces ó sin conocernos nos estimas, y dijo bien el otro cuando dijo que «entre amigos no son menester tohallas», ó cosa parecida; pero permite que antes de contarte el cuento nos dirijamos al otro *lector:* á aquel de cuya buena amistad para con nosotros sería temerario certificar á tontas y á locas, pues el pobrecito ni ha saboreado nuestro trato, ni admirado nuestra efigie, ni conocido nuestra empresa...

Lector «enigma»:

A usted principalmente va dirigida esta requisitoria en primera y última instancia, no para ordenar sino para suplicar que tome buena nota de lo que á decirle vamos en pocas palabras—no tan pocas como las enumeradas en el título que encabeza estas líneas que el impresor procurará no sean torpes ni desaliñadas.

Lanzamos á la palestra de la publicidad este libro, primero de la serie que, con el título general «Excursión por América», hemos de publicar (Dios y la bolsa ante todo) á medida que vayamos visitando los países del Nuevo Mundo—llamémoslo de Colón para que no se crea aludido el semanario de Perojo.

...Y en este libro que comienzas á hojear, tú, lector amigo, y que comienza á leer, usted, lector sin adjetivo, están depositadas nuestras impresiones personales, vividas, sobre Cuba, la culta, la hospitalaria, como en sus hijos la llamamos pocas páginas atrás.

Y véase cómo á costa de unos cuantos circunloquios y de una casi excesiva retahila de frases y palabras más ó menos del caso, hemos llegado al punto que nos proponíamos, esto es, á tocar el resorte principal de este discursito.

Porque, lectores de ambas clases: nosotros queremos devolver la tranquilidad á vuestros espíritus y el optimismo á vuestros corazones si por acaso aquella paz y esta confianza están en vilo á causa de

que, al disponeros á entablar relaciones con este libro, y apenas cambiado el primer saludo, os habéis hecho una de estas dos reflexiones:

1ª «—Son para contadas con los dedos de una mano las excepciones á la regla general de que todo escritor que trata de un país ageno al suyo lo haga con el desapasionamiento y con la justeza de miras que fuera de desear... ¡Qué cosas y cosazas no contendrá, pues, la obra de dos españoles referente á la ex-colonia cuya independencia señaló para la patria de los autores la mayor hecatombe que regista la historia de las hecatombes modernas!...»

2ª «—Si todo libro «dedicado» es en la mayoría de los casos una letra de cambio extendida á cargo del favor ó de la protección á cobrar al «dedicando», ó el cheque con el cual se paga una merced recibida, hay motivos sobrados para alarmarse: primero, por la espontaneidad con que estará escrito un libro cuya dedicatoria remonta su vuelo hasta el elevado sitial de un Jefe de Estado; y luego, por lo que deja adivinar, sólo de por sí, el hecho de que en tales condiciones de casi forzoso acatamiento al «protocolo», es imposible que no surja el conflicto de que los nombres ESPAÑA y CUBA no se den de pescozones en la obra, con daño evidente para el primero de dichos nombres...»

Bueno. Ya hemos sudado el quilo pesando y midiendo en balanza de específicos y en compás de precisión, respectivamente, los anotados sutilísimos

razonamientos. Y como no es cuestión de alargar en demasía este ya largo exordio, contestemos secamente, claramente, prontamente á tales suspicacias, lamentando no poseer el dón del párrafo breve, compendioso, azorinesco, que vamos á intentar poner en práctica en este caso:

Sinceridad llamamos al talento que hemos diluido en estas páginas...

Buena fé tiene por marca la fábrica en que nuestra pluma se templa...

Españoles de nuestro tiempo, del momento actual, miramos el pasado luctuoso con mirada de intensa piedad para las desgracias de la patria, y hay en nuestro corazón un santuario para todo lo grande —de casa y de fuera de ella—y una mazmorra para todo lo mezquino, para todo lo ruin—sea de propios, sea de extraños.

Jóvenes de la época actual, cargada de cosas malas pero también pletórica de cosas buenas que con aquellas combaten victoriosas para asentar su dominio en el reinado de las almas grandes, nosotros vagamos errabundos por el mundo, llevando en nuestro modesto bagaje de modestísimos estudiosos el gesto amplio que quiere ver hermanos en todas las latitudes del planeta. Y cuando, por dicha nuestra, hemos ido al que fué teatro de tantos horrores y de odios tantos, nuestro optimismo habitual ha exultado de inefable gozo al poder parafrasear al gran italiano exclamando:

«La política divide á los hombres, sí; pero aún más que el arte, los une la comunidad de sangre, de tradiciones y de idioma... Y esta Cuba de las pretéritas enemistades, es hoy, independiente, Cuba española, Cuba nuestra, muy nuestra, como nosotros lo somos de ella; y común á ambas nacionalidades, sobre ellas impera, soberano é intangible, el cetro de Cervantes, la majestad del habla castellana»...

Hemos hecho, pues, un libro en el cual no hay odios, ni servilismos. En él no hay complacientes halagos á la vanidad de nadie, ni á nadie se fustiga por sistema ni tan siquiera por malsano snobismo de notoriedad.

Decimos las cosas como las sentimos.

Nadie nos paga la edición ni nos ha puesto el cocido.

No hemos venido á América á enmendarle la plana á ningún descubridor de tierras.

Y como nuestro nombre en la república de las letras apenas si se escribe con caracteres del número uno, rayado, (sistema ó modelo Yturzaeta) y nuestro trabajo de oscuros laboradores de la inteligencia no pide ni merece altísimos honores ó sus no tan altos equivalentes metálicos, de ahí que las únicas letras de cambio que nos es dable extender, van á cargo del público—de tí, lector amigo, y de vos, lector «enigma»)—por la no gravosa suma de una buena acogida... Después de todo, nadie le disputa el derecho que tiene al protesto, dejando á los libra-

dores con el saborcillo de boca que supone el tener que pagar los gastos del acta notorial y accesorias...

Por lo que respecta al otro documento bancario, ó sea á la cantidad efectiva por que pudiera descontarse el *cheque* á que alude la 2ª reflexión de marras, nuestra «Cuenta corriente» de méritos personales y la que pudiera abrirse á nombre de los méritos de este libro, son sobrado limitadas para cubrir la deuda de gratitud que tenemos pendiente con el pueblo cubano, comenzando por los más altos y acabando por los más humildes.

Estas son las dos palabras—salvo error en la cuenta—que queríamos decir por vía de *antiprólogo*. Y como ya quedan dichas, volvamos hoja para exponer unas cuantas variantes sobre el mismo tema.

De tí, lector amigo, y de usted, lector desconocido, somos afectísimos seguros servidores que les besaremos la mano si transcurre el plazo de ley sin haber recibido protestada la letrita consabida.

VALE.

Cuatro palabras que no están de menos

Prólogos y prologuistas. — Auto-presentación. — Nuestro viaje por Europa.—Intenciones que nos animan.—Aproximación entre los pueblos latinos.—Nuestro programa en América.

...Pues, señores: ha ocurrido que nos hemos pasado algunas horas de cavilación preocupados con la tontuna de que álguien, algún personaje de campanillas, se convirtiese á favor nuestro en prologuista de este libro; no precisamente para recomendarlo al público —cosa inútil ya que no se ha pensado todavía en escribir los prólogos en la cubierta anterior de los libros, de modo que los mirones de escaparates pudiesen sentir la tentación de aflojar los ochavos en gracia á un autorizado reclamo de adjetivos encomiásticos—sino con el objeto de que el conspícuo en cuestión nos *presentase* al lector; y esto sí que tiene un pase, pues si la «recomendación» á que arriba aludimos es netamente ilógica por cuanto el prólogo recomendatorio viene á ser leído cuando ya el lector ha comprado la obra—acción noble y generosa que

no es de suponer repita el mismo individuo así lea en el exordio que se trata de un nuevo «Don Quijote de la Mancha»—en cambio, las «presentaciones» vienen muy bien dentro de casa, y aunque la urbanidad tolera y el uso acepta que puedan hacerse hasta en medio de la calle, parece que viste más, como suele decirse, y supone mayor intensidad en la consideración y afecto que otorgamos á un nuevo conocido, cuando, máxime si acompañado de persona por nosotros muy bien vista, nos iniciamos en su trato bajo techado y en condiciones de dar al acto toda la importancia que requiere.

Pero, en el caso concreto, personalísimo, que nos ocupa, hemos resuelto, después de tremendos retortijones cerebrales pensando en Fulanito, en el señor Mengano y en don Perengano, que nadie, por grandes talentos que posea y por muy buena voluntad que le acompañe, nadie, nadie mejor que nosotros mismos podría hacer una presentación que nos satisfaciera plenamente...

En efecto: considerando que nuestra personalidad como autores de un libro sobre Cuba en Cuba es de suponer que haya dejado, bien que ténuamente delineado, un sello ó rasgo característico, era de sentido común que, en el criterio determinante de nuestro primitivo proyecto de buscar un prologuista, éste fuese cubano, ó por lo menos residente en Cuba. De las dos clases teníamos para escoger en la lista de insignes literatos y compañeros merítisimos cuya

benévola amistad nos es preciosa en lo mucho que vale. Pero, sin inferir ofensa de olvido á los que no nombramos, tres nombres de otros tantos amigos entre los muchos que dejamos en Cuba, han estado durante algunas horas dándose encontronazos en nuestro magín torturado por la angustia de la elección, ya que no era del caso echar mano de los tres, plagiando á Vital Aza en lo del «prólogo», «intermedio» y «epílogo» de *Todo en broma.*

Los tres amigos muy queridos á que nos referimos son, el *Conde Kostia* (en el mundo profano Aniceto Valdivia), «croniqueur» ático y elegante, francófilo sin rival en lo que atañe á materias literarias, vapuleador de adversarios y hasta de amigos cuando le sopla el viento de ese lado, y firma muy acreditada en el mundo de las letras; Manuel Serafín Pichardo, director de «El Fígaro» y de los banquetes de la Asociación de la Prensa, poeta preferido de las damas y probablemente también del «ajedrez» aunque sólo sea por aproximación y en vista del éxito que el noble juego tiene en los salones del Ateneo de la Habana, de cuya cultísima sociedad es miembro principalísimo el citado amigo; y el archisimpático Atanasio Rivero, *el inmortal* (1), «un pozo de ciencia», el astúr más flamenco (!...) y «echao pa 'lante» que Asturias haya enviado á rodar por esos mundos desde que existen mundos y baules, el feliz mortal á quien

(1) Véase el capítulo «Amigos y conocidos».

las Musas sonríen, y Apolo guiña el ojo, y los Siete de Grecia asesoran, y el *manjata* deleita, y Lucio Solís escuda..., y no recordamos cuál República centroamericana le reserva el sillón presidencial, la dictadura, el premio gordo, la apoteosis, ¡el caos!...

Tentador es el triunvirato, pero no nos hemos atrevido á solicitar su colaboración directa en este libro.

El *Conde Kostia* ha dejado en nuestro Album el siguiente pensamiento: «No conozco embriaguez más profunda que la del silencio solitario»... Y, francanente, es peligroso exponerse á que nuestro ilustre amigo continúe emborrachándose en filosofías solitarias, y ¡adiós, presentación!...

Pichardo, que adolece del vicio de no saber negar nada á quienes estima, se vería en lo que llamaremos «conflicto entre dos deberes», pues en esta época del año apenas si le deja un minuto libre, que poder dedicar á la prosa de la vida, su musa protectora—la vagarosa enamorada de Hamlet—que le insufla las *Ofélidas*...

Y en cuanto al gran ATHANASIUS... no nos atrevemos á profanar el etéreo alcázar do su numen soberano tiene asaz trabajo con planear el régimen ideal á que someterá á sus súbditos cuando suene para él la hora de la glorificación terrena...

Así, que, ahí va la auto-presentación hace dos horas prometida:

Huelga decir nuestros nombres, pues en la portada

de este libro, y precisamente en la parte alta de la página, ha de encontrarlos el lector. De rasgos fisonómicos tampoco hablemos, ya que diz cuadra mal al sexo feo ponderar su fealdad que es hermosura según reza el adagio.

Años, veintiocho por cabeza, y en la cabeza muchas fantasmagorias y ensueños.

Dos lustros se cumplirán en breve, á partir en la cuenta del día en que, locos de remate—según piensan personas de gran sesera y poco seso—quisimos poner en práctica aquellas fantasmagorias, y ver de realizar aquellos ensueños.

Salimos á rondar por el mundo sin oro en la escarcela, con la pequeña vanidad de creer que llevábamos alguna sal en la mollera, y provistos de dosis regular de buenas intenciones.

Viajamos cinco años por Europa, montados á la grupa del caballo del Padre San Francisco.

No dimos la vuelta al mundo.

No explotamos la condición de «bichos raros» para sablear á nadie.

Jamás nos vanagloriamos de haber recorrido á pie algunos miles de kilómetros, pues no abandonamos el hogar paterno y sus comodidades para actuar de locomotoras con bielas perpendiculares al suelo, sino que salimos de nuestra casa para aprender viajando, para viajar estudiando, para ver el alma de otros pueblos, para frecuentar las aulas de esa universidad cuyas cátedras están en los campos, en los museos,

en las ruinas del pasado, y cuyos profesores son el campesino que os cuenta su lucha con la tierra, el artista que os comunica sus coloquios con la Suprema Belleza, y el hombre de negocios, y el holgazán adinerado, y el político, y el pensador, y el pária: todos y cada uno de ellos, en su esfera propia, en su elemento, sorprendidos en la realidad de sus grandezas ó de sus mezquindades, no á distancia y por segunda mano, sino como los sorprende quien con ellos se codea y con ellos vive...

Cuando hemos tenido dinero, ningún remordimiento ha empañado el brillo de las medallas de metal.

Cuando hemos carecido de él nadie lo ha sabido si el saberlo suponía para nosotros siquiera fuese el bochorno interno de que se nos pudiera tomar por vagabundos ó mendigos.

La Providencia ó la Naturaleza encauzó nuestras escasas dotes intelectuales en el sentido de darles expresión por medio de la escritura y de la palabra, y escribiendo y sermoneando hemos ganado nuestro pan.

Con ser todo esto algo raro y poco común, no nos creemos héroes ni tampoco bicharracos exhibibles en algún circo de feria.

Ahora que ya nos hemos reconciliado con los modernos sistemas de locomoción y transporte, venimos á tierras de América con idénticos propósitos y desarrollando idéntico programa:

«Estudiar, ver y conocer países. Hacer, desde lo limitadísimo de nuestra esfera, modesta pero entusiasta labor de aproximación entre los diferentes núcleos de hombres que pueblan las parcelas del solar que usufructúa la Humanidad».

Y como las enseñanzas que adquirimos en nuestra peregrinación no nos pertenecen en absoluto; y como las impresiones leales y honradas que recogemos como el más preciado fruto de nuestra bohemia errabunda pueden, tal vez, ser útiles ó agradables por lo menos á alguno de nuestros semejantes, á las prensas van estas impresiones; á la publicidad las damos, sin que ni por un momento abriguemos la necia presunción de creer que hacemos ningún servicio meritorio ni al país al cual se refieren nuestras notas de viaje, ni al lector que se tome la molestia de leernos.

Ya nos hemos presentado.

Si no con sujeción á todas las reglas de la buena crianza, perdone el huésped y permita retirarnos.

Que en sus manos ponemos CUBA, hijo predilecto de nuestras vigilias y de nuestra buena voluntad, la cual invocamos como único merecimiento para que á estas páginas se las mire con benevolencia y se las trate como merecen, si no por su valer real, por la intención que las dicta.

EL VIAJE

I

Ramoncete y la "Providencia"

Un amigo modelo.—Recuerdo de días tristes.—El abrazo en Tenerife.—Horroroso ciclón.—Peligro inminente de naufragio.—Heroísmo de los emigrantes.—La odisea de una loca.—El amor errante.—La filosofía del viejo lobo de mar.

Nada tiene de particular que no conozcáis á Ramoncete. Es un muchachillo, si bien ya ha salido de quintas; uno de esos seres afortunados que nacen con la envidiable predestinación á parecer siempre muchachos, buenos como por regla general lo es la juventud, cuando esta se regula no por el cómputo de la edad sino por los arranques de un corazón más grande que una casa.

Nos conocimos en los bancos de una escuela, y desde entonces nos hemos querido mucho, como hermanos, siempre invariables en nuestro afecto recíproco, lo mismo cuando nos hemos visto á diario que cuando los azares del respectivo destino nos han separado por meses y por años.

Personalmente, el que esto escribe, conserva, entre otros muchos, un recuerdo imborrable de un rasgo de ese amigo ejemplar, en cuya suerte, bien que aparentemente encarrilada por derroteros diversos á los que sigue nuestra suerte, hay indudable paralelismo de gesto determinante.

También Ramoncete es un espíritu inquieto, aventurero, rebelde á la vegetativa quietud de los resignados que, si no se contentan, se someten á la tiranía de la limitadísima escena donde nacieron.

El ha corrido mundo, llevando como ejecutoria de su actividad el enorme cajón de muestras de una casa de comercio. Y á la edad en que la mayoría de sus morunos y apocados conciudadanos apenas si han salido de entre los pliegues de las faldas maternas, él ha viajado toda España; y no contento con tal proeza, sediento de empresas mayores, solito con su balija llena de libros copiadores y de talonarios de *Notas*, sin pesar los inconvenientes de la edad, ni los derivados del poco respeto que infundía su aspecto de escolar de casa rica, su rostro barbilampiño, y su estatura, y el inconveniente más serio de no conocer ni de oidas otro idioma que el castellano, pasó los Pirineos camino de París, cruzó el Mediterráneo y fuése á Italia, y atravesó Austria y no paró hasta Berlín...

Precisamente á aquella época se refiere el imborrable recuerdo á que arriba alude el amanuense de estas páginas. Y aunque pudiera, á primera vista,

reputarse impropio de este sitio el recuerdo del suceso, pues vamos á encontrarnos en Canarias con el excelente Ramoncete, preparémonos al abrazo recíproco que hemos de darnos en llegando á Tenerife, atrapando, aunque sea por los cabellos, la ocasión

Tenerife

de consignar en letras de molde el rasgo del amigo fraternal de nuestras mocedades:

Fuera de la patria, lejos de los seres queridos, en el hospital de Marsella, se hospedaba, gravemente herido, el ya tantas veces nombrado amanuense de estas líneas.

Ni los padres, que hubieran enloquecido de dolor y sobresalto; ni los amigos del montón, que habrían, sin duda alguna, traicionado el secreto; ningún allegado, nadie tuvo noticias del suceso, ni debía

tenerlas en tanto no se resolviese del todo, en bien ó en mal, el serio conflicto que nos había creado el accidente.

Por aquel entonces debíamos carta al óptimo Ramoncete, en Berlín á la sazón; y á él sí que se le podía confiar el secreto, el secreto piadoso encaminado á evitar la mortal zozobra de una madre.

Pocos días después, el viajante de comercio dejaba en un pueblecito de Alemania su cajón de muestras y su balija repleta de papelejos comerciales, y tomaba el tren expreso de París, y allí el tren rápido de Marsella, para hacer irrupción en el departamento de pensionados del *Hotel Dieu*, llevando al cuarto del dolor y junto al lecho del sufrimiento el aura generosa de la solidaridad en el infortunio, el cariño entrañable que nos hablaba de la fraternidad de las almas, amenudo más eficaz y positiva que la fraternidad de la sangre...

Y si el joven afiliado á la religión del Tanto por Ciento y de las Notas de venta hubo de partir á continuar su peregrinación propagandista de los encajes y abalorios de la manufactura de Eibenstock, él mismo se impuso la afectuosa obligación de acompañar al convaleciente en el penoso cuanto comprometido viaje de reintegración al hogar paterno; él volvió á abandonar sus cajones de bordados y «aplicaciones» de azabache, y desde la capital de Sicilia corrió de nuevo á la ciudad de los fócios, para desde allí, convertido en segundo pero no

secundario enfermero, contribuir al éxito de la temeraria odisea camino de la patria.

Estas son cosas que no se olvidan, y para recordarlas nunca es impropia la ocasión, máxime cuando, en nuestro caso, navegamos con rumbo á las Canarias, en uno de cuyos centros ribereños desenvuelve por ahora sus innatas excelentes aptitudes mercantiles el bueno, el como nosotros «loco» Ramoncete...

***

Hace siete días que dejamos Santa Cruz de Tenerife, y pocas horas que nos contamos como nacidos de nuevo, vivos por verdadero milagro de la Providencia.

El temporal que durante sesenta horas ha jugado lindamente con el buque, no fué sino el prólogo del *equinonsio* (palabreja del léxico naval del contramaestre) que nos ha dado el gran susto la pasada noche.

Por fortuna, sólo nos alcanzó un aletazo del ciclón.

Las violentísimas rachas del viento N.E. se encargaron de premiar debidamente la desmedida ambición de la Compañía naviera ó de sus agentes, la temeridad del capitán y la sordidez de los cargadores:

Los unos abarrotaron de mercancías el barco, y los otros quisieron ahorrarse el pago de la póliza del seguro marítimo. Y el aletazo en cuestión obligó

á echar al agua toda la carga amontonada sobre cubierta, la friolera de mil y tantas cajas de cebollas...

El buque había vuelto la proa hacia las costas de Africa y en aquella dirección se mantuvo doce horas navegando á toda máquina.

Pico de Teide

El momento culminante del peligro fué entre las tres y las cuatro de la madrugada.

Una de las alas del espantable fenómeno atmosférico nos batía de lleno, zarandeando el bajel horriblemente.

Un vaho caliginoso, irrespirable, una verdadera asfixia hecha atmósfera, nos tenía como atontados, inconscientes casi, y nos empujó fuera del camarote.

Crujía con prolongado quejido el maderámen; chirriaban las amarras y cadenas de la obra muerta; lanzaba resoplidos de fatiga y de impotencia el

mónstruo á cuyo sólido ajustaje debíamos cada minuto que pasaba sin que la «manga» nos envolviese de una vez y por completo; y como fragoroso acompañamiento general de todos aquellos *motivos* y *temas* de la trágica sinfonía de aquel drama, el huracán y las montañas de agua nos envolvían en el sibilante crescendo de sus violentos remolinos.

Logramos subir al puente.

El capitán y los oficiales, mudos—su idioma era el de los potentes silbatos de metal—impasibles en apariencia, pero intensamente pálidos, con palidez que teñían de siniestros reflejos metálicos las rojizas rúbricas de las perillas eléctricas, estaban cada uno en su puesto.

En la Junta que acababan de celebrar acordaron por unanimidad arrojar al agua toda la carga de cubierta, y más si era preciso, hasta dejar el buque en condiciones de poder resistir el huracán y maniobrar con relativa facilidad.

Rápidamente el barómetro había bajado de modo considerable y poco halagüeño. El buque fué puesto á la capa media estribor. Se moderó la marcha, pues los golpes de mar barrían la cubierta con frecuencia, haciéndonos tomar excesiva escora sobre babor.

Por el callejón cubierto nos aventuramos hacia proa.

Allí estaba el verdadero drama.

Cien hombres: los pasajeros de tercera que venían desde la península, y los emigrantes embarcados en

Canarias, formaban imponente masa humana que arrollaba á la tripulación y con ella se confundía en el mudo heroismo de aquella lucha titánica con los elementos.

Campesina de Canarias

A las problemáticas ráfagas luminosas de las farolas de mano, brillaban las hojas de los cuchillos que de un tajo cortaban las cuerdas de la mercancía estivada sobre cubierta... Cual si fuesen leves cajas de cartón, se volcaban fuera de la banda las cajas de cebollas... Y nadie profería un grito, nadie hablaba, como si en todas las conciencias se hubiese infiltrado el genio de la tempestad llevando á ellas el convencimiento de que en aquella hora angustiosa sólo la tempestad tenía derecho á hablar...

Con no escaso peligro y sorteando los obstáculos

de aquella baraunda infernal, bajamos á la bodega habilitada para dormitorio de mujeres.

Allí estaba la verdadera tragedia de aquel memorable amanecer cuyas grises claridades no se coloreaban con las tintas risueñas de lo que nace, sino que llevaban al conturbado espíritu la fría opacidad de lo que agoniza.

Campesino de Tenerife

Sin lágrimas ya que humedeciesen sus ojos abrasados, casi sin luz, de mirar extraviado y expresión cretina... Echadas en las literas ó acurrucadas en el suelo... A medio vestir y sin recatos del pudor, cien pobres mujeres de todas las edades—que con sus padres ó con sus esposos se expatriaron del rincón natal para emigrar á lejanas tierras en busca de lo que la suya propia les nega-

ba—, oían sin entusiasmos de esperanza, casi con estupidez de indiferencia irreverente, el rezo interminable, á voz en cuello, de una interesante señora que embarcó en Tenerife y de la cual nos había hablado Ramoncete.

El la conoció en la agencia de la Compañía, un día que fué á tomar informes sobre la fecha probable de la llegada del buque. La buena mujer le habló y sin muchos circunloquios narróle parte de su historia:

Venía de las riberas del Plata, de donde tuvo que huir, pues—son sus palabras textuales—sus propios parientes y allegados le decretaron la ruina, el deshonor, la muerte en una copa de veneno... Y, valerosa cristiana errante, fuese sola y con lo puesto desde las riberas del Plata á la falda del Teide, para desde allí emprender de nuevo su peregrinación al través del Atlántico, camino de Cuba, de México, del Pacífico, huyendo siempre,... mientras no tropezase con un manicomio ó se le agotase el misterioso caudal que decía conservar en la cartera de su maletín de mano.

Cuando á bordo hubo un atrevido que la preguntó su nombre, dijo en tono enigmático, lo mismo que días antes dijera á nuestro amigo:

—¡Mi nombre!... ¡Mi nombre!... Si yo dijese á usted mi nombre verdadero, caería muerto á mis pies como herido por el rayo... Yo soy la Providencia, y quien me respeta no debe temer peligro alguno, así

como quien me ultraja está condenado á arrastrar una vida cargada de miserias... ¡Ay de los infames que me han perseguido!... Ellos morderán el polvo, vencidos por mí, aniquilados por mí: por mí que soy la Providencia...

...Y en el camaranchón infecto de la bodega habilitada para dormitorio de mujeres, la pobre loca reza en voz alta estrambóticas oraciones que sólo escuchan con interés unos cuantos mocosuelos cuya inconsciencia los libra del tormento de ponderar la magnitud del peligro de aquel cuarto de hora gris, y una pareja de noveles esposos—hace apenas veinte días que les dió la bendición el párroco de un villorrio balear—que gracias á la tempestad pueden estar acurrucados muy juntitos el uno al otro, en un ángulo del tétrico pañol, sentados sobre una maleta, arrebujados en la misma frazada, ya que los ajetreos de aquel momento de general zozobra no hacen pensar á nadie en la disposición del reglamento de á bordo que prohibe terminantemente la entrada de los hombres en el departamento de mujeres...

Vamos á subir á cubierta, donde al menos no ingeriremos miasmas.

La voz del contramaestre que habla con el segundo junto á la escotilla, nos detiene para ver si pescamos algo de su charla.

Ambos son viejos lobos de mar, y es probable que por sus palabras podamos hacernos cargo de la situación.

Se dicen en catalán:

—Cristóbal, ¿tienes miedo á la muerte?

—...¿Yo?... ¡Psch, no!... ¿Y tú?

—...¿Yo?... Yo, sí... ¡Tengo tres chiquillos!...

Y la *Providencia*, como si interviniese en aquel diálogo que no podía oir en medio de la fragorosa sinfonía de los elementos en conflicto, continuaba aullando en un rincón de la bodega habilitada para dormitorio de mujeres:

—...¡No se perderá el barco!... ¡No naufragaremos!... Yo haré que el mar se calme y que lleguemos á puerto sanos y salvos...

. . . . . .

II

Polizón

Recuento del pasaje.—La piara humana.—Viajeros clandestinos.—Huyendo del hambre.—Vagos y laboriosos.

Los oficiales ordenan que todo el pasaje de tercera se reuna á popa.

El primero y segundo contramaestres procuran que la orden tenga inmediato cumplimiento.

Va á pasarse lista.

Faltan dos días para llegar á Puerto Rico, y según parece, las autoridades yankis son muy exigentes en lo referente á la documentación de los buques que visitan la isla que el tío Sam se sorbió con la frescura con que cualquier tío se sorbe un huevo.

Tal rigorismo alcanza incluso á los barcos que sólo tocan allí de tránsito; y el armatoste flotante que nos sirve de cárcel y de vehículo, coevo de las balsas ó piraguas de Tubalcain, lleva á su bordo más de trescientos emigrantes, de los cuales, alguno—según rumores y hablillas de oficiosos soplones

por mor á una sonrisa benévola del mayordomo que puede premiar el *servicio* con doble ración de bazofia ó con algo de las sobras de la mesa de primera—viaja sin billete: es lo que se llama un *polizón*.

El recuento es minucioso. Se emplea en él una hora larga.

La gente sube por la empinada escalerilla del puente, en abigarrada comitiva de astrosas indumentarias. Cada uno da su nombre al oficial, y pasa adelante, lentamente, acortando el paso, mirando con envidia mixta de complacencia y maravilla, el aseo, la pulcritud, las comodidades reservadas á los privilegiados, á aquellos compañeros de viaje que van limpios porque no se rozan con ellos, porque no visitan los infectos pañoles donde la morralla se hacina en repulsiva promiscuidad de basura, colchonetas de virutas, equipajes y mercancías... Y al bajar por el lado opuesto, aquel ejército de andrajos animados se retuerce como culebra de pringosos anillos enfilando las estrecheces de inverosímiles callejones determinados por fardos de embreadas lonas, y por rúbricas de herrumbrosas cadenas, y por baldes y poleas y cuerdas... Se retuerce salvando con dificultad tanto obstáculo, pues allí, al pie de la escalerilla hay un marinero que le indica, no siempre en tono amable, que debe retroceder á popa precisamente por el pasillo de babor: á proa no los quieren; aquello está relativamente limpio y aseado; es el sitio donde se solaza la tripulación en noctur-

nos conciertos de guitarras y acordeones; es donde están los ranchos de los marineros y de los fogoneros... Y la culebra de pringosos anillos sigue retorciéndose, tragada poco á poco por la estrecha boca de aquel túnel negro sobre cuyas paredes de hierro proyecta enigmáticos reflejos la fogata de la calde-

Valencia

reta auxiliar, y cuyo piso también metálico trasuda las bocanadas de fuego de la respiración del mónstruo que allá abajo, invisible, trepida en resoplidos de válvulas y pistones...

El capitán está indignado, furioso casi:

Han caído en la ratonera tres polizones, que con los descubiertos en la lista ó requisa anterior, suman la docena justa.

Pero el capitán, aún cuando indignado, es un buen señor que no desmiente la tradición del mari-

no. brusco y seco en las formas, bonachón en el fondo. Su rabieta expresada en tonos de legítima marca catalana, no llegará á determinar procedimientos de rigor contra los defraudadores de la Compañía.

El buen hombre filosofa preguntándose en voz alta—seguramente para que le oigan por igual la ceñuda sequedad del cargo y la que es en él innata propensión á la indulgencia:

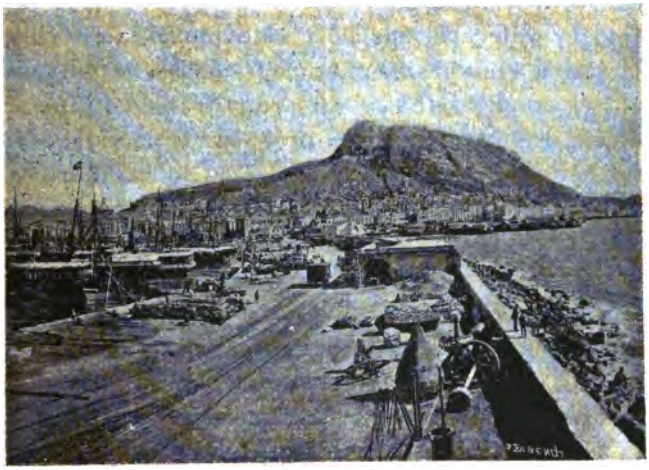
—¿Qué voy á hacer para castigar debidamente á estos pillastres?

Pues, sencillamente, lo mejor es entregarlos al contramaestre—también de aspecto muy fiero, pero que el otro día hubo de enjugarse dos lagrimones tamaños de una nuez, porque en un rincón de su camarote lanzó el postrer ladrido un lanudo perrito de aguas que diz fué su compañero desde que se embarcó en una goleta allá por el año sesenta y tantos. (¡!). Los entregará al contramaestre para que los haga trabajar en las faenas de la limpieza diaria y los ocupe en los múltiples quehaceres de á bordo.

Lo malo será si en llegando á destino, cuando los presente á las autoridades, éstas no permiten su desembarco.

Pero, no; es poco probable este contratiempo. Afortunadamente, en Cuba faltan braceros; y si aquella docena de pobres diablos no olvidaron sus documentos como se habían *olvidado* de tomar billete, la aventura puede salirles por el sermón que les ha endilgado el capitán, más la rociada de ter-

nos marca catalana con que se ha incautado de ellos el apesadumbrado compañero del perro que ahora reposa en la panza de algún delfín, ítem más algunos días de baldeo y de mondar patatas y de tostarse al sol «picando» el aherrumbrado barniz de los artefactos del castillo...



Alicante

Por regla general, se trata de buena gente, cuyo mayor defecto, tal vez el único—y si tienen otros defectos seguramente derivan de él—es el estar cansados de ir á cachetes con la miseria y (perdónese el aparente contrasentido que se avecina) hartos de sufrir el dolor del apetito, uno de los peores «dolores» que pueden afligir al hombre...

Afirman que en la madre patria nunca han podido levantar un gato del rabo, como suele decirse... En el terruño natal no se gana ni para mal comer... La estrechez de una vida en perpétua crisis ha acabado hasta con el último guiñapo del miserable ajuar... Y el soñador—que aún tratándose de asuntos prosaicos, materiales, lleva dentro de sí todo buen latino (y vale más que lleve esto que no la estéril y negativa resignación moruna)—piensa en lejanos países donde, según cuentan, hay trabajo y dinero; donde, Fulano, resolvió el problema de la vida, antes tan apurada y mezquina como lo es ahora la suya propia; donde, Mengano, pudo tomarse la revancha de las raciones de bostezos que paladeó y digerió en el villorrio de su nacimiento...

Y con cualquier pretexto, atisbando un descuido, se coló de rondón en el buque pronto á zarpar del puerto, poniendo en práctica, de fijo inconscientemente, una fórmula reivindicadora de su derecho á la vida por encima del dinero:

El viajará también; él irá á tierras de América, como va quien tiene lo que él nunca ha tenido: unos cuantos duros con los cuales comprar el derecho á que lo paseen á uno por el Atlántico...

Cuando le descubran estará en alta mar. Es seguro que el barco no volverá atrás á causa suya. Podrán, tal vez, retenerlo á bordo hasta el regreso y entonces entregarlo á las autoridades españolas. ¿Pero, acaso, yendo él á la cárcel, la Compañía

armadora se resarcirá del importe del pasaje y de la manutención en un viaje de ida y vuelta?...

No, no le pasará nada malo. Llegará felizmente á Cuba. Y pues quiere trabajar, no ha de faltarle el trabajo; y más ó menos pronto habrán de llegar los beneficios de su nueva vida á los padres achacosos, á la mujer desmarrida, á los pequeñuelos anémicos

Málaga

que quedaron allá mascando bostezos y esperanzas...

Este es el aspecto menos malo que ofrece el tipo polizón. Digamos también que es el general, el más frecuente, y convengamos con sinceridad y con alteza de miras en que el caso merece no sólo indulgencia compasiva, sino simpatía franca y declarada.

Las excepciones ofrecen, en cambio, un aspecto repugnante, odioso, merecedor de que, á ser posible

el descubrirlas á tiempo y sin peligro de error, se castiguen en el acto y sobre el terreno, por higiene social, enviando al interesado á ejercitar sus mañas en los dominios de papá Neptuno.

Hablamos del polizón por hábito.

Este, suele ser doblemente delincuente. No contento con viajar gratis, rehuye el trabajo, comete insolencias y no perdona medio de comprometer á quienes legalmente son responsables de su intrusión fraudulenta en el buque.

Es gente que se expatria más que obedeciendo á sanos estímulos de trabajo y aspiraciones de mejora, por imposibilidad de ejercitar su haraganería donde son conocidos.

Su destino en la vida está definido con toda claridad:

En España les amenazaba la cárcel. En el buque van á la barra. En América darán quehacer á la policía...

III

La maroma

Polizones de mala índole.—La caza de un indocumentado.—El funámbulo de Alicante.—Propósitos simpáticos.—El soplón.—Un devoto defraudador.—Ojo por ojo y diente por diente.

Habla el capitán del buque que nos lleva á América:

—«...A veces, señores, la comicidad del episodio que acabo de contarles, deja el puesto á las molestias y hasta serios disgustos, determinados por la mala fe y los instintos perversos de algún polizón de equívoca historia...

»Se dan casos y tipos entre la gente que logra meterse sin billete en un trasatlántico, que por sí solos excusarían y hasta justificarían cualquier medida de estremado rigor que se tomase con ellos.

»A mí me ocurrió un hecho hace seis años bastante á explicar el cuidado que me inspiran los polizones.

»A unas ocho singladuras de Canarias nos dimos

cuenta de que llevábamos á bordo tres «indocumentados».

»Era en tiempos de la Intervención norteamericana en Cuba. Sabiendo el rigor con que se llevaba en la isla todo lo concerniente á la inmigración, tomé las medidas del caso, conducentes á eludir toda responsabilidad sobre aquellos pasajeros clandestinos.

»Creí que con presentar á los intrusos estaba todo arreglado. Pero no contaba con la circunstancia de que aquellas tres buenas piezas lograron evadirse del barco—todavía no he podido explicarme cómo—apenas fondeamos en el puerto de la Habana.

»Al día siguiente fueron recogidos por la policía en un paseo público de la ciudad, como vagabundos... Obligados á cantar de plano quiénes eran y de dónde procedían, los granujas declararon haber hecho el viaje en mi buque, con mi beneplácito, añadiendo con la mayor frescura que fuí yo quien les facilitó el desembarco... Como ustedes comprenderán, el disgusto fué morrocotudo; la multa que hube de pagar, fenomenal; y gracias que la aventura no me costó el destino y el crédito de mi carrera...»

Esto nos ha contado el capitán, mientras el segundo oficial y el agregado dirigían los preparativos para otra requisa en el pasaje de tercera.

Esta operación es ahora casi diaria, cuando menos se lo espera uno, con el fin de no dar tiempo á ocultaciones. Y es diaria, porque el número de los via-

jeros de contrabando es mayor del que pudo creerse en un principio. Hasta la fecha, contamos diez y ocho...

La «lista», pues, viene á constituir un pasatiempo para quienes ya no tenemos ni el consuelo ó la diversión de aburrirnos. Y la «lista» nos hizo presenciar hace tres días un espectáculo que causó en nuestro ánimo impresión profunda.

Cádiz

Nada más trágico que la caza del hombre por el hombre.

Se tenían fundadas sospechas de que un polizón burlaba todos los recuentos ocultándose en una madriguera, inverosímil por lo angosta, entre dos piras de baúles y cajones, en la bodega de equipajes.

El contramaestre, con evidente complacencia salpicada de ferocidad, puso en la bodega una cacerola

de latón llena de azufre ardiendo,... y cerró herméticamente la escotilla.

A los pocos minutos, los alaridos de una voz ahogada que pedía socorro y aire delataron á la *pieza* que, huyendo de la asfixia, abandonaba su huronera...

También la «lista» de hoy ha dado resultados. Pero, hoy, hemos sido nosotros quienes han sonreido con evidente complacencia salpicada de ferocidad. Hoy, «la lista» nos ha proporcionado el perverso, el canallesco placer de ser malos, el goce de complacernos en la afrenta del prójimo.

Hemos paladeado el fuerte manjar de la venganza, sin esfuerzo propio, por decreto providencial, por mano de un fatalismo que nos reconcilia con el misterio que ejerce su inexorable acción censora sobre la vida moral del individuo, sobre sus obras, sobre sus pensamientos.

En la sacudida negativa de nuestra conciencia al gozar en el mal ajeno, se ha mezclado una indefinible sensación de crédulo abandono en brazos de la justicia de un *algo* vengador... Probablemente, este criterio no es sino la máscara de la perversidad humana que late en lo más recóndito del sér...

Retrocedamos cronológicamente en nuestro relato:

Fué en Alicante.

Los pasajeros que, apoyados en la baranda de la toldilla, seguían con larga mirada de envidia la lenta marcha del bote que se alejaba de la banda lle-

vando á tierra á los felices que podían gastar unas pesetas en la ciudad, tuvieron en qué distraerse gracias á un mozallón que hizo alarde de sus buenas aptitudes acrobáticas subiendo al buque por la gruesa maroma ó cable tendido desde popa á uno de los amarraderos del muelle.

Alguien pensó que se trataba de un pillete del

Las Palmas

puerto, que pediría algunos sueldos, tal vez un plato de rancho, en premio á su proeza.

Hubo quien miró de reojo hacia donde estaban las cestas de frutas y fiambres con que los pasajeros «pudientes» de tercera se proveen contra la monotonía del *menú* de á bordo.

Aquel saeteo de miradas recelosas expresaba el temor general de que el gimnasta pudiera ser un ladronzuelo á la caza de descuidos...

El anónimo Blondin alicantino repitió su hazaña tres, cuatro veces, procurando hacerse simpático á los espectadores de su habilidad.

Unos cuantos que le inspiraron más confianza supieron pronto que no se trataba de un funámbulo ni de un ratero. Solo en el mundo, sin recursos, sin trabajo, soñó en lejanas tierras donde tal vez hubiera campo más propicio al desarrollo de la actividad de sus instintos laboriosos, al empleo de las fuerzas de su musculatura de titán... En la patria, á su edad, solamente veía ante él dos caminos abiertos al problema del mañana: encanallarse y vivir merodeando por huertas y mercados, ó contentarse con la perspectiva *ad vitam* de estar á la que salta; hoy de mozo de cuerda en la estación, mañana de bracero en el campo, al otro día de peón en una obra...

El interesante relato llegó al punto de su mayor interés:

...El se recomendaba á los buenos sentimientos y á la discreción de los pocos que le oían... Los «señores» podían ayudarle en mucho sin comprometerse... En cuanto perdiésemos de vista la costa española, se presentaría al capitán, le haría entrega de los tres duros y dos reales que constituían todo su caudal, pediría trabajar como un grumete, como un forzado, ¡y ya estaba él bien seguro de ganarse con exceso el importe del pasaje!...

Nosotros sorprendimos, media hora después, y

avergonzados de pertenecer á la menguada especie humana en la cual se dan ejemplares de bípedos tan asquerosos, sorprendimos el *soplo* que daba á un oficial una cobarde urraca masculina que se ha pasado la travesía ponderando su acendrada devoción á la Virgen del Rosario.

¡Y en la lista de hoy se ha descubierto que el latoso devoto es un vulgar polizón!... Y sintiendo florecer en nuestra alma una intensa simpatía por la Madre de Dios que no ampara á quienes venden su cualidad de «hombres piadosos» por un plato de lentejas, hemos gozado siendo malos, complaciéndonos en la afrenta de un hombre que peina canas y que no tiene escrúpulos en defraudar los intereses del prójimo, cuando se ha descubierto que junto al escapulario de la Virgen del Rosario cuelga de su cuello de girafa otro escapulario en el cual lleva el prestigioso amuleto de tres billetes de á mil pesetas...

Hemos gozado en su afrenta, porque ella compensaba la inenarrable expresión de estupor con que el joven gimnasta del puerto de Alicante salió de su escondite sorprendido por un oficial, y las zancadas de desaliento, de abandono, de interna angustia con que cruzó el castillo para deslizarse por la gruesa maroma tendida desde el buque á uno de los amarraderos de la riba...

IV

Visión de Puerto Rico

¡Tierra!—Evocando el pasado.—Trámites ridículos.—Portorriqueños y yankis.—¡A buena hora, mangas verdes!—Crisis angustiosa.—El deber de los Estados Unidos.—Un «morenito».—Paisaje tropical.—Dos horas en Mayagüez.—Colón sin paraguas.—El diluvio.

Nos permitimos disputarle á Colón, ya que no otra cosa, la intensidad de su alegría al ver surgir de las aguas lo efectivo de su ensueño.

El grito, *¡tierra!*—santa palabra que diariamente se oye, flota y naufraga en este mar, escenario de tantos temores y esperanzas tantas—sale de trescientas bocas á la vez saludando las costas de Borinquen.

No traemos á estas tierras, que dicen fueron nuestras, sentimentalismos de patriotería dolorida. No entendemos, no queremos entender el lenguaje que habla de rapiñas é ingratitudes agenas y de errores propios. Los hombres los cometieron y el Destino los ha liquidado. Un recuerdo y una realidad sella en nosotros el acta de aquel pasado: la muda, poemá-

tica salida de un ataud por las puertas de un manicomio, mientras el *loquero* sonríe satisfecho desde el pedestal de honores que ha sabido otorgarse á sí propio... En cuanto al pueblo que dicen formó parte de nuestro pueblo, también el recuerdo de un ayer por el cual se suspira en vano, tardíamente, se mezcla á la realidad de un presente preñado de amarguras y amenazas: la bandera estrellada que en fuertes y azoteas se escurre mústia arrollándose al mástil en la calma caliginosa de un atardecer tropical; mientras en rótulos de casas de comercio y en balcones de viviendas privadas, la insignia rojo y gualda exterioriza la ya estéril remembranza de una patria reintegrada al viejo solar de su gloria abrumadora. Y el «humanitarismo» de un pueblo borracho de fáciles aventuras que llaman conquistas, se manifiesta en el férreo yugo del *Arancel* que es el ideal, el dios, el héroe de las modernas contiendas en los pueblos modernísimos...

No hay en nosotros ni odios ni gemidos de plañideras tristes. Pero, es fuerza confesarlo: ¡qué oleada de indecibles sensaciones nos invadió el ánimo al entrar en la bahía de San Juan!...

Y es que en aquel solemne momento del saludo á la tan deseada *tierra;* cuando con rítmicos resoplidos de monstruo cansado el barco evolucionaba lentamente, como rendido, cual si buscase la posición más cómoda para reposar de las pasadas fatigas; cuando nos rodeaban innúmeros botes, vaporcillos,

canoas, lanchas, desde las cuales se nos ofrecían frutas y dulces, tabacos y conservas, entonces—aunque sin rencores, sin rabietas de sensiblera patriotería—nos dejamos adormecer en la nostálgica visión de un pasado todavía no remoto, y nos adormecíamos al ritmo de la música de las voces de aquellos hombres de ébano, de aquellas mujeres de caoba que nos hablaban el lenguaje de una patria que vive y perdura en el alma, en la sangre, en el idioma de un pueblo sobre el cual ejerce dominio, sobre el cual flota—extraño al que nos dieran la historia y el genio de la estirpe latina—uno de esos pendones distintivo del peor de los individualismos: el que fragmenta á la Humanidad poniéndole á cada grupo una etiqueta de percalina barata...

No sentimentalicemos, que el lugar no es muy apropiado para ello, pues comienzan los trámites prosaicos á los cuales es fuerza someterse si hemos de intentar la solución favorable del problema «bajar á tierra».

Y pues en tierra portorriqueña estamos, por suerte que el capitán adjetiva no común, expliquemos los trámites á que hubimos de someternos, que el caso lo merece:

Primeramente hemos sido actores y espectadores de una escena lo más graciosa y estupenda que puede darse en los sabios formulismos de la administración norteamericana. Nos referimos á la inspección sanitaria.

Ante un tribunal compuesto de tres médicos muy serios, desfilaron muy risueños el pasaje y la tripulación en revista para la cual no encontramos calificativo adecuado en el catálogo de los calificativos no reñidos con el sentido común, ya que el buque llevaba patente limpia, y ya que aquellos cientos de

San Juan

pasajeros no debían desembarcar en ningún puerto de la isla, ni siquiera el tiempo necesario para dar un paseo que les desentumiera los miembros; pues las previsoras autoridades de la Unión no quieren extranjeros (léase españoles) en Puerto Rico.

Sólo con un permiso especial del *Immigration inspector* puede el pasajero de tránsito (que lleve billete de cámara, condición *sine qua non*) bajar á tierra. Y es más fácil apoderarse de un territorio, que

conquistar la benevolencia de estos funcionarios de cara y actitudes impasibles, frías, hieráticas...

Las breves horas pasadas en San Juan apenas si nos permiten apuntar impresiones muy á la ligera, superficiales, atropelladas, sobre la situación actual de la isla.

Puede afirmarse sin ambajes ni rodeos que, en general, los naturales no están contentos.

La dominación, protectorado, tutela, ó como se llame el papel que los Estados Unidos representan allí, parece que sólo tiende á *americanizar* la isla en el sentido de que todas las manifestaciones prácticas de la vida—las que producen y dan dinero—lleven el sello yanki.

Todos aquellos con quienes hemos hablado están conformes en calificar de grave la crisis por que atraviesa el país.

Los Estados Unidos han mejorado el sistema administrativo, han abierto el comercio de cabotaje, no han cobrado ni cobran nada en concepto de gastos militares y navales; pero los portorriqueños no tienen personalidad bien definida. Son, según la feliz expresión de un corresponsal, *acertijos*... Ni libres, ni esclavos, ni ciudadanos americanos, ni ciudadanos de un estado independiente, ni cosa que lo valga.

Por añadidura, la principal riqueza del país, la producción del café, arrastra una vida de tropiezos y desastres que acabarán fatalmente con ella si no

se reconquista para este producto el mercado español, si no se toman medidas conducentes á acabar con los abusos de otros centros productores que llevan á los mercados del continente grano pésimo con etiqueta portorriqueña, y sobre todo, si no se toma la más urgente, eficaz y elemental providencia salvadora: establecer en la metrópoli derechos de importación sobre el café extranjero.

El malestar y el descontento son generales y fáciles de notar á la primera ojeada.

Mister Lambert ha transcrito en el *Sun* de Nueva York la colección de piropos que los portorriqueños dedican hoy á los *libertadores* de ayer:

Los llaman «aventureros», «buscones», «buitres», «aves de mal agüero» y «brujas continentales»...

Antes nos llamaron á los españoles «inquisidores», «tiranos» y otras lindezas menos lindas...

Sería poco noble é impropio de nuestras ideas y sentimientos, exentos de toda mira estrecha, aferrarnos mucho al criterio de quien aplicó á este caso concreto la sentencia de la alta moral histórica que decreta la compensación proporcional—lo mismo en lo bueno que en lo malo—á todo gesto extremo de la personalidad colectiva. Como tampoco hemos de hacer nuestra la tan conocida frase del irónico para nosotros anónimo: «donde las dan las toman»...

El hecho es que, si España no lo hizo del todo bien, los Estados Unidos están haciéndolo bastante mal.

Y aquí vienen como pedrada en ojo de «libertador» las siguientes consideraciones de Antonio Escobar en una correspondencia que dedica al asunto en *La Lucha*, periódico cubano:

«... El gobernar bien no es un favor; es una obligación. Si antes la tenía España, ahora la tienen los Estados Unidos, á los cuales hay que comparar, no á España que si cometió errores ya los ha pagado, sino á Inglaterra que es la más liberal y adelantada de las naciones coloniales. Y de los Estados Unidos que se las echan de tan liberales y *modernistas* hay derecho á exigir que lo hagan no ya mejor que España sino mejor que Inglaterra»...

***

Una lancha pequeña, apenas suficiente para un niño, un barquichuelo de juguete, nao de estanque, microscópica, de fondo plano como los barquichuelos de la Albufera valenciana, gobernado por un morenito (no le llamemos «negro» porque él nos llamará cosa peor) que empuña, á guisa de remos, dos *palmetas* de clásico dómine español, nos conduce á tierra desde el centro de la bahía de Mayagüez.

El pequeño remero charla hasta por los codos; mejor, canturrea sus diatribas contra los americanos, ganguea sus pintorescos informes sobre el pueblo, prodiga su melosa sugestiva endecha que habla de fatigas en el puerto cuando hay en qué y por qué

fatigarse, de largas correrías por el bosque intrincado, al través de la ubérrima maleza que le disputa al mar la playa, y al caserío las aceras y á la gente los senderos.

El amarrará el bote inverosímil á una estaca del desembarcadero, y será nuestro guía en tierra firme

Mayagüez

como es nuestro amo en el crujiente cascarón que apenas sobresale un palmo del agua, como es el señor de nuestra vida, ó por lo menos el árbitro de nuestro deseo de llegar enjutos á la riba.

El espléndido kaleidoscopio del paisaje cubano no ha borrado hasta el presente el recuerdo de aquel paraíso que se llama Mayagüez.

Hemos sentido allí la borrachera de la retina, el

mareo de la fantasía subyugada por la realidad, la sensación del aniquilamiento en el seno de la Naturaleza en el triunfo de todos sus esplendores.

Y en la soledad de aquella playa que no afean diques ni muelles; en el discreto silencio de aquella calle larga, interminable, que flanquean deliciosas casitas de madera—diríase de cartón—blancas, azules, ocrosas, abanicadas por los plumeros de las palmas de esmeralda, barnizadas de reflejos nacarados; en las alcobas de follaje con pabellones de trepadoras lujuriosas y mamparas de bananos y alfombra de hojas y de flores sin nombre para nosotros,—todo verde, cristalino, perfumado,—allí hemos bebido á pleno pulmón el aire de la vida libre, salvaje, primitiva, y habitado el ambiente en el cual el hombre se desmaterializa para ascender á regiones más serenas, para gozar la visión más grande é inmediata del mayor de los bienes: la seguridad por experiencia propia de que lleva en sí sentidos más perfectos, facultades perceptivas más delicadas y sutiles que los pobres cuanto torpes cinco sentidos que la Fisiología le decreta y reconoce...

Mayagüez es una calle larga, muy larga, interminable, una arteria de la cual nacen breves venas laterales que mueren en el campo, en aquel campo espléndido que es el mejor marco que puede tener una ciudad pequeña.

La hora del calor asfixiante cierra todas las puertas, corre todas las persianas y recluye en las habi-

taciones, aireadas á los cuatro vientos, á la gente que trafica en sombreros—especialidad del país,—en azúcar—su riqueza actual más positiva,—ó en comestibles y telas y artefactos del menaje doméstico—que los habitantes del interior van á buscar todos los días.

Dios se lo premie al sol, que en nuestro obsequio cede su dominio á las nubes que se preparan á dedicarnos uno de esos aguaceros que en los trópicos se improvisan cotidianamente.

El se lo premie á los habitantes que no se muestran en la calle dejándonos saborear á nuestras anchas y en su simpática soledad el encanto natural de este rincón de gloria que hasta nuestros pasos é indumentaria profanan en su majestad.

En la plaza-salón que nos recuerda vagamente, no sabemos por qué, la de San Marcos de Venecia, dignifica la mezquindad de la iglesia y de las casas circunstantes el monumento al hombre que mayor gloria—por él prevista—y mayor daño—que él no pudo prever—procuró á la España de los quijotismos en olvido cuando no improcedentes, y de las sanchadas no siempre sabias y justamente meditadas.

Colón es el único personaje que se atreve á desafiar los rigores de este sol meridiano y á no tomar en cuenta la amenaza del nublado.

Saludamos reverentes la efigie del inmortal genovés, y dando espanto al morenito que ya no habla mal de los yankis, ni nos cuenta sus fatigas en el

puerto remando en su diminuta canoa, sino que mira con sus ojazos expresivos el tranvía que corre endemoniado hacia la marina, hacia el embarcadero nos dirigimos lentamente, sin prisa, sin miedos, campo atraviesa, recreándonos en la música de la tempestad, á cuyos rugidos contestan quedamente en su lenguaje de aromas y murmullos, la tierra que esponja sus prolíficos senos de matrona fecunda, y las plantas que se retuercen y tembleequean, en espasmos voluptuosos, al recibir el baño saludable, refrigerante, que el cielo les envía...

V

Meditaciones del ausente

Pensando en la familia.—La catástrofe de la Calabria.—Sin noticias.—Mar y cielo.—Llegada á Cuba.—Noticias que no se pierden.—La muerte de Navarro Ledesma.—¡Solamente tenía genio!

...Salgo de España dejando á mis compatriotas entregados en cuerpo y alma á los manejos y cavilaciones propios del período electoral que amenazó y amenizó los días ya de por sí excesivamente calurosos de la primera decena de septiembre. Y he dejado á los seres queridos entregados á su vez, en modo absoluto y exclusivo, á las ansias de la ausencia, á pensar en las probables contingencias de un viaje para ellos poco menos que fabuloso, cuya realización no se la explican á menos que se trate de uno que ande mal de la sesera ó rehuya saldar cuentas con el juez y sus ministriles.

...Pierdo de vista las costas de la patria y voy entrando hora tras hora en la enervante monotonía de las horas lentas, iguales, desesperadamente igua-

les, de la vida de á bordo, hastiado de ver siempre las mismas caras y de oir las mismas voces y de flotar, sobre planchas herrumbrosas y tablas alquitranadas, entre dos inmensidades, imponentes por su magestuosa grandeza, fatigantes por su uniformidad de tintas: si azul el cielo, azul también el mar; si aquél embadurnado de jabonosos vapores, éste, por no ser menos, sucio, gredoso, convertido en inconmensurable barreño de lechada...

Medito y me pregunto:

—¿En el plácido rincón del hogar paterno, allí donde tanta solicitud mimosa ha velado constante sobre mis menores inquietudes, habrá, tal vez, forzado la puerta, en irreverente intrusión, la Desgracia ó alguna de sus hijas?

No lo sé.

Vivo, vegeto acuáticamente en el cascarón de un mal llamado trasatlántico que, sin el prestigio histórico de aquéllas, no aventaja, ciertamente, en nada á las carabelas que mandó el calumniado nauta genovés.

...Cielo y agua; mar y éter. Impenetrable el espacio, en su abovedado toldo cobaltino; insondable el piélago, ondulando en fosforescentes arrugas la masa líquida que sirve de sudario á la infelice Atlántida...

...Y poco á poco, día tras día, abotagado el ánimo por la pasividad de esta existencia monótona hasta el aburrimiento y aburrida hasta el punto de hacernos

desear que entren de nuevo en conflicto los elementos á ver si así se produce la nota que dé una vibración de vida al sopor que nos rodea y envuelve, acabo por sentirme criminalmente propenso al olvido de lo que dejo detrás de mí, allá lejos, muy lejos, siguiendo en sentido inverso la faja espumajosa de la estela que se pierde en la lejanía plateada del amanecer, y hasta casi casi no anhelo nada, nada deseo, conquistado, subyugado, vencido por la forzosa apatía ambiente que ni siquiera me concede el consuelo de soñar en los misterios que para mi vida se encierran allá lejos, muy lejos aún, franqueada la curva bermeja que une en ígnea pincelada el escenario de agua y el toldo de celajes sobre los cuales resbala perezoso—encendiendo gasas y cristales,—el rojo disco camino del ocaso...

***

—...¿Para qué ansiar tanto la llegada á puerto, si allí hay hombres que, por virtud del progreso de los modernos tiempos,—con retintín insultante de seres privilegiados—á que yo casi he renunciado en una, dos, tres semanas de aislamiento en el Océano se apresuran á interrumpir el encanto de la paz, de la tranquila ignorancia á que ya iba acostumbrándome?

Me entero en Canarias de la horrible catástrofe que ha asolado la Calabria, y pienso con tristeza indecible, con dulce remembranza que amarga súbito

el dolor de la noticia, en los excelentes amigos que dejé en Reggio, en Cosenza, en Catanzaro, en tantos pueblecillos simpáticos por su posición en medio de las intrincadas breñas de Aspromonte, simpáticos también por la patriarcal hospitalidad de sus sencillos y laboriosos moradores, y también simpáticos por los recuerdos que su solo nombre evoca en mi memoria; amigos y pueblecillos ayer llenos de vida, de actividad en el campo concedido al desenvolvimiento de las propias fuerzas é iniciativas... y hoy, hoy, ¡quien sabe!: los unos, desaparecidos para siempre ó llorando la pérdida de agenas vidas y de intereses propios; los otros, convertidos en montones de escombros, de miseria, de ruina...

***

...Brama la sirena del buque una vez, dos veces, tres veces... Bate las cenagosas aguas de la bahía la hélice potente... Chirrian las cadenas del timón y de las anclas... Y van quedando atrás, muy atrás, cada vez más veladas por la niebla del atardecer, parpadeando mudos saludos, las luces de la riba, que, á poco, sólo es indeciso festón negro moteado de luciérnagas sobre el ceniciento tapiz de las movibles aguas que argentea la luna clorótica en su menguante.

¡Otra vez la paz augusta del mar!

...Ya no me aburre, ya no me causa tédio la monotonía de esta vida de reclusión en el mal llamado trasatlántico, al cual no tiene nada que envidiar la carabela medioeval:

Es que aquí no llega el progreso con sus hilos diabólicos, transmisores de noticias que os acongojan el alma y os humedecen los ojos...

***

...Miro temblando de emoción y conturbado el espíritu, presa de vagos temores, agrandarse por proa la silueta de las primeras tierras del mundo de Colón.

Piso el suelo portorriqueño emocionado, fluctuando entre el miedo y el deseo, entre la pavura y la esperanza.

Me alegra ver realizado un ensueño que acaricié desde niño. Me espanta y me produce sacudidas nerviosas de infantil sobresalto la vista de la gente, el oir el pregón de los muchachos vendedores de periódicos, el mirar al empleado de correos que deletrea mi tarjeta con gangosidades anglo-sajonas y lee con flema genuinamente nórdica los sobrescritos de un montón de cartas y postales.

Sigue jugando conmigo la fatalidad de las cosas pequeñas, de las insignificancias, de las nonadas...

Y vuelvo á bordo del buque innominado, sin saber nada de los míos, de la santa mujer que en el

oratorio de sus pensamientos reza, como única plegaria de su fervor materno, el nombre del ausente...

***

También en Cuba me saluda con guiño fatídico una de esas noticias que conturban el espíritu y humedecen los ojos:

Un amigo querido, un maestro insigne, un alma buena—¡son tan raras!... tan raras por lo menos como los corazónes que aman y veneran á quienes nunca halagaron la vanidad ó el egoismo que en todo corazón se anida—ese amigo, esa alma buena, ha desaparecido de la escena de la vida.

Las noticias tristes no se «pierden» nunca. Son las primeras que llegan. Yo creo que, vencidas por ellas en la veloz carrera del hilo eléctrico, se adelantan á las buenas...

Nadie las desea, ni menos las solicita. Pero ellas, llegan... Las otras, las buenas, las noticias que vienen envueltas en besos y en amorosos afanes de los padres solícitos, esas caminan con lentitud, sin prisa, recreándose por el camino...

Las que dicen, por ejemplo: «*Don Paco Navarro ha muerto*» esas, ¡crueles!, os salen al encuentro con ofensiva complacencia, os atormentan el tímpano, los ojos, el alma...

***

El fogoso y elegante Cristóbal de Castro dedica al ilustre muerto una preciosa, sentidísima crónica, y en ella sobresale de entre el dolor sincero del articulista, la protesta enérgica contra la rutina de los talentos «por edad»: tiranía irracional que ha mantenido cerradas las puertas de la Academia para el insigne autor de ese monumento de la literatura patria llamado *El ingenioso hidalgo Miguel de Cervantes Saavedra*...

Sigo meditando y acabo por no poder indignarme con el fogoso y elegante Cristóbal de Castro.

Me acompaño de Víctor Hugo al comentar la preterición de que fué objeto Voltaire al pretender ocupar entre los «inmortales» el sillón que dejó vacante la muerte de Fleury, y digo con el padre de *Los Miserables:*

—...No fué admitido, pues,... ¡solamente tenía genio!...

. . . . . .

EN LA HABANA

Vista general de la Habana

I

Fe de vida

Treinta y cinco días en el mar.—Aburrimiento y pereza.—Propósitos incumplidos.—Encargo á *Diario Universal.*

Hace como cosa de dos, tres meses, casi hemos olvidado la fecha, escribimos desde Valencia al muy querido amigo don Santiago Mataix, y al que hoy lloramos muerto, el genial Navarro Ledesma—el bueno, el cariñoso *don Paco*,—y al batallador Madueño, y al activísimo Valentí Camp:

«... Dentro de pocos días, el 30 del corriente agosto, embarcaremos para Cuba... Acusamos recibo de los nombramientos é instrucciones... El programa de información que nos proponemos llevar á cabo en

nuestro viaje por América nos permite asegurarle una colaboración asídua y todo lo interesante que nos lo permitan nuestras facultades «reporteriles»... De este modo pensamos suscribir el adagio que dice «amor con amor se paga»... Nos recomendamos á usted y á los lectores... Abur...»

Ha pasado uno, dos meses, casi hemos perdido la noción del tiempo.

Sólo nos sirve de punto de orientación en este naufragio de la memoria, el hecho de que hemos, mejor dicho, nos han hecho emplear la friolera de treinta y cinco días en la travesía de Valencia á la Habana.

Treinta y cinco días de vida imposible, vegetativa, acuática... Vida de galeotes, sufriendo la esclavitud del aburrimiento, del tedio, no mejores ni más llevaderos que la pena del remar forzado... Y en el abandono, en el aplanamiento de esta vida de aburridos, se han anegado, fatal é inevitablemente, los buenos deseos, la intención de coordinar ideas é hilvanar pensamientos que, en el registro de la memoria mejor que en el cuaderno de apuntes, han llenado nuestro cerebro con el índice de un posible pero no seguro estudio psicológico—sin pretensiones trascendentales, á la buena de Dios, psicología humilde, sin atisbos de doctoral husmeo íntimo—que podría hacerse sobre la sociedad que puebla un buque en el cual navegan los chismes, las envidias, las pequeñas cosas con que cada individuo contribuye á formar el gran enredo de la vida en común y ambiente limitado.

No ha sido factible convertir en hecho la intención.

Nos confesamos vencidos por la enervante dejadez, por el curiosísimo caso ó estado patológico que pudiera observarse y estudiarse en el individuo condenado á treinta y cinco días de reclusión en un trasatlántico...

Siempre, á la salida de puerto, cuando una vaga sensación de sutil remordimiento nos ha hecho mirar de reojo el montón de libros sin cortar y los paquetes de inmaculadas cuartillas que llenaban el breve pupitre improvisado sobre la mesita del lavabo, sobre la litera y el diván del angosto camarote, siempre nos han lanzado su muda acusación el *Kodak* inactivo, las películas imprudentemente expuestas á la luz, las placas veladas, inservibles, que *debieron* ilustrar la proyectada «Postal» para *Blanco* y *Negro* ó para *A B C;* y junto á ellas, sobre ellas, arriba, debajo, también acusadoras, las cuartillas encabezadas con el título de la crónica para *Diario Universal*, para *El Mundo Latino*, para *Labor Nueva*, para el cotidianamente proyectado y nunca realizado intento de vestir literariamente los largos soliloquios que nos inspiraban los emigrantes canarios; y la pareja de recién casados en cuyos ojos se leía clara, dolorosa, á veces mudamente suplicante, la protesta contra el régimen ó policía interior del buque que los condenaba á forzosa separación...; y la señora venida á menos de fortuna y hasta de equilibrio mental, via-

jando sola, segura de encontrar en tierra americana leyes y justicia que le devuelvan lo que usurpó á los suyos un hipotético malvado...

Ahora, ya no hay excusa posible.

Estamos en tierra firme.

Ha desaparecido por completo, vencida por la actividad que nos rodea, curada por lo variado y normal y lógico de la vida ciudadana, la enervante apatía, la singular abulia del espíritu que acabó por hacernos insensibles hasta á los peligros de una navegación novelescamente accidentada.

Y pues no podemos ni debemos seguir sordos al interno imperativo que nos recuerda cuál sea nuestro deber, dispénsenos el *Diario* la merced de dar fe de que todavía vivimos, y de que las cuartillas, ayer insultantes con su blancura que iba tornándose en palidez endémica, van hoy «entrando en color», y la cámara *Kodak* se encuentra dispuesta á funcionar á toda velocidad... y á toda luz.

Habana, 6 octubre de 1905.

II

Triscornia

El espantajo. —En medio de la bahía.—El *Maine*.—El célebre lazareto.—Plancha yanki.—La explotación de la desgracia.—Campaña de la Prensa.—Agentes poco escrupulosos.—Visita á Triscornia.—El General Menocal.—Mejoraron las cosas.—El emigrante en Triscornia.—La Liga Agraria.—Reformas necesarias.—El Departamento de Cuarentenas.—Algo de estadística.—La inmigración española.—Panecillos y hojas de Catecismo.

El nombre de Triscornia ha sido la obsesión de todo el pasaje desde que salimos de España.

Quienes habían estado en Cuba después de cesar nuestra dominación allí, prodigaban con sobrado lujo de detalles sus informes contradictorios sobre el famoso lazareto ó depósito de inmigrantes.

Los unos lo pintaban como un Eden ó poco menos, ponderando la excelencia del trato y de las comodidades que, según ellos se disfrutaban allí. Los otros hablaban de un corral indecente con barracones no menos recomendables, y, á creerlos, se suponía que el sitio era muy adecuado para encerrar cerdos pero no para alojar personas.

Un día sabíamos que á Triscornia iba tan sólo quien carecía en absoluto de recursos pecuniarios suficientes á cubrir sus primeras necesidades, y quien, encontrándose en tal caso unía á él la agravante de no tener en la Habana persona que le abonase.

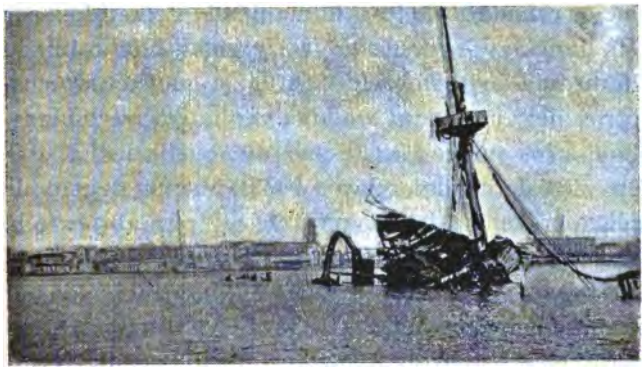
Al día siguiente, cundía el pánico entre quienes, por fortuna, llenábamos uno y otro requisito, pues los informes de aquel «cuarto de hora de chismes» daban por seguro que todos, todos sin excepción, igual el pasajero de tercera que el de cámara, lo mismo quien tenía dinero que quien carecía de él, todos daríamos con nuestros huesos en Triscornia...

Y Triscornia se hizo célebre en la imaginación de los trescientos aburridos que matábamos los ocios y el enervamiento naturales de la interminable travesía, agrandando el detalle más insignificante, soñando á todas horas en sucesos extraordinarios que iban á ocurrir infaliblemente en cuanto divisásemos la tan deseada punta del Morro...

Atrás ha quedado el famoso castillo sobre cuya mole gris ondea el listado pendón de la estrella solitaria.

A nuestra derecha, en medio de la bahía, la inclinada cofa del hundido *Maine* es como el punto interrogante de un pasado ya lejano, de un enigma que tal vez no se descifre nunca, como es de rigor tratándose de enigmas cancillerescos... Que en otro terreno menos escabroso pero más sincero, propios y extraños saben á qué atenerse con respecto al particular.

Y á la izquierda, sobre verde colina que afean en su base los almacenes rojizos y los muelles negros de Casa Blanca, está el tan temido depósito de Triscornia, al cual, definitivamente, irá á parar quien no sea reclamado por persona conocida en la Habana, á menos que se declare y demuestre ser posee-



El *Maine*

dor de una cantidad en metálico que no baje de ciento cincuenta pesetas.

No está mal la medida, hasta cierto punto. Ella es un freno eficaz contra la irrupción en la isla de gentes que, á la larga, constituirían dos plagas de las cuales, la capital hoy por hoy, está libre: los mendigos y los vagabundos.

Pero, no es tan recomendable el hecho de que, á la vista de cuantos no carecen de este precioso sen-

tido, sin el menor recato, con beneplácito de las autoridades, rodeen al buque recién fondeado en bahía las barcas de ciertos agentes que á voz en cuello contratan con los pasajeros de tercera, ofreciéndose por determinada cantidad á salir fiadores de ellos evitándoles así el alojamiento en Triscornia.

Por fortuna, los escandalosos abusos—diríamos mejor crímenes de lesa humanidad—cometidos por las llamadas *Agencias de inmigrantes*, han colmado la medida de toda tolerancia, y lo que cuando nosotros llegamos aquí era una verdadera vergüenza, hoy, á los quince días después de aquella fecha, está en vías de transformarse radicalmente dentro de plazo breve, hasta el punto de cesar en absoluto la inicua explotación de algunos desalmados que, con sus desapoderadas ambiciones hubieran acabado por comprometer seriamente el para Cuba importantísimo y vital asunto de fomentar la venida de braceros, de pobladores, de familias que traigan propósitos de arraigo en este país tan necesitado de colonos.

Hace siete años que fué fundado el departamento de Triscornia por el gobierno de la Intervención norteamericana.

Según parece, no se perseguía otro fin—so capa de precauciones sanitarias—que el de *americanizar* la isla poniendo trabas á la inmigración española, la única posible, la sola inmigración que merezca tal nombre dada su intensidad en todo tiempo.

Pero, los Estados Unidos se quedaron con las ga-

nas, ya que, necesitando Cuba braceros aptos para los trabajos agrícolas y en condiciones propias favorables á salvar con éxito el escollo de la aclimatación, los *monroistas* á ultranza (Monroe, según ellos, no entendió por América todo el continente americano sino por privilegio *S. G. du G.* «la dulce tierra donde el *yes* suena»—y perdone Dante el fusilamiento) los yankis, decimos, sólo tuvieron los negros de los Estados del Sur para reemplazar en el contingente inmigratorio á los insustituibles cántabros, á los isleños de Canarias.

Los únicos que podían competir con los españoles por afinidad de raza y por adaptación al medio, son los italianos; pero el campesino de Calabria y de Sicilia va á poblar las pampas argentinas y brasileñas, y en Cuba es insignificante la colonia, por cuanto en los tiempos de nuestra dominación no era lógico que aquí se abriese gran paso el comercio italiano y por ende se estableciese notable corriente de población, ya que los productos que aquel comercio hubiera podido introducir en la isla eran similares á nuestros productos y estos gozaban por entero las ventajas del Arancel.

Triscornia pasó, pues, á ser un lazareto que, como instalado en sitio y condiciones que al elegirse y establecerse no obedecían á tal plan, resultó huérfano casi de los requisitos que deben reunir este género de depósitos sanitarios, y con todos los inconvenientes de un local mal habilitado para el caso, de capaci-

dad insuficiente, de régimen interior algo y aun mucho censurable por falta de personal idóneo; cuando su misión actual debe ser la de un centro oficial de inmigrantes, donde el hacendado se provea de colonos y braceros.

La Prensa toda, con unanimidad que la honra y enaltece, la ha emprendido estos días á cintarazo limpio con el asunto de Triscornia, y cada diario, según su filiación de partido, no ha sido avaro de consejos y de censuras, primero, al departamento de Obras Públicas que debe proceder sin demora de ningún género á ensanchar los pabellones y demás dependencias del lazareto; luego, al departamento de Hacienda que no debe regatear la cantidad necesaria para llevar á cabo la realización de aquellas reformas; y así, por aquello de que «cada palo aguante su vela» los principales organismos del Estado han danzado en el asunto, pues se le ha recordado al Congreso que tiene el empeño de honor de convertir en ley los varios proyectos presentados á su estudio referentes al trascendental problema de la inmigración, y se le ha dicho á la Sanidad que no debe permitir por más tiempo que perdure el régimen de hacinamiento que allí se practica, especialmente en estos últimos tiempos en que, casi á diario llegan los buques de Europa atestados de gente; y se ha excitado el celo del jefe de Policía que es el llamado á fiscalizar los procedimientos de las Agencias en cuestión, las cuales, no persiguiendo otro

fin que el del lucro, pueden resultar cómplices muy directos del daño de que sobre la Habana caiga una plaga de malhechores de todas clases y procedencias, siempre que estos tengan unos cuantos duros que dar al agente-fiador, con perjuicio evidente para el emigrante laborioso y honrado, si por

Vista general de Triscornia

su desgracia no tiene nada *metálico* que arrojar á la fiera...

El mal revelado por la reciente campaña de la Prensa ha producido desde los primeros momentos el bien de que, quien debe y puede, haya acometido con inflexibilidad de rigor en el castigo y de propósitos en la reforma, la noble empresa de hacer de modo que Triscornia deje de ser un temible espantajo encargado de saludar con mueca poco halagadora á los infelices que se expatrian viniendo á este suelo que los solicita como factor indispensable al desarrollo de su producción, y que debe acogerlos con amor y no con vejaciones.

Creemos que la Triscornia triste ha pasado ya á ser un recuerdo para los que la conocieron de cerca, y que su nombre no infundirá espanto ni recelo en el ánimo de quienes puedan conocerla de hoy en adelante.

La Habana, Cuba toda es la más directamente interesada en que esta creencia nuestra no sea desmentida por los hechos.

Un periódico lo ha dicho con la elocuencia que se desprende de las siguientes reflexiones:

«Vamos llegando á los comienzos de una zafra cuyo resultado económico es un enigma, viendo exigencias que pueden culminar en un desastre del que tardaríamos á reponernos y cuyo resultado sería tropiezo grave en la consolidación de la República; y en tales momentos, cuando se ve que de cada mil obreros que salen de Europa apenas si vienen cincuenta á estas playas, se levanta intenso clamoreo señalando en Triscornia males que han debido evitarse, que no deben existir, como si hubiese empeño en matar esa corriente de inmigración, harto pequeña para lo que nuestras necesidades demandan.»

Lo repetimos:

Puede decirse que el mal ya no existe. El Gobierno removerá todos los obstáculos que hasta ahora han dificultado el aumento y racional encauce de la corriente inmigratoria. Las Sociedades regionales españolas se han comprometido á salir fiadoras de cuantos emigrantes lleguen á la Habana procedentes

de las respectivas provincias y vengan dispuestos á emplearse en las faenas agrícolas. Las Compañías de ferrocarriles y de navegación han concedido una rebaja del 50% en el transporte de emigrantes al interior y al litoral de la isla. Y en cuanto á las Agencias, autoras principales de los abusos que tal polvareda han levantado en la opinión, vigiladadas de cerca y obligadas á funcionar dentro del marco de lo estrictamente lícito, habrán de desaparecer forzosamente, renunciando al cómodo y saneado negocio de desplumar al prójimo...

***

Algún tiempo después de escrito lo que antecede y que fué reproducido de *Diario Universal* en el periódico de la Habana *La Unión Española*, visitamos en compañía del amigo don José M. Bustamante, reporter de este periódico—que tan violenta campaña sostuvo en contra de la inmigración—el Departamento de Triscornia, cuyo Director, el General Menocal, estuvo deferentísimo para con nosotros, dándonos todo género de facilidades encaminadas á que pudiéramos conocer en todos sus particulares tanto los pabellones de emigrantes como el llamado de Cuarentena.

Apresurémonos á declarar con toda lealtad que las cosas han variado mucho desde la última justísima campanada que dió la prensa local.

Precisamente, aquella tarde ingresaron en el campamento los emigrantes que trajo el «Montserrat» y tuvimos ocasión de presenciar el primer trámite del régimen interior, ó sea lo que llamaremos alistamiento ó filiación de los nuevos huéspedes.

A cada uno de ellos y á medida que iban dando al encargado del registro el nombre, procedencia y oficio, se le entregaba una toalla, un plato, cuchara, una pastilla ó trozo de jabón, y una ficha con su número correspondiente: era la nueva cédula por la cual se le reconocería mientras permaneciese en el depósito.

Inmediatamente, como primera providencia, ¡al agua patos!: todo el mundo, hombres y mujeres, sin distinción ni excusa, debían tomar la ducha reglamentaria.

Por cierto que esto da origen á escenas graciosísimas:

Nos decía el señor Menocal que hay individuos que oponen una seria resistencia al baño, especialmente las mujeres, y en muchos casos hay necesidad de recurrir á medios algo enérgicos para que cumplan con la saludable práctica higiénica tan necesaria en estos climas. Pero, salvo contadas excepciones de sistemática aversión al agua, todos, al segundo día toman el baño con agrado.

El procedimiento, algo borreguil y poco digno á primera vista, de la ficha de cartón con el número de orden y su objeto que es el de convertir al emi-

grante que entra en Triscornia en una *cosa* rotulada con una cifra, tiene sin embargo su excusa y su razón de ser, pues considerando que son muchos los que llevan sus documentos con nombre supuesto bien porque son prófugos, bien por otro motivo cualquiera, olvidan con facilidad aquel nombre postizo,

Grupo de emigrantes en Triscornia

y es de suponer el lío que se armaría en el registro, en las listas, y en el libro de salidas.

El emigrante paga en Triscornia una dieta de treinta centavos (pesetas 1,50) que á su salida satisface á la Administración la persona que lo reclama y garantiza, ó la empresa que allí se provee de braceros y colonos.

En esto consistía el negocio de las Agencias ex-

plotadoras de la pobre gente que, en parte por las deficiencias y hasta malos tratos que anteriormente hacían antipático el nombre del Departamento, y en parte también por el natural deseo de verse libres para buscar trabajo, no titubeaban en asirse al clavo ardiendo de los pretendidos benefactores que le ofrecían ser sus garantes por cantidad determinada, y á falta de esta, por el compromiso en regla de satisfacerla—item más los intereses—descontándola del salario que entraban á ganar en la casa ó en la hacienda de algún negrero tan «filántropo» como su compinche el agente.

Este mal se ha cortado de raíz, y hoy son imposibles dichas agencias en la Habana, ya que por disposición del Gobierno, la Liga Agraria, de acuerdo con las sociedades benéficas regionales, tiene la prioridad—digamos la exclusiva—de tramitar todas las cartas y solicitudes de los inmigrantes que deseen salir del Campamento con destino á los centros agrícolas para colocarse como braceros ó colonos en las fincas de labor.

La misma Liga ha instituido de reciente lo que llama Oficina de Inmigración, sobre la base de no cobrar nada á los emigrantes en concepto de corretaje ó comisión al facilitarles trabajo, de proporcionarles una rebaja del 50% en el precio de los pasajes al interior, y de garantizarles un trato equitativo.

Teniendo en cuenta que á Triscornia—salvo en casos y por disposiciones sanitarias excepcionales—

no va quien llega á la Habana poseyendo una suma mínima de treinta pesos que es cantidad suficiente para que un individuo capée la situación durante los primeros días, no vacilamos en convenir que el Depósito de inmigrantes es un bien para éstos antes que para nadie, pues asusta pensar en la suerte de esos cientos de pobres gentes sin recursos, abandonados á sí mismos, errabundos y al azar por calles y paseos.

Pero, entendemos también que el Depósito, apesar de las reformas llevadas á cabo en pocos meses, dista aun mucho de reunir las condiciones que exige la importantísima misión que desempeña social y humanitariamente.

Es nutritiva y abundante la comida que se sirve á los *números*, y no están del todo mal acondicionados los seis pabellones para hombres y los tres para mujeres: pero el menaje que hoy alcanza á poder atender á 900 individuos, no puede bastar cuando se reunen allí 2,000 emigrantes, á menos que no se cuente con la seguridad de un nuevo milagro de los panes y los peces...

Y como en estas ocasiones, bastante frecuentes por cierto, resulta que en Triscornia no es posible comer ni dormir, urge que las reformas en estudio no se dejen esperar más de lo que la buena voluntad y el espíritu de justicia han tardado en corregir los abusos que hace tres meses levantaron tal clamoreo de fundada indignación.

Que se aumente el caudal de agua de que hoy puede disponer el Departamento; que no escasee el alumbrado eléctrico; que provisionalmente se habiliten los cuarteles del Morro—hoy desocupados—para cuando se produzca excesiva aglomeración de inmigrantes en depósito; y que se lleve el pabellón de Cuarentena lo más lejos posible, pues la vecindad no es muy recomendable que digamos.

A propósito de esta parte del campamento de Triscornia, digamos que en general nada tiene que ver con la Triscornia propiamente dicha.

Allí, como su nombre indica, van los pasajeros de procedencia marcada con lápiz rojo por la Sanidad; y de ir allí sí que no se escapa ni el que viaja en camarote de lujo ni el que lo hace en perrera...

Las dietas durante los cinco días de observación á que se somete á cuantos proceden de puertos considerados sucios por culpa del vómito, son á razón de cincuenta centavos para los «pensionistas» de tercera, un peso cincuenta para los de segunda y tres pesos para los de primera.

***

El general D. Juan Rius Rivera, Secretario de Hacienda (aquí se llama Secretaría lo que nosotros llamamos Ministerio), nos facilita amablemente una nota de la sección de estadística general, dando un estado comparativo del número de inmigrantes lle-

gados á los puertos de Cuba en los cuatro años últimos.

Simplificamos el cuadro, refiriéndonos únicamente á los principales contingentes inmigratorios:

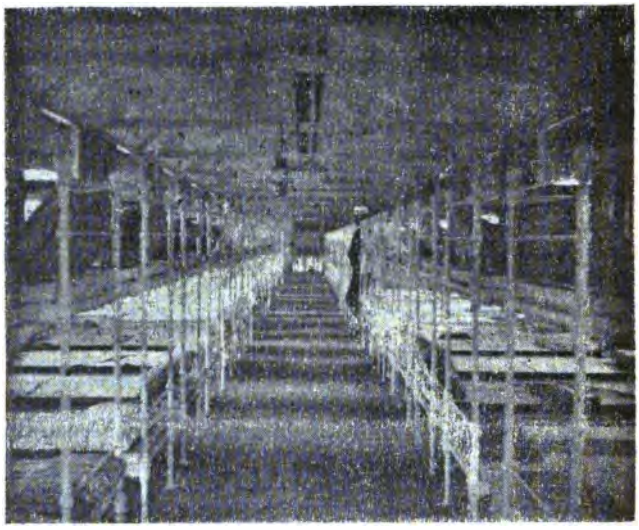
NATURALEZA	AÑOS				Totales
	1902	1903	1904	1905	
Españoles. . . .	8878	14692	23759	47902	95231
Yankis	1063	1281	1549	1861	5754
Ingleses.	392	332	413	460	1597
Portorriqueños.	84	92	363	572	1111
Italianos	222	267	262	317	1068
Sirios.	232	115	313	405	1065

Hemos omitido aquellos contingentes que suman menos de 1,000 inmigrantes en el período de los cuatro años que lleva de instaurada la República, y que dan un total de 6,602 individuos clasificados según su procedencia y origen en africanos, americanos del Sur, antillanos, franceses, austro-húngaros, belgas, alemanes, canadenses, centro-americanos, chinos, coreanos, egipcios, escandinavos, filipinos, finlandeses, griegos, holandeses, indios orientales, japoneses, mexicanos, polacos, portugueses, rumanos, rusos, suizos, árabes, armenios, turcos, y 163 cuya nacionalidad no se menciona.

Estos 6,602 inmigrantes sumados á los 105,826 del estado que antecede, dan una suma total de 112,428

inmigrantes llegados á Cuba durante los años 1902, 903, 904 y 905.

De lo cual resulta que los españoles, mal que les pese á los declamadores cuyo altruismo patriótico al



Dormitorio de emigrantes

combatir la emigración nos recuerda al famoso cardenal Monescillo que quería solucionar el problema social «con panecillos y hojas de catecismo,» con el número *95,231* llevamos la bandera en el concierto ó sinfonía de los pueblos que desertan del solar natal.

¿Que esto nos alegra, ó nos enorgullece, ó que

supone hacerle el caldo gordo á alguien, ó que nos pone resueltamente en oposición á los más elementales sentimientos de sano patriotismo?... ¡Alto!, señores, y razonemos en lugar de declamar:

Ni es el caso de coger una guitarra, ni de escupir por el colmillo, ni cobramos por hacer propaganda «pro inmigración» ni hay por qué sacar las banderitas consabidas ni prendernos en el ojal de la chaqueta el también consabido botón ó lacito.

¿Causas determinantes de que el individuo, la familia, ó el grupo de individuos y de familias, se expatrien? Aparte la perogrullada de que porque les da la gana, hay la razón poderosísima de que lo hace aguijoneado por la necesidad. ¿Que esta sangría de actividades y de pobladores—en el caso concreto que nos atañe—es un mal gravísimo para el progreso de la patria y el desenvolvimiento de su riqueza? No cabe la menor duda. Estamos completamente de acuerdo con la respuesta afirmativa á tal pregunta. Pero, acaso ¿es menos cierto que en los momentos actuales de la vida española, aquel progreso y aquel desenvolvimiento de la riqueza no están ni con mucho encauzados ni siquiera iniciados en el camino de que la población—especialmente la rural—encuentre en la patria campo suficiente al empleo de su laboriosidad, y por lo tanto medios de vida adecuados á sus necesidades? ¡No!, rotundamente, por triste que sea declararlo.

Y aquí viene de perillas una pequeña confesión

de una tal vez grande vanidad que nos escarabajeó en el cerebro hace algún tiempo:

Conocíamos el adorable libro de De Amicis, *Cuore;* y al leer el libro de Mantegazza, *Testa*, en el cual su autor quiso en cierto modo probar que no son los generosos impulsos del *corazón* lo que regula los actos del hombre sino las reflexiones, el cálculo, la *cabeza*, nosotros, sin pizca de modestia, tuvimos la idea de escribir nuestro correspondiente libro, *Estómago*, encaminado, naturalmente, á demostrar que ni De Amicis ni Mantegazza habían dado en el clavo... La «amenaza» literaria no pasó de amenaza, por fortuna, ni es fácil que se consume el delito; pero esto ya es cosa que no importa al caso.

Lo que sí no tiene vuelta de hoja es que mientras sobre la cabeza de nuestros campesinos y artesanos pese la espada del Damocles moderno que se llama Fisco y Miseria, y oprima su corazón la tristeza infinita de verse él mismo y de ver á los suyos condenados á la mísera condición de vivir un presente de estrecheces en perspectiva de un porvenir preñado de sombras; y mientras (¡aquí está la madre del cordero!) se le retuerzan las tripas digeriendo viento y en perpetua huelga de sus funciones propias, la pobre gente emigrará, y hará muy bien en emigrar...

Y si esto es lógico, si es humano, si la química moderna con todos sus estupendos progresos no ha llegado aún á extraer sustancias nutritivas de los discursos hueros y de los pretendidos altruismos que

de alto sólo tienen lo muy distantes que viven de la realidad sus voceros, hagamos de modo que esos hermanos nuestros dirijan sus pasos por el campo del destierro á que les condena su suerte en las mejores condiciones posibles. Que el país que elijan por patria de adopción los acoja con cariño y con respeto. Que encuentren en él justa compensación á su trabajo. Que su vida, en fin, se resuelva del modo favorable á que tiene derecho quien pone en la balanza su energía, su sudor y su buena voluntad.

Por otra parte, cambien las actuales circunstancias por que atraviesa la vida española, y entonces ya hablaremos de «sangrías,» «despoblación,» «esclavitud blanca» y demás lirismos del repertorio, asegurando que seremos nosotros los primeros en aspirar al honor de formar en el ejército cuyo santo y seña será el grito *¡No más emigración!*

Lo demás es sentirse Monescillos de ínfima categoría. ¡Al menos Su Eminencia colocaba un panecillo entre hoja y hoja del librito del P. Ripalda!; y que nosotros sepamos, ni siquiera un mendrugo hay oculto entre la hojarasca patriotera de quienes solucionan todos los problemas nacionales dándose puñetazos en el lado izquierdo y ahuecando mucho la voz para corear el famoso pasodoble de «Cádiz»...

III

El grito de Yara

El 10 de octubre.—¡A nosotros con cohetes!—La Revolución del 68.—Grandeza de alma del pueblo cubano.—Olvido del pasado. — Todos hermanos. — Ejemplo que imitar.—Céspedes y Castelar.—La abolición de la esclavitud.

> Cuba estaría salvada y la República sería fuerte, si en vez de desgarrarse los ambiciosos en el circo de la política, lograra esta generación copiar, en el espíritu de la generación futura, el alma de Carlos Manuel de Céspedes.
>
> *M. Márquez Sterling*

El 10 de octubre se ha celebrado la fiesta que conmemora el levantamiento de 1868.

En el teatro Nacional ha habido *lunch* á 600 niños, huérfanos de la patria y de la beneficencia, y banquete á los veteranos de la Revolución.

El programa de festejos públicos se ha compuesto de regatas en la bahía, retreta en el Malecón, y un llamado castillo de fuegos artificiales que no se ha distinguido, ciertamente, por la variedad y número

de las piezas, ni por el buen gusto del pirotécnico. Y esto último no lo censuramos en modo alguno; pues, aparte de que el industrial en cohetes, bengalas y voladores no ha cobrado un centavo por su trabajo, hay la consideración de que, nunca un castillo, por bien confeccionado que estuviese, sería digno de una fiesta que recuerda 30 años de fuegos sueltos (y no con pólvora sola) en la manigua cubana...

Carlos Manuel de Céspedes

Nada de lo exterior de estos festejos nos ha interesado poco ni mucho.

Se banquetea por cualquier cosa baladí, con cualquier pretexto fútil y en honor de cualquier personaje ó personajillo; se oyen retretas y conciertos al aire libre casi todas las noches; y en cuanto á fuegos de artificio, téngase en cuenta que somos de la tierra de la *traca*, y espectadores de las recientes explosiones bélicas de *vicentistas* y *rodriguistas*...

Algo de mayor trascendencia hemos visto en esta fiesta.

Ella marca una fecha y recuerda un suceso que en las circunstanciss actuales interesan por igual al

español recién llegado á estas tierras, y al cronista que no puede ni debe circunscribir el ejercicio de su observación á la tarea mecánica de anotar los hechos exteriores.

Siendo de ayer, como quien dice, el triunfo de la Revolución iniciada en Yara y sellada definitivamente en los campos de Santiago; perteneciendo á la actual generación cubana el honor de la victoria, es lógico pensar en excusables desahogos del patriotismo bullanguero de las masas que no se contentan con la libertad de hoy sino mortifican al *opresor* de la víspera...

Después de todo, setenta años largos se han cumplido desde que algunos Estados del continente se emanciparon de la metrópoli, y no es cosa del otro jueves, en alguno de ellos, celebrar las fechas memorables de su revolución pisoteando la bandera española y dedicándose á cazar, durante un día, á los acusados del delito de ser peninsulares.

Para honor de Cuba, de este pueblo culto y caballeresco, aquí se festeja á la Libertad; no se ultraja el nombre de la nación que ayer ejercía dominio sobre la que era su colonia. Aquí se honra á los héroes y mártires de la Revolución; no se veja y escarnece á los que ayer representaban á la metrópoli...

Anticipamos las siguientes palabras que nos dijo el otro día el honorable presidente de la República en larga entrevista de la cual hablaremos más adelante:

Yo, ciudadano cubano, y conmigo cuantos laboraron por el triunfo de nuestra causa, nunca, nunca combatimos contra España. Nosotros luchamos por la libertad de Cuba. El amor á la patria y á la libertad lo aprendimos de vosotros...

Y es que este pueblo generoso y consciente de su propia personalidad ha hecho suya y puesto en práctica, al día siguiente del triunfo, esta manifestación de la proclama que el 10 de octubre de 1868 dirigió á los suyos el gran Carlos Manuel de Céspedes:

Castelar en el año de 1868

«...No nos extravían rencores, no nos halagan ambiciones; sólo queremos ser libres é iguales como hizo el Creador á todos los hombres».

¿Cómo no evocar la sombra augusta de aquel apóstol y caudillo, que al dar el grito de independencia en el ingenio La Demajagua, lo primero que hizo fué extender la bandera cubana—improvisada con las telas de un vestido de su señora—sobre los esclavos negros, proclamando su libertad?

El tiempo, que es infalible cauterio que sana todas las llagas del amor propio ofendido, ha borrado del

léxico colonial—por bien de todos archivado en el férreo cofre de lo que fué—las voces de la pasión exaltada, que hablaba de piraterías y oprobios, de tiranías y bandidaje, salpicando con la bilis del odio y de la represión á los más puros, á los más abnegados, como salpicaba con denuestos de infamia el nombre de una patria cuyo principal defecto se derivaba del peso enorme de su gloria secular.

El más grande de nuestros tribunos, el inmenso Castelar—Demóstenes redivivo—vistió con las esplendorosas galas de su oratoria portentosa el gesto redentor de Céspedes sobre la cabeza de los infelices negros: aquel gesto que fué el glorioso prólogo—en un campo de rebelión—del decreto de 1880 aboliendo la esclavitud desde el Capitolio español.

Una inmensa ola de sangre hermana corre de Yara al Zanjón, de Baire á Santiago...

Está fresca todavía. Aún se refleja, en intensos brochazos de carmín, sobre este cielo que presenció la llegada de las primeras naos españolas al extremo oriental de la isla, y que vió hundirse en el mar, no muy lejos de aquel sitio, las últimas naves que tremolaban el estandarte glorioso de Castilla y de León...

El 10 de octubre nos hace llorar las tristezas de una madre dolorida, y saludar el júbilo de una hija exultante de legítimo gozo.

Y ya que como españoles cuelga de nuestra pluma un sutil hilillo de puntos suspensivos ante los hechos

guerreros que en Yara se iniciaron, como *humanos* nos descubrimos reverentes ante quienes suscribieron la primera página de la dignificación de toda una raza: la libertad de los esclavos negros...

IV

Día de difuntos

El 1º de noviembre.--Visita al Cementerio.—La tumba de Máximo Gómez.—Pensando en cubano.--Censuras de amigos, no diatribas de adversarios.—«Los pueblos que honran á sus muertos ilustres se honran á sí mismos.»

El muy querido amigo Pablo M. Esplugas, redactor de *La Discusión*, nos brinda una visita al cementerio.

Poco ameno es el lugar, y escasos atractivos ofrece un paseo por entre cipreses y sepulcros; pero el día no da de sí otra cosa, y la rutina que consagra la anual visita—no siempre de compunción y de dolor—á la triste morada de los que fueron, nos lleva al Camposanto de Colón acompañados por bulliciosa comitiva de carruajes repletos de niñas encantadoras,

Paliditas, paliditas.
Pero, ¡qué lindas, Señor!...

Y no se ofendan nuestras paisanas si aplicamos á estas deliciosas cubanitas lo que á las hijas de

Valencia dedicó la musa bonachona y entusiasta del pobre Eusebio Blasco.

Lindas, muy lindas, son estas gráciles figulinas animadas, estas pomposas criollas que tienen la plasticidad de la cera y el tinte del ámbar. Juguetonas siempre, siempre decidoras y alegres, lo mismo

Puerta monumental del Cementerio de Colón

en el paseo del Malecón las noches de retreta, que camino del cementerio el día de difuntos...

El amigo Esplugas es un buen *reporter* y un buen *cicerone*, dándole á este último nombre la más noble de sus acepciones.

Por lo bien que desempeñó su misión en el paseo de aquella tarde, no vacilamos en afirmar que hará un excelente redactor «macabro» ó gacetillero «fúnebre» ó como se bautice el cargo, cuando—como es

de temer, dada la fiebre informativa de la Prensa moderna—haya un periódico que dé un paso más en el progreso de la clase, é introduzca en la publicidad diaria la moda de hacer extensivas á los muertos las molestias que todo buen periodista tiene la obligación de causar á los vivos, escrutando y comentando sus pensamientos y actos... y hasta lo que no piensa ni hace.

El nos hacía en un instante, de dos plumadas, mejor dicho, en dos palabras, la historia de la fachada monumental de la necrópolis, que tiene cierto parentesco de líneas con la arquitectura característica de las catedrales toscanas. Y al través del mármol y del bronce surgían las figuras de Jovellar, Capdevila, los bomberos del 17 de mayo de 1890, los estudiantes fusilados en memorable tristísima jornada para el prestigio español en Cuba, Calixto García, Conill, Cortina y tantos otros...

Y por la asociación de ideas que nacían de aquella charla, en aquel lugar, huyendo inconscientemente la compañía de la multitud cuyos pasos sobre la arena de los andenes y el frú-frú de sedas y almidonados piqués ofendían con rumores de vida el augusto silencio de aquel recinto de la muerte, nos apartamos de los sepulcros suntuosos que desmienten al poeta que dijo de un cementerio:

. . . . . .

Aquí acaba la mentira
y comienza la verdad...

y llegamos á un lugar apartado del vasto camposanto, á una hilera de tumbas modestas, de panteones recién construidos, sobre uno de los cuales, el más modesto, el más reciente, ondeaba una pequeña bandera cubana enlutada por mezquina lazada de crespón.

La losa, sin nombre. El mármol, sin atributos. Una maceta de mayólica, vacía. Al pié de la caña que sirve de mástil ó asta al trapo de la estrella solitaria, una enorme corona de flores artificiales; corona de dudoso gusto artístico, flores descoloridas por la lluvia y por el sol, pétalos de trapo, pistilos de cera, tallos de alambre, hojas de cartón, todo mustio, sin fragancia, sin colores...

Es la tumba de Máximo Gómez, el generalísimo del ejército libertador cubano.

. . . . . .

Dos españoles, no vendidos á ningún oro; con el espíritu abierto á cuanto la historia sanciona; que ningún prejuicio ciega ni ninguna pasión desvía, han sentido subir á su rostro una oleada de indignación ante el sepulcro abandonado, solitario, del caudillo de un pueblo.

Este sepulcro hace muy poco que se ha cerrado, después de recibir en su seno los restos mortales de quien gozó en los últimos tiempos de su vida todos los honores que puede recibir un hombre, y entró, ya muerto, en este cementerio, como entran en el suyo los reyes y los héroes.

No ha pasado tanto tiempo como es necesario

para que se excusen, ya que no se justifiquen, los abandonos del olvido.

Aquí, donde uno se codea en cafés y teatros, en la calle y en el paseo, continuamente, con una verdadera legión de generales y coroneles y capitanes que se enorgullecen—y con razón cuando es verdad—de haber hecho las campañas de la Independencia, el sepulcro del generalísimo no ha tenido cuatro de esos generales, cuatro de esos veteranos anónimos que diesen guardia de honor á la tumba del que en sus labios es su ídolo.

No hagamos comparaciones, pues no hay por qué. Pero, preguntemos á los italianos, por ejemplo, tan justamente orgullosos de su *Risorgimento:*

«¿Qué pensaríais de vosotros mismos, de vuestros héroes supervivientes, de vuestros achacosos veteranos, si en la solitaria Caprera y en el romano Pantheon faltasen las flores sobre los sepulcros de Garibaldi y Víctor Manuel?»

En la solemne calma gris de este crepúsculo nuboso, hemos vuelto los ojos hacia la tumba de Calixto García, recordando la inscripción: *Morir por la patria es vivir.*

Esto dice también una de las estrofas del Himno nacional cubano.

Y cuando, como punto interrogante puesto á esa máxima, contraía nuestros labios una triste sonrisa de escepticismo desdeñoso, se ha acercado á nosotros —mudo fantasma de todo un pueblo cumpliendo con

su deber—una mujer vieja, astrosa, ¡una negra!, que ha extendido el brazo, sacándolo de entre el vuelo de su amplio mantón obscuro, y esparcido sobre el sepulcro sin inscripción, olvidado, sin luces ni coronas, sin guardianes ni visitantes, un puñado de rosas y jazmines, cuyos aromas nos han reconciliado con un pueblo, al cual, si no odiamos cuando enemigo, estuvimos á punto de despreciar cuando ingrato...

V

Estrada Palma

Presentación por teléfono.—Semblanza del Presidente.—Biografía á vuela pluma.—Pequeñas psicologías.—El prisionero del 77 y el ídolo de 1902.—El señor Jorge Belt.—Audiencia improvisada.—A Don Tomás no le importa que vayamos con camisa de dormir.—Cabizbajos y meditabundos.—Llaneza del ex-maestro de Central Valley.—El Presidente y su criado.—Una opinión del *New York Herald.*

Estamos en una antesala del palacio de la Presidencia (antes del capitán general de la Isla) esperando al señor Belt, secretario particular del Presidente, y cuyo alto empleado—no nos atrevemos á llamarlo *palatino* tratándose de una República—nos dirá el día y hora en que seremos recibidos por el jefe del Estado.

La solicitud de audiencia no ha podido ser más sencilla y democrática:

El director de *La Discusión*, «periódico cubano para los cubanos»—para que se entienda bien su filiación—ha sido nuestro introductor, por teléfono, en el despacho del secretario.

—Ahora mismo irán á verte los señores Segarra y Juliá... Prepárales una entrevista con el Presidente.

...Y aquí estamos deseando que el señor Belt se tome interés en el encargo y no nos haga esperar muchos días con el deseo de conocer personalmente á «Don Tomás,» como le llaman en tono familiar amigos y adversarios...

Este hombre, cuyos merecimientos indiscutibles, ayudados algo por la suerte, le han colocado en el más alto sitial de la nacionalidad cubana, nació en Bayamo y de padres acomodados que en edad muy temprana le enviaron á la Península para que allí ensanchase sus estudios, cursando en Sevilla la carrera de abogado.

Vuelto á Cuba, no quiso desmentir el abolengo francamente liberal, digamos revolucionario, de los suyos, y renunciando á los halagos de una posición desahogada y al porvenir espléndido que le esperaba en el ejercicio de su profesión á la sombra de la soberanía española, se entregó en cuerpo y alma á la causa revolucionaria tomando parte muy activa en los sucesos que prepararon y llevaron á cabo el levantamiento de Yara, siendo compañero y colaborador de los Céspedes, Agramonte, Aguilera, Calixto García, Maceo y tantos otros.

Nombrado presidente del gobierno revolucionario en el campo de batalla, allí ensayó y practicó sus dotes de gobernante, atendiendo, no sólo á encauzar y dirigir el funcionamiento de un poder en armas

contra la soberanía imperante en la Isla, sino también á la misión, no menos ardua en todas las revoluciones, de aguijonear con el ejemplo y con la tenacidad de un alma bien templada, la abnegación de cuantos formaban en las filas rebeldes á España, domeñando ambiciones, acallando descontentos, refrenando impaciencias, en brega continua con las intemperancias y rencillas y pequeños egoísmos de los propios afiliados á la causa cuya representación suprema radicaba en él.

Es innegable que el hecho de mayor trascendencia de aquella lucha—más que considerado en sí mismo, por las consecuencias que determinó—fué la prisión de Estrada Palma por las tropas españolas al mando del coronel Mozo Viejo en octubre del 77, pues ella fué un golpe decisivo, en aquellas circunstancias, contra la ya de por sí deficiente organización de las fuerzas insurrectas, siendo el principio de un fin que tuvo su realidad en el famoso pacto del Zanjón.

Hay incidentes y detalles, al parecer insignificantes, en la historia de aquel acontecimiento, que ponen de manifiesto, á quien los observe con sereno espíritu de análisis, el temple del hombre y el aún más interesante aspecto de lo que llamaríamos momento psicológico del estado de cosas creado al rededor de la bandera cubana.

Por lo que respecta á lo primero, anotamos la siguiente recomendación que hizo Estrada Palma al

capitán Herrera encargado de su custodia, cuando creía que lo iban á fusilar:

—Le ruego que haga todo lo posible para que ningún guerrillero hijo del país forme en el piquete encargado de «despacharnos» á mí y á Hernández...

Palacio Presidencial Senado
Plaza de Armas

En cuanto al segundo aspecto de la observación hecha más arrlba, es todo un poema de desengaño, una muda página de filosofía honda, dolorosa, el hecho de que aquel hombre rígido y austero en sus principios,—el cual, según las palabras del ya nombrado oficial Ibarra *llevó su prurito al extremo de no querer recibir de nosotros sino lo indispensable para la vida*,—hubo al fin de aceptar las ropas y abrigos que le ofrecieron las autoridades españolas,... viendo defraudada la esperanza de que sus parciales le pro-

porcionasen cuanto fuese necesario para hacer más llevadera su prisión...

El idealista, el hombre de fe inquebrantable en la virtualidad de la causa á la cual se consagró por entero, abrigaba la convicción profunda de que el hecho de encontrarse él reducido á la impotencia no influiría gran cosa en la marcha de los acontecimientos á favor de la emancipación de la Colonia...

Pero, de otro lado, la realidad inexorable, fría, hecha de sucesos tangibles, de agentes materiales que nada saben ni entienden de altruismos ni de ensueños, demostró á Estrada Palma—prisionero—que no solamente su libertad personal, su vida tal vez, estaban la una perdida y la otra en peligro, sino que el golpe alcanzaba también, de un modo fatal, á la revolución iniciada nueve años antes.

El creyente entusiasta, el hombre de fe, dijo al verse en poder del enemigo:

«Ignoro quién me habrá sustituido, pero tengo la seguridad de que cualquiera que sea la solución que se dé á este asunto, los cubanos sabremos demostrar que entre nosotros no significan nada las individualidades.»

Y á esto contestó la realidad—con sus incontrovertibles razonamientos, que son hechos y no ilusiones—demostrando que la «individualidad» Estrada Palma era y significaba tanto en el campo de la causa separatista, que después de él, la dispersión, el egoísmo, la fatiga, la falta de civismo, el desa-

liento, imperaron en la gobernación de la nave revolucionaria que comenzó á hacer agua por ambas bandas, no falta de hombres de prestigio, pero tampoco sobrada de hombres abnegados.

Hay cosas y sucesos que, en nuestra ignorancia del proceso oculto que elabora cuanto escapa á la experimentación de los sentidos, calificamos de providenciales y milagrosos:

Nada se anula ni desperdicia en el misterioso crisol donde se funden, purifican y cristalizan los hechos todos, el menor gesto, la más insignificante vibración de todo lo que es vida ideal ó material.

El prisionero del 19 de octubre, es el encargado de recoger el triunfo definitivo del 20 de mayo al cesar el gobierno de la Intervención americana é inaugurarse la soberanía de Cuba.

El mismo que en 1877 vió su investidura de jefe de un Gobierno, que pocos reconocían y muchos anatematizaban, convertida en las ligaduras de la prisión, asume en sí, en 1902, la representación suprema de un Poder que todos acatan y saludan, de una nacionalidad nueva, pacificada, consciente de sí misma, libre de toda ingerencia extraña, capaz para la vida del derecho, del progreso, de la prosperidad moral y material...

*
* *

—Perdonen ustedes que les haya hecho esperar tanto. El Presidente les recibirá ahora mismo.

—¡Pero, señor Belt, si nosotros vinimos creyendo que tan solo se trataba de tomar día y hora!

—Pues, ahí verán ustedes: les ahorramos todos los trámites... del protocolo.

—...¡Con esta ropa!

—No olviden que estamos en una República.

—Sin embargo...

—El señor Estrada Palma continúa siendo en su trato y en sus costumbres el hombre sencillo de la emigración, el modesto maestro de escuela de un rincón del condado de Orange.

—Le hace honor esa sencillez y *bonhomie*, pero, la consideración que se debe á un jefe de Estado obliga al visitante á...

—A ser una persona digna de alternar con otra persona que ocupa la primera magistratura de una nación.

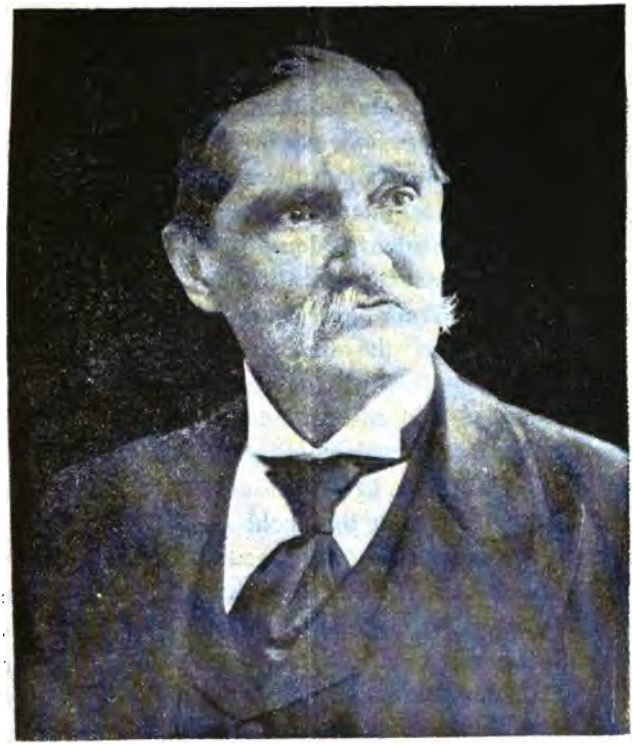
—Cierto que eso es lo principal, pero,... así,... de americana...

—No se preocupen ustedes. Renuncien, al menos por ahora, á las prácticas y usos del ceremonioso ritual castellano, y no echen de menos la levita y demás prendas impropias del calorcillo de estos días... El Presidente no es muy entendido en eso de juzgar á una persona por el traje que viste... Precisamente, días atrás concedió audiencia á una negra.

—¿...?

—Sí; parece que la pobre mujer tenía asuntos de un orden algo íntimo con uno de los criados parti-

culares de don Tomás. Este llamó al doméstico y le hizo algunas observaciones sobre la situación



Don Tomás Estrada Palma

irregular de la negra. «Señor, dijo el interesado, no es mi mujer.» «Pero es la madre de tus hijos, replicó el Presidente, y como en mi casa y á mi lado no quiero sino personas de moralidad intachable, te

aconsejo y espero del afecto que me demuestras, que, cuando antes mejor, legalices tus relaciones con esta mujer...»

El señor Belt cambió de tema:

—Díganme—preguntó—¿Qué les parece nuestro país?... ¿Les gusta la Habana?... ¿Piensan estar mucho tiempo entre nosotros?... ¿Es Cuba el primer país de América que visitan ustedes?...

Aunque parezca pueril la observación tenemos allá dentro, muy adentro de nuestro ánimo, una pequeña, pero intensa picadura del aguijón del remordimiento, recordando que tal vez correspondimos bastante mal á las delicadas atenciones de persona tan exquisitamente fina como el señor Belt... Juraríamos que contestamos con monosílabos é incoherencias á las afectuosas solicitaciones de aquel simpático caballero... Y la explicación de esta pequeña descortesía se basa en un hecho que parecerá también, probablemente, nimio y pueril:

Todos tenemos, quién más, quién menos, sobre todo en determinados momentos, nuestros pujitos de democracia y nos sentimos propensos á ensalzar á la diosa de los tiempos modernos, encontrando muy de nuestro gusto la igualdad, la llaneza en el trato, en las relaciones sociales, hasta en el vestir,... aunque, en el fondo, nos perezcamos porque reviente un amigo y asistir al entierro—si no se tiene á mano ocasión menos triste de demostrar que tenemos lo que se llama «ropa negra»...

...No, no es puerilidad; no hay puerilidades cuando se trata de revelar una impresión personal, cuando se analiza un estado de ánimo.

Hay cosas que, sin cambiar de esencia, no son lo mismo leídas, escritas ó escuchadas, que vividas:

Un jefe de Estado—y no por cierto el Valle de Andorra ó el principado de Mónaco—que os recibe de buenas á primeras sin súplica de audiencia, sin trámites de mayordomía, sin aparato de horarios establecidos de antemano, sin casacas, cuchicheos, discreto abrir y cerrar de mamparas, tiesuras, reverencias y demás fórmulas de la vistosa tramoya cancilleresca, palaciega ó como se llame, es un caso inaudito, lo confesamos, al menos para nosotros.

En San Marino, para ver al *Capitán del pueblo*, al primer magistrado de aquella República tan simpática cuanto liliputiense, fué preciso poner en movimiento á todo el «Gobierno» y no al Cuerpo diplomático en masa, porque allí no lo hay... ni al por menor.

Cómicamente absortos en estas reflexiones, apenas si contestamos á las afectuosas preguntas del señor Belt, el cual hubo de adivinar la causa de aquel mutismo, de aquel asombro que nos rezumaba del cuerpo por todos los poros, y hasta por los bolsillos de la democrática americana de alpaca, y también por entre los pliegues de una camisa de dormir (¡son tan incómodas las pecheras almidonadas, con estos calores tropicales!) pues, tomando de una mesa in-

mediata un periódico de no sabemos cuántas páginas, dijo:

—Lean ustedes esto que dice el *New York Herald* llegado hoy:

—Traduzca usted.—(Así, á secas, sin pedirlo por favor.)

—Dice: «...Los modales y costumbres del Presidente de la República de Cuba están tan exentos de afectación, que los españoles y las viejas familias cubanas no comprenden cómo un hombre puede ser Presidente y tomarse tan poco interés por el fausto propio de tan alta investidura»...

Sonó un timbre en uno de los salones inmediatos.

Belt desapareció de nuestro lado como por escotillón, para reaparecer inmediatamente en el vano de una puerta abierta de par en par.

—Pasen ustedes. El señor Presidente les aguarda.

Y muy bajito, al entrar nosotros en el despacho en el cual lo primero, lo único que vimos en aquel momento, fué un vejete arrogante y simpático que venía hacia nosotros con ambas manos extendidas, añadió el secretario:

—Les dejo solos con él... Van á ver ustedes si el *New York Herald* llegado hoy dice ó no dice la verdad.

Y las hojas de aquella puerta-mampara chocaron violentamente al cerrarse detrás de nosotros.

VI

Hablando con el Presidente

Acogida cariñosa.—«¿Cómo, no?»—Un retrato en pocas líneas.—Los cubanos y los españoles hacemos buenas migas juntos.—Empeño por la pacificación de los ánimos.—Labor común.—Recuerdos del tiempo viejo.—No pensaron fusilarle.—Hidalguía castellana.—Estado actual de Cuba.—Números son amores, y no buenas razones.—El Tesoro de la República.—La inmigración española.—Salubridad de la Habana.—La raza latina.—No estamos en decadencia.—Un pensamiento autógrafo.—Al salir del despacho.—El Protocolo misterioso.

—¡Bien venidos!, y gracias por su visita, que me ofrece una nueva ocasión de exponer, con toda lealtad, la que ha sido mi constante idea fija desde que mi pueblo y la Providencia me elevaron á este puesto: la concordia más fraternal entre cubanos y españoles... ¿Cómo, no? Somos ramas de un mismo tronco, y liquidadas por completo las amarguras del pasado, de un pasado triste, en el cual hasta la tenacidad en el empeño y el heroismo abnegado nos son comunes, yo me he hecho una preocupación constante del deseo de que el español se encuentre

en Cuba, no entre extraños, sino entre hermanos, trabajando todos por el engrandecimiento de este país privilegiado, de esta tierra generosa y hospitalaria... ¿Cómo, no? Yo, ciudadano cubano, y conmigo cuantos laboraron por el triunfo de nuestra causa, nunca, nunca combatimos contra España... Nosotros luchamos por la libertad de Cuba... El amor á la patria y á la libertad lo aprendimos de vosotros... ¿Cómo, no? Hoy nos enorgullece el haber convertido en realidad el lema del gran José Martí: *la República con todos y para todos...*

El señor Estrada Palma, un hombre pequeñito, que soporta muy bien sus setenta años, pulcro, atildado en su persona, de una amabilidad encantadora, modestísimo en el vestir, vivaz en sus movimientos, habla con verbosidad juvenil, con léxico y acento castizamente españoles, y no se preocupa de refrenar las dos características personales que el visitante advierte en seguida, sino que las deja manifestarse, vivir en él, con simpática libertad de expresión:

Es la una, cierto *tic* nervioso de sus ojillos de lince, escrutadores, pertinaces en el examen, valientes en sostener otra mirada.

Es la otra, la frase *¿Cómo, no?* entre admirativa é interrogante, la cual prodiga constantemente en la conversación, dicha con naturalidad de hábito inveterado, con entonación mimosa, con melosidad cubana (es lo único *cubano*, en el sentido de provincialismo, por lo que se refiere al lenguaje, que encon-

tráis en el habla del Presidente, y que ya hemos dicho ser castizamente española, castellana), frase que emplea como fórmula de asentimiento cuando se pregunta á sí mismo ó se le pregunta algo que presupone asenso, afirmación rotunda.

—El empeño decidido por parte del Gobierno de la República con respecto á la pacificación de los ánimos, al olvido de las contiendas de ayer para asentar sobre la paz de hoy la prosperidad de mañana, obedece en mí, personalmente, á un antiguo interés y afecto por la gran patria española...

¿Cómo, no? Allí pasé los mejores años de mi primera juventud, y de allí conservo una de esas impresiones que jamás se borran del ánimo que las ha experimentado: la referente á los tres años que estuve deportado como consecuencia de mi prisión por las tropas españolas, el año 77.

—A propósito de eso, se dice que los oficiales de nuestro ejército tenían intenciones de fusilar á V.

—Yo he narrado con todos sus detalles aquel suceso, en una carta, de todos conocida, escrita á mi amigo íntimo José Antonio Echevarría... Fué un error explicable en aquella apurada circunstancia y en vista de que, habiendo hecho alto la columna que me conducía á Holguín, hubimos de advertir el canciller Hernández y yo que se formaban dos piquetes junto á nosotros y que los oficiales comentaban en voz baja los pliegos recibidos del general Morales... Por cierto que, una vez en la comandadcia general

del distrito, dicho señor Morales me hizo instalar en su propia casa, señalándome asiento en su mesa, rodeándome de atenciones y cuidados, y lo que más le agradecí: no dirigiéndome nunca la menor pregunta ó alusión que pudiera molestar mi dignidad personal ó política... En aquel doloroso período de mi vida fueron muchas las consideraciones de que fuí objeto por parte de las autoridades españolas... Y esto se recuerda siempre con singular agrado y como consolador ejemplo de que la solidaridad humana está por encima de los accidentes que en un momento dado pueden distanciar á los hombres... ¿Cómo, no? Lo demás, lo que es hijo de un determinado instante histórico; lo que fermenta al calor de la pasión, de las exigencias políticas, del antagonismo de bandería, todo eso lo borra el tiempo; lo cancela el amor: supremo rey de las almas fuertes y nobles; lo cubre la paz con su manto que cobija á todos los espíritus generosos, á todos los hombres de buena voluntad...

—Esas virtudes se ciernen triunfadoras sobre el cielo cubano, y hay que esperar, como nosotros y España entera deseamos de todo corazón, en que esta joven nacionalidad siga afianzando cada día más la marcha del indudable progreso moral y material que se advierte, á simple vista, en las manifestaciones todas de su vida.

—Sinceramente hablando, podemos estar orgullosos de lo hecho en el poco tiempo que somos abso-

lutamente dueños de nosotros mismos... Hay un dato que sintetiza elocuentemente cuanto pudiera decirse sobre el particular. Cuando en 1902 cesó el Gobierno de la Intervención, había en nuestro Tesoro la modesta suma de 500,000 pesos. Hoy, á los tres años y medio de instaurada la República, ésta tiene en Caja muy cerca de 25 millones de pesos.

«¿Cómo, no?». decimos nosotros ahora, por cuenta propia, considerando el estado de prosperidad que de tal dato se desprende, y sintiéndonos franca y entusiásticamente optimistas con respecto al porvenir de la Isla.

El Presidente en su despacho

No es posible dudar de las excelentes dotes administrativas del gobierno que preside el señor Estrada Palma, el cual, según nos ha contado—precisamente hoy que *croniqueamos* este capítulo de nuestras impresiones—un amigo que tiene motivos de sobra para estar bien enterado, cuando durante la última guerra estaba en los Estados Unidos como Presidente de la Junta cubana, llegó, en su escrupulosa administración de los fondos de que disponía, al extremo de, en más de una ocasión, oir impasible cómo su

secretario le insinuaba que aquel día no tenía ni lo indispensable para tomar el tranvía...

Posteriormente á nuestra entrevista se ha publicado el extracto de la situación de fondos correspondiente al mes de octubre próximo pasado.

En él aparece una existencia en Caja de 24.817,148 pesos con 96 centavos, suma que representa un líquido disponible de 16.442,299 pesos con 17 centavos, ORO.

Sigue la charla:

—Nuestra próspera situación económica no nos lleva al error presuntuoso de considerarnos ya en la meta, ni mucho menos, de cuanto concurre á dar carácter propio y estable á una nacionalidad... Somos muy jóvenes todavía, Estamos aun en el período de formación, como quien dice. Hay que trabajar mucho y con ahinco, con patriotismo inquebrantable, con fe ciega en nuestro porvenir... La principal riqueza de Cuba, la agricultura, necesita desarrollarse cual corresponde á las exigencias y excepcionales condiciones de nuestro suelo. Para ello contamos con el factor de la inmigración española, que puede y debe mirar á esta Isla como el campo mejor abonado para encontrar justa compensación á su trabajo.

—Ya vemos que, precisamente estos días, está sobre el tapete ese asunto que interesa por igual á los cubanos y á nuestros compatriotas.

—¿Cómo, no?...

—Creemos que cuando desaparezcan ó se transformen los actuales molestísimos trámites á que se sujeta al emigrante, tanto al salir de la Península como al llegar aquí, nuestros agricultores—aquellos que por especiales circunstancias de la actual vida española se ven constreñidos á abandonar el suelo patrio—vendrán á Cuba en lugar de seguir el camino de la rutina que les lleva á la Argentina y al Brasil, donde tienen que luchar, en primer término, con la formidable competencia que les hace la inmigración italiana.

—Perfectamente de acuerdo... Digan ustedes eso á sus compatriotas; díganlo en su periódico, y añadan que el Gobierno cubano dedica atención preferente á este asunto, y tengan la seguridad de que hemos de hacer las cosas de modo que el inmigrante español se encuentre aquí como en su propia casa... Deseamos que los braceros no vengan solos, aves de paso que ningún bien duradero alcanzan para ellos mismos ni lo procuran al país que les abre sus puertas... Con el jornalero debe venir la familia, el plantel de colonos, de pobladores, de gentes cuyas aspiraciones no se detengan en la mira estrecha y mezquina de ganar un salario, sino que lleguen al deseo de echar raíces en este suelo, de crearse una posición independiente en la nueva patria de adopción... ¿Cómo, no? Cuba ya no es un lugar de castigo, del cual se huía espantados por el espectro del vómito... Díganlo ustedes muy alto y compruébenlo

en nuestros centros sanitarios: esto está cambiado, radicalmente cambiado. En la Isla no hay fiebre amarilla, y se da el caso curiosísimo de que Cuba, á la cual, según se dice, vinieron á sanear los Estados Unidos, pone hoy cuarentena á las procedencias de un puerto de la Unión... En Nueva Orleans hace estragos la terrible plaga; en Cuba, desde hace mucho tiempo, no se ha registrado un solo caso de esa epidemia que tan mala fama nos dió y que tantos estragos hizo en el pasado.

Entró un ordenanza y dijo al Presidente:

—El señor secretario de Hacienda.

—Que espere un poco... Lo que decía á ustedes es altamente consolador para los que nos preciamos de pertenecer á la tan calumniada familia latina.

—Satisface mucho oir de labios de quien como usted ha vivido tanto tiempo entre los anglo-sajones, un criterio tan justamente favorable para los *decadentes*, según el profesor Sergi.

—¡Nada, nada! Tengo una convicción profunda: no hay superioridades ni inferioridades esenciales. Hay *voluntad*, nada más que voluntad, despierta ó dormida—ahí está el secreto—según la educación y el momento histórico por que se atraviesa... Yo aspiro á demostrar prácticamente, por lo que á mi país atañe, que un pueblo de abolengo hispano-americano es tan apto para regirse á sí mismo y para asimilarse cuanto constituye la característica de la vida social

moderna, como lo pueda ser cualquier pueblo de la raza anglo-sajona.

El ordenanza entró de nuevo anunciando:

—El general Núñez.

—Que espere un poco... Ya he visto reproducidas en *El Fígaro* y en *El Mundo Ilustrado* algunas de

Autógrafo de Estrada Palma

las preciosidades de este álbum... Es interesantísimo; un verdadero tesoro...

Otra vez se abrió la puerta del despacho, y otra vez anunció el ordenanza:

—El doctor Dolz con una comisión de...

—Que tenga la bondad de esperar un poco... Me ha dicho Belt que ustedes me concedían el honor de

estampar mi nombre en este libro... Pero, no sé... así, de improviso... Cohibe el pensar que va uno á codearse con tanta gente ilustre...

—Permita, señor Presidente: ¿quiere usted transcribir aquí el hermoso pensamiento que acaba de decir sobre su fe en las buenas cualidades de nuestra raza?

—Con mucho gusto... ¿Cómo, no?—Y calándose los lentos de oro, que mientras hablaba no dejaron de hacer volteretas entre sus dedos, se acentuó en los ojillos brillantes el *tic* nervioso, y la mano trazó, segura y reposadamente, los renglones del autógrafo que sirve de ilustración á este capítulo.

Al salir del despacho, cruzamos la antesala llena de personajes muy empaquetados que se paseaban impacientes consultando á cada vuelta el péndulo de pared, cuyas saetas nos dijeron que habíamos estado de charla con el Presidente tres cuartos de hora largos.

Si aquellos buenos señores no nos conocían de vista ó por referencias, tal vez nos tomaron por dos diplomáticos de incógnito, que llevábamos debajo del brazo—en la cartera del inofensivo álbum—algún misterioso Protocolo firmado en el mayor de los secretos...

VII

Mosquitos... y ¡armas al hombro!

Moderados y liberales.—Patriotas ante todo.—Conato de levantamiento.—Los sucesos de Cienfuegos.—Palabras de Juan Gualberto.—El general José Miguel Gómez.—Tarasconada.—No hay que darle gusto al *tío* Platt.—¿Y los mosquitos?

—Eramos pocos, y parió la burra...

Eso pueden decir, y lo dicen seguramente, los cubanos, celosos de este nombre, el cual supone mantener en todos los terrenos y bajo todos los aspectos el prestigio de la nacionalidad conquistada á costa de tantos sacrificios, relegando á segundo ó á tercer término los otros apellidos que corresponden á las diversas filiaciones políticas, ó simplemente á determinadas simpatías personales.

Desde hace dos meses andan cogidos á la respectiva greña moderados y liberales.

Los primeros disfrutan del Poder; los segundos aspiran á él.

Unos y otros tienen capacidad suficiente para ello, cuentan con fuerzas propias, son partidos serios,

bien disciplinados. Ambos padecen algo de *españolismo* en el sentido de que son maestros en el arte de apostrofarse mutuamente con vivacidad y léxico netamente... «tropicales», profetizando asolamientos y fieros males: el que está en candelero, si le hacen descender á la mínima categoría de apagaluces; el que aspira á cirio pascual, si lo dejan relegado á cabo de vela...

Pero, es fuerza reconocerlo, y con verdadera satisfacción por nuestra parte: liberales y moderados sienten con idéntico ardor el celo por la consolidación de la República, supremo ideal de tirios y troyanos, que en la Prensa y en los mitins desahogan de lo lindo el interno cosquilleo de la sangre latina, siempre febricitante; pero que en el fondo alimentan idéntico culto idolátrico por la independencia y el buen nombre de la patria.

Los que laboran contra estos supremos ideales son unos cuantos exaltados, torpemente ambiciosos ó inconscientes, que no saben ó no pueden ó no quieren anteponer los sagrados intereses de la nación á los propios apetitos.

La polvareda que ha movido el levantamiento de dos minúsculas partidas en Alquizar y en La Salud (provincia de la Habana) ha tenido por un momento en suspenso el ánimo de la opinión pública, que, al considerar tan desagradable suceso, más que temor inmediato por el alcance de la aventura, ha visto en ella un mal síntoma que pudiera señalar para Cuba

la posibilidad de que en esta tierra tan necesitada de paz, tomase carta de naturaleza el espíritu de revuelta que tantos estragos ha hecho y hace en otras Repúblicas hispano-americanas.

La campaña preparatoria de las elecciones generales que deben celebrarse el 1º de diciembre, determinó el hecho doloroso de lo que pasará á la historia con el nombre de «Los sucesos de Cienfuegos.»

A mediados del pasado septiembre, pocos días antes de la elección de compromisarios, ocurrió en dicha ciudad un sangriento choque entre moderados y liberales, mejor dicho, entre estos últimos y la policía, resultando muertos el joven representante ó diputado Enrique Villuendas y el jefe de aquel cuerpo armado señor Illance.

Nosotros no hablaremos de premeditaciones, ni de emboscadas, ni de asesinato, ni de complicidades directas, todo ello á cargo del partido gobernante; como tampoco nos haremos eco de quienes hablan de complots dinamiteros, de planes siniestros, de conspiraciones contra la paz y la salud de todo un pueblo, y otras cosas por el estilo, que se imputan á los liberales... En este triste asunto queremos pensar con el ilustre Juan Gualberto Gómez, cuando dijo en reciente memorable velada necrológica en honor del infortunado Villuendas:

«...Sería altamente consolador poder llegar á la conclusión de que la bala que cortó la preciosa vida del talentoso patriota, salió del cañón de un revólver.

disparado imprudentemente por un buen hermano que llora en silencio el infortunio de haber sido involuntario instrumento de la fatalidad; no por un Caín que se goza en su horrible fechoría...»

A raíz de aquella catástrofe, el general José Miguel Gómez, candidato de los liberales para la Presidencia de la República, abandonó el campo de la propaganda electoral, pasando el estrecho de la Florida para ir á dar con sus huesos en Nueva York.

Desde allí, dicen que ha dicho, palabra más ó menos, pero queriendo decir lo siguiente:

—Yo no seré presidente de la República cubana; pero afirmo por mi honor que tampoco lo será el *otro*.

No creemos la noticia. Nuestro optimismo habitual se resiste á la idea de que el caudillo de las huestes liberales emule allende el mar á los colonos de la famosísima Port-Tarascón... Y la amenaza transcrita, de ser cierta, merecería figurar en el cartel de las regocijadas baladronadas con que los bufos héroes de la novela de Daudet contestaron á la intimidación del almirante inglés...

Pero, verdad ó mentira por lo que respecta al general José Miguel, la frase ha encontrado eco y partidarios en el terreno de los hechos, y estos días ha habido hallazgos de armas, fuga de comprometidos, conatos de rebelión, anuncio de cataclismos y hasta su par de partiditas que han ido á tiritos—sin consecuencias, por fortuna—con la fuerza pública.

Resumen: que la intentona no ha encontrado ninguna simpatía en el país, al cual, después de todo, se le da una higa que Gómez se quede con las ganas de alojarse en el palacio de la Plaza de Armas, ó que el *otro*, Don Tomás, sea reelegido, con tal de que no se entorpezca el desarrollo de la riqueza que tiene vinculados sus intereses en la paz y en el afianzamiento de la nacionalidad cubana.

Que la algarada á nadie ha beneficiado tanto como al Gobierno contra el cual se promovió, es cosa fuera de toda duda.

Sus autores han conseguido algo muy parecido á lo que consiguieron nuestros superintelectuales que firmaron la protesta contra el homenaje á Echegaray:

Estos hicieron que la proyectada fiesta en familia se convirtiese en apoteosis nacional. Y aquellos han hecho el milagro de que el patriotismo de capuletos y montescos apague rencillas y borre diferencias de criterio, ofreciéndose todos á velar y defender el orden que asegura la integridad de la patria, pues por algo se recata detrás de la Constitución el perilludo Tío Sam enarbolando el garrote de la Enmienda Platt...

Se dice á voz en grito que los moderados han hecho mangas y capirotes en el Censo, cometiendo verdaderas barrabasadas contra la pureza del sufragio...

Se ha acusado públicamente á todo un señor se-

nador de complicidad directa en los sangrientos sucesos de Cienfuegos...

Un hombre de la talla del marqués de Santa Lucía ha dicho y escrito cosas tremendas, personalizando casi, contra el Gobierno...

Allá unos y otros. A nosotros nadie nos ha dado vela, ni la queremos, en este entierro ó bautizo de miserias y pequeñeces de la política menuda; y se necesita conocimiento pleno y práctica que no tenemos—¡á pesar de ser valencianos!—en estos líos electorales, para arriesgarse á tomar partido por los güelfos ó por los gibelinos, con seguridad de no salirse del justo término de apreciación.

Lo que sí recogemos con gusto, con verdadera complacencia, como entusiastas de este pueblo hermano, es el hecho de que ha bastado la tartarinesca rabieta de dos docenas de impacientes para que, la Prensa de oposición, y los primates del partido contrario al gobernante, y los veteranos de toda la Isla, y hombres como el viejo Cisneros, como Quintín Banderas, como el sucesor de Maceo, como tantos otros, se hayan apresurado á hacer público y espontáneo ofrecimiento de su cooperación decidida en pro del orden y de la República.

Un lector:

—Bueno; lo de «armas al hombro» se comprende; pero, ¿y los mosquitos?...

Amigo: revoloteando y cantando su molesta sonata de violín atenuado, están molestándonos de

lo lindo desde que comenzamos á escribir estas líneas.

Con tu permiso les enviamos noramala por esta noche, citándoles para que mañana se pongan á tu disposición desde nuestras cuartillas...

VIII

En vísperas de elecciones

Cínifes perniciosos.—Un huésped molesto.—El *estegomya fasciata*.—Pánico en el *Diario de la Marina*.—¿Y de las elecciones, qué?—Tartarin anexionista.—Bichos molestos.—No queremos ser Pennino.—El triunfo de Don Tomás.—¡Viva el azufre y el agua de Carabaña!

Y pues es fuerza hablar de política,... hablemos de mosquitos.

No se grite al disparate, á la incongruencia, al chiste silbable:

En el presente momento histórico de la vida cubana, cuando todos, grandes y chicos, se ocupan y preocupan de la cosa pública, hasta los cínifes hacen política en este país.

Sabido es, y el que lo ignore puede saberlo ahora, que desde hace quince días no nos llega la camisa al cuerpo á cuantos somos huéspedes más ó menos novatos de esta hermosa ciudad.

La terrible, espantable, y muchas cosas más por el estilo, fiebre amarilla, se ha permitido venir á la Habana, por mar, desde Nueva Orleans, (no podría

venir de otro modo) tal vez porque esta es la época en que los norteamericanos emigran de los fríos lares para invernar en esta deliciosa tierra de los 27º centígrados á la sombra... y á últimos de noviembre. Y no hay razón para que el llamado vómito negro no pueda permitirse el lujo que se permite cualquier *mister* yanki no menos terrible que él, y la correspondiente *mistress* no más agradable á la vista que un atacado del mal «mosquitero».

Porque es cosa comprobada y por lo tanto dogma científico:

El vehículo trasmisor de la fiebre amarilla es un mosquito, la hembra—ya es viejo que las hembras den la fiebre—de la especie *stegomya fasciata*, que, según los técnicos, es fácil de reconocer entre sus congéneres, por las estrias parduzcas que adornan su cuerpo y por la extraordinaria longitud ó desarrollo de sus antenas y patas delanteras.

Nosotros—no se nos eche en cara la inmodestia—conocemos ya perfectamente al bicho en cuestión, pues nos hemos pasado noches enteras dedicados á la caza del mosquito, poniendo en práctica cuantos procedimientos al efecto aconsejó en memorable conferencia nuestro sabio paisano el Doctor Gil y Morte... ¡Y que no estamos poco orgullosos con el triunfo que alcanzamos días atrás en la redacción del *Diario de la Marina*, donde atrapamos al vuelo un *stegomya* legítimo, que, ya cadáver, sobre una cuartilla á medio llenar del genial Curros Enri-

quez, visitó los pupitres todos del salón de redactores!

Al simpático Gabriel España le dura todavía el susto.

El incomensurable Lucio Solís, filosofó sobre la vanidad de las cosas humanas, considerando que un volátil tan insignificante haga *volar* hasta á hombres de dos metros y medio de estatura.

Fontanills, el prestigioso cronista del mundo elegante, encontró de muy buen gusto las rayas color marrón *glacé* del traje de aquella que en verdad era una «mosquita muerta».

El veterano Triay deploró que hubiese enmudecido para siempre una trompetilla que tan buenos servicios hubiera podido prestar al arte, adaptada á la garganta de muchas divas y divos de los que torturan su benevolencia de crítico optimista.

El astrónomo de la casa, Giralt, sintió nacer entonces en su cerebro la idea de eclipsar la fama de Flammarion, tratando de investigar, telescopio en ristre, si en el planeta Marte «se da» también el *stegomya fasciata*... ó sin fajas.

Solamente el bondadoso don Nicolás Rivero miró con desdén al difunto, tal vez porque él es inmune, ya que en sus mocedades pasó la fiebre amarilla, ó quién sabe si porque siempre ha salido victorioso de los muchos mosquitos bípedos que han querido chupar su sangre de Director del periódico más sesudo de Cuba.

Y el enciclopédico Doctor Athanasius, gloria de la ciencia etnológica y poseedor de un museo de «documentos humanos,»—que con el de las «Pasiones» fundado por Mantegazza en el Antropológico de Florencia, constituye la novena maravilla de este principio de siglo;—el sabio Profesor, decimos, reclamó el *stegomya* en cuestión para exhibirlo al público en el curso de una próxima conferencia dedicada al Cuerpo de Sanidad, y que seguramente será la *comidilla* del mundo científico...

Ahora caemos en la cuenta de que tal vez el lector vaya perdiendo la paciencia, y así como antes nos preguntó por los mosquitos, ahora nos pregunte por las elecciones.

Faltan dos días para que éstas se verifiquen, y parece como que con su proximidad vayan desatándose sobre Cuba todos los cataclismos de un nuevo sueño faraónico.

En el breve espacio de tiempo que corre de un lunes al domingo siguiente, se ha hablado de propósitos anexionistas por parte de ciertos navieros y comerciantes que proyectaron hacer una visita de sospechosa cortesía al presidente Roosevelt; se sorprendió un alijo de armas en la misma capital; los directamente comprometidos en este asunto—entre ellos un coronel y un representante—no pudiendo poner mar de por medio (pues el excelente cuerpo de policía secreta, modelo en su género, dió el golpe de un modo magistral), se echaron al campo seguidos de una

veintena de parciales; se ha hablado mucho sobre si los norteamericanos residentes en la isla de Pinos preparaban un golpe de mano contra la soberanía de Cuba—soberanía reconocida por los Estados Unidos en virtud del tratado de reciprocidad que á cambio de tal reconocimiento estipuló las concesiones de la carbonera de Bahía Honda y de la estación naval de Guantánamo; y como digno remate á este trofeo de sucesos casi casi alarmantes, se nos ha colado por las puertas, mejor dicho, por el puerto de la Habana, la temible y justamente temida fiebre amarilla...

Nosotros, como extranjeros no inmunes contra las asechanzas del fatal microbio, es esto lo que nos trae algo cariacontecidos, en cuanto que al consiguiente recelo que nos inspiran no ya tan sólo los mosquitos rayados sino también las hormigas sin rayas, pero muy aficionadas á hacer presa en brazos y pantorrillas, las lagartijas que cantan, las cucarachas que vuelan, los saltarenes tamaño de un gorrión y demás bichos raros de esta rarísima fauna callejera y doméstica, se unen las salvadoras molestias de la brigada sanitaria que un día nos pone de patitas en la calle—invadiendo el sagrado del hogar sin previo mandamiento judicial (!)—y cierra herméticamente la casa después de dejar en ella algunas docenas de cacerolas con azufre ardiendo;... y al día siguiente petroliza las tuberías y vasijas del inodoro, del cuarto de baño, de la cocina;... y á todas horas estamos amenazados de que nos interrumpa el sueño,

el trabajo, la digestión, las ocupaciones más reservadas, la visita de un médico que viene á examinarnos la lengua, las encías, el blanco del ojo, y nos palpa el esófago, el pecho, las piernas, el cuerpo todo...

De sublevaciones y anexiones no tenemos por qué preocuparnos, pues en cuanto á las primeras somos de los que, teniendo formado un altísimo concepto del patriotismo cubano, estamos seguros de que la sangre no llegará al río. Y por lo que respecta á las segundas, no somos de los extranjeros llamados «perniciosos», y por lo mismo no habrá de repetirse á costa nuestra la extrema resolución presidencial que hace poco decretó la expulsión de un súbdito italiano que diz se metía en camisa de once varas...

Aguardemos, pues, el día 1º de diciembre, á ver si de las urnas sale la completa derrora del *stegomya fasciata*, único enemigo de la paz pública y privada de cubanos y extranjeros.

Es lo menos que pueden hacer el partido moderado y su ilustre candidato nuestro cariñoso amigo Don Tomás, en justa correspondencia á la suerte de alcanzar un seguro triunfo.

Copados todos los puestos de todas las mesas de todos los colegios electorales; en el retraimiento la rama intransigente del partido liberal; dividido éste por el cisma de los apellidados «nacionales» que prestan su concurso y apoyo al gobierno; refrenados los radicalismos belicosos por la suprema considera-

ción de coadyuvar todos al mantenimiento del orden, el primer Presidente de la República de Cuba seguirá en su puesto por otros cuatro años á tenor del precepto constitucional.

Vaya, pues, nuestra enhorabuena por adelantado, y á ver si con el triunfo de los unos y el patriotismo abnegado de los otros y la conjuración del peligro revolucionario y el descrédito en que han caído los manejos anexionistas, celebramos la huida de cuantos *stegomyas* con ó sin trompetilla nos tienen en constante sobresalto, en perenne trago de agua de Carabaña, y en contínua inhalación de canferina...

IX

«In memoriam»

Lutos nacionales.—El 27 de noviembre.—Los estudiantes de Medicina.—Extravíos de la pasión.—Capdevila representaba á España.—El encuentro de Punta Brava.—La figura de Maceo.—Justo homenaje.

Con diez días de intervalo se han conmemorado aquí dos fechas célebres en las efemérides de los sucesos preparatorios del actual estado de cosas:

El 27 de noviembre, luto nacional por ser el aniversario de ese bochorno histórico que se conoce con el nombre de «Fusilamiento de los estudiantes», perpetrado el año 1871.

El 7 de diciembre, luto nacional también, como homenaje á los mártires de la patria, y especialmente como piadoso recuerdo á los prestigiosos nombres de Antonio Maceo y Francisco Gómez, su ayudante, hijo este último del generalísimo Máximo Gómez; ambos muertos en igual día del año 1896, en Punta Brava; el primero, por dos balas de la gente que mandaba el afortunado Cirujeda; el segundo, según

se dijo, bien que parezca no ser probable, suicidándose al ver caer á su jefe.

Son fechas memorables en los anales de dos pueblos ayer en lucha por aspiraciones opuestas, hoy hermanos definitivamente reconciliados.

Don Federico Capdevila (1)

El 27 de noviembre nos recuerda á los españoles

(1) Debemos á la exquisita bondad de nuestro distinguido compatriota don Tomás Povedano, Director de la Escuela de Bellas Artes de San José de Costa Rica, este precioso retrato de Capdevila hecho expresamente para el presente libro.

la enseñanza que se encierra en este pensamiento del ilustre Bovio:

«... *En la Historia nada se cancela* y *nada se olvida*»...

Y es, en la cronología de los pasados errores, dato elocuentísimo en que basar la demostración de la verdad que encierran las siguientes palabras de otro italiano glorioso, el integérrimo Imbriani:

«... *Némesis, vengadora de la Justicia ultrajada y del Derecho detentado por el individuo ó por la colectividad, no es sino la ley moral que decreta infalible, fatalmente, la expiación de todas las violencias.*»

Hombres ofuscados ó perversos, exageraron ó tal vez fraguaron la supuesta profanación de una tumba, hecho imputado á los alumnos de la Facultad de Medicina.

La pasión política se inmiscuyó en el asunto, y desde que tal hecho se produjo, era humanamente imposible la serenidad en el juicio.

Un delito imaginario—y si real, excusable, tratándose de adolescentes en su mayoría; y por fueros de la adolescencia, atolondrados; y hasta si se quiere inconscientes intrumentos del momento psicológico por que atravesaba el estado de opinión en la Colonia —se convirtió en crimen que perpetraron fríamente hombres investidos de autoridad, hombres que debieron ser razonadores y no impulsivos, *políticos* en el concepto aristotélico de la palabra, por prerrogativa del cargo, de los años y de la experiencia...

Contra el muro de la Punta fueron fusilados ocho inocentes; si no inocentes, ¡ocho jóvenes en la plenitud de su vida y de sus esperanzas!...

Ya que no el prestigio de España, el siniestro amor propio de los Scarpia quedó á salvo y satisfecho... Pero, sobre el buen nombre de la patria y sobre su autoridad moral como entidad dominadora de la Colonia, se extendió la roja mancha de un lago de sangre.

¡Y la sangre de los mártires es fecunda siempre!...

Alonso Alvarez de la Campa	José de Marcos Medina
Carlos Augusto de Latorre	Eladio González Toledo
Pascual Rodríguez Pérez	Anacleto Bermúdez
Angel Laborde	Carlos Verdugo

Estudiantes del primer curso de Medicina, fusilados en la Habana el 27 de noviembre de 1871.

El criterio de la moderna antropología penal y jurídica tiene un caso más que incluir en la lista de las pruebas contrarias á la pretendida ejemplaridad del castigo.

Como nota consoladora cuando la fecha del 27 de noviembre nos hace enrojecer de vergüenza, recojamos el sentido, ya que no las palabras textuales—que no están escritas—del discurso que un cubano ilustre, el doctor Alfredo Zayas, pronunció cuando fueron trasladados al monumento del cementerio de Colón los restos del defensor de los estudiantes:

«...Españoles y cubanos debemos y podemos venir juntos á cubrir de flores la tumba de estas víctimas de la perversidad humana... Podemos y debemos venir juntos, sin odios de una parte ni recelos de la otra... Cubanos eran las víctimas. Ninguna nacionalidad tenían los verdugos... Y yo os invito á creer conmigo que España intervino en el tristísimo asunto del fusilamiento de los alumnos de Medicina, no en la persona de quienes componían el Consejo de guerra, sino representada por el pundonoroso militar don Federico Capdevila, á quien cupo la honra de levantar su voz en defensa de los estudiantes...»

Estas palabras y la suerte de dormir el sueño eterno en el mismo panteón donde se guardan las cenizas de los ocho fusilados, valen más, mucho más, para Capdevila muerto, que el ascenso negado á Capdevila vivo, quién sabe si como *premio* á la insistencia con que pidió la absolución de los acusados.

*
* *

El 7 de diciembre recuerda á España—metrópoli de la colonia en armas—el afortunado encuentro de Punta Brava, donde la casualidad, ó el servicio equívoco de un delator, ó el arrojo de nuestras tropas, ó la sorpresa hábilmente preparada por Weyler y Ahumada y bien conducida por Cirujeda—nosotros creemos, sin que sea este el caso de ahondar en el asunto, que de todo ello pudo haber un poco, pero que el principal agente del suceso fué el Destino, en aquella circunstancia favorable á España y adverso á Cuba—recuerda, decimos, el hecho de haber quitado á la insurrección una de sus principales figuras, indudablemente de las más simpáticas por su arrojo, por su lealtad, por sus condiciones perso-

Antonio Maceo

nales y sobre todo porque fué un enemigo franco que jamás se vendió para luego traicionar al comprador...

Esa fecha, por otra parte, recuerda á Cuba las hazañas de uno de los hombres que más hondo sintieron el ideal de independencia, sacrificándose por él con tesón ejemplar y con pericia que muchos profesionales del arte de la guerra pueden tomar como modelo.

Y á los unos y á los otros, á los propios y á los extraños, extinguidos rencores y apasionamientos, les invita á honrar la memoria de un digno émulo de los Kosouth y de los Garibaldi:

Suscribamos lo que Curros Enríquez dijo en la sección que á su galana pluma tiene encomendada *El Diario de la Marina:*

«...Y como todos los años en este día, nosotros que hemos sido sus adversarios—y no lo fuéramos de no haber reconocido su valía—nos descubrimos ante su sepulcro. Sólo ante el altar de la divinidad y ante las tumbas de los padres y de los héroes de la patria es decoroso al hombre doblar la rodilla. Y quien quiere ese honor para Mandonio y Viriato, para Daoiz y Velarde, no puede negárselo á Maceo»...

X

Amigos y conocidos

Presentaciones de Morote.—*Dones* y señores.—De redacción en redacción. —Periódicos y periodistas.—El Rajah del Cerro.—Llueven postales.—Athanasius y el *Conde*.—Un día con Juan Gualberto Gómez.—La Embajada de la *paella*.--Pintores, dibujantes y caricaturistas.

—¿El señor don Manuel Serafín Pichardo?

—... Servidor de ustedes. Pasen adelante.

Los tres puntitos puestos inmediatamente á la cola del segundo guión indicador del diálogo, quieren decir que el caballero que contestó á nuestra pregunta lo hizo después de un instante de silencio, un instante brevísimo de silencio, en el cual, á pesar de su infinitesimal duración como lapso de tiempo, se contenía una no exigua cantidad de asombro y de disgusto.

Imprudentemente, por olvido, por falta de costumbre, habíamos empleado el *don* dirigiéndonos á un cubano. Y en la Habana no debéis llamar *don* á ningún blanco, sopena de cometer una grave incorrección y hasta probablemente dejar entender que

tratáis con desprecio á quien os refiráis dándole tal título ó fórmula de tratamiento.

Sólo á los negros se les dá el *don*. Y como á pesar de todas las democracias y de todos los progresos habidos y por haber, subsiste el prejuicio de la superioridad é inferioridad de razas, los blancos, generalmente, han renunciado en favor de la gente de color el título de *don* y ellos se contentan con que les llamen *señores*, á secas, para distinguirse...

Nuestro paisano el egregio periodista y fogoso diputado Luis Morote—á quien desde aquí repetimos nuestros parabienes por haber pescado el acta y por los recientes vivas á la República con que obsequió en el Congreso á su jefe en periodismo y enemigo en política, el señor Canalejas—nos había dado en Madrid tres cartas para amigos suyos de la Habana.

Eran estos el Director de *El Mundo*, el poeta M. S. Pichardo y el prestigioso escritor Manuel Márquez Sterling.

—Con estas tres personas—nos había dicho Morote—les basta y les sobra para que los presenten á la sociedad habanera.

Y en efecto: Pichardo, en su acreditada revista *El Fígaro*, haciendo mangas y capirotes de nuestro Album en laboriosa selección de autógrafos que reproducidos en fac-símil causaron sensación, como suele decirse; Govín, entregándonos al cariño y á la bondad inagotables del señor Herrera, Administra-

dor y alma de *El Mundo*, el rotativo cubano más conocido en España y el que en Cuba ha revolucionado el periodismo en lo referente al precio y á la hora de publicación, se encargaron de que á la semana de estar en la capital no hubiesen grandes ni medianos que no nos conociesen y por lo tanto que no esperasen topar con nosotros á poco que se tratase de personas *intervieables* (?), ni chicos que en la calle dejasen de mirarnos con asombro, y tal vez con desencanto, al ver que íbamos vestidos como suele vestir la gente civilizada, y que el tamaño de nuestros pies no se salía mucho del tamaño ordinario, y que no llevábamos atada al brazo la cinta bicolor ó tricolor reveladora de la nacionalidad del *globe trotter*...

El genial Márquez Sterling no tuvo oportunidad de prodigarse á favor nuestro, tanto porque no llegó el caso de que fuera absolutamente preciso hacerle descender del empíreo de sus muy leídas y muy gustadas disquisiciones psico-socio-filosóficas, cuanto porque á dicho queridísimo amigo lo hemos tratado siempre con un respeto que bien podemos calificar de rayano en supersticioso...

Nos explicaremos: aparte el interno balanceo de reverencias que determina en nosotros todo hombre cuyo talento raya en lo que llamamos genial, hay en los rasgos fisonómicos y en el conjunto todo de la figura animada que responde al nombre de Márquez Sterling algo y aún muchos algos que os hacen deplo-

rar, cuando habláis con él, la pérdida en las costumbres del uso de uno de esos trajes de la antigüedad, propios de la idea que tenemos formada respecto á la indumentaria de los graves filósofos de Grecia, de los senadores romanos, de los sacerdotes druidas... Y se deplora también el ir á mordiscos con las *ces* y las *zetas* y las *elles* del idioma castellano, cuando lo propio en tal circunstancia sería conversar en una de las lenguas sagradas del antiguo Oriente...

La artística melena; el lacio mostacho; la frente espaciosa en cuyas prematuras arrugas, á poco que os fuera dado examinarlas con lente de potencia adecuada á la índole del examen, habríais de ver sin ningún género de duda la elaboración de ideas que ha lugar en aquel cerebro privilegiado; la especialísima expresión de unos ojos que no tienen ni grandes fulgores ni opacidades tristes; el tono melífluo, acariciador de una voz que parece invitar al misterio;... no sabemos, no podemos definir más esto que quisiera ser un análisis del personaje y de la situación, nos llevaban á la casa que nuestro hombre habita en el Cerro, en un estado de ánimo muy semejante al que debe ser el estado de ánimo del creyente camino de la pagoda, ó á la puerta de la mezquita, ó disponiéndose á la peregrinación á uno de los lugares sagrados para su fe; y estando de charla—bien que muy amigable y muy cariñosa por parte del huesped—en aquella casa, sentíamos un abandono, un desdoblamiento, un Nirvana interno, al-

go así como un naufragio de la propia personalidad en el mar de aquellos monólogos de euritmia que suponemos apropiada á cualquiera de las para nosotros ignotas liturgias de cualquier culto secreto...

Por decirlo de una vez, las primeras conversaciones que tuvimos con Márquez Sterling, á solas con él, en la placidez de su despacho de la casa del Cerro, nos hacían pensar—en nuestra ignorancia de los misterios teosóficos—que tal vez nosotros representábamos allí el papel de *Rupas* vulgarísimos bajo la influencia benéfica de un *Nirmanakaya* protector...

Por otra parte, y en oposición á las sensaciones arriba anotadas y que no están desprovistas de cierto carácter de vetusta grandiosidad ideal—si se tolera la frase—precisamente en aquella casa recibimos la primera rociada de modernismo en una de sus manifestaciones más inocentes al parecer pero que encierra en el fondo la cosa más cargante y molesta que se le pudo ocurrir á un inventor de molestias:

Queremos referirnos al hecho de que una sobrinita de Márquez Sterling—preciosa criatura que promete ser espléndida flor del vergel femenino habanero—fu' ı primera señorita cubana que nos pidió le esrıbiéramos una *posıal*...

Después, y como si la encantadora niña hubiese dado la señal de ataque, ¡fué un verdadero Himalaya de postales lo que se nos vino encima!... Tenemos la firme convicción de que por uno de los artículos de la misteriosa pero inexorable ley de las compen-

saciones, quedaron plenamente vengados en aquella ocasión, y en pocos días, los millares de hombres ilustrísimos, ilustres, medio ilustres y sin lustre cuya caligrafía se puede ver en nuestro Libro de Oro...

***

Firmando tarjetas nos sorprendió una mañana el genial Atanasio Rivero, que venía algo amoscado á pedirnos explicaciones por habernos permitido llamarle *Athanasius* en letras de molde.

Y como nosotros no estábamos muy dispuestos que digamos á tener un choque personal con un hombre que está acostumbrado á batirse, siempre victoriosamente y pluma en ristre, con cuantos follones y malandrines y bellacos é hi... de aquello tropieza en sus brillantes empresas de caballería periodística; pues nos preciamos de no ser follones, ni bellacos, ni lo otro, entendimos que el lance debía resolverse en la forma preferida por los hombres de pro: mediante un acta que se encargó de redactar el propio reclamante, cuyos son los siguientes párrafos; acta que vió la luz pública en forma de una de las saladísimas *Comidillas* que son el plato más sabroso que se sirve en la edición de la tarde del *Diario* de *la Marina:*

«Segarra y Juliá, esos errabundos periodistas valencianos que se dedican entre nosotros á la preparación de la *paella* y á la predicación de la extensión

universitaria de los *zaragüelles*, escriben al *Diario Universal*, de Madrid, entre otras crónicas, una que nos alude alta, magestuosa y justamente. Hablan del mosquito amarillo, y, á propósito de él nos ponen verdes, con cabo de oro.»

Luego de transcribir lo que el lector habrá visto en el capítulo «En vísperas de elecciones», referente al *stegomya* cazado en aquella redacción, añade Rivero por cuenta propia:

«No copio esto para darme el tono en *mi* menor que por bondadosa alusión me corresponde, sino para agradecer los adjetivos con que nos distinguen Segarra y Juliá, aunque protestando tímidamente del de «incomensurable» aplicado á Solís, y del de «filósofo» discernido al propio compañero; porque si efectivamente Solís tiene mucho de incomensurable, no lo es del todo, y, en cambio sí es incomensurable teólogo á prueba de ergotistas dominicos.

«Lo de *Athanasius* me cae de pistón, y lo de *Doctor* no me cae ni de pistón ni de perilla; porque aunque fuí muy desgraciado en muchas épocas de mi vida, no lo fuí tanto en alguna que cayese en las honduras lóbregas del doctorado.

«Soy, en realidad, enciclopédico y etnólogo y *Athanasius*... que, según los atenienses, quiere decir *inmortal* (debo á Giralt este *dato*, y lo hago público para que no se me levante el testimonio de que sé griego). De mi inmortalidad debiera hablar yo para que el lector se la supiese al dedillo, pero dejo esta

justicia á la posteridad, que me la hará á la medida»...

***

Ya que nos hemos enredado con uno del oficio, pasemos en cinematográfica revista de cariñoso recuerdo la respectiva casa de cuatro colegas de la Habana.

Indefectiblemente, por espacio de tres meses—los tres meses que pasamos en la muy simpática y muy hermosa capital de la simpatiquísima y hermosísima Cuba—todos los días, cuando no los dos, uno de nosotros no dejó de hacer la consabida visita, el cuarto de hora de charla, de «información», por el orden siguiente:

A las once de la mañana, á *La Lucha;* de doce á una, á *La Discusión;* por la tarde al *Diario*, y á las ocho de la noche, á *El Mundo.*

El primer saludo en la primera visita del día es para el *Conde Kostia* que está corrigiendo las pruebas de su cotidiana *Linterna mágica*, preso en la jaula del administrador, á la entrada de la casa.

Como el *Conde* es una de esas formidables autoridades de la péñola que lo mismo pueden hacerle una reputación á quien carece de ella que comprometer la fama de un «consagrado»—y esto con poco trabajo: lo primero, dedicándole un bombito al interesado; lo segundo haciendo al ídem el blanco de la crítica autorizada ó de la implacable sátira de

una pluma y de una firma que el gran público tiene en mucho—; y como él se hace perfecto cargo de su valer y de su prestigio en el mundo del papel impreso, nos da á estrechar tres dedos de su mano derecha más el mango de la pluma que ha conservado metido en cuña oblicua entre el dedo índice y el del corazón, de modo que la de gavilanes acerados señala simbólicamente á nuestro pecho, y bien puede ser indicación de cariñosa flecha de Cupido, crítico, ó arma blanca pavonada de negro en mano de un Pini muy experto en soltarle un volapié al mismísimo lucero del alba...

El *Conde* nos sonríe mefistofélica y bondadosamente; con bondad protectora, con mefistofelismo casi compasivo. Sus ojos, muy irritados por la constante lectura, nos envuelven en un chisporroteo de miradas rapidísimas, vertiginosas, que no se detienen haciendo cosquillas en la piel sino que penetran dentro, muy adentro, produciendo la sensación del termocauterio...

Por nuestra dicha, no tenemos en las vísceras ningún forúnculo...

Y el *Conde* se extraña de que al querer conocerle no hayamos querido pedirle nada... El comprende que, dado su poderío en los dominios de la opinión pública, quienes á la pública opinión viven entregados vayan á solicitar ó por lo menos á insinuar que cuentan con la ayuda de un *linternazo* con acompañamiento de trombones y clarines... Nosotros, en

efecto, no somos ya tan célebres que nos tenga sin cuidado el parecer y la recomendación de estas grandes autoridades de la crónica; pero nunca hemos mendigado el reclamo. Y esto es lo que le causa maravilla al *Conde*, á él que lo miran con ojos de carnero degollado cuantos llegan á la Habana y cuantos en la Habana viven entregados á lo que muy gráficamente se ha dado en llamar «la gran fiera»: el público.

Y nuestra actitud de modestia sin *pose*, parece que le agrada al *Conde*, como le agrada que nuestros artículos publicados en la prensa local rindan culto casi exclusivo á la literatura, «lo que ha parecido discordante en Cuba, donde la Euménide política arrastra todas las plumas»... Como asimismo á nosotros nos agradó mucho—hablando con toda sinceridad—lo que el *Conde* le dijo á Segarra, en dos columnas de maciza prosa, á raíz de su conferencia en el Ateneo; pues, gracias al puyazo del crítico, no se suicidó el conferencista, loco de remate cuando leyó en todos los demás periódicos de la Habana la abrumadora serie de calificativos encomiásticos que le dedicaron.

Aquel puyazo fué la sangría que evitó la congestión,... amén de que el interesado no dejó de ser para el *Conde*—hasta en el momento del salvador acto de cirugía menor—«un joven muy simpático» (¡al paciente se le hace la boca agua!) «conferencista ameno, elegante y muy aplaudido», «escritor

de gran modestia»... y esto bien vale que el *Conde*, por fueros de originalidad é independencia de criterio, cosas ambas que se demuestran opinando en contra de las mayorías para constituir la minoría por excepción, le pusiese peros al discurso de marras, *peros* con los cuales se da por muy honrado y satisfecho el conferencista, por venir de quien vinieron, y así rabien y pateen hasta la consumación de los siglos los imbéciles garrapateadores de estúpidos anónimos (y dese por contestado el escritorzuelo que nos envió á Santiago un infantil *envite* á poner en solfa «la nobleza y la hospitalidad de Cubita libre»... ¡Arre, so majadero!)

Ya estamos demasiado rato en la jaula de la planta baja de *La Lucha*, y arriba nos espera el Director, un catalán «aplatanado», el señor San Miguel, simpático como él solo, terrible en cuanto al juicio que le merecen las figuras y figurones de la política en ambos hemisferios. Y en aquel saloncillo donde, al entrar, se le ponen los cabellos de punta al más valiente, viendo las enormes panoplias «cuajadas» de armas que están pidiendo á gritos el famoso cuanto prudentísimo cartelito que á las suyas puso el héroe de Tarascón, allí, decimos, se cambia una frase rápida, un apretón de manos casi furtivo, una mueca amistosa con Eulogio Horta, con Modesto Morales, con el *caballeroso* Caballero, (reporter laureado) y con otros no menos apreciables redactores de la casa, que apenas si tienen tiempo para hacer aque-

llas telegráficas expresiones del saludo, pues el periódico va á entrar en máquina, y ya es sabido que este es el momento solemne por excelencia en toda redacción...

Más tranquilo, Juan Gualberto nos echa un brazo á cada cuello (al respectivo cuello de cada uno de nosotros, que somos dos) y echamos á andar, primero casi de cabeza por la escalera en espiral, luego á encontronazo limpio y á pisotones sucios con la gente que corre en todas direcciones—es la hora del almuerzo—por aquella estrecha calle de O'Reilly.

Y ambos cuellos, con los hombros correspondientes, se ven libres del abrazo-apoyo al entrar en el aristocrático Casino, en uno de cuyos cuartitos del famoso restaurant olvidamos ante una mesa heliogabálica que aquel día se han quedado sin la consabida visita los buenos amigos de *La Discusión:* Coronado, propietario-director del órgano oficioso—por lo menos—del partido moderado y por lo tanto del gobierno, campechano como él solo y que no ha olvidado aún que el *amigo* Weyler (¡lagarto, lagarto!) tuvo intenciones de echarle la zarpa encima; y el mantecoso Acevedo, y el cumplidísimo Esplugas, y el *taquigráfico* Tomás A. Juliá, y el poliglota López Miranda, y el infatigable príncipe del objetivo Rafael Santa Coloma, y el mayestático Eduardo Dolz, y el impulsivo (!) Portela,... y el parnasiano Jesús Castellanos, y Francisco Hermida, el descu-

bridor del jabón, queremos decir, del Japón,... y *tutti quanti*.

Después de pasar un día con el egregio Juan Gualberto Gómez, no sabemos ni nos importa saber si el ilustre diputado de la Asamblea Constituyente es *razista* ó deja de serlo, como alguien ha afirmado; ni si es lástima, como creen muchos *álguienes*, que tenga algo subido el color de la piel. Lo que sí afirmamos es que muy pocos hombres conocemos, dentro y fuera de Cuba, que le superen y aún que le igualen en conocimientos sobre las cosas de la propia nación y de las naciones agenas.

Una mentalidad de primer orden como es la mentalidad de D. Juan Gualberto, basta por sí sola para honrar á toda una raza, y con pocos ejemplares así que cuente de tanto en tanto la familia de color —en sus derivaciones y matices, desde el *betún* hasta el *café con leche*—mal año para los antropólogos de las sentencias condenatorias de pueblos y de razas...

Nosotros conocimos, no al fogoso orador de mitin, ni al polemista incisivo, ni al parcial de determinada agrupación política. Conocimos al hombre de vasta cultura, al estadista de grandes vuelos—así, sin rebajar una sola letra de la frase—al ejemplo admirable y digno de encomio del hombre nacido en determinada capa inferior del terreno social, y que, á fuerza de estudio, de constancia, de laboriosidad, de propios estímulos de su energía, de su

voluntad y de su temperamento, logra elevarse sobre el nivel de sus iguales para llegar al más alto nivel á que rayan—en la esfera del intelectualismo moderno—los más eminentes de sus compatriotas, precisamente aquellos que ni tienen el color moreno subido, ni peinan cabellos crespos, ni cuentan en su árbol genealógico ningún ascendiente que fuera esclavo...

Una de las notas, para nosotros más simpáticas, de la conversación con Juan Gualberto, es el grato recuerdo que conserva de Valencia y de los comunes amigos que allí hicieron cuanto pudieron para que le fuese menos sensible el destierro.

Cuando el camarero se presentó con una magnífica fuente de arroz con pollo—que debía estar exquisitamente cocinado pues es un plato que en Cuba hace perdonar al *menu* nacional el fárrago indigesto de los picadillos, tasajos y demás horrores—el anfitrión gritó con toda la fuerza de sus pulmones de bronce:

—¡Llévese eso!, ¡llévese eso, no sea que estos señores, embajadores de la *paella*, nos revienten con una reclamación diplomática!...

***

Echemos el rato á pintores y dibujantes ya que acabamos de recibir, *manchadas*, y bajo sobre con el membrete de la Escuela de Bellas Artes, unas

cuantas hojas de lo que en su día será «Album de Cuba»; y á mayor abundamiento, ahora que acaba de dejarnos un apreciable joven de la novísima generación de la melena mürgeriana y de la inmensa corbata negra, el cual apreciabilísimo hijo ó sobrino de Apeles ha venido á vernos—sin conocernos más que de referencias y sin tomarse la molestia de decirnos su nombre—con el solo objeto de despedirse de nosotros en vísperas de un viaje que, con miras puramente artísticas, va á emprender uno de estos días camino de Europa.

El asunto no puede estirarse mucho, pues el campo del arte, por lo que á las artes plásticas se refiere, es aquí terreno casi virgen, al igual que el terreno, propiamente dicho, de la mayor parte de la Isla. Como este, aquel tal vez oculte en sus fecundas entrañas el secreto de incalculables riquezas; pero, como aquel también, hasta hoy es mínima la proporción entre los frutos que produce y los que puede producir el día de mañana.

Una trinidad de primates impera absoluta, dictatorialmente, en el limitadísimo cielo de la pintura cubana: Romañach-Menocal-Melero.

Los tres, no juzgados sino simplemente apreciados por lo que de ellos hemos visto, representan, en la relatividad del ambiente en el cual se mueven, tendencias y procedimientos bien definidos y propios, digamos personales, de cada uno de ellos.

Hay en Romañach y en sus lienzos la caracterís-

tica del temperamento viril, robusto, macho, de un arte vigoroso, consciente y adueñado de los asuntos que interpreta y de los medios de expresión de que se vale.

Vemos en Menocal el artista de los clasicismos en la esfumatura de los matices, en el cuidado de la línea, en la elección de los asuntos entre mitológicos y alegóricos, en la sobriedad del colorido, prefiriendo las tintas atenuadas, los detalles apenas abocetados.

Los Melero, padre é hijo, tienen personalidad en los retratos al óleo, en alguno de los cuales tal vez si no *cromeasen* tanto el procedimiento colorista de la carne, habría ó parecería haber más arte, más espontaneidad, más verismo en el relieve que nos atrevemos á llamar plástico de los rasgos fisonómicos del personaje y en la independencia que debe haber entre la figura y el fondo. Bien es verdad que entonces, quien sabe si el cliente, pegando sus narices al lienzo, que es como observan las obras pictóricas muchos de los *mecenas* modernos, retrocedería protestando del parecido... ó imitando al ricacho baturro que le dió una mano de estropajo á un cuadro «para quitarle los pegotes»...

Hay en la actual generación artística de Cuba, simpático espíritu de estudio y de buena voluntad, condiciones que permiten creer y esperar en la formación de un gusto que pudiera muy bien llegar á ser si no escuela, una *manera* de arte nacional.

A este movimiento no es extraña la mujer, y entre los jóvenes y los artistas de segunda fila que conocemos, constituye una realidad muy halagüeña y una promesa segura el señor E. Olivera que es de la pasta de los buenos maestros; y conocemos trabajos meritísimos de M. Arias, pintor escenógrafo de primera fila, de Quiñones, muy experto en la composición de ambiente y asunto cubanos—tanto, que pudiera considerársele el *caposcuola* de la pintura épica nacional—y de Rodríguez Morey, discreto paisajista que interpreta acertadamente los trozos de *natura* tropical en los cuales son el tema obligado los crepúsculos de intensa policromía luminosa, el bohío y las palmeras.

De reciente ha llegado á la Habana el ilustre Amalio Fernández, y es de alabar el acierto del Departamento de Instrucción Pública que ha creado expresamente para el maestro una clase en la Escuela de Bellas Artes. El talento de nuestro compatriota, su conocimiento profundo del arte á que se dedica y el tesoro que ha traído en su cartera de apuntes y bocetos pueden hacer mucho bien á cuantos están llamados á dar sello y personalidad á la pintura en Cuba.

Un ramo interesante del dibujo, la caricatura, tiene aquí, entre otros, dos excelentes profesionales en los señores Torriente y Navarro que satirizan gráficamente y con éxito los sucesos y los hombres de la actualidad política, distinguiendo al primero

su tipo favorito el *Pueblo*, mientras que en el segundo nos parece más acertada la interpretación que da de los rasgos que distinguen á los personajes que su lápiz «acaricia»... y embellece.

Y no ha de faltarle nuestro aplauso al jóven Blanco que se distingue en la llamada caricatura impresionista, siendo el único que aquí la cultiva, y con envidiable éxito, por cierto, permitiéndonos aconsejarle que tenga sumo cuidado *en no exagerar* demasiado los atrevimientos, con los cuales no siempre salen del todo victoriosos quienes, como Forain en Francia y Sancha en España, son maestros en tales graciosísimas «locuras del carbón»...

XI

...Por las calles de la Habana

Gatas y perros.—De paseo.—El patrono de la Habana.—Un trayecto en *guagua*.—Monumentos.—«Romeo y Julieta».—En el café.—Cigarros y cigarrillos.—En el restaurant. — *¡Mea culpa!* — Vendedores ambulantes.— La pudibundez de un policía.—¡Fuego!

Ya que es de todo punto imposible dormir en esta casa en cuanto dan las seis de la mañana, vamos á ver si aprovechamos el madrugón forzado, trazando un boceto de «vida habanera», poniéndole por marco el tiempo que corre desde esta hora en que, quieras ó no quieras, nos vemos en el legañoso caso de saltar de la cama, hasta las doce de la noche venidera, en que, Dios mediante, podremos volver á casa sin gran peligro de encontrar *vivos* á los perros y á las gatas que no nos dejan dormir y que han de acabar con nuestra razón como han acabado ya con nuestra paciencia.

Son las «gatas» unas apreciables madrileñas y modistas por añadidura, las cuales comparten honestamente con nosotros el pupilaje de esta casa de

huéspedes. Son los perros una docena de estos también apreciables animalitos, que se pasan el día y parte de la noche haciendo coro con sus ladridos á la sinfonía de gritos, canciones, risas y demás excesos con que amenizan su trabajo y amenazan el nuestro las vecinitas de marras.

Y por si esto fuera poco, la patrona que por fortuna no tiene chiquillos, padece, por desgracia, de los nervios, con la particularidad de que las grandes crisis del sistema determinan en ella una grande excitación del adorable sentimiento materno y entonces llama á un precioso nene de la vecindad, hijo de padre yanki y de madre irlandesa, el cual muchacho no habla una sola palabra en castellano; pero, más que de las caricias y de los dulces con que lo obsequia la señora, gusta de jugar con una niña monísima, hija de la modista «principal», la cual niña si no pierde el timbre de voz que disfruta á los seis años, acabará indudablemente hasta con el recuerdo de la Patti.

¡Y las dos criaturas juegan y se divierten que es un primor!

—*Carmita, let us go into the square*—insinua el muchacho.

—¡Mamita, que este chico me tira del brazo!—chilla á todo pulmón la tiple en miniatura.

Ladran furiosamente los canes.

¡Tengo dos lunares!

. . . . . .

berrea con su voz de bajo profundo una de las modistas... Le da un ataque á la patrona...

—¡Ay madrecita mia!—suspira, también á grito pelado—otra de las «gatas»... Y digan ustedes si esto, que dura desde las seis de la mañana hasta media noche, no es suficiente para excusar que nos sintamos homicidas, infanticidas, canicidas, y para acabar de una vez, ¡suicidas!..

Salimos á la calle.

Comienzan á abrir sus puertas las casas de comercio, é inundan el arroyo las mangas de riego, y soñolientas gentes de servicio: negros de blanquísima indumentaria escrupulosamente engomada, y blancos de todas las tonalidades desde el rubio albino al verdoso aceitunado, comienzan á frecuentar los establecimientos de víveres, la *bodega*, la típica bodega de Cuba, que es una verdadera arca de Noé, donde lo mismo os venden media libra de jamón ó un «medio» de tachuelas, que un par de zapatillas filipinas, una vajilla de loza, ú os hacen un exquisito refresco de horchata de almendras, ó comprais un racimo de plátanos, ó elegís la tela para vuestras camisas...

Cruzamos la ciudad, desde Galiano á la Plaza de Armas, yendo á dar de narices en la ventanilla de distribución de la oficina central de correos.

Tanto á la entrada como á la salida, nos choca ver en la plaza que enfrentan los pórticos del Palacio presidencial y flanquean por la derecha las ar-

cadas del Senado con parte del anexo foso del vetusto edificio-fortaleza que ocupó la Real Maestranza y hoy ocupan los Archivos, y por la izquierda mezquinas construcciones sin ningún prestigio histórico; en aquella plaza cuadrada cuyo mejor adorno lo constituyen los macizos de césped y de palmas entre los cuales se levanta la efigie en mármol de Fernando VII—invitando á filosofar sobre el hecho curiosísimo de que, aquel rey que fue un *tio* para los españoles de la península, no lo hizo del todo mal con sus súbditos ultramarinos—allí nos chocó, decimos, ver inusitada concurrencia á tales horas.

Y era doblemente chocante que casi nadie hablaba.

Luego supimos el por qué:

Era la fiesta de San Cristóbal. Allí, en el lado de la plaza que da frente por frente á Palacio, se levanta el Templete que conmemora la fundación de la Habana. Y en esta capilla, mejor dicho, bajo una ceiba gigantesca, se dijo, en 1519, la primera misa y se reunió el primer cabildo municipal de la naciente ciudad.

Hoy la gente del pueblo visita lo que bien puede considerar como su cuna, y no olvida á su santo protector, el cual, según fama, concede cuanto se le pide en este dia mediante la condición de no hablar una sola palabra hasta el momento de formular la demanda del caso... Y por eso, sin duda, advertimos que en aquella inusitada concurrencia que

observamos en la Plaza de Armas son los menos los que hablan; y por eso también, no guardamos rencor hacia la buena mujer que no se dignó respondernos cuando le interrogamos sobre el supuesto programa de festejos.

Nosotros hemos querido cobijarnos un punto, piadosamente, á la sombra del ramaje de la hermosa ceiba que, si no es la primitiva, es su representante. Y ante el obelisco conmemorativo, hemos rezado la letanía de las heróicas remembranzas del pasado glorioso de nuestra España. Y en el interior del Templete, ante los cuadros que representan la reunión del cabildo presidido por Diego de Velázquez, la primera misa celebrada en aquel punto del antiguo puerto de Carenas y el acto inaugural del monumento, hemos repetido la consabida letanía... Y como no era cosa de dejar incompleta nuestra adhesión á la festividad del día, hemos ido á la cercana Catedral, donde el pobre San Cristóbal parece estar en actitud de perenne súplica al Niño Dios—á su divina carga—para que remedie el desaguisado quirúrgico que cometieron con él sus patrocinados.

Fue el caso que la imagen, como todas las del santo-gigante, era de proporciones adecuadas á las que es lícito suponerle á un hombre que se servía de una palmera como bastón y que acometía hazañas como la de pasar un río llevando á cuestas al mismo Dios con toda su obra... En la procesión anual con que la Habana festejaba á su patrono, este apenas

si podía pasar por ciertas calles, singularmente la del Obispo, por debajo de los toldos que son la característica de esta vía célebre. ¿Remedio á tal ininconveniente?: *rebajar* las exageradas dimensiones

El Templete

del santo. ¿Cómo?; pues, sencillamente, ¡acortándole las piernas!..

Es fuerza convenir en que hay santos predestinados á ser infelices en todas las latitudes.

Tenemos en Valencia un San Cristóbal á cuyo lado es un niño de teta el San Cristóbal de la Habana. Las mujeres, que son el mismísimo demonio

en todas partes—según opinión autorizada de preclaros varones que figuran en el Santoral—no contentas con discernirle el ingrato privilegio de servir de *coco* á los babosuelos irascibles, han hecho proverbial en Valencia la opinión de que el santo interviene en los asuntos domésticos, y son muchas las hembras que en cuanto soplan mogicones y bofetadas en el «sagrado» del templo conyugal, corren á apostrofar al pobre San Cristóbal, y lo mejor que le dicen entre sollozo y friega de árnica es

¡Patazas, manazas, cara de traidor!,
¿Por qué me has dado un hombre tan golpeador?
. . . . . .

***

Es la plaza de la Catedral el paradero de las *guaguas*, carruajes que, teniendo cierto parentesco con nuestros riperts y ómnibus, no son, sin embargo, ni lo uno ni lo otro.

Estos carros—que aquí ni por equivocación ó por aproximación les conceden tal nombre, pues este sustantivo tiene miras más aristocráticas y sólo se aplica á los coches de ferrocarril y á los tranvías eléctricos—la *guagua*, decimos, tiene, entre otros encantos de fealdad, de incomodidad y de peligro, el encanto de ser tirada por mulas, casi todas coevas de la que calentó con su aliento la cuna del Redentor, y guiada por un tipo especial de la clase

de aurigas que conduce el prehistórico armatoste con el mismo desenfado con que conduciría el más experto cochero un landó de llantas provistas de pneumáticos.

Para no dejar de conocer nada «experimentalmente» nos aventuramos á tomar pasaje en uno de estos vehículos, á los cuales, dicho sea de pasada, los tienen entre ceja y ceja la prensa y la autoridad municipal, so pretexto de que el buen gusto digamos estético de la vida exterior de una capital de primer orden está comprometido en la Habana por culpa de las *guaguas*.

...Y allá va la *guagua* dando saltos inverosímiles sobre el adoquinado, describiendo violentos zig-zags por la angosta calle, zarandeándonos de lo lindo, con peligro á cada instante de embestir á un coche ó á un carretón de vendedor ambulante, haciéndonos sudar pez derretida y arrancándonos un grito de espanto cada vez que su cuadrada mole de crugientes maderas y herrumbrosos hierros y podridas lonas se inclina sobre una acera con peligro de aplastar contra la pared á los inofensivos transeuntes...

Y el armatoste para pocas veces. Los pasajeros suben y se apean á toda marcha. El conductor arrea á sus pencos con despiadados trallazos en los descarnados costillares y con tremendos golpes de la fusta sobre la plancha de latón de la delantera...

Y corre endemoniada la *guagua* describiendo eses atrevidas, sin hacer gran caso de los timbres de coches y tranvías, sembrando la confusión entre los viandantes, que, con tácito ¡sálvese quien pueda!, dejan libre el arroyo refugiándose en esquinas y portales.

En la plazuela de Monserrate nos abre paso la gente subiéndose al terraplén del monumento á Alvear, el glorioso ingeniero militar español que hizo el canal que lleva su nombre y que dotó de excelente y abundante agua á la ciudad; obra magnífica y nombre de *héroe* del talento que compensan al buen nombre de la madre patria de muchas obras desastrosas y de muchos nombres de *héroes* de la ineptitud...

¡Corra la *guagua*, aunque nos lleve á chocar contra un árbol del parque próximo, pues es peligroso detenerse mucho en la estación de las comparaciones, sobre todo en estos tiempos de las leyes especiales para los delitos contra... aquellos héroes!!!...

Hemos salido con vida de esta vuelta casi en redondo al doblar la esquina del café Albisu, y ya queda atrás el monumento á José Martí, el «padre de la patria», cuyo talento y cuya abnegación merecían, por cierto, una obra más decente, artísticamente considerada, pues opinamos—y al que le duela, que perdone la franqueza—que el gran apóstol de la revolución cubana fué inmolado dos veces: la primera, en Dos Ríos, por las balas españolas; la

segunda, en Carrara, por el cincel, ó lo que sea, del cantero que labró su estátua...

¡Siga corriendo la *guagua* prodigiosa, que también estas divagaciones pueden ser pecaminosas!; y aquí donde la sangre bulle mucho, y la fantasía está siempre muy despierta, y la susceptibilidad es una señora que tiene entrada en todos los ánimos, y donde el «croniqueador» extranjero corre el riesgo de resultar pernicioso—para ciertos caballeretes que ni siquiera son cubanos—apenas aventure una opinión personal y sincera, hay que escribir con vaselina perfumada, clásica pluma de ganso y papel esterilizado...

¡Allá va la *guagua!*
¿Quién sabe do va?...
. . . . . .

Y como tenemos el presentimiento de que la infernal carreta va á irse de un momento á otro encima de cualquier ciudadano ó contra un poste de la luz eléctrica, facturándonos á los pasajeros camino de la delegación de policía ó de la casa de socorro, nos apeamos en Galiano, no lejos del punto de partida de nuestra excursión matutina, y seguimos á pié hasta Belascoain.

***

—Haga el favor, buen hombre: ¿la fábrica «Romeo y Julieta» está por aquí cerca?

—Miren, señores: ustedes siguen todo derecho por la otra acera de la calzada, y encuentran la fábrica *de* Romero (!) y Julieta,.. á ver, una, dos, tres,... sí, en la cuadra que hace cuatro.

Aunque pudiera resultar un chiste el decir que aquel amable transeunte nos enviaba al establo, no hay chiste posible cuando es sabido que aquí la *cuadra* corresponde á lo que nosotros llamamos *manzana*, manzana de casas.

Y como en verdad no debiera llamarse ni cuadra ni manzana, acatemos el sabio refrán que dice que «cada maestrico tiene su librico» y por aquello de que *le nom ne fait pas la chose*, contemos una sección de casas de esquina á esquina, dos secciones de casas, tres esquinas, y hétenos á la puerta de la fábrica de tabacos que tal vez nuestro momentáneo cicerone creyese propiedad de los *señores Romero*, *Julieta and Company*...

Ya que no los amantes de Verona—los cuales, que se sepa hasta hoy, no fumaban, tabaco al menós—nos reciben muy amable y muy señorilmente el popular Pepín Rodríguez y su socio el caballeroso señor Argüelles, dueños de la en todo el mundo conocida manufactura de tabacos.

Estamos en presencia de un caso notabilísimo de actividad mercantil bien dirigida y de justa compensación á los esfuerzos de la voluntad y al empeño de servir al público no diremos en este caso «bocado» pero sí «bocanada» *di cardinale*...

La marca *Romeo y Julieta* data del año 1873, pero sólo hace tres años escasos que pertenece á los señores Rodríguez y Argüelles.

En tan corto período de tiempo se ha llegado al siguiente portentoso resultado:

Cuando dichos señores se hicieron cargo de la fábrica, ésta producía un máximo de elaboración de

La Catedral

un millón de cigarros puros al año. En 1905, la producción alcanzó á *catorce millones* de tabacos... Y nos decía modestamente el modestísimo Pepín:

—El año próximo, terminados los trabajos de habilitación de nuevos talleres, podremos llegar á elaborar de veintiocho á treinta millones de puros, pudiendo así dar abasto á todos nuestros clientes de

Estados Unidos, Inglaterra, Alemania, España y Francia que nos abruman con pedidos que hoy apenas podemos servir...

Hace tres años, la fábrica empleaba á 20 tabaqueros. Hoy tiene un total de 900 operarios.

Y al lado de estos datos que son el elogio más elocuente que puede hacerse de la pericia y de la suerte de un industrial, es de justicia colocar un rasgo de artista del amigo Rodríguez:

Este tuvo el año pasado la originalísima idea de comprar la casa famosa de la familia Capuleto, en Verona, donde diz se arrullaban los célebres amantes inmortalizados por Shakespeare, con intención de restaurarla en el sentido de devolverle su carácter primitivo é instalar en uno de sus locales un espléndido muestrario de los productos de la fábrica que tiene por marca el nombre de la enamorada pareja...

No ha sido realizable el curioso proyecto, por haber el municipio de Verona expropiado dicha casa para conservarla como monumento de la ciudad.

***

Topamos en la calle con un amigo, el cual, al saber que dedicamos la mañana al capítulo del programa «cigarros y cigarrillos» nos brinda una visita á una fábrica del *Trust* dedicada exclusivamente á la elaboración de pitillos.

Pero, antes, según nos dice, es conveniente contrarrestar los efectos del calor tomando un refresco en el café de la esquina.

Entramos en el café.

—¿Qué va á ser, señores?—pregunta el camarero muy obsequiosamente, con obsequiosidad que en los mozos de café cubanos supera en mucho á la de sus colegas de cuantos países conocemos.

—Lo que estos caballeros digan—contesta el amigo que nos ha invitado.

Y como estos caballeros se perecen por todo lo que es indígena, propio del país; y como uno de sus gustos predilectos en Cuba es el de los refrescos—de los cuales hay aquí una variedad cuya nomenclatura y recetas correspondientes formarían un tomo respetable—piden un refresco, pero un refresco *raro*, algo que no hayan probado todavía.

—Tráigales usted dos ensaladas.

Protestamos. Lo de *ensalada* nos huele á choteo; y como esta es la tierra del ídem, de la guasa viva, inofensiva, *spiritosa*, cargadita de sal y pimienta, se nos figura que el amigo ha pensado:

—«¿Queréis una cosa rara?, pues nada mejor que una ensalada de lechuga y tomate, cargadita de agua y de vinagre, lo cual á estas horas y en este sitio es bastante raro y no menos refrescante».

No nos ha valido la protesta, y ensalada ha sido lo que nos hemos echado entre pecho y espalda. Por el momento no ha habido *choteo*, sino un vaso des-

comunal en cuyo contenido «descubrimos» los siguientes componentes del refresco: jarabe de grosellas, limonada gaseosa, el hielo correspondiente, una roncha de limón, otra de piña, azúcar... y no garantizamos que esté completa la receta.

***

En el paseo de Carlos III, nombre y monumento que la República ha conservado como justo testimonio de gratitud por parte de Cuba al simpático monarca, entramos en una de las fábricas del *trust* tabaquero *Havana Tobacco C.º* que logró acaparar el 85% de la elaboración total, poseyendo en la fecha treinta y tres marcas de cigarrillos, entre ellas las tan acreditadas de «Cabañas», «Pedro Murias», «Flor de Cuba», «Henry Clay» y «P. Rabell».

El espectáculo aquí es del todo diferente al que ofrecen los talleres de la fábrica de puros. Allí, un silencio casi religioso preside el trabajo de centenares de hombres; la elaboración es á mano, sin ruidos de máquinas ni aparatos. Los tabaqueros, cada uno en su banco, atiende al delicado trabajo que lo ocupa, elaborando vitolas y brevas de alto precio... Aquí, los ingeniosos aparatos de trituración del tabaco, de elaboración de pitillos blancos, pectorales, engomados, sueltos, dominan con el chirrido de sus mecanismos de relojería sobre el vertiginoso trabajo de centenares de mujeres que preparan el

papel en interminables cintas, empaquetan, colocan los cupones de premio, hacen las *ruedas*, etc., etc.

La característica distintiva del ramo «tabacos» y del ramo «pitillos», la encontramos nosotros en los *cupones*, por lo que atañe al segundo; en el *lector*, por lo que afecta al primero de dichos ramos:

La despiadada competencia entre el *Trust* y los fabricantes independientes ha determinado una verdadera epidemia de encerrar vales en cada paquete de cigarrillos, vales que luego se cangean por determinados objetos cuya importancia va desde una pastilla de jabón ó un cromo á máquinas de coser, escopetas, relojes de oro y otros objetos de valor, según la cantidad de cupones que se presentan al cange. Esto será muy indicado para cazar parroquianos entre la gente propensa á tragar los multiformes anzuelos del reclamo moderno, pero parece que no satisface del todo á los fumadores de buena ley, ya que, como es muy natural, parece que guarda cierta proporción la locura de los cupones con la inferior calidad del tabaco empleado en la elaboración de pitillos...

El *lector*, en las fábricas de puros, constituye uno de los casos más curiosos y simpáticos que pueden darse en un taller:

Trabajan en silencio los operarios, atentos tanto á su labor cuanto á lo que lee en voz alta un individuo colocado en lugar conveniente para que sea oído por todos los trabajadores de la sala. En las

fábricas grandes ó en los talleres de excesivas proporciones hay tantos lectores como secciones de tabaqueros.

Estos eligen por votación á los aspirantes á tal cargo que está retribuido espléndidamente y que no es tan fácil de desempeñar como pudiera creerse.

El *lector* ha de tener no solo una voz sonora y expresiva, sino el secreto de dar á lo que lee la expresión musical adecuada al oído de una gente que, como los cubanos en general, gustan de cierto sonsonete, de cierta cadencia rítmica que constituye la mayor dificultad para quien no está educado á tal gusto eufónico.

Los operarios pagan al *lector* de su peculio particular, y repetimos que hay quien se saca un sueldo espléndido.

También se someten á votación las obras á que se debe dar lectura, y anotamos el detalle interesante de que el libro preferido, por lo general, es el *Quijote*, y los autores que resultan más favorecidos en estos curiosos plebiscitos literarios de los tabaqueros cubanos son Galdós y Palacio Valdés.

***

Humea en la sopera un exquisito caldo gallego, y acabaría por enfriarse si hubiéramos de elegir *á priori* los platos de que ha de componerse nuestro

almuerzo; tal es la preocupación que nos da la lista del menú.

La cocina genuinamente cubana no es en absoluto de nuestra devoción:

El «arroz blanco»—hervido con agua sola—nos parece muy bueno para ciertas cataplasmas en que son maestras las comadres de nuestra tierra. Los frijoles, el plato nacional como quien dice, los vemos hasta en sueños. De picadillo y de tasajo *liberanos Domine*; los plátanos, más que fritos los preferimos al natural, y eso que uno de nosotros los mira con marcada antipatía desde que en Tenerife se dió tal atracón de ellos que por poco revienta... La carne no se distingue por lo nutritiva. El pescado es excelente. La serie de tubérculos y raíces—para nosotros exóticos, como el ñame, la yuca, la remolacha y otros, nos van conquistando el paladar poco á poco. Y, ¡horror de los horrores!—de seguro que los cubanos van á excomulgarnos—en dos meses largos de permanencia en la Habana... ¿lo decimos?, ¡abominamos cordialmente del celebérrimo aguacate, la tan ponderada «mantequilla vegetal»!!!... Perdónese la heregía que acabamos de confesar, pero, la franqueza ante todo.

Será una perversión, una atrofia parcial (!) del sentido del gusto; será una desgracia; pero, señores, el aguacate no ha podido entrarnos, ni en píldoras... Y con la misma lealtad con que declaramos nuestra inmensa desdicha, prometemos solemnemen-

te rectificar el error en cuanto el célebre fruto tropical se adueñe de nuestra membrana paladial, cosa que de seguro sucederá un día ú otro según la profecía de personas peritas en el asunto.

Llega hasta nosotros el rumor de colmena del vecino mercado, y por la populosa barriada se oyen los gritos de los vendedores ambulantes, clase mercantil que aquí tiene su sello especial, característico:

Empujando su carretón de manos, pasa el pregonero de frutas con su circulante escaparate de cuyos travesaños cuelgan racimos de plátanos de varias clases y denominaciones: los descomunales *verdes*, para cocina, los sabrosos *dátil*, *manzana* y otras variedades que son los preferidos como postre... En el carretón campean en el puesto de honor las doradas piñas de verde penacho, «la fruta más bella que nace en las Indias», como dijo un poeta; y completan la carga limones tamaño de una nuez, de corteza extraordinariamente fragante; naranjas y limas de diversas clases; el mamey colorado cuya pulpa se asemeja mucho, por el color y por el gusto, á nuestra «calabaza al horno»; los amoratados aguacates, el delicioso anón, fruta que nosotros saboreamos con embeleso casi respetuoso, pues la delicadeza de su aroma parece como invitar á paladearla no sabemos si decir idealmente, en inexplicable arrobamiento del olfato y del sentido del gusto...

Y el vendedor ambulante grita que se las pela:

—Traigo platanitos,.. platanitos dátil,.. naranjas de la China,.. á la china dulce,.. y piñas del Caney,.. y un coco de agua...—pregón interminable, canturreado con cierta música quejumbrosa en cuya melodía somnolienta se pierden las *elles* y las *erres* de las palabras.

Vendedores de frutas

...Por el arroyo corre á saltitos de gorrión, bajo el enorme peso de sus banastas colgadas á modo de balanza de luenga pértiga, el chino vendedor de hortalizas; y de su cantinela monótona, chillona, si que no entendemos ni una sílaba.

...Muy serio anda un tipo por la acera repiqueteando el campaneo de su triángulo; es el vendedor de barquillos. Por la otra acera camina también

muy serio, pregonando con gritos guturales, gritos de loro, su estrambótica mercancía, el vendedor de tamales—estrambóticos pasteles de cocina compuestos de tocino salado revuelto en masa dulce de maíz.—Y á todos vence con sus aullidos de obsesionado el vendedor de cacahuet tostado que no da un punto de reposo á su garganta chillando:

—¡Maní!... ¡Maní!... Maní!... Maní!...

A la puerta del restaurant, vemos, por primera vez desde que estamos en la Habana, un mendigo que pide por señas un pedazo de pan. Y se va tan contento despachando por turno riguroso media docena de panecillos, mejor dicho, tercios de *flauta*, que flauta llaman aquí á las libras de pan, del pan exquisito que es de las cosas mejores que tiene la capital en el capítulo de comestibles.

El de los postres merece párrafo aparte. Y se nos ha de perdonar nuestra enemiga al aguacate, cuando declaremos que otra aparente rareza gastronómica nos tiene conquistados en absoluto: nos referimos al dulce mezclado con queso;... queso blanco con piña en almíbar, queso gruyére con pasta de guayaba, queso holandés con dulce de coco, queso partagás con mermelada de naranja...

***

Declina el día y con él la luz, y al devolvernos al centro de la vida bulliciosa de la Habana, al Par-

que, el enervamiento del clima y de este ambiente voluptuoso como pocos, triunfa sobre el enervamiento del cansancio y del calor para llevarnos siguiendo los pasos de un grupo de graciosas criollitas que pasean lenta, perezosamente, en acariciador balanceo de sus formas esculturales, más esculturalmente tentadoras cuanto que se recatan apenas dibujadas en deliciosa esfumatura de curvas tras los encajes y los colorines de sus vestidos de muselina.

Al pasar frente al recién construido palacio del *Diario de la Marina*, cejamos repentinamente en la inofensiva persecución ó seguimiento del grupo de criollas, pues nos asalta el temor de que con ello hagamos obra pecaminosa. Y caemos en la cuenta de la posibilidad de tal falta, allí precisamente, porque recordamos que las dos cariátides que adornan el chaflán de la nueva casa del *Diario*, hace poco que han sido objeto de una denuncia policíaca por considerarlas atentatorias á la moral del ornato público!!!...

***

Vamos camino de nuestro *furnished room*—hay que soltar de tanto en tanto alguna palabreja inglesa, aunque uno mismo no sepa lo que dice, pues aquí todo el mundo tiene en la boca el *all right* á cualquier hora y en cualquier circunstancia;—vamos, decimos, camino de la casa de los perros y las gatas, esperando que nuestra buena suerte nos de-

pare la ventura de que los primeros hayan ingerido una píldora de estricnina por cabeza, y que las segundas—no seamos inhumanos en nuestras exigencias—hayan tenido que abandonar la costura «gracias» á alguna fuerte migraña colectiva que no haya respetado ni siquiera á la patrona...

El aspecto de la calle, casi solitaria, tiene sus encantos á esta hora avanzada de la noche.

Las tiendas cerradas, tienen iluminados profusamente los escaparates, y de tanto en tanto avanza á toda marcha el convoy luminoso de un tranvía cuyo timbre nunca en reposo parece llevar el compás en la sinfonía de timbres de los coches de alquiler. Y representan el papel de paréntesis de mal oliente prosa en la indudable poesía que tiene este aspecto de la fisonomía nocturna de la Habana, los cajones de basura que los vecinos sacan á la calle para que los recojan los carromatos de la limpieza pública...

De pronto suena á lo lejos un pito, y otro pito responde al anterior, y á poco, centenares de pitos extienden la invisible red de sus trinos metálicos por todos los ámbitos de la barriada.

Es la señal de fuego.

Y aquí viene pintiparado el justo elogio que merece el excelente cuerpo de Bomberos de la Habana.

No constituye una excepción, sino que es el caso habitual, cotidiano, el hecho asombroso de que diez

segundos después de recibido el aviso de incendio, esté fuera del parque la primera bomba.

Los caballos se enganchan ellos mismos por medio de un sistema automático curiosísimo; las bombas tienen constantemente encendida la caldera...Y en cuanto los transeuntes y los cocheros oyen á lo lejos el potente timbre de alarma de aquellas máquinas con ruedas, todos procuran ponerse en salvo, pues los carros del servicio de extinción de incendios gozan del privilegio de atropellar á todo bicho atropellable con tal de llegar pronto al lugar del siniestro.

Nosotros hemos sido espectadores del siguiente caso:

Hubo una explosión de gas en una tienda, precisamente cuando pasábamos nosotros por frente á la casa. Previendo que los bomberos no tardarían en llegar, echamos mano á los relojes. La estación más próxima distaba un kilómetro largo de aquel sitio. No habían trascurrido dos minutos aparecía echando chispas por todos lados la primera bomba...

XII

El Centro Asturiano

La obra del patriotismo.—Pocos, pero buenos.—Muchos, y poderosos.—El espíritu de asociación.—Palacio suntuoso.—Asturias en Cuba.—Descendientes de Pelayo.—18.000 asociados.—«La Covadonga».—Un hospital que no lo parece.—La obra del doctor Bango.—Directiva obsequiosa.—Si Lister resucitase.—El lujo para los humildes.—Lo útil en lo agradable.—Milagros de la voluntad.

Inauguramos con esta una serie de crónicas que es de rigor, por ser de estricta justicia, dedicar á uno de los particulares más interesantes de la vida habanera.

No tenemos noticia de que exista, ni probablemente existe en el mundo, otra ciudad que tenga algo parecido á lo que aquí se conoce con el nombre de «Sociedades regionales españolas».

Son las principales, las que dan el sello del carácter que distingue á este curiosísimo fenómeno societario, los llamados Centro Asturiano, Centro Gallego y la Asociación de Dependientes del comercio.

Las enumeramos y de ellas hablaremos por el

orden, no de su importancia—pues entre las tres no existe ninguna diferencia esencial con respecto á este particular—sino por el orden en que las visitamos, prometiéndonos dedicar preferente atención y lugar de honor en nuestra cartera de notas al estudio de las fases todas de su maravilloso desarrollo y al estado actual de su nunca estancada prosperidad.

Una visita al Centro Asturiano, deja en el ánimo de quien va allí por vez primera la impresión de que aquellos salones regios, verdaderamente regios (sin hipérbole) suponen, por lo que afecta á su sostenimiento, la asociación—para hacer alarde de riqueza—de algunos millonarios.

La quinta de salud La Covadonga, que merece y tendrá sección aparte, os hace pensar en fabulosos legados de algún potentado del Vellocino que con esa medida póstuma quiso devolver á la desgracia parte de la fortuna que tal vez amasó con las lágrimas y la sangre de muchos infelices.

Y el asombrado visitante se queda con tamaña boca abierta cuando oye decir que aquel salón de fiestas, incomparable por la vastidad de sus dimensiones y por la riqueza de su decorado; y aquella sala de Juntas, lujosamente paramentada; y aquella biblioteca que pueden envidiar muchos Ateneos y Academias; y aquella bien ordenada sección de Instrucción, donde centenares de socios é hijos de socios aprenden desde los primeros rudimentos de

la enseñanza hasta dibujo, francés é inglés, teneduría de libros y aritmética mercantil, taquigrafía, escritura á máquina, etc. etc.; y aquellas oficinas, y la suntuosa escalera de honor, y las salas de honesto esparcimiento: los billares, el *buffet*, la galería de tresillistas... Y allá, en la señorial quinta del Cerro, el parque espléndido en la magnificencia de sus bosques y alamedas; los pabellones, encerrando un verdadero derroche de lujo y coquetería puestos á contribución en el empeño de alegrar al mismo dolor, de quitarle á las miserias del cuerpo enfermo su carátula contraída por las muecas del sufrir; en aquella sala de operaciones que no la tiene mejor ninguna clínica europea; en aquel salón de hidroterapia y gimnasia que es preciso ver para darse exacta cuenta del exquisito refinamiento que en su instalación ha presidido...

Viendo todo aquello, decimos, se queda suspenso el ánimo, dudando de si os dicen la verdad ó es que tratan de engañaros cuando oís afirmar con la mayor naturalidad del mundo que en toda aquella magnífica exposición del buen gusto, hermanado con la utilidad, no tienen nada que ver los millones de ningún sindicato de ricachos más ó menos chiflados, ni la disposición testamentaria que le dictó á algún mimado de la fortuna el remordimiento ó cierto snobismo filantrópico *in artículo mortis*...

Todo aquello y algo más que no se ve—pues para verlo habría que asomarse á la caja de depósitos de

alguna casa de banca—lo han creado y lo sostienen gentes modestas, insignificantes algunas de ellas.

Todo aquello lo ha hecho el espíritu de asociación bien encauzado y desarrollado por el esfuerzo de la colectividad.

Parque de la Covadonga

Todo ello es hijo de los entusiasmos de muchas voluntades aunadas en el propósito de ser grandes y poderosos socialmente, quienes, tal vez, no son nada ni nada significan considerados individualmente.

Todo aquello es el fruto de la perseverancia que es la encargada de demostrar la verdad del dicho que muchos conocen y pocos practican: «QUERER ES PODER».

Porque poco, muy poco *podían* los treinta jóvenes asturianos que hace veinte años, aún no cumplidos —en 1886—fundaron este Centro.

Nosotros vemos en el salón de la Directiva los retratos de algunos de ellos.

Nos cuentan la historia de sus comienzos en Cuba:

En su mayoría eran modestos hijos del trabajo... *Podían* poco, pero QUERÍAN... Y por la sola virtualidad de querer una cosa, los que fueron capaces de labrarse un bienestar relativo lejos de su patria, y hasta en algunos casos volver al amado terruño natal convertidos en opulentos hacendados ó rentistas, lograron también formar un núcleo de compatriotas, y el núcleo se ensanchó, formando constelación de actividades y de entusiasmos, y surgió un mundo como consecuencia de aquel proceso genesiaco, y se realizó el milagro de que el Centro Asturiano llegase á ser en la Habana un segundo Principado cuando la Habana era española, como es un pedazo de España ahora que la Habana pertenece á Cuba...

Miles y miles de socios—la cantidad está en constante oscilación de altas y bajas, pero nunca es inferior al número 18,000, habiendo llegado en febrero último á 22,000;—un edificio regio (repetimos el calificativo porque no encontramos otro más adecuado) de su propiedad; una Casa de Salud para la cual no hay en el idioma adjetivo bastante encomiástico; una fuerza social efectiva, como se desprende del hecho de que el Gobierno de la República solicita el consejo y el apoyo de esta y de las otras entidades regionales en todo cuanto atañe á los problemas que se relacionan con la expansión de la riqueza cubana...

Eso es el Centro Asturiano: el testimonio más elo-

cuente de que las aspiraciones socialistas se resuelven, no con sermones y programas y discursos y jefaturas, sino por la unión verdadera y desinteresada de muchas voluntades cooperando á un solo fin.

Carlos Marx invitó á unirse á los proletarios de todo el mundo... De que fuese escuchado el famoso llamamiento no conocemos ejemplo más elocuente que el que ofrecen las Sociedades españolas de la Habana.

¡Y eso que—lo juraríamos—los fundadores de estas Sociedades, en general, y en particular los que pusieron la primera piedra de esta obra magna que se llama el Centro Asturiano, tal vez no conocían ni de oídas al célebre sociólogo!...

***

El Centro Asturiano que nació de la buena voluntad de unos cuantos abnegados, pobre, sin domicilio propio, debiendo en los comienzos de su vida obscura y no bien definida ocupar un local de prestado, pronto manifestó cuál fuese el espíritu que animaba á sus modestos fundadores, los cuales se metieron de cabeza en el quijotesco empeño de adquirir un edificio en el punto más céntrico de la ciudad.

También en esto, como en todo, venció la firmeza en el propósito y el decidido tesón de llevarlo á cabo.

No había dinero contante y sonante, pero se tenía

á mano una de las muchas variantes de la asociación—la más rudimentaria, la más modesta, pero por ello también la más heroica—: la de los pequeños y hasta mínimos capitales individuales que pueden llegar á formar un capital considerable.

La suscripción voluntaria entre cuantos asturianos y no asturianos sintieron al unísono de aquellos pocos temperamentos que dirigían los destinos futuros y las angustias del momento de la naciente sociedad, dió por resultado la realización en breve plazo de lo que pareció y era en efecto un problema magno.

El Centro marchaba viento en popa. En el edificio que acababa de adquirir—toda un ala de la manzana del teatro Albisu—tuvieron los socios todo género de esparcimientos del espíritu y de la imaginación, pudiendo distraerse allí, en las horas libres del rudo batallar por la existencia, frecuentando el gabinete de lectura, las salas de juegos lícitos, y organizando veladas y saraos en los cuales la gran familia asturiana se encontraba en su casa, fraternizando todos en la expansión de los recreos, en la intimidad del roce casi cotidiano.

Pero, llegado el momento de la desgracia, cuando la salud sufría quebranto, cuando la enfermedad llamaba á la puerta de un organismo aquí acechado continuamente por los rigores del clima, era preciso acudir á los hospitales ó á las casas de salud fundadas con miras puramente mercantiles ó de explotación, donde, en el primer caso, atendían al enfermo

como puede hacerlo la caridad no siempre debidamente hermanada con la ciencia; y en el segundo, con arreglo á la cuantía de la dieta ó pensión que pagaba el interesado.

Era necesario, pues, absolutamente necesario, que las ventajas y comodidades del centro de recreo tuviesen una sucursal en el centro del sufrimiento; y que este no se aumentase con el dolor moral de verse entre personas extrañas qne llenan sus deberes por imposición de un voto ó con arreglo á la pauta que les señala un «empresario de enfermos». Era preciso acometer el problema de que en el sanatorio de los cuerpos no enfermasen las almas; y que el desgraciado que perdía la salud no se considerase recluido en la cárcel de un hospital poblado de ayes, y constante escenario de espectáculos deprimentes, con sus filas de camas en las cuales se exhiben todas las miserias de la imperfecta envoltura humana, y donde el paciente está obligado á sufrir la visión de su triste estado en el estado tristísimo de quienes le acompañan en el ingrato hospedaje de la tétrica mansión...

Surgió «La Covadonga»... como había surgido el Centro: de un modo milagroso ó poco menos; por virtud de la voluntad y de la constancia.

En marzo de 1897 estaba la nueva Casa de Salud en condiciones de recibir enfermos.

La magnífica quinta de los señores de Herrera se había convertido en sanatorio modelo.

Soberbia avenida que flanquean umbrosos árboles que creeríais centenarios si olvidáseis que en estos climas tropicales las plantas se improvisan, mejor que crecen, nos lleva al pabellón que ocupan las oficinas, donde nos reciben con honores que lealmente declaramos no merecer, el presidente del Centro, señor Bances y Conde, el administrador de la quinta don Ramón R. Membiela, el capellán de la misma, canónigo don Celestino Rivero y otros distinguidos empleados de la casa, entre ellos varios señores del cuerpo médico y cuyos nombres sentimos muy de veras no recordar en estos momentos.

Apenas hechas las presentaciones de rigor por el obsequioso Lucio Solís que con otros amigos nos acompaña, comienza nuestro asombro con la visita á los departamentos de aquella suntuosa morada, cuyas excepcionales condiciones de antigua mansión señoril se han conservado intactas en lo que se refiere á bosques y jardines, alejando del ánimo toda sensación de angustia, pues aún codeándonos con los enfermos, y entrando en sus cuartos, y en la farmacia, y viendo el arsenal quirúrgico, y los aparatos ortopédicos, y todo el menaje de lo que, después de todo, no es sino un hospital, no pensábamos que se tratase de esto sino de un museo de aficionado á la ciencia médica, un jardín público adonde van á tomar el sol los convalecientes, un parque por cuyas alamedas de palmeras y floridos arbustos pasean algunos viejos achacosos y algunos jóvenes

con la color quebrada, un palacio en el cual viven varios copropietarios del mismo, alojados de dos en dos en habitaciones sencillamente lujosas, á dos pasos de una sala de baños como no la tiene ningún alcázar de magnates, y pudiendo mandar á una le-

Pabellón de enfermos

gión de criados que se desviven por atenderles solícitos en todos los menesteres... Esto es lo que nos pareció «La Covadonga».

Ya anunciamos al hablar del Centro, que el salón de operaciones es una maravilla, y que el destinado al ramo de las curas hidroterápicas es un portento, un verdadero exceso de lujo hasta en los detalles más insignificantes.

Del primero se hace el elogio más cumplido al

asegurar que, si el gran Lister volviese á la vida y se asomase á uno de los ventanales de aquella vasta pieza ovalada, y se mirase en el brillante estucado de sus paredes, y maculase con sus pies el níveo pavimento de mármol purísimo en su blancura, é inspeccionase con la escrupulosidad propia de su obra de precursor de la asepsia moderna los aparatos productores del calor húmedo bajo presión para desinfectar los instrumentos quirúrgicos, y las estufas de glicerina y las de triometileno para esterilizaciones rápidas, y se asomase al gabinete de *toilette* de los cirujanos, y en fin, pudiese hacer la crítica de esta soberbia instalación, de seguro que se volvería satisfecho al seno de la Inmortalidad donde reside, orgulloso de unir su nombre en la dedicación de este pabellón al nombre del meritísimo doctor Bango que proveyó con su pericia á crear un establecimiento operatorio de primer orden.

En cuanto á la segunda de las instalaciones nombradas, la sala, ó mejor dicho las salas de hidroteterapia, gimnasia y masaje, confesamos nuestra insuficiencia descriptiva para dar debidamente idea aproximada de aquella soberbia piscina central en perpetuo hervor de agua constantemente renovada; y del cuarto tocador, y del salón de espera, y de los baños rusos, turcos, de vapor, calientes, eléctricos, químicos, de sumersión; y de las duchas de lluvia, circulares, de látigo, de «alfileres»; y del gimnasio con su equipo medicinal completo de barras parale-

las, cuarto círculo, instrumentos para medir la oblicuidad de la pelvis, la elasticidad de los pulmones, las dimensiones del pecho, silla abdominal, soga inclinada, aparatos para ejercicio de remo, de la cabeza, de los tobillos, etc., etc., etc...

Queda muy incompleta nuestra relación—nos consta—pero renunciamos á seguir enumerando lo mucho y bueno que encierra «La Covadonga».

Aunque á ella dedicásemos un volúmen, habríamos de quedarnos cortos en la enumeración de los detalles y en el elogio debido á su conjunto admirable.

Esa es la obra portentosa que han llevado á cabo los sucesores de aquellos treinta heróicos asturianos que se reunieron en asociación de voluntades y entusiasmos, y este es el particular de mayor importancia en el asunto que tratamos, para que el ejemplo sirva á otros de estímulo á perseverar en las empresas generosas.

Los *treinta* socios del año 1886 ni tenían casa, ni fortuna, y no faltó quien los reputara locos de remate.

Los *diez y ocho* ó *veintidos mil* socios de dos décadas después, tienen un espléndido domicilio social, una Casa de Salud modelo, una delegación en Tampa—¡son capaces de imponerse hasta en los Estados Unidos!—sucursales en varios puntos de la Isla, y un efectivo en caja de *cien mil duros*, *oro*, sobre poco más ó menos... Ellos se instruyen y se solazan, y

proveen á las atenciones y contingencias de sus enfermedades, y se repatrian á España por cuenta del Centro cuando el género de su dolencia así lo exige. Y ellos constituyen hoy en Cuba una entidad prestigiosa en sumo grado que propios y extraños admiran y respetan.

XIII

El duende

La fiebre amarilla en la Habana.—La obra de los Doctores Finlay, Barnet y López del Valle.—El cuerpo médico y el vecindario.—El Departamento de Sanidad.—La lucha contra el mosquito.—Fumigación á diario.—El dengue y el perendengue.—Los Doctores Castro y Pereda.—La Navidad á dieta.—«El Ticket» y sus regalos.—1906.—Sin fiebres ni forúnculos.—El horizonte político.—Un candidato que triunfa y otro que regresa á Cuba.—Por la paz de la República.

Un mes largo nos ha tenido con el ánimo lleno de aprensiones y el cuerpo á prueba de purgantes y de eméticos.

El «duende» ha hecho de las suyas en la Habana durante algunas semanas, y la Habana toda ha experimentado el ingrato escalofrío de la pavura, la descarga eléctrica de un gran susto, el frío cosquilleo punzante de los grandes miedos corriendo y transmitiéndose á todos los miembros que componen el cuerpo-ciudad; miembros, ó individuos, como queráis, que han estado un mes largo en constante tensión nerviosa y contracción visceral continua,

esperando de un momento á otro la visita del «duende», del fantasmón que en tiempos de la Colonia mereció el honroso y rimbombante título de *gran patriota* por lo bien que despachaba á centenares y á millares los soldaditos de la metrópoli; pero que ahora se ha hecho acreedor al calificativo de *gran majadero* porque en «Cubita libre» no hay enemigos que facturar al otro barrio, sino cubanos y españoles que trabajan unidos por el engrandecimiento y prosperidad de la joven nación.

Nosotros, personalmente, hemos visto muy de cerca al temido «duende», y hasta es casi seguro que nos ha enviado sus *stegomyas* mensajeros; pues, durante la temporada—corta por fortuna—en que los habitantes de la capital hemos estado sin paz en el alma ni tranquilidad en las tripas, por culpa del «duende»; y sin domicilio seguro ni buen olor ambiente, gracias al azufre y al pyretrum de la Desinfección, siempre hemos traducido la música nocturna de los mosquitos, como una sinfonía de burlonas ironías en castigo á los entusiasmos con que recogimos en nuestras notas de viaje la rotunda afirmación de Don Tomás cuando nos dijo que «en la Habana, desde hacía mucho tiempo, no se había registrado un solo caso de fiebre amarilla»...

Ahora sí; ahora ha habido muchos casos de fiebre amarilla, y un gran caso de justificadísimo pánico, y varios casos de no menos justificados rigores sanitarios. Y á fuerza de buen celo por parte de los

doctores Finlay (el ilustre descubridor de la transmisión por el mosquito), Barnet, jefe ejecutivo del Departamento, y López del Valle, inspector general, secundados con loable ahinco por el excelente cuerpo médico y por el vecindario que no esquiva sino que afronta decidido las incomodidades que se derivan del estricto cumplimiento de las disposiciones sanitarias, la terrible plaga se bate hoy en vergonzosa retirada hacia el lugar de procedencia, de donde nunca debió salir, pues es un hecho comprobado que el «duende» vino—sin pagar billete, por supuesto, como buen *polizón* que es—de los puertos infestados de Nueva Orleans, Colón y Veracruz.

El Departamento de Sanidad de la Habana fué creado por los norteamericanos apenas comenzó á funcionar el gobierno de la Intervención, y comprende los negociados siguientes:

Oficina Central y Jefatura, Inspección Sanitaria, Inspección Médica, Tuberculosos, Ordenes, Multas, Ingenieros, Estadística, Archivo, Desinfección, Mosquitos, y Servicios de Guanabacoa, Marianao y Santiago de las Vegas.

Digamos algo de los principales.

La Oficina Central y Jefatura dirige todos los servicios y tiene jurisdicción sobre los demás departamentos sanitarios de la isla.

La Inspección Sanitaria está á cargo de un cuerpo de inspectores llamados de *distrito*, cada uno de los cuales viene obligado á inspeccionar diariamen-

te quince casas por lo menos, presentando informes detallados sobre el número de personas que duermen en la casa, los extranjeros que residan en Cuba desde hace menos de tres años, el comercio ó la industria establecido en la casa, el número de pisos y de cuartos, su altura aproximada, su cubicidad, número de inodoros, estado de limpieza de lavabos y fregaderos, condiciones de las cañerías, clase de pavimentos, cimentación de muros y tabiques, clase y número de animales domésticos, número de patios ó corrales, servicio de agua, etc., etc.

La Inspección médica se ejerce sobre los enfermos contagiosos, las escuelas públicas y privadas, las casas de lenocinio, las estaciones bacteriológicas, los establos de vacas, lecherías, cafés, mercados, mataderos, cárceles, hospitales, asilos, panaderías, dulcerías y fábricas de artículos de primera necesidad.

El negociado de Tuberculosos comprende la inspección sanitaria especial de las casas de vecindad, conventos, iglesias, lavaderos públicos, fábricas de tabacos, é imprentas; el Dispensario para enfermos del pecho, donde se asiste á éstos gratuitamente, y la parte curiosísima que llamaremos de «propaganda higiénica» por medio de conferencias en las fábricas y talleres, publicación y reparto de cartillas explicativas de la profilaxis de la tuberculosis, y otros procedimientos de vulgarización encaminados á lograr que el pueblo se imponga constante y efi-

cazmente en los medios mejores de evitar la propagación del terrible mal; y por último, la sección de Estadística, encargada de tramitar los informes que los médicos todos están obligados á remitirle con sujeción á las preguntas de un formulario impreso en el cual se exige que se haga constar la edad, sexo, raza y estado del tísico, su ocupación ú oficio, si tiene hijos, si estos presentan alguna manifestación tuberculosa, período de la afección, antecedentes de familia, ventilación del cuarto que ocupa, si está aislado el enfermo, si puede aislarse la casa, si la alimentación es suficiente, procedencia de la leche que toma, situación económica, medios de limpieza, resultado del análisis microscópico de los esputos, y nombre del médico que lo asiste ó le asistió al iniciarse la enfermedad.

El negociado de Ordenes se cuida de dar las pertinentes al caso para la realización de obras sanitarias, tanto las que se hacen por cuenta del Estado como las exigidas á los propietarios de las casas particulares para que mejoren las condiciones higiénicas de las mismas.

Un dato curioso en demostración de que no es este el Negociado de menos trabajo:

Por término medio se envían diariamente *ciento cincuenta* órdenes de obras á los propietarios de casas de la Habana.

Cuando el plazo concedido para el cumplimiento de la orden de obras transcurre sin que el propieta-

rio las haya llevado á efecto, el oficial de la Sección de Multas se encarga de aplicar las que corresponden al caso.

Los ingenieros entienden en la relativo á las quejas sobre rotura de cañerías, instalaciones defectuosas, derrumbamiento de excavaciones y alcantarillas, etc.

El Negociado de Estadística lleva la referente á natalidad y mortalidad de la población y sus anexos, por medio de agentes que se encargan de ir diariamente á los juzgados municipales á tomar nota de los asientos hechos en el respectivo registro civil.

El Negociado «Mosquitos», es, como claramente se comprende por el solo enunciado de su título, el que se las entiende con los cínifes; y por último la Desinfección comprende el servicio de aislamiento de enfermos contagiosos, inspección de las casas donde hayan ocurrido casos de enfermedad transmisible, limpieza y saneamiento de locales sucios y malsanos, é inspección especial de víveres y comestibles.

Este es el negociado que más ha trabajado durante la última recientísima visita del *duende* á la Habana.

Y en aquel trajín diurno y nocturno de las brigadas encargadas de matar mosquitos... y de poner á la gente de patitas en la calle, se ha lucido el querido amigo doctor José Antonio López del Valle,

del cual, (no del *valle* solamente, sino de todo el nombre) aunque á distancia y sin la seguridad de que nos lea, tomamos hoy venganza de los dos sustos que nos ha dado al demostrarnos su aprecio... ¡fumigándonos la casa dos veces en ocho días!, diciéndole en letras de molde que sus famosas sartenes de azufre y sus no menos célebres polvos de pyretrum más que matar mosquitos lo que hicieron fué no dejar mueble con barniz, ni metal con brillo, ni pituitaria sana...

***

Las fiestas de Navidad han sido algo y aun demasiado perras para nuestras asendereadas humanidades.

El uno las pasó en cama, convaleciente de unas muy benignas pero muy inoportunas fiebres de aclimatación, sometido en absoluto al consabido examen de las encías, y del blanco de los ojos, y al ya consuetudinario palpamiento del esófago y lugares vecinos (¡bondadosa amistad del Dr. Fernández de Castro, no te resientas en tu desinterés y modestia!...) El otro las pasó acostado también, con sendos forúnculos—de aclimatación, desde luego—en la nariz no griega ni espartana, tamaño de una berengena de á dos en kilo... (digamos con el obsequioso Dr. Pereda, ¡viva el clorotilo Bengué! pero añadamos por cuenta propia un formidable ¡abajo el bisturí, aunque lo

maneje expertamente una *gentil manina* forrada de goma!)

Y en tales disposiciones del físico y del ánimo, poco compatibles por cierto con las exigencias gastronómicas de la época, hemos mirado de reojo y á distancia las 2,000 guineas (gallinas), los 500 lechones (que en ambos hemisferios son *puercos*) y los 500 guanajos (pavos) que el fabricante de cigarrillos «El Ticket» dice haber regalado á sus parroquianos para que se harten de asado en conmemoración del suceso de Belen...

El jovencito *1906* no ha querido comenzar para nosotros como acabó su achacoso antecesor, y nos ha sonreido ya líbres de calenturas honestas y de forúnculos sospechosos.

El indulto ha sido general, y en el horizonte cubano sonríe también el año que nace pródigo en augurios favorables, pues la Habana está sin fiebres de colores más ó menos japoneses y sin los granos malignos de otras perturbaciones.

En el ambiente político flota el luminoso estandarte de la paz y de la concordia obligada entre hermanos.

El venerable Don Tomás ha visto desfilar por su residencia, abierta de par en par al buen pueblo cubano, todos los respetos, todas las simpatías que su prestigioso pasado y su investidura actual merecen... Y viene camino de la patria querida, de regreso de su voluntario destierro, el general José Miguel

Gómez, el caudillo de las huestes liberales, el excandidato á la Presidencia de la República, el que hubo de llorar fuera de Cuba los sangrientos sucesos que en los comienzos de la lucha electoral dieron á ésta un carácter doloroso.

Hoy, los cubanos saludan en el Jefe del Estado al hombre que encarna la personalidad tangible de una patria que tanta sangre ha costado... Mañana, los cubanos también, recibirán al hombre que representa una tendencia determinada de gobierno, pero que es ante todo y sobre todo el hombre que ha prestado y puede y debe prestar todavía grandes servicios al país pacificado, al país que ha menester de todas las buenas voluntades y de todas las abnegaciones.

Hoy, los políticos—queremos creer que todos, sin excepción—han visto en la multitud que ha desfilado ante el primer magistrado de la nación (estrechando su mano, blancos y negros y mestizos confundidos en abigarrado simpático conjunto que, elevando el alma á los serenos espacios de una Humanidad futura *única* y sin prejuicios de raza, hace renegar de todas las antropologías habidas y por haber) han visto, decimos, en Estrada Palma la personificación de Cuba independiente, próspera, sin discordias fraticidas, doblemente pacificada. Y es lo que importa.

Mañana, los políticos—esperamos también que todos, sin excepción—verán en el regreso de José Miguel Gómez el sello de esa pacificación de los

espíritus, de esa comunión en el santo ideal de la patria tranquila, de ese pacto interno de rectificar conductas y acallar impaciencias en bien de la obra común y por el prestigio de la República: aspiraciones que deben compartir y comparten por igual los que militan en un campo y los que componen las filas del opuesto.

¡Albricias, sí!, que ya no hay forúnculos más ó menos pituitosos, ni forúnculos en las almas, y estamos libres de fiebres gástricas con visos á amarillosas, y en la vida pública como en la privada, en la individual como en la colectiva, *1906* nos brinda lo que el coro celeste brindó á los pastores de Judea:

¡Paz en la tierra á los hombres de buena voluntad!...

XIV

Escuelas y maestros

La enseñanza primaria en Cuba.—Comparaciones que pueden ser provechosas.—Con el Doctor Aguiar.—En «Luz y Caballero».—Sloyd y Kindergarten.—La Ciudad Escolar.—El saludo á la bandera.—Aramburu y sus artículos.—La mayor gloria de Cuba es su interés por la Instrucción Pública.—El problema del porvenir latino debe resolverse en las escuelas.

Nada nos interesaba tanto,—antes de conocer su organización y funcionamiento, — ni produjo en nuestro ánimo impresión más intensa, cuando hubimos satisfecho aquel deseo,—como el ramo referente á la Instrucción Pública en Cuba.

No por haberse hecho vulgar y por lo tanto cargante en cierto modo la costumbre del uso y hasta del abuso de tópicos encaminados á demostrar la ya perogrullada de la influencia de la instrucción primaria en el porvenir de los pueblos, resulta menos evidente el hecho de que este es el asunto capital en toda sociedad organizada.

El gobierno de la República así lo ha entendido,

y es la mayor gloria de «Cuba libre» la atención con que se mira y el interés que despierta cuanto se relaciona con la enseñanza.

Sinteticemos nuestra opinión personal, como asimismo haremos síntesis en todos los extremos que componen el cuerpo de este capítulo, pues el simpático asunto que en él se trata no ha menester, por fortuna, ningún alarde de retórica ni gran acopio de fraseología más ó menos florida, ya que los hechos constituyen el mejor panegírico que sobre el estado de la instrucción pública en la Isla pudiera hacerse.

No podemos decir más y mejor al tratar de esto—á despecho de trasnochados pesimismos de algunos escritores que aquí como en la madre patria se empeñan en dar la nota quejumbrona—que, sinceramente, con toda lealtad, nos contentaríamos para nuestra querida España con lo que la ex-colonia tiene en punto á enseñanza primaria.

Confesamos que, al llegar al caso de las comparaciones, se ha detenido nuestra pluma como si hubiera tropezado con la invisible corriente negativa de esas mentalidades mezquinas muy amigas de gritar la alerta del patriotismo en cuanto atisban que álguien va á atreverse con lo que llaman «cosas que no conviene tratar desde el extranjero»...

Pero, como contra ese criterio estrechísimo hay el de que la Verdad es santa aunque se exhibe desnuda y es más sano el patriotismo de quien señala á voz

en cuello un ejemplo—que puede aprovecharse—que el de quienes en voz baja repiten la letanía del «esto no tiene remedio», comparamos diciendo:

Cuba, consigna en la escala de sueldos á los maestros la mensualidad mínima de 200 pesetas. Nuestro mínimo es de 500 pesetas... ¡anuales! Y bendito sea el nombre del señor Bugallal que se estiró á tanto, quitándonos de encima el sambenito de aquellos estupendos sueldos de veinticinco duros al año con opción á reventar de un hartazgo; y alabado sea también el conde de Romanones que pasó el pago de la primera enseñanza al Estado, quitándoles á los ayuntamientos sus funciones de crear competidores á Succi y á Pappus, ayunadores celebérrimos cuya celebridad hubiera peligrado comparada con la que merecían muchos de nuestros dómines de la clase de rurales... y hasta urbanos.

Al estallar la última insurrección, en 1895, había en Cuba 900 escuelas con una asistencia máxima de 35,000 alumnos. A los tres años de instaurada la República, esta sostiene 3,500 escuelas á las cuales asisten 200,000 niños de ambos sexos, aproximadamente.

Para ser lo más exactos posible en estos datos estadísticos, hagamos un cuadro de la población escolar cubana refiriéndonos tan sólo á los muchachos de 6 á 15 años y á la asistencia en determinado día, el 25 de marzo de 1905, por ejemplo:

Este censo, diremos infantil, arroja un total de

274,048 *ciudadanos* de la edad á que arriba nos referimos, y descompuesto como sigue:

Provincias	Niños de 6 á 15 años
Habana.	66,292
Santa Clara	64,012
Santiago de Cuba	62,610
Matanzas	32,169
Pinar del Río.	30,379
Camagüey	18,586
Total.	274,048

De éstos, asistieron dicho día á las escuelas públicas 152,601 y á las escuelas privadas 37,212 que suman 189,813.

Y para que las comparaciones no nos lleven demasiado lejos, anotemos — pero sin comentarios, ¡Dios nos libre de ellos!—el siguiente dato que consignamos aquí á solo título de *curiosidad:*

El ejército de Cuba, en servicio activo, lo componen unos 3,500 hombres entre la Artillería y la Guardia Rural. El otro *ejército*, el de los maestros, no baja no 4,000 «plazas»... ¡Buen caso á favor de la felicísima expresión del venerable Benot cuando dice que «se ahorra en metralla lo que se gasta en instrucción», frase que complementa la célebre de Guizot: «cada escuela que se abre es una carcel que se cierra»!

Ultimo dato: el presupuesto de Instrucción Pública en Cuba, es de 4.000,000 de pesos. Téngase en cuenta

que el número de habitantes de la Isla no pasa de millón y medio.

De esto y muchas cosas parecidas hablábamos con el doctor don Manuel A. Aguiar, Superintendente de Instrucción, que quiso ser nuestro cicerone en la visita á algunos establecimientos de enseñanza elemental.

Comenzamos por la escuela que lleva el nombre del gran pedagogo cubano don José de la Luz y Ca-

La Universidad

ballero, «el santo laico», como alguien le ha llamado justamente, el hombre superior del cual se ha dicho que todos los cubanos saben algo, un rasgo, una sentencia, una de sus frases en las cuales y en pocas palabras se contiene como esculpida en granito una síntesis moral ó filosófica; la inteligencia soberana que se atrevió á impugnar las doctrinas de Cousin en una época en que el eclectismo francés imperaba en el campo de la filosofía moderna; el hombre que en un rincón de las arrinconadas Anti-

llas, y á principios del siglo XIX, aventuraba, desde su punto de vista de moralista y de psicólogo, afirmaciones que más tarde debía dar como suyas la escuela asociacionista inglesa.

El primer centro escolar de la Habana ocupa el vasto edificio que en tristísimos tiempos pasados fué hospital militar; y es intensa, de esas que ahogan, la emoción que allí se siente: mezcla de dolorosas remembranzas y risueñas realidades, cuando veis que en aquellas salas inmensas donde fueron tan inmensos los dolores de una juventud que se extinguía en plena primavera de la vida y de las esperanzas, sin besos de la madre, sin cuidados de los suyos, vomitando la sangre que el abrasado suelo tropical no quiso,... allí, hoy, resuena el alegre canturreo de otra juventud que nace á la vida intelectual, y que en aquellos claustros no arrastra sus dolencias y miserias sino que ejercita en el gimnasio y en los juegos calisténicos las fuerzas y la agilidad de músculos sanos que la patria empleará en obras de paz, en batallas por el progreso y por el bienestar propio y de los suyos. Y en las aulas—antes cuartos del sufrimiento—no envenena su mente y su corazón suspirando por los afectos ausentes y maldiciendo los horrores que le circundan, sino que abre los oídos de su inteligencia á las cariñosas enseñanzas del maestro que le invita á constituir en norma de su misión en el mundo el grito heróico, el «grito del combate»:

¡Nadie en estéril ocio se consuma!...
Para que fructifique la simiente,
Abramos con la reja y con la pluma
Los surcos de la tierra y de la mente.

Y á todas horas, durante las horas que pasa en el vasto caserón purificado de miasmas, alegrado por el sol sin manchas de la humanidad del porvenir, formándose en la niñez de hoy, en la cual hay que inculcar mucho amor para borrar en ella todo germen del odio que corrió por las venas de otras generaciones menguadas, allí aprende la gran lección que le da el mismo bardo hispano al decirle:

—Niño que por tu dicha aireas tus pulmones en estos patios, donde otros, casi tan niños como tú, ingerían miasmas de hospital; tú que en los bancos de estas salas eres un número del ejército del porvenir, mira en la escuela primero, y luego en el taller y en los surcos de la tierra fecunda en que has nacido,

. . . . . .
los solos campos de batalla donde
tu saber y tus fuerzas ejercites.

No conocemos cosa más simpática que los llamados *jardines de la infancia* (Kindergarten) donde niñitos de tres á seis años comparten agradablemente las horas de clase en la representación, diremos plástica, de pequeñas fábulas á las cuales la maestra saca su correspondiente moraleja que explica en

modo adecuado á la percepción intelectual de los pequeñuelos.

Cuando entramos en una de las aulas de «Luz y Caballero» vimos un adorable corro de angelitos—angelitos blancos de sedosos bucles y mofletes de mazapán, y angelitos color de ébano, tan interesantes en la expresiva mirada de sus ojazos brillantes—corro en medio del cual la Directora se hacía escuchar con un interés que maravillaba considerando la edad de aquel auditorio.

—...Estos señores que acaban de entrar—decía la voz dulce, acariciadora de aquella heróica mujer—hablaban ahí fuera de que ustedes, mis niñitos, son muy traviesos, y hacen rabiar mucho á las maestras, y vienen aquí solamente á echarse por el suelo, á pellizcarse en los bancos, á mover bulla... ¿Es verdad eso que dicen los señores?... ¿Esas cosas malas hacen ustedes aquí?

Un elocuentísimo discurso de miradas y sonrisas fué la respuesta, que por fin tuvo expresión vocal en una voz que salió del corro y dijo con inefable gangueo:

—Haemo... ambien... o pichonsito...

E hicieron á nuestra vista «los pichoncitos»... Fué aquello un delicioso batir de brazos, á falta de alas, y la adorable pollada, dando piidos que eran vibrantes notas de alegre risa, se esparramó por toda la sala, envolviéndonos, caracoleando por entre nuestras piernas—¡ay!, ya añosos troncos de aquel bos-

que ideal en la infantil fantasía de aquellas tiernas avecillas—buscando ramitas y briznas de secos yerbajos que llevaban á un punto del salón, donde la parejita que representaba el papel de los palomos padres, formaban un nido, un nido muy grande, donde todos los pichoncitos fueron á sentarse: pichoncitos blancos, de pico sonrosado; pichoncitos negros de ojillos brillantes como el sol de la patria ancestral; pichoncitos que en encantador coro de bien imitado «glu-glu... glu-glu» pedían á los padres que repartiesen entre su prole el grano que almacenado habían en sus buches...

Una de las maestras auxiliares del aula se sentó al piano, y los pichones fueron niños de nuevo, niños que cantaron con pasmosa afinación un himno de bendiciones al padre y á la madre que en el santo nido del hogar se afanan porque á sus nenes no les falte el pan...

El «Kindergarten» se complementa con el «Sloyd» que es el mejor de los sistemas adoptados en la Enseñanza Manual, por cuanto se aficiona al niño á la construcción de pequeños utensilios de madera que luego puede llevarse á su casa, y le inculca así el amor al trabajo y el buen gusto en la ejecución del mismo.

No podemos resistir á la tentación de consignar aquí las siguientes manifestaciones de un pedagogo norteamericano que dice á propósito de la enseñanza llamada manual:

«Ella despierta un vivo interés en la escuela, incitando á los niños á permanecer allí más tiempo... Sirve de ayuda material para escoger la ocupación que se ha de seguir al salir de la escuela... Proporciona al capitalista la manera de calcular mejor el valor relativo del trabajo técnico con el que no lo es, despertando en él mayor consideración y respeto hacia el menestral... Eleva el nivel de conocimientos en las ocupaciones mecánicas, revistiéndolas de mayor dignidad y valía... Facilita al niño que tiene que ganarse la subsistencia y que formarse su hogar, grandes facilidades para salir airoso en su empeño... La Enseñanza Manual será la causa de que disfrutemos de la ventaja de tener abogados, periodistas y políticos que posean ideas más exactas sobre las condiciones y problemas sociales y nacionales; impedirá el desarrollo del sentimiento de menosprecio hacia las ocupaciones manuales; y dará impulso al progreso de la civilización, por cuanto disminuirá el número de los que componen las clases indigentes y criminales, compuestas, principalmente, de individuos que no saben ni desean ganarse la vida honradamente.» (1)

En las aulas de párvulos de la «Luz y Caballero» hemos visto á muchachitos de seis y siete años combinar con cartones de colores complicadísimos mo-

(1) «The Manual Training School», por C. M. Woodward, Director de la Escuela de Enseñanza Manual de la Universidad de Washington, establecida en la ciudad de Saint Louis (EE. UU.)

saicos, ó fabricar con rara habilidad diminutos cestos y muebles de papel, y á niñas de la misma edad sumamente interesadas en el corte y confección de bomboneras, pequeñas bandejas, cajas y estuches, etc.; siendo de notar la extraordinaria afición que en los unos y en las otras se despierta por tan útiles entretenimientos.

Escuela Modelo

¡Cuán diferente el espectáculo de la niñez amando la productiva esclavitud del colegio, al que ofrecen las clásicas escuelas de párvulos, pobladas de llorones y mocosos que se pasan berreando las horas del encierro que solamente sirve para que la madre pueda entregarse con relativa independencia á sus faenas domésticas!...

En las aulas de «Sloyd», los muchachos—naturalmente á cierta edad y en determinado grado de la enseñanza primaria—trabajan en madera, y hemos

visto, entre otras cosas, ensambladuras de una perfección asombrosa.

Las niñas trabajan en cartón, revistiendo los objetos que fabrican con papeles finos y adornos, combinando los cuales ejercitan y afinan su buen gusto.

Durante la semana que dedicamos completa al Doctor Aguiar tan justamente orgulloso de su cargo que sirve con entusiasmo de apóstol y fervor de sacerdote, fuimos de sorpresa en sorpresa, á cual más agradable.

En un colegio de señoritas hubimos de sorprender á una preciosa niña de diez años, redactando—con elegancias de estilo y riqueza de frases que muchos *redactores* quisieran para sus escritos—la memoria de una excursión al campo, una pequeña gira del jueves: costumbre que, si se generaliza en las escuelas, habrá de producir resultados excelentes.

Vaya una pequeña digresión:

Como á nosotros nos es imposible de toda imposibilidad pensar ó escribir sobre escuelas y excursiones sin dedicar un cariñoso recuerdo—que la distancia y el tiempo no amenguan sino más bien avivan en nosotros—á la que fué nuestra escuela-madre, la de Artesanos de Valencia, vuele á ella desde estas latitudes el saludo de nuestro afecto filial y la grata memoria de aquel «grupo de excursionistas» en cuyo seno pasamos las horas más deliciosas de nuestra primera juventud.

¡Ahí tienes explicada, gentil «cronista» de la escuela de la Calzada de la Reina, el entusiasmo sincero con que aplaudimos la lectura de aquellas cuartillas en que tú condensabas admirablemente tus impresiones de la gira campestre á Puentes Grandes!...

Un día se unieron á nuestro amable acompañante en la tarea de ilustrarnos en aquella minuciosa visita á las escuelas de la Habana, el Secretario interino de Instrucción, señor Lincoln de Zayas, tal vez y sin tal vez el hombre más erudito de Cuba é islotes adyacentes, y el también sabio de verdad—sin doublé ni otras aleaciones,—don Francisco de P. Coronado.

La comitiva era, pues, *de altura*, y estaba pidiendo lo que se llama «un extraordinario».

No uno, sino varios extraordinarios se nos sirvieron aquella tarde. Primero, en una escuela, también de niñas, vimos funcionar la Ciudad Escolar: un Estado en miniatura perfectamente organizado. Los alumnos, por elección popular, por verdadero sufragio universal ejercitado en toda su pureza, sin coacciones ni pucherazos ni demás lindezas que entre los *grandes* van desacreditando el sistema, eligen sus autoridades, durando su mando diez semanas; de suerte que el cuerpo electoral es convocado tres veces durante el año escolar.

El introductor de esta simpática novedad en las escuelas públicas de Cuba, fué el señor Wilson L. Gill

que durante el gobierno de la Intervención desempeñó el cargo de Supervisor de Instrucción Moral y Cívica, y es en los Estados Unidos Presidente de la *Liga Patriótica* que ha tenido y tiene entre los vocales de su Directiva á Mc. Kinley, Harrison, Cleveland y Roosevelt, y que persigue principalmente el fomento y acertado desarrollo de estas ciudades escolares.

Siendo el objeto del sistema «enseñar los principios y prácticas que debe conocer todo ciudadano de un país libre», la *Carta* ó Constitución no contiene sino principios generales que arrancan del gran principio de alta moral: *Haz con los demás lo que quieras que hagan contigo.*

En los trece artículos de que consta la ley, digamos fundamental de estas pequeñas naciones, mejor, ayuntamientos, hay los siguientes, dignos de tener un puesto en este rápido bosquejo:

«Queda prohibido todo aquello que altere el orden en los corredores, salas de clases y cuartos de *toilette*.

«Asimismo se prohibe todo cuanto sea inmodesto, rudo é intencionalmente inhumano, como también todo acto que perturbe el buen orden y aseo de la Ciudad Escolar, lo que afecte á las condiciones sanitarias de la misma y lo que dañe ó destruya la propiedad común.

«Todo ciudadano está obligado á denunciar á las autoridades cualquier violación de las leyes de la Ciudad.

«El ciudadano que infrinja esta ley será sometido á un castigo no menor que una reprensión ni mayor que el retiro de sus derechos de ciudadanía.

«Todo castigo decretado por la Corte de Justicia debe ser aprobado por el Director de la Escuela antes de llevarlo á efecto...»

De una serie de informes sobre el particular, emitidos por los Directores de las seis primeras escuelas donde se ensayó el sistema de la Ciudad Escolar, entresacamos este párrafo suscrito por el señor Fernando de Velazco:

«...Habiendo establecido en esta Escuela Nº 15 de mi dirección, el sistema de enseñanza cívica intitulado «Ciudad Escolar», desde el mes de abril del corriente año (1901), he tenido ocasión de observar con gran satisfacción, que en lo que toca al barrio de San Leopoldo, donde está enclavada esta escuela, ha disminuido mucho la multitud de niños que pululaban por las calles jugando en medio del arroyo y profiriendo palabras que desdecían mucho de la educación que recibían, ofendiendo de este modo á la moral pública. Desde que se estableció la Ciudad Escolar que lleva por nombre el del ilustre cubano «José Antonio Saco», la vigilancia que sobre los niños se ejerce por sus mismos compañeros convertidos en autoridad por elección de ellos mismos y la de los señores profesores y el que informa, que en el barrio radican, hace que vaya disminuyendo la inveterada costumbre de los niños que, ya por vivir

en un reducido cuarto ó casas sin lugar apropiado para sus juegos infantiles, *ya por descuido de las familias*, verifican sus diversiones en medio de la calle molestando al tranquilo ciudadano y á los transeuntes».

Y del informe de la señorita Adelaida Piñera:

«...La constitución del Ayuntamiento con sus cargos anexos aumentó el orden que siempre hubo en esta escuela, y lo sostiene á satisfacción de maestros y visitantes, pudiéndose añadir lo mismo respecto á ideas y nociones de moral y civismo; pues las niñas, tanto las elegidas como aquellas que las eligieron, se han estimulado mutuamente, ayudan en los trabajos preparatorios á las maestras y fomentan la caridad y se auxilian en los casos necesarios... El estímulo referido ha llegado en esta escuela á tal grado de perfección, que con beneplácito de esta Directora y de sus compañeras, hay que hacer constar que en los seis meses que lleva de establecido dicho sistema, el Juzgado por él constituido no ha tenido que funcionar una sola vez para juzgar á una niña»...

Volvimos una vez más á la escuela «Luz y Caballero», pues aquella tarde podíamos presenciar la ceremonia semanal del «saludo á la bandera».

En los amplios corredores, siguiendo el compás de una especie de marcha lenta que tocaban al piano (instrumento de que todas las aulas están provistas) cuatro de los maestros auxiliares, cada uno en la

sección correspondiente al claustro respectivo, los alumnos—cerca de mil—hacían los últimos ejercicios de calistenia, formados en simétricas columnas de á seis en fondo, haciendo con perfecta unidad de movimientos las evoluciones de esa gimnasia tan elemental cuanto saludable para los músculos en desarrollo, y que consiste en rítmico juego de los brazos, muñecas, cabeza, piernas y tobillos.

El abanderado del día y los seis encargados de dar la escolta de honor á la bandera—uno y otros desempeñando las respectivas funciones como premio á su aplicación y comportamiento durante la semana—fueron al despacho del Director, y de allí salieron llevando muy serios y orgullosos: el abanderado, la enseña de la patria; los seis gastadores, sendos fusiles en miniatura, con la bayoneta calada.

Ante ellos desfilaron en columna de honor, saludando militarmente los varones, y las niñas inclinando la cabeza, los mil y pico de alumnos que entonaban á coro las estrofas del himno nacional, y á cuya compostura, disciplina y unción patriótica somos deudores de un espectáculo por demás interesante y conmovedor.

Hemos aludido al principio de este capítulo á los eternos pesimistas que en Cuba, como buenos parientes que son de nosotros los españoles, abundan y no son parcos en jeremiadas sin otra finalidad que la de no encontrar nada bueno ni bien hecho, profetizan-

do al estilo de Pompeyo Gener y demás *detraqués* de la escuela de las plañideras tristes, el aniquilamiento de un pueblo que como el nuestro (y por lo tanto es lícito suponer que lo mismo sucederá á los pueblos que del nuestro provienen) «va de la decadencia á la barbarie sin pasar ni siquiera por la penumbra de la civilización», y otras herejías de este calibre, que sus autores no se cuidan de atenuar, siquiera sea recetando alguna panacea que evitase la catástrofe, y aunque el remedio no desdijese del empirismo charlatanesco de estos modernísimos pseudo-sociólogos.

No es que reputemos fuera de lugar y de razón, por lo que al asunto que tratamos se refiere, la campaña que en la prensa cubana sostienen hombres de la abnegación y del talento de un Joaquín N. Aramburu, por ejemplo, cuando señalan deficiencias en el funcionamiento del organismo educativo, y piden medidas que encaucen y aumenten la asistencia á las escuelas, y sugieren reformas encaminadas á que en el cuadro de maestros no influya para nada la celestina política, y que á los nombramientos de las Juntas de Educación sustituya en absoluto el expediente de la Escuela Normal, y se provea con acierto á dotar las aulas de buenos libros de texto, y sea inflexible la ley que establece como obligatoria la enseñanza, y el Estado se preocupe de la construcción de edificios especiales para escuelas según las últimas exigencias de la ciencia pedagógica, y

tantas y tantas cosas que reclaman urgente remedio ó modificación.

Con estas saludables amonestaciones del buen deseo y de la competencia en materia de enseñanza, siempre son pocos los respetos y débil el aplauso;

Una escuela en el campo

pero con tales generosas y saludables campañas no tienen nada absolutamente que ver las lloronas que abusan de la nota apocalíptica para hablarnos de nn Estado que nada hace por la juventud, y de una juventud egoísta, sin entusiasmos, ética de la mente y del espíritu, huérfana de ideales, etc., etc., etc., y todas las *etcéteras* de la enlutada lira de los suspiros y profecías más ó menos decadentistas.

No es así como ha de formarse el alma de la

generación que hoy frecuenta las escuelas primarias de Cuba: esa legión simpática de hombres en formación que hoy llenan las aulas yendo á ellas con placer, sonrientes, gozosos al llamamiento del maestro, voluntariosos al trabajo que se exige de sus jóvenes inteligencias que despiertan á los encantos de la instrucción, á los goces no por inmateriales menos intensos y gratos de la gimnasia espiritual: ni es así como se infunde alientos á los héroes y heroinas del más sublime y abnegado de los sacerdocios, á esos jóvenes maestros que en la escuela ven su templo y en los alumnos sus hijos, á esas señoritas que se dedican en cuerpo y alma al ministerio de la enseñanza.

Cuba es grande á nuestros ojos, más que por su adquirida personalidad política, más que por los hechos de su revolución, porque demuestra con obras que su pueblo—un pueblo de abolengo latino—quiere y sabe moldear las cualidades geniales de la raza mediante el amor al estudio, la inclinación á educarse: que en esto estriba el feliz cumplimiento de la misión que el porvenir reserva á la familia común, cuya pretendida decadencia será asunto de risa mientras—aun suponiendo la falta absoluta de otras condiciones y circunstancias—haya una branca del árbol genealógico que, como Cuba, se esfuerza en demostrar por cuenta propia la verdad del dicho de Foullié cuando afirma que, por la sola virtud de la inteligencia y de la voluntad, España (y por ende

sus hijas del continente americano) guarda todavía inmensos recursos que han de producir seguramente sensacionales y gratas sorpresas, ya que, si su manifestación se ha retrasado algo, en nuestra época «los cambios trascendentales que antes hubieran tardado siglos en producirse, pueden improvisarse en cincuenta años»...

XV

El Centro Gallego

Grata alarma.—Los gallegos y el teatro Nacional.—Conquista pacífica.—Las dos banderas hermanas.—Digresión gramatical para uso de ignorantes y malévolos.—Empresa magna.—Un millón de duros para una casa.—Los doce emigrados de Arés.—«¡Airiños d'a miña terra!»—La Benéfica.—Tiene la palabra don Secundino Baños.—Habla el doctor Zequeira.—A los dos vence el amigo Barros.—Datos á granel.—Estadísticas á porrillo.—Brindis... y siguen los datos.—Todavía habla Barros.

El día de Año Nuevo nos despertamos sobresaltados por las detonaciones de un verdadero bombardeo que en un principio creimos salva oficial ó saludo de particulares amantes de correr la pólvora, una ú otra cosa en celebración de la fecha, pero que acabó por preocuparnos en vista de la cuantía y del *calibre* de los disparos.

¿Estaban los bárbaros á las puertas de Roma?... ¿Cuál escuadra de cuál potencia más ó menos interventora se colaba bahía adentro estornudando cañonazos?... ¿Es que entraba en la Habana el Comendador del anexionismo con su correspondiente «gente armada»...?

—¡Qué contentos están los gallegos!

—¡Cómo se divierten los gallegos!

—Sí que prospera el Centro Gallego.

Y en la calle, los transeuntes; en terrazas y balcones, los vecinos; dentro de casa, la patrona, los criados, los huéspedes; todos hablaban de los gallegos, de la alegría de los gallegos, y de la prosperidad de los gallegos.

Los gallegos, pues, son los autores de la alarma.

Respiramos.

El cañoneo es con pólvora sola. La conquista es pacífica. El triunfo que se celebra no humilla á nadie. Galicia en la Habana no profiere el bélico grito de Santiago contra nada ni contra nadie, sino el ¡a-la-láa! de la acariciadora *muñeira* que canta al trabajo y á la santa memoria del terruño natal...

Y no se arrian banderas, sino que tremolan juntos, sobre el mismo fortín de la victoria, el glorioso trapo rojo y gualda y el heróico trapo de la estrella solitaria... (Si nos permite *cierto periódico* seguir empleando la palabra «trapo» en el sentido diremos antonomástico, ó como sinécdoque, ó como licencia trópica (1)—esto último en su acepción gramatical,

(1) *Trapo.*—Paño. Pedazo de tela.

Antonomástico, de *antonomasia.*—Figura retórica que consiste en tomar el apelativo por la cosa propia, ó viceversa.

Sinécdoque.—Tropo que se comete tomando el continente por el contenido, etc.

Trópico-ca.—El estilo en que se usan los tropos.

Tropo.—Uso de una expresión en sentido figurado.

(En todos los Diccionarios de la Lengua Castellana.)

no astronómica ó geográfica—para designar una bandera ó un pendón: voces que también tienen sus inconvenientes, pues la primera, figura en muchos vocabularios de provincialismos corrientes, como indicando «mujerzuela liviana», y á la segunda le da el Diccionario, entre otras, la acepción de «persona desaliñada»)...

Perdone la digresión el Centro Gallego.

Este, el día primero del año celebró la firma de la escritura provisional que lo hace propietario del soberbio edificio del teatro Nacional, adquirido por la respetable suma de quinientos veinticinco mil dollars, que hacen, aproximadamente, *tres millones ciento cincuenta mil pesetas*...

La diferencia, hasta un millón de duros que es lo que el Centro ha presupuestado para este asunto, se destina á obras de reforma, embellecimiento é instalación del domicilio social en los locales anexos al teatro propiamente dicho, el cual conservará su nombre y su régimen como hasta aquí, en justo homenaje de respeto á su antigüedad y á lo que significa para el amor propio de los cubanos que en un principio miraron con cierto recelo el que una entidad con etiqueta española (extranjera) fuese dueña de un edificio que como el antiguo teatro Tacón—hoy Nacional—estimaban debiera ser de hecho y de derecho propiedad de la Nación; y se llegó á pedir al gobierno la adquisición de la finca, pero el Ejecutivo se pronunció en contra de que el

Estado fuese, ni directa ni indirectamente, empresario de teatros.

La compra de esta propiedad es dato bastante elocuente por sí solo para hacerse cargo de que el Centro Gallego «levanta peso», como suele decirse.

Salón de fiestas del Centro

Para ilustrar mejor el caso, apuntemos cifras, transcribamos partidas, hagamos números: que éstos, sin retóricas, pero con la elocuencia de los hechos, trazarán la silueta, diremos personal, de este segundo importantísimo ejemplo de solidaridad social que se da en la Habana.

...Un millón de duros, para la compra y arreglo de lo que ha de ser domicilio de la sociedad... Una

Casa de Salud cuyos terrenos y edificios suponen un desembolso de cerca de 250,000 duros oro... Un presupuesto anual de cincuenta y tantos mil duros para fomentar la Instrucción... Al rededor de cien mil duros para la Sanidad... Siete mil quinientos para la sección de Recreo y Adorno... Dos mil para la de Fomento y Protección al Trabajo... Dos mil para la de Propaganda... Sostenimiento en el Centro, de un auxiliar de la Secretaría, un escribiente de la misma, un escribiente auxiliar de las secretarías de las Secciones, dos escribientes de Tesorería, catorce profesores, un auxiliar de la Biblioteca, cinco recaudadores, un conserje, un portero, cuatro sirvientes y un mozo de limpieza... Una Biblioteca de tres mil y pico de volúmenes, y suscripción anual á cuarenta periódicos y revistas de España y América...

Renunciamos á seguir trascribiendo datos y hasta estamos tentados á renunciar también á meternos en el laberinto de las consideraciones que nacen del examen, aunque superficial, de lo que son y representan estas sociedades regionales de la Habana.

Pero no dejaremos en el tintero un particular tan curioso cuanto interesante y que cuando hablamos del Centro Asturiano lo pasamos en silencio por perdonable coquetería de guardarle una sorpresa al lector:

Lo que el Centro Gallego y las sociedades similares de aquí dan á sus asociados; su estado floreciente; su riqueza; todo, todo lo que son y representan,

tiene por base; una cuota mensual de *un peso y medio, plata*, ó sea treinta reales de vellón!...

Uno que no esté asociado, deja en la botica, en cuatro ó cinco días de enfermedad, dinero sobrado para pagar un año de cuotas... Lo decimos por experiencia propia; y téngase presente que en nuestro caso no se recetaron específicos ó medicamentos costosos. No digamos nada, si el médico presenta la cuenta: entonces, ¡el enfermo no se cura *financieramente* en un par de años!... Y en este particular sí que no hablamos por experiencia, gracias sean dadas á la buena amistad que nos demostró con hechos el Dr. don Manuel Fernández de Castro, y al exquisito compañerismo de la Asociación de la Prensa que se apresuró á enviar á nuestra cabecera al ilustre doctor Pereda. Y sirva esta disgresión de público testimonio de gratitud á unos y á otros.

...Como una piedra y otra piedra forman un muro inexpugnable; y un grano de arena y otro y otro forman una montaña; y una gota de agua y otra y otra hacen un océano; y un entusiasmo sumado á otro entusiasmo y una voluntad á otra voluntad llegan á formar el caudal de energías que componen la savia de estas asociaciones regionales de la Habana, así, por la misma ley, el Centro Gallego tiene un promedio de recaudación mensual de ¡¡¡16,500 á 19,000 duros!!!...

Y esos quince ó diez y ocho mil socios,—en febrero último 20,000,—pobres en su mayoría, pero que com-

ponen un todo de extraordinaria respetabilidad social y financiera, han nacido, se han agrupado al rededor de un núcleo de gran fuerza generatriz, sí, pero insignificante en los comienzos de su vida: que también fueron pocos y oscuros los padres de esta obra gigantesca.

Su origen fué todavía más humilde que el del Centro Asturiano.

Doce emigrados de Arés, doce hijos de esa Galicia tan noble cuanto despreciada por la estulticia de un vulgo que no la cree buena sino para ser plantel de aguadores y domésticos de comedia, doce expatriados de esa tierra bendita que si no hubiera dado á la gloria patria otro que la Meca Compostelana sobre la cual los fulgores del *Campus stellæ* forman durante siglos el punto de mira de la civilización cristiana de Occidente; y la memoria heroica de María Pita, y el Batallón Literario de Santiago, y los mártires del Carral, y Menéndez Núñez, y Sánchez Barcáiztegui; y el prestigio genial del P. Feijoó, y Rosalía de Castro, y Lamas Carvajal, y la Pardo Bazán, y Curros Enríquez, y Concepción Arenal, y Murguía, y Saco y Arce;... bastaba y sobraba este contributo al lustre colectivo, para que esta colectividad, España, viese en la tierra de las ensoñadoras morriñas y de las dulcísimas amorosas *saudades* un acreedor á su amparo y á su cariño...

Doce, decíamos, doce trabajadores de una fábrica de tabacos, fueron los pilares de tesón inquebranta-

ble y de patriotismo acendrado sobre los cuales se asentó el edificio que hoy se levanta soberano en los dominios de la vida habanera, para honra de Galicia, prez de España y bien de Cuba.

Disparen sus sucesores bombas repletas de legítima alegría más que de pólvora, y cohetes voladores que en la patria de adopción les recuerden con sus ráfagas de chispas las noches de romería cuando el gaitero preludia la *muñeira* y los mozos requiebran á las mozas en la fabla armoniosa de ese idioma que es, como dice el poeta,

com' onha serenata, pracenteiro;
com' onha noite de luar, dolcísimo...

Pueden estar satisfechos y orgullosos de su obra.

Y al celebrar la fiesta magna que proyectan para el día en que tomen posesión oficial de su nueva casa, que satisfaga sus nostálgicos suspiros por el terruño el recuerdo de que entran en un «hogar gallego», consagrado como tal desde larga fecha, ya que en ese mismo teatro Nacional fué donde, en 1880, se discutió el Reglamento por el cual debía regirse el entonces naciente Centro Gallego de la Habana...

***

Dejemos la palabra á los cariñosos amigos D. Secundino Baños, D. José Varela Zequeira y D. Angel Barros, nuestros amables cicerones en la visita á la

magnífica Casa de Salud del Centro Gallego. Que ellos, con datos numéricos y en pocas palabras, darán al lector idea más completa y exacta del establecimiento, que la que nosotros pudiéramos formular por cuenta propia:

—...Nuestra Sección de Sanidad es la más rica y la que mayores ventajas reporta á los asociados, entre cuantas componen el movimiento interior, ó lo que con mayor propiedad se puede decir la razón de ser del Centro... La primera afirmación se basa en el hecho de que su presupuesto anual (tomando como tipo el que rige este año), asciende á 37,000 duros, oro, más 57,000 duros, plata, que con los *picos*—y esto poniendo bajo el cambio para el oro—hacen medio millón largo de pesetas... Lo segundo se demuestra considerando lo siguiente: durante el año anterior han sido asistidos en «La Benéfica», 5,497 enfermos. Se practicaron 853 operaciones quirúrgicas...

Interrumpe Barros:

—Y de esos 853 operados, sólo murieron *ocho*, y por causas agenas á la operación.

—...Se han enviado á España diez socios enfermos, costeándoles el viaje en tercera de preferencia, y asignándoles una pensión mientras dure el tratamiento.

—...En julio pasado inauguramos estos pabellones nuevos, que responden plenamente á las más minuciosas exigencias de la higiene moderna... El pabe-

llón grande tiene capacidad para cien enfermos, con cuarto independiente para cada uno, menaje é instalación escrupulosamente aséptica, ascensor eléctrico para los enfermos más delicados, departamento de señoras...

Nueva interrupción:

—...que tiene, como ven, un arsenal ginecológico modelo.

Teatro Nacional Monumento á Martí

—Entre las mejoras recientes, figura el Laboratorio bacteriológico, apto para hacer en él todo género de análisis clínicos.

—...El costo de estos dos pabellones nuevos ascendió á 83,000 duros, más 13,000 y pico que importaron los muebles y demás enseres de su decorado interior.

—...En conjunto, «La Benéfica» con los terrenos

y edificios representa un valor material que no baja de 250,000 duros, oro.

Aquí toma de nuevo la palabra el óptimo amigo Barros, que se perece por los datos estadísticos y más que todo y sobre todo por llevar al ánimo del visitante al Centro ó á algo que con el Centro se relacione, el acopio mayor de sensaciones admirativas:

—La Casa de Salud la tenemos asegurada en cuatro Compañías, por una suma total de 96,500 duros... Entremos en la farmacia. A ver, el libro... Lean ustedes: «Durante el año último se han despachado las siguientes fórmulas: 181,166 para las clínicas de la casa; 50,101 de medicamentos que se han llevado los socios á sus domicilios. Total, 231,262 recetas en doce meses»... El doctor Varela Zequeira dará á ustedes datos muy curiosos sobre la pericia con que manejan los *instrumentos* él y sus meritísimos colaboradores en el uso del bisturí y demás artefactos de carnicería bienhechora... A ver, doctor, vaya usted diciendo. Yo tomo nota. Refirámonos también al año pasado, y solamente á las operaciones relativamente difíciles... Preparado el lápiz y el papel... Oído: Una, de laparotomía por supuración pelviana; otra, de láparo-histeratomía total por fibroma uterino; otra, de antro-aticotomía por mastoiditis; 21 de estrechez uretral; 2 de tallas por cálculos de la vejiga; una operación de «Simón Kister» con resección de seis costillas; 63 de hernia

inquinal; 2 de hernia epigástrica; 1 extirpación de un cáncer de la vejiga; 1 operación de «Ali-Bey» por elefantiasis enorme del escroto; 61 de vaginalitis; 1 resección del codo por estro-artritis; 24 operaciones de los huesos; 1 extracción de bala en la región parótidea; 12 extirpaciones de tumores...

—¡Basta, basta, por caridad!—hubimos de interrumpir.

Pero, el infatigable cuanto entusiasta Barros, continuó en el uso de la palabra.

—Vea, doctor, si hay alguna letra de más ó de menos en esta nomenclatura en *itis* y en *asis*... Total, ciento noventa y tres... Todos curados radicalmente... Señores, si les parece, podemos descansar un poco aquí, en la Administración...

Y en la Administración descansamos un poco y bebimos un mucho, regalándonos en el espléndido *lunch* que la amabilidad de los anfitriones hizo más sabroso.

Y lo mismo entre brindis y brindis por la prosperidad del Centro, que entre taponazo de champaña legítimo de Reims y bocanada del perfume de los ricos vegueros de Vuelta Abajo, que en el estruendo del *carrito* ó tranvía eléctrico que nos devuelve al centro de la Habana, el incansable Barros continúa con sus estadísticas, empeñado en que anotemos en nuestro cuaderno de apuntes que «La Benéfica» consume al año 17,400 libras de azúcar, 4,000 libras de arroz, 60,000 libras de carne, 145,000 hue-

vos, 56,000 libras de pan,... y ¡ahora sí que nos rebelamos á seguir tomando datos y cifras capaces de hacer volver á la vida á Gargantúa, á Heliogábalo y demás compinches tragones!...

XVI

De todo un poco

Gaytán de Ayala.—Rociada de latinajos y otros excesos.—Hablando con Zayas.—El Marqués de Santa Lucía.—El automóvil de Lincoln de Zayas.—La brujería.—Pepe Jerez y su gente.—Un día en Guanabacoa.—Dos *chuferos* (1) beneméritos.

En verdad, en verdad decimos, que se almuerza «pistonudamente» en casa del excelentísimo cuanto excelente D. Ramón Gaytán de Ayala, Ministro Plenipotenciario de España en Cuba. Y en verdad asimismo que, si nuestros muy queridos cuanto amantísimos *sí que también* paternales gobernantes hubiesen tenido en los tiempos que fueron—cuando había de qué y para qué enviar Sanchos gobernadores á la ínsula antillana—el acierto que felizmente tuvieron cuando fué el caso de nombrar nuestro primer embajador, otro gallo nos cantara. Pero, como bue-

(1) *Chufero*, de chufa: tuberosidad de figura aovada que se halla en la raíz de una especie de juncia que se cultiva casi exclusivamente en la huerta de Alboraya (Valencia). En sentido familiar suele llamarse *chuferos* á los valencianos.

nos creyentes que somos, consolémonos con aquello de *Deus dedit, Deus abstulit*, y aprendamos que, en los tiempos que corren, no vale ya para nosotros aquello de *quia nominor leo*, y no olvidemos, al menos, la sapientísima máxima *errando corrigitur error*, y—pues estamos en vena de latinajos—hagamos en modo de evitarnos algún día el tener que decir de nuestra casa lo que Lucano dijo de Troya: *etiam perire ruinæ*.

¿Qué tal le parece al simpático D. Ramón la rociada de citas clásicas con que hemos *aspergiado*—la palabreja no es clásica, pero ya verá usted como cae bien—el párrafo que aquí le dedicamos de España al Enviado?...

¡Si á poco que le soltásemos las riendas al numen, tenía que caer bien la cosa!:

...con que hemos aspergiado
el párrafo que aquí le dedicamos
de España al Enviado.

No se puede negar que, sobre todo colocados los versos (!) con cierta asimetría, «la cosa» rememora una de las páginas blancas y tersas, *como la superficie de un lago encantado*, una de las composiciones *de suave y triste paz nostálgica*, una estrofa de *armonía botticellesca*, la gran *aurora pagana*, la *divina luz de un sol de oro*, y otras maravillas que un señor Candamo descubre en la labor poética del super-excelso Darío, no el persa, sino el ultramarino.

En verdad, en verdad decimos—decimos de nuevo, pues hoy en honor de Gaytán de Ayala requerimos nuestros mejores textos, no contentándonos con menos que con emplear el formulismo bíblico—bien

Villa Gloria.—(Residencia del Ministro español).

pagado está ya el suculento almuerzo de Villa Gloria, y no han de tacharnos de olvidadizos ni de ingratos el más campechano de los ministros plenipotenciarios y la más amable de las «embajadoras»; que por ellos y sólo para ellos hemos descolgado la lira propia y el violón ajeno.

Bien y muy requetebién representada está España en la que fué Barataria de pretores enviados allí con *animus furandi* y *argumentum baculinum* (¡todavía quedan latinajos!). Y nuestro voto es de calidad, perdónese la inmodestia, pues no moco de pavo es lo que guardamos en cierta libreta de apuntes documentados titulada «Rasgos diplomáticos y consulares»... Y conste que el elogio se consigna aquí independientemente del almuerzo; advertencia de rigor dados los tiempos que corren, pues ¡anda por ahí cada malicioso!...

En la suntuosa *Villa Gloria*, una de las mejores del Vedado, se ha instalado de reciente el matrimonio Gaytán de Ayala, que en aquel espléndido pedazo de la patria sabe por modo admirable tener vinculada la más exquisita hidalguía castellana, sin engorros ni tiesuras, la tradicional hospitalidad del patrio hogar, y una *bonhomie* franca y expansiva aparejada con un trato señoril que no hay más que pedir, constituyendo el todo un ambiente simpático sobre toda ponderación, y cuyas auras de cordialidad no olvidará en la vida quien haya gozado la dicha de respirarlas una vez.

Digamos de pasada que el Vedado es á la Habana lo que el Bosque de Bolonia á Paris: el más sano de sus pulmones, el *quartier* de las «villas» aristocráticas. Un *Bois* sin bosques ni lagos, pero con una playa simplemente deliciosa; el barrio *chic* de la capital de Cuba.

*
* *

Puesto que, según parece, el día va á estar dedicado á los «asuntos diplomáticos», recordemos que Juan Gualberto Gómez, el mismo que nos llamó «embajadores de la *paella*» quiere ser nuestro embajador cerca los primates del partido liberal, y por su mediación llegamos hasta el *sancta sanctuorum* de estos «cónspices», como dicen por aquí.

Sintéticemos impresiones, y no se tomen en cuenta la confusión y mezcla de horas, pues los líquidos servidos en la mesa de Villa Gloria autorizan á todo, incluso á saltar de la mañana á la noche y viceversa, sin respetos para el reloj ni tan siquiera para el mismísimo Febo que no los tiene para con nosotros.

El doctor Alfredo Zayas, jefe del partido, nos concede una *interview* que dura desde las ocho de la noche hasta la una de la madrugada. Naturalmente que en estas cinco horas de charla no se ha hablado sólo de política (¡había para pillar la apendicitis, que es la enfermedad que inspira mayor horror á los cubanos!), pues el vicepresidente del Senado es hombre que también ha viajado mucho... por cuenta de las autoridades españolas que «cuando no le tenían preso lo andaban buscando», y es hombre muy leído que gusta detenerse en sus disquisiciones de política trascendental para echar un párrafo sobre la última novela publicada en Francia.

El doctor Zayas se acaricia una vez más el alicaido bigote y no le extraña que el *Evening Star*, de Washington, haya calificado de «disparate» al partido que dirige, y de «petulantes» é «infantiles» á los liberales cubanos, y dicho del general José Miguel que «aparece ante los ojos de los americanos como un jugador que no sabe perder: clase de hombre que no goza de la simpatía ni del respeto del pueblo americano» (números correspondientes á los días 2 y 17 de octubre de 1905).

—Esos arañazos—nos asegura el doctor Zayas, sin dejar de acariciarse felinamente el mostacho—no tienen absolutamente ningún valor, pues parecen la lógica contestación á la Base segunda de nuestro Programa, que dice textualmente: «Aspiración constante del Partido Liberal ha de ser la de evitar todo lo que constituya menoscabo de la Soberanía Nacional, por lo que, acatando el Tratado Permanente entre Cuba y los Estados Unidos, procurará, en cuantas oportunidades se presenten, gestionar cerca de los Estados Unidos la revisión de las cláusulas de dicho Tratado que merman aquella Soberanía».

Y hablamos del famoso asunto de la adopción de un sistema monetario con el cuño nacional, proyecto que hasta el presente sólo ha servido para que los caricaturistas representen á nuestro interlocutor con una moneda colgando de su cuello ó estampada en los faldones del característico chaqué; y de otras reformas esencialmente radicales como lo es el reco-

nocimiento del derecho á la huelga pacífica, el seguro obligatorio por parte de los industriales y empresarios para los accidentes del trabajo, limitación de éste á las ocho horas reglamentarias, promulgación de una ley que declare gratuita la segunda enseñanza, reforma del Código Penal y de los procedimientos civiles, criminales y administrativos, y (¡esto que sigue sí que es verdaderamente *revolucionario* y casi anárquico para muchos!) economía en la Administración Pública y sistema tributario que se base en la renta líquida...

***

Son las dos de la tarde.

El calor asfixiante de esta hora terrible mantiene cerradas todas las puertas de la interminable calle sin un alero saliente que sombree las aceras, sin un árbol cuyo ramaje atenúe la inmensa llamarada del sol implacable que nos inunda de luz... y de sudor.

Por fin, llegamos jadeantes, asfixiados, casi de milagro, á la casa del ex-marqués de Santa Lucía, don Salvador Cisneros Betancourt.

Este,—venerable anciano cuyo cuerpo ya que no el espíritu, va cediendo al enorme peso de los años y de las mil peripecias de una vida novelescamente accidentada—nos recibe amablemente, á lo gran señor, pero también soñolientamente, casi hipnóticamente, con los vivarachos ojillos entornados,

guiándonos con mal seguro paso de sonámbulo á un saloncillo que abre las persianas de sus amplios ventanales á un jardín diminuto, coquetón, donde también las plantas sienten el sopor de aquella hora de fuego, y donde también cabecean la somnolencia enervante de aquella hora terrible tres canarios cruzados de verderón que nos miran con pasividad de hipnotizados...

A poco, las hojas mustias, los pájaros adormilados, el huésped en estado sonambúlico y los visitantes que al amor del *balance* ó mecedora—institución cubana que comparte con la hamaca el privilegio de ser el mueble más lógico y más precioso en esta tierra de las grandes, encantadoras perezas—estábamos á dos pulgadas del dominio de Morfeo, recobramos la plena lucidez de nuestras facultades, y juraríamos que las trepadoras y los arbustos del diminuto jardín agitaron su ramaje esparciendo pétalos y aromas, como aseguramos que los canarios preludiaron un trino, y el anciano Cisneros abrió los ojos en una de esas inenarrables sonrisas de la pupila, y nosotros dejamos de sudar y nos sentimos acariciados por una oleada de refrigerante brisa tan inenarrable como la sonrisa de los ojillos vivarachos del marqués...

Había entrado en el saloncito, en simpática irrupción de piqué almidonado y vaporosos encajes y aromas de juventud, y destellos de gracia soberana, la joven esposa del veterano patriota, una de las

bellezas femeninas más espléndidas de la Habana,... y la mujer que puede dar lecciones de actualidad política á los hombres del gobierno y á los de todas las oposiciones habidas y por haber.

Confesamos que nunca nos fueron tan simpáticos y agradables los líos de los partidos como en aquella ocasión.

Idolos de la brujería

La señora de Cisneros Betancourt nos comunicó su indignación contra los falseadores del sufragio, y nos llenó el ánimo de santo horror al hacernos partícipes del juicio severísimo que merecían á su esposo los sucesos de Cienfuegos, y nos hizo aplaudir el retraimiento de los liberales aun en contra de la opinión del mismísimo García Cañizares, y nos indignamos mucho, ¡pero mucho! contra el gobierno y su mañas electorales,... y si continúa una hora más aquella interesantísima *interview* con el de Santa Lucía—que dormía apaciblemente en un balance—es casi seguro que á estas horas, en lugar de escribir este libro, seríamos dos voceros fanáticos del partido ó grupo *cisnerista*, y

entonces, ¡pobres moderados!: no quedarían ya, ni los rabos...

*
* *

Caemos ahora en la cuenta de que tal vez lo que antecede estaría mejor que en este capítulo en el capítulo por venir que habrá de titularse «Interviews y visitas» ó algo parecido.

Pero, por algo se ha dicho aquello de «el orden de los factores no altera el producto», y si bien tenemos la sospecha de que la cosa se dijo refiriéndose no precisamente á este libro, los vinillos del almuerzo nos obligan á hacer zig-zags *velis nolis*—y conste una vez más que el repertorio no se ha agotado ni con mucho, y eso que tememos que alguien nos aplique la sentencia que asegura que *pluribus intentus minor est ad singula sensus*, y en virtud de ella nos grite: *patere quam ipse fecisti legem!*

Ahora sí, ahora sí que hemos desembuchado toda la colección de citas latinas; y es fortuna, pues calle arriba viene, á nuestro encuentro, por la calle que nosotros bajamos—es un modo de decir—el poliglota Lincoln de Zayas, otro Zayas, un Zayas que nada tiene que ver con el Zayas que acabamos de dejar, ó que, mejor dicho, dejamos la otra noche, dándole una mano de nuevo al programa de su *bipartido* partido.

—¿Y el automóvil?—preguntamos al Subsecretario de Instrucción Pública.

Han de saber ustedes que, por culpa nuestra y de un automóvil ajeno, el óptimo Lincoln de Zayas, que es la corrección personificada, se pone de mil colores cuando nos ve en público ó en privado.

Se trata de que hubo de prometernos una excursión al Cacahual, contando con el *taf-taf* de un su amigo; y, efectivamente, el día prefijado para el viaje, dió á luz la señora del *chauffeur*, suceso trascendental en las efemérides conyugales de los esposos, pero que para nosotros equivalió á que hubiera sido el *chauffeur* quien pasó por el duro trance de la maternidad, ya que la excursión proyectada se fué en humo... de espliego.

El día fijado de nuevo, al salir la máquina del *garage*, atropella á una núbil anciana y á tres adolecentes que la acompañaban.

Nuevo aplazamiento; y esta vez, como el asunto y el automóvil están *sub-judice*—dese el pase á esta leve reminiscencia del anterior florilegio de erudición (!)—nos ponemos de acuerdo para dejar de por medio un mes de tiempo, en cuyo período de ídem la parturiente y el rorro habrán salido en bien de su respectiva crisis, y la vieja núbil y los adolescentes cándidos se habrán repuesto del susto y recompuesto de las esconchaduras del revolcón...

¿Creen ustedes que nos ha valido el mes de cortesía concedido al «20 caballos»? No, señores; no nos ha valido. Decididamente, *abysus abyssum invocat*—

y este, ¡este latinajo sí que lo soltamos, aunque nos fusilen por latosos reincidentes!...

Cuando transcurridos los treinta días, estábamos la tarde del treinta y uno haciendo posturitas ante una combinación de espejos cuyas lunas reproducían nuestras interesantes figuras doblemente interesantes por arte y gracia de sendos trajes de sport, impecables en la confección netamente parisién.... de un bazar de la calle del Obispo, y saboreábamos por anticipado el *golpe* que íbamos á dar en todos los corazones femeninos, ¡bomba!: una carta de Lincoln de Zayas nos informa de que el automóvil famosísimo ha sido «devorado» totalmente por un incendio habido en el *garage* á consecuencia de la explosión de un motor!!!...

Un brujo

Esto que, aparte el sentimiento natural por el

fracaso de lo de los trajes y lo de los corazones, no es de mayor importancia y sí tal vez constituye un aviso providencial en tres tandas, esto, decimos, es precisamente lo que le hace salir los colores al rostro al bueno de Zayas, prototipo de la corrección más exquisita y de la formalidad más rigurosa en el cumplimiento de cuanto ofrece, virtud esta última no muy frecuente en estas latitudes, dicho sea sin ánimo de ofender á nadie.

Y hasta hemos llegado á tener remordimientos por la preguntita «¿y el automóvil?», formulada siempre en tono de chiste inofensivo, pues juraríamos que si la broma dura algún tiempo más, causamos involuntariamente un verdadero estropicio en las finanzas domésticas de tan buen amigo, el cual es hombre capaz de comprar un automóvil con tal de que no padezca en lo más mínimo su justa fama de hombre serio y formal en sus promesas.

***

Otro encuentro:

El popularísimo y campechano Pepe Jerez, jefe del admirable cuerpo de la policía secreta, acaba de dirigir personalmente un *golpe* maestro.

¡El sí que ha dado el *golpe* sin necesidad de traje de sport á la *dernière*, aunque en el suceso ha jugado interesante cuanto espeluznante papel un corazón femenino!: el corazón de una niña blanca sacrificada

á la brutal superstición de unos negrazos repugnantes afiliados á lo que aquí se llama «la brujería».

Sería largo de estudiar si este tristísimo resabio de barbarie africana tiene algo de común con el *ñañiguismo*, serie de corporaciones de barrio entre la gente de color, cuya característica en público eran las comparsas que solían organizar en determinadas fechas, amén de verdaderas batallas campales entre los diversos bandos más ó menos carabalíes en que se dividía la secta; y en privado, en el secreto de sus templos, una grotesca liturgia de complicadísimas pantomimas capaz de volver loco al mismísimo *Abasí* que es uno de los muchos nombres que le dan á Dios.

La brujería, tal como hoy existe entre las capas más bajas de la sociedad negra, tiene de común con el ñañiguismo, el lío que hacen mezclando ciertas prácticas de la religión católica con una monstruosa serie de barbaridades del más refinado salvajismo.

Cuando se dió con la tenebrosa madriguera donde se reunían los miserables que habían asesinado á una preciosa niña de pocos años para arrancarle el corazón y componer con él cierta pomada milagrosa, nosotros vimos el altar y el menaje del siniestro *templo:* un crucifijo, un gallo descuartizado, candeleros y palmatorias *sin velas*, un San Francisco con un cuerno de buey encasquetado á modo de cogulla, una bandera española, otra cubana, pichones degollados, una santa Bárbara,... ¡el cáos!

Y para acabar con estas porquerías, por si ustedes hubieran querido que el relato fuese más completo y documentado, tomen nota de lo que sigue:

«BANÍ, BANÍ, ÑAMPÉ ELLENECÁ MACUÁ SACON MI-

Iglesia en Guanabacoa

NOMBAIRÁ, APOFENÉ QUE ATEBERÉ ATAMUNDIRÁ ABORE QUERÓN ABECEQUEÑÓN GELLEY BARIÓ SANSARIBÓ ECUÉ». (1)

(1) «Dios te echó al mundo, fuiste jurado y profesado. Dios ruega por tu alma y en tu sueño no te acuerdes de ninguno de tus hermanos que lloran tu ausencia».

Por bárbaro que sea el texto original en lengua carabalí, esta barbarísima traducción de un anónimo articulista de la ya fenecida *Correspondencia de Cuba*, acaba de quitarnos el poco aliento que nos quedaba.

Vayan aprendiendo de memoria esto que es esencial para iniciarse en los misterios carabalíes, y tengan el consuelo de saber que esa letanía se la espetarán junto á la fosa á aquel de ustedes que se sienta *brujo* y se dedique á abrir niñas en canal para que después el verdugo le retuerza el pescuezo sobre el tablado del último de los bailes... involuntarios.

Y si una vez aprendida *par cœur*, como dicen los franceses, esa cariñosa salutación postrera se sienten con ganas todavía de hociquear en los secretos del ñañiguismo y en las asquerosidades de la brujería, escríbanle al amigo Pepe Jerez y él tal vez haga lo que nosotros no tenemos estómago para hacer: enviarles por jaula certificada, y con encargo de instruirles *prácticamente*, un par de brujos de la calaña del «hermanito» erenobon (1) cuyo retrato ilustra estas páginas, y que fué uno de los asesinos de la pequeña Zoila.

***

Para quitarnos el mal gusto de boca, vámonos á Guanabacoa donde unos conterráneos nos amenazan con una *paella* que resulta conato de comida... casi sin comestibles. ¡Justo castigo al pecado de querer salirnos del obligado «picadillo con huevo» y del «aporreado de tasajo»!...

Menos mal que Vicentico y *Pascualet* (este último

(1) *Erenobon*—un negro. *Vocabulario del carabalí*—Habana 1882.

conocido por Pepe Vidal en el mundo profano) nos distraen de la penitencia del ayuno, el primero leyéndonos, en el vaporcillo que desde el Muelle de Luz nos lleva á Regla, una peripatética epístola de su *Dulcinea* que desde las riberas de la acequia de Vera aconseja muy cuerdamente á su galán trasplantado á orillas del Almendares; y el otro, en el tren que nos conduce desde Regla á Guanabacoa, canta con el acento armonioso de su voz casi celestial, la dulce trova que dice:

Sí, sí, que yo te ví,
que me regabas el jardín,
¡sí, sí!

. . . . . .

XVII

"Interviews" y visitas

Por las Secretarías.—El Mensaje presidencial.—Obras Públicas y Agricultura.—El amigo Freyre de Andrade.—Una noche en el Vedado.—Política grande, política chica, arte sano, arte enfermo... y otros efectos del champagne.

...Con el último Mensaje del Presidente por guía y una regular provisión de tarjetas de visita en el bolsillo, anda que andarás de Secretaría en Secretaría, que es como andar de Ministerio en Ministerio.

La tarea es relativamente fácil y llevadera, pues, burla burlando, ya nos hemos referido en anteriores jornadas á varios ramos ó ramas ó travesaños ó puntales del tinglado administrativo: la instrucción pública, la sanidad, algo de política candente, la inmigración y otras menudencias.

Y, burla burlando, también, iremos poco á poco metiéndonos en aquello en lo cual todavía no nos hemos metido; así, á la buena de Dios, «á la que salta», mariposeando de Secretaría en Secretaría y por entre los párrafos de la substanciosa prosa del folleto presidencial.

En Hacienda nos las hemos de ver con un hombre de historia. La del general don Juan Rius Rivera hubiera hecho las delicias del *amigo* Ponson. Pero nosotros, que no somos «Ponsones» la condensaremos en dos líneas, breves, escuetas, sin adornos, al estilo de la conversación del general, parco en palabras, sobrio en dejar libre á la sin hueso, virtudes que sientan muy bien á un hombre que sabe hablar poco y hacer mucho:

Insurrecto en Puerto Rico, su patria, en 1868, cuando el movimiento de Lares. Forma parte de la célebre expedición del «Anna» á Cuba. No acepta el pacto del Zanjón y colabora con Maceo en la famosa protesta de Baraguá. Fracasada la revolución se retira á Honduras; y así como tuvo la entereza y el valor cívico de ser consecuente con sus ideas—lo cual es un mérito grandísimo en este pícaro mundo—tuvo el tesón de ser constante en su simpática actitud, y no puso los pies en Cuba durante los diez y siete años de la paz. El 96 desembarca en la costa de Pinar del Río, y pocos meses después sucede á Maceo en el mando de las tropas que operaban en Vuelta Abajo, cuando el caudillo cayó para siempre en Punta Brava. Prisionero de los españoles en marzo del año siguiente, fué á dar con sus huesos en Montjuich... de donde salió *ileso*.

Digan ustedes si nuestro personaje no merece una novela en varios tomos, y novela maravillosa de protagonista legendario por la entereza de su

carácter que le impide mendigar ó aceptar mercedes más ó menos contantes y sonantes del vencedor, como hicieron otros que luego se pasaron por la cruz de los calzones el honor de la propia palabra empeñada (¡al fin, *objeto* de casa de empeños!) sin perjuicio de más tarde considerarse á sí mismos como héroes y mártires de la patria redimida.

El carácter entero, de una sola pieza, merece todos los respetos; y hay que consignarlos así, en público, gritando lo más alto que sea posible, no tanto para honrar al «agraciado»—la virtud no necesita de reclamos—cuanto para que los veletas pasen un rato, ó aunque solo sea un instante, de retortijones de tripas y de escalofríos en la poca vergüenza que les quede.

Decíamos,... sí, decíamos que la situación del Tesoro de la República era, en Octubre de 1905, la siguiente:

Existencia anterior á la fecha	$ 19.100,150-43
Recaudado durante el mes	2.439,824-72
Bonos comprados	1.062,500-00
	$ 22.602,475-15
Reintegros	3,036-59
Impuestos del Empréstito	350,665-73
Checks pendientes de pago	2,041-50
Giros postales	50,890-11
	$ 23.009,096-08
Depósitos del Empréstito	3.531,827-20
	$ 26.540,923-28

A DEDUCIR:

Gastos durante el mes	$ 1.725,774-32
Giros postales, checks pendientes de pago y Derechos Consulares Honorarios	261,823-16
Comprometido por leyes especiales . .	1.731,842-66
	$ 3.717,440-14
Saldo á favor	$ 22.823,483-14

En esta suma no está incluida la cantidad que, para el pago corriente de haberes del Ejército Libertador, tiene en su poder «The Royal Bank of Canada», y que asciende, más ó menos, á $ 2.000,000.

En Instrucción Pública ha habido la novedad de que ya se ha nombrado el Secretario, alto cargo que no ha de venirle mal á D. Manuel Francisco Lamar, siquiera sea como consuelo á los sinsabores que es lícito suponer pasaría dicho señor cuando fué Secretario de la Cámara de Representantes del Gobierno Autonómico *pour rire*,... ó *pour pleurer*, que nuestros «cónspices»—la palabreja hará fortuna —concedieron á la Isla en 1898, precisamente en 1898, para que no se perdiese la memoria del refrán que dice «al asno muerto, la cebada al rabo».

Pero, esto son divagaciones, como diría el japonófilo D. Luis Torres Acevedo.

Decíamos,... sí, decíamos que de la Secretaría de Instrucción Pública tomamos los siguientes datos que vienen á corroborar cuanto dijimos en otro capítulo referente al interés que aquí despierta cuanto

se relaciona con la enseñanza, y en el sentido de que ésta va saliéndose de los antiguos moldes de la rutina, para informarse en lo que la época y las condiciones del país demandan:

El curso académico comenzó en 1º de Octubre con una matrícula de 1,130 alumnos en los Institutos. Este número se descompone así: 125 alumnos del curso preparatorio; 849 de la Segunda Enseñanza; 47 de las Escuelas de Agricultura; 29 de Comercio; 78 de Taquigrafía y escritura á máquina, y 2 de Náutica. En la Universidad se matricularon 540 alumnos, correspondiendo 178 á la Facultad de Letras y Ciencias, otros 178 á la de Medicina y Farmacia y 184 á la de Derecho Civil y Público. Hay además 118 matriculados en la Escuela de Ingenieros, y 467 en la de Artes y Oficios.

De los datos que anteceden, queremos llegar á la conclusión de que se considere que, en un total de 1,281 estudiantes con carrera *elegida*, hay 741 (cerca de las dos terceras partes) que se dedican á profesiones diremos técnicas, en el sentido de que la aplicación que dichos estudios han de tener en la vida, rompe con la costumbre viciosa de convertir las aulas superiores en criaderos de abogados y galenos, de cuya masa, por cada jurisconsulto ó médico verdad que sale, hay centenares de pobres diablos con título de licenciado y de doctor que revolotean famélicos en torno á la olla del presupuesto... que es quien viene á pagar las consecuencias de esa epi-

demia moral que envenena la savia de nuestra sociedad.

El señor O'Farrill, Secretario de Relaciones Exteriores, prototipo del hombre estudioso, que nunca ha hecho política activa (¡miel sobre hojuelas!) andaba muy atareado el día que fuimos á dotorear á su Departamento, cosa no muy viable por cierto, pues ya es sabido que no todos los sabuesos tienen el olfato lo suficientemente fino para oler en los vedados de la Diplomacia.

Dejando aparte la escaramuza pseudo-anexionista y los juegos malabares que algunos sobrinos del Tío Sam hacen ó quieren hacer con la Isla de Pinos, el señor Secretario se ejercita de hábil ginecólogo en el anunciado parto de un tratado con Inglaterra, *alumbramiento* que no se sabe cómo le sentará al vecinito de allende el estrecho de la Florida; y apenas si tiene tiempo para tramitar la lluvia de invitaciones que de todas partes se hacen á Cuba para que tome parte en Congresos y Certámenes Internacionales de Alimentación del ganado, de la Industria de construcciones, de Educación física de la juventud, de Expansión económica, de Asistencia pública, de Penitenciaría, de Derecho marítimo, de la Paz, de Sanidad, etc., etc...

Lo cual que, como dijo el otro, demuestra que Cuba no está arrinconada en la vida internacional. Y bien merece que así sea.

Los Secretarios de Agricultura y Obras Públicas,

Dr. D. Gabriel Casuso, y General D. Rafael Montalvo, respectivamente, andan estos días algo mohinos y cariacontecidos, y hasta puede decirse que no se miran con buenos ojos... Como la noticia es grave, apresurémonos á declarar que no se trata de disgustos personales, ni de berrinches políticos, ni lo dicho quiere decir que el Doctor y el General sean en modo alguno protagonistas de eso que en la jerga político-administrativa se llama irónica cuanto gráficamente «armonías ministeriales». No sucede nada de eso, por fortuna. La cosa se limita á un poquitín de celos entre ambos Departamentos; celos que dicen mucho en favor de quienes los sienten, pues en el asunto no juega ningún papel la *gelosia che morde nell'anima*, sino la nobilísima emulación á hacer grandes cosas, á acometer reformas y empresas beneficiosas para el país.

El Congreso ha concedido á Obras Públicas un crédito extraordinario de tres millones de pesos. Y cuando el señor Montalvo, contento como unas pascuas, considera esa concesión como «la más importante medida legislativa que han elaborado, desde hace mucho tiempo, los cuerpos colegisladores, á los cuales se culpa, con harta razón, de inactivos é infecundos»; y cree que unas cuantas leyes como esa harán que la opinión reaccione rápidamente y el Congreso goce de crédito y de estimación generales, su colega en *gabinete*, el Dr. Casuso, protesta de que en las altas esferas directoras haya ambiente y

opinión para créditos de Obras públicas, para Sanidad, para Beneficencia, para todo, menos para la pobre Agricultura que, á pesar de que de ella se dice en el Mensaje presidencial: *es entre nosotros la fuente principal de riqueza, la que alimenta en general las industrias más importantes y el comercio del país*, nadie se acuerda de ella.

Y cuando el general Montalvo, alentado sin duda por lo de los tres milloncejos de duretes, siente remozársele en el cuerpo su interés y empeño en que se acometa lo antes posible la obra magna del alcantarillado de la Habana, y, por laudables resabios de su antiguo cargo de Jefe del Presidio, va á pedir otro crédito para instalar la Cárcel en el Castillo del Príncipe dotándola de talleres y de dormitorios celulares, y piensa dragar la parte de mar junto al Arsenal, y construir parques y calles, y... etc., etc., el Dr. Casuso declara que él no puede hacer nada al frente de una Secretaría que, como la de Agricultura, está dotada con 180,000 pesos al año, «cantidad ridícula, tratándose de un organismo que tan grande actividad debe desplegar». Y añade, textualmente:

«Hoy ocurre con la agricultura lo que en muchas casas particulares con los padres de familia. Estos son los que buscan el sustento, los que trabajan, los que luchan, los que sufren, y en el reparto de los goces de la vida siempre son los últimos, los preteridos, los que se resignan» (1).

(1) Declaraciones á un redactor del *Diario de la Marina*.

Y en este terreno está el interesante pleito.

—La riqueza de Cuba—razona el criterio del general y de cuantos piensan como él piensa—no puede alcanzar su debido desarrollo si no se aumentan los medios de comunicación entre las diversas regiones de la Isla y mientras no se arreglen los caminos vecinales para que los frutos menores tengan fácil salida á las carreteras y á las estaciones ferroviarias.

—Cuando la crisis agraria por que atravesamos—argumenta el doctor y con él todos los agricultores—no obedece á otras causas que á la primordial de la escasez de brazos, y á las secundarias pero no menos importantes de la carencia de bancos hipotecarios agrícolas, de campos de experimentación, de estaciones agronómicas, de verdaderas instituciones de crédito, de un arancel racional que no ponga trabas á la importación de máquinas y aperos de labranza, de medidas que libren al campesino de la usura á que vive atado de pies y manos. Mientras todo esto se conjura contra la verdadera y única riqueza de Cuba, derrochen ustedes el dinero en carreteras y puentes, y acaparen para esas obras los pocos brazos de que podemos disponer, y contribuyan así á que, sobre ser escasos los jornaleros, suban exageradamente los jornales, y... ¡que vengan los angelitos del cielo á cortar y á moler la caña, nuestra principal fuente de riqueza!...

¿Que de quién es la razón?

De ambas partes.

¿Que cómo se soluciona el asunto?

Ambos criterios, al parecer antagónicos, dan la clave en las siguientes notas dimanadas de ambas Secretarías:

...Hay que dedicarse en cuerpo y alma al fomento del país, empleando en ello una parte muy principal de los sobrantes del Tesoro y adoptando cuantas medidas legislativas concurran á dicho fin.

...Es preciso estimular, mejorar y extender el cultivo de los campos, multiplicando la variedad de sus producciones, fomentando la riqueza pecuaria, facilitando la construcción de vías férreas hacia comarcas distantes, todavía no explotadas, y componer caminos, hacer puentes y carreteras, construír muelles, dragar puertos, *todo ello promoviendo en debida forma una corriente no interrumpida de inmigración honrada, laboriosa y resuelta á establecerse en los distritos rurales*,... para lo cual el gobierno fomentará la organización de un servicio para que vapores especiales traigan á la Isla los muchos miles de inmigrantes españoles que desean venir pero que carecen de los recursos indispensables para ello...

Es don Fernando Freyre de Andrade—general, abogado sin bufete (recomendación valiosísima) exmagistrado suplente de la Audiencia de la Habana antes de la guerra, y durante la guerra Auditor del cuartel general de Máximo Gómez, último presidente de la Asamblea revolucionaria de Santa Cruz del Sur, y después de la guerra Fiscal del Tribunal

Supremo, y cuando le conocimos Secretario de Gobernación é interino de Instrucción Pública, (1) y luego representante ó diputado por la provincia de Matanzas, y ahora Presidente del Congreso...—es, decimos, este señor, uno de los mejores amigos que hemos dejado en Cuba, el más servicial, el más atento de todos los ministros de allende y aquende el Atlántico.

Y uno de los particulares del caso, dada la *talla* política que supone la anterior incompleta enumeración de cargos y la *suma* de prendas personales que adornan al señor Freyre de Andrade, es el de que, este, es un hombre bastante corto de estatura,... y señores, hagan el favor de no sonreir reputando tonta la observación:

Se hablaba una vez de cierto joven muy dado á las chifladuras literarias en prosa y en verso, tanto que á los dieciocho años llevaba escritos tres dramas históricos en octavas reales, dos comedias en prosa, doce poemas completos y seis «fragmentados», un regular rimero de rimas—¡naturalmente!—y como unas veinte gruesas de cuentos, bocetos, conatos de novela, crónicas, artículos, pasatiempos, juicios críticos, etc. etc.

---

(1) En el capítulo «Escuelas y Maestros» un cajista (siempre pagan los vidrios rotos estos señores) se comió—hablando en sentido figurado—la partícula *Sub*, en virtud de lo cual ascendió á Secretario de Instrucción Pública el óptimo amigo señor Lincoln de Zayas.

Como tenemos la seguridad de que más ó menos tarde se cumplirá de «derecho» la omisión, nos complace la errata, pero al mismo tiempo nos declaramos únicos responsables de ella.

El panegirista de tal portento, cuando perdía el hilo de los adjetivos encomiásticos, la tomaba con la cabeza de su ídolo y repetía hasta el abuso:

—¡Vaya una cabeza, la de fulanito!... ¡Señores, qué cabeza, qué cabeza la de ese muchacho!

Uno de los que habían oido mil veces los elogios prodigados por el tal en cuestión á favor del *genio*, tuvo oportunidad de conocerle, y cual no sería su sorpresa que, luego de dar muchas vueltas en torno del fenómeno midiéndole el cráneo con la vista, exclamó dirigiéndose al compadre:

—Pues, amigo, no veo nada de particular en esta cabeza. Apostaría á que el tamaño no es mayor que el de la cabeza de mi hijo Tomás que ni siquiera sabe escribir su nombre y ya ha salido de quintas...

Y es que mamá Natura es caprichosa; y así como no hay que fiarse de las cabezas muy voluminosas, también es prudente no mirar con desdén á los hombres chiquitines, pues á lo mejor se encuentra uno con un Freyre de Andrade tan corto de dimensiones como largo de cacúmen, y profundo de «trastienda», é inconmensurable en eso que se llama *mala intención* y que no es un mal sino una grandísima virtud sobre todo en la política militante.

¡Ay, la política, cómo nos tiene de mareados desde que comenzamos este capítulo que ya es hora de que acabe!

Nunca como ahora necesitamos un refresco, pero está de Dios que no sea refresco sino aperitivo, pues

en el Casino Español nos hemos citado algunos amigos para ir á cenar al Vedado.

En los regios salones del centro, que diremos es la representación oficial del patrio hogar, nos hace los honores de la casa el mayestático Secretario del Casino que es la antítesis ponderable y «medible» del señor Secretario de Gobernación, pues todos sus amigos y conocidos hemos aceptado como irrefutable la siguiente fórmula matemática:

140 kg. + 2'995 m. = Lucio Solís.

No hace, no, mala figura España representada en su casa de la Habana por tal cabeza visible, pues Solís es el alma del Casino, sin menoscabo por nuestra parte, al afirmar esto, para la prestigiosa Junta Directiva y cuantos con ella contribuyen á sostener por alto sentimiento de patriotismo la aristocrática sociedad que no persigue otros fines que el de mantener floreciente y venerado el antiguo solar de la madre patria en la capital de la Gran Antilla.

La «modesta cena» con que nos obsequian los compañeros del *Diario de la Marina* es un banquete por todo lo alto—aunque se celebró en un kiosco del jardín que, como es natural, está en la planta baja—en el hotel Trotcha del Vedado, y allí *Españita* habló de arte sano y de arte enfermo pasando revista á la producción literaria nacional y ultramarina, y el «Doctor» de marras *nos tocó la marina*, como á valencianos, al tocarnos á Don Vicente y á Don Ro-

drigo (1) á los cuales hizo protagonistas de una *Comidilla* hablada en la que entró la sal por arrobas y la pimienta por quintales.

Y la reunión se disolvió después de media noche, luego de darse por notificados de la protesta formulada por el campechano Juanito Pumariega referente á que, como representante del señor Rivero en la presidencia de la mesa, «daba por no oídas las frases más ó manos sicalípticas (!) pronunciadas por todos los comensales durante las cinco horas que duró la honesta juerga del Vedado»...

(1) Se alude á la cuestión Blasco-Soriano, celebérrima ya en ambos hemisferios.

XVIII

La Asociación de Dependientes

La unión hace la fuerza.—Origen y desarrollo de esta sociedad.—Las casas de salud.—«La Purísima Concepción».—Un palacio.—Elecciones tropicales.—Paz y concordia.—Palabras del Dr. Carrera y Justiz.

De las potentes sociedades regionales españolas de la Habana, la titulada de Dependientes del Comercio es la decano y la que va á la cabeza de ellas en lo referente al número de socios que hoy la componen.

Hace veinticinco años que nació este importante centro ó núcleo de energías y de voluntades, y nació no solamente humilde, sino en condiciones y obedeciendo á un fin concreto que de seguro no suponía en sus fundadores la esperanza ni siquiera la idea más remota de que su obra pudiera con el tiempo adquirir la importancia que hoy tiene.

Se asociaron los dependientes del comercio de la Habana con el objeto exclusivo de recabar de los patronos el cierre dominical; pero pronto alcanzaron mayor vuelo sus aspiraciones, y poco á poco, hacién-

dose cargo de la gran fuerza que representaban ó podían representar por la sola virtud de la unión y del esfuerzo colectivo, lo que comenzó siendo una especie de asamblea permanente en defensa de determinada reforma en las prácticas y costumbres que informaban la vida de la clase, llegó á ser formidable cuanto beneficiosa concentración de fuerzas con la posibilidad de aspirar á mejoras más amplias en la esfera más amplia de la vida social.

Las necesidades morales y materiales que en todo tiempo experimentó la colonización española en la Isla, determinaron á mediados del siglo pasado la formación de agrupaciones que, con miras más ó menos utilitarias, hicieran frente á tales necesidades del elemento peninsular.

Las llamadas Casas de Salud fueron el fenómeno más saliente que se produjo en aquella fecha por lo que respecta al asunto que nos ocupa.

Los hospitales particulares que se llamaron de «San Leopoldo», la «Quinta del Rey» (que todavía existe), la casa de «Garcini», la «Integridad Nacional» y algún otro, llenaron bien la misión para que fueron fundados; pero á medida que el tiempo iba transcurriendo no sin señalar las nuevas necesidades que originaban el aumento de la corriente inmigratoria, las nuevas luces que la gente adquiere día tras día y las constantemente renovadas exigencias y aspiraciones de la vida moderna tanto en los individuos como en las colectividades, hicieron

precisa una reforma radical en la orientación y finalidad de aquellas instituciones.

Estas concausas dieron por resultado la creación de las sociedades regionales en el sentido que hoy las informa, y al cual deben su razón de ser. Y con ellas, como hemos dicho en capítulos precedentes, al hablar del Centro Asturiano y del Centro Gallego, surgieron las quintas de salud que tan alto colocan el nombre de estas respetables entidades sociales.

El día 3 de agosto de 1884 inauguró la Asociación de Dependientes su quinta «La Purísima Concepción», donde, en la actualidad pueden ser asistidos holgadamente 575 enfermos, y dentro de poco, terminados los pabellones en construcción y en proyecto, podrá atenderse á 700 pensionistas.

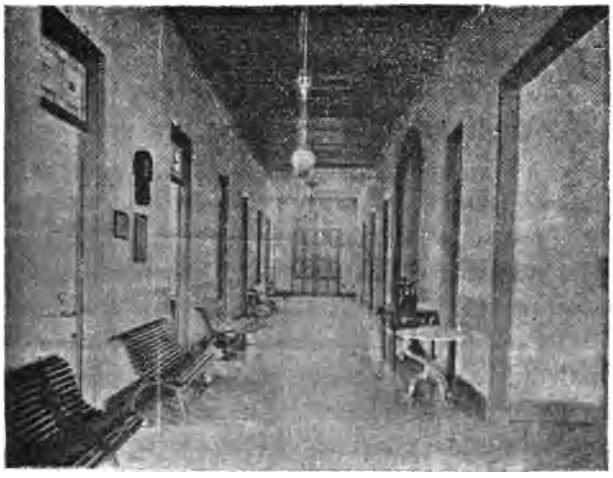
Mejor que nosotros pudiéramos hacerlo, se sintetiza la historia y se advierten los progresos de esta asociación leyendo lo siguiente que entresacamos de la Memoria trimestral correspondiente á Julio–Agosto–Septiembre de 1905.

... ¿Era posible que en el año de 1880 se imaginara nadie la importancia que había de tomar la Asociación de Dependientes? Sin embargo, ahí están las pruebas á la vista.

Tomamos en primer lugar y como punto de partida el crecimiento de socios:

Fúndase con 502 que en el primer mes quedan reducidos á 205; alcanzando en 31 de julio de 1881 la cifra de 677. Abrense al público los modestos sa-

lones de la calle del Prado número 85, como Centro de la ASOCIACIÓN, el día 18 de diciembre de 1882; en ese año llega el número de socios á 1,924. En 31 de julio de 1883 se cierra la lista de socios con 2,567. Fúndase el 3 de agosto de 1884 la Quinta de Salud



Interior de la Quinta

La Purísima Concepción, obligada á ello la Directiva por necesidad ineludible, por haberse negado (pues negar es el fijar un precio imposible de pagar entonces á la dieta de los enfermos) las casas de salud á admitir los socios de esta Sociedad: y de ahí parte el crecimiento de la ASOCIACIÓN, alcanzando en 31 de julio de 1885, la cifra de 4,100 socios. Desde últimos de dicho año hasta septiembre del

86, se pasa por una crisis que hace bajar el número de socios á 3,296. Esta contrariedad excitó más el entusiasmo de las Juntas Directivas y de cuantos estaban identificados con los nobles fines que persigue la institución, y se inicia el aumento constante de inscripciones, por la escala siguiente:

Julio de 1890	5,696	socios
Diciembre de 1895	9,779	»
Diciembre de 1900	11,492	»
Septiembre de 1905	23,427	»

Esto dice la Directiva. Nosotros añadimos por nuestra cuenta:

El día 5 de noviembre, cuando visitamos la quinta de salud, cortesmente invitados por don Ezequiel Carnicer, Presidente interino de la Asociación, contaba esta con **25,614** socios, ó sea 687 más que en igual día del mes anterior, y al salir nosotros de la Habana en febrero de 1906 pasaba de 26,000 el número de los socios inscritos.

Por lo que respecta al capital social, ha seguido la siguiente evolución, que anotamos por quinquenios para no hacer exageradamente minucioso el cuadro:

Existencia en Caja en 1880, año de la fundación de la Sociedad.	ESPERANZAS	
	$ en billetes del Banco Español	$ en oro
En 1885, capital líquido. . . .	14,161-13	6,232-13
» 1890, » »	25,696-08	44,099-68
» 1895, » »	» »	218,837-71
» 1900, » »	» »	336,517-93
» 1905, » »	» »	602,481-85

A fines del año que corre, la Asociación podrá instalarse en su nueva casa, el soberbio palacio que está construyendo en el Prado y que una vez terminado será sin disputa el edificio más suntuoso de la Habana.

Recientemente hubo un momento doloroso en la vida interior de este gran núcleo societario, y aunque sea triste para nosotros el tener que ocuparnos de ello por fueros de cronistas imparciales que no somos responsables de los sucesos que vienen á enredarse en los gavilanes de la pluma, lo consignamos no sin cierta satisfacción interna, tanto porque así cumplimos debidamente con la misión de información imparcial y detallada que nos hemos impuesto, cuanto porque del fondo de dicho asunto doloroso brota una consecuencia simpática y halagadora.

Nos referimos á la crisis electoral que turbó por algún tiempo la paz y la buena armonía existentes en el seno de la Asociación.

Dos candidaturas, ambas prestigiosas y honorables, se disputaban el honor de dirigir los destinos de la Sociedad. La contienda revistió por un momento los caracteres de un verdadero *bochinche* al estilo de los que menudean en las elecciones políticas. Y como, tal vez efecto del ambiente creado en Cuba por el colosal *bochinche* de las elecciones generales... del partido moderado, los ánimos estaban en vena de ir á cachetes con el malparado sufragio

universal, los elementos exaltados de uno y otro bando dentro de la Asociación de Dependientes desahogaron sus ímpetus tropicales moviendo un zipizape de todos los diablos, con acompañamiento de amenazas á la Mesa y ofensas... de hecho á una pobre urna que salió volando por un balcón.

La consecuencia simpática á que antes hemos aludido:

Apenas la voz de la sensatez apeló á la abnegación y al altruismo y al amor que todos debían tener á la obra común, la tempestad que rugía en aquel mar de veintitantos mil individuos se calmó como por ensalmo, aceptóse una tercera candidatura de conciliación,... ¡y aquí no ha pasado nada!

Y es que, indudablemente, en la conciencia de todos y de cada uno de los componentes de la grande y próspera entidad social, hubo de vibrar nuevamente la autorizada palabra del Dr. Francisco Carrera y Justiz, que meses antes había dicho en la solemne velada con que se celebró en el Teatro Nacional el 25º aniversario de la Asociación, que ésta «... es un «ejemplo vivo de organización democrática, donde «sus miles de asociados van templando su espíritu y «creando para nuestra república ciudadanos cons«cientes, hoy que son, en su mayor parte, educati«vos, los más grandes problemas de gobierno... Es«tas asociaciones que consagran la universalidad del «sufragio, como base de su gobernación; la igual«dad de los asociados, como dogma de su fraternidad;

«la beneficencia, como parte principal de sus finali-
«dades, y la instrucción, como tendencia dominante
«para la realización de sus destinos, SON VERDADE-
«RAS REPÚBLICAS IDEALES»...

XIX

En el Ateneo

Veladas memorables.—Nuestra conferencia.—La Asociación de la Prensa.—El Presidente en el Ateneo.—Un incidente tragi-cómico.—El sainete final.

Hemos tenido la satisfacción de ver con nuestros propios ojos el despertar del Ateneo de la Habana á la vida que le es propia, como cátedra libre en la cual se debatan y traten cuantos asuntos de palpitante interés general se disputan el dominio de la febril y siempre renovada *actualidad* que preocupa á los cerebros y á las conciencias.

No vamos á meternos nosotros á buscar las causas determinantes del hecho que apunta el distinguido cronista de un importante diario habanero, cuando dice que el Ateneo, como *Ateneo* propiamente dicho, no pudo subsistir nunca, y fué necesario hacerlo «Círculo de la Habana» para que con las conferencias y las veladas literarias alternasen las *soirées* de baile y algún que otro *match* de ajedrez.

El Ateneo que nosotros conocemos sí que subsiste y puede subsistir como á tal, relegando á término muy secundario las tertulias de puro entretenimien-

to, para que en su vida sea luminar espléndido de enseñanzas el prestigio de una labor tan provechosa como la realizada por ese centro de cultura durante los dos últimos meses del pasado año.

La muerte del ilustre orfebre de la poesía contemporánea, José María de Heredia, cubano de nacimiento aunque francés de adopción, dió motivo á que el Ateneo de la Habana celebrase una velada necrológica en honor del vate de *Los Trofeos*, y de que aquella noche conociésemos algo mejor que por referencias, entre otras, tres personalidades salientes de la intelectualidad cubana; y aquello nos interesó, más que desde el punto de vista, diremos personalista, por lo que atañe á tres manifestaciones de la aludida mentalidad:

La erudición consagrada,con carácter propio, sin galas de oropel, robusta, sana, consciente de sí misma y de la legitimidad de las galas que la adornan, en Aniceto Valdivia (*Conde Kostia*) cuyo estudio sobre Heredia, prosista, es un feliz alarde de la potentosa cultura y de las excepcionales dotes de crítico que caracterizan al ilustre escritor.

El «verbo poético»—aquí donde cualquier hijo de vecino versifica más ó menos ripiosamente—en Pichardo, que aquella noche nos ratificó en nuestro criterio de considerarle mejor *músico* que poeta, y tómese esto en el sentido de que tenemos para nosotros que Pichardo lee y recita los versos suyos y los que no lo son, como podría hacerlo un ángel, si

los ángeles entretuviesen los ocios de su beatitud leyendo sonetos y recitando redondillas; pues si el simpático Director del almibarado *Fígaro* no nos convence en absoluto (¿diremos una herejía?) como *poeta* en la altísima acepción del nombre, posee indudablemente el secreto de expresar de modo tan notable las rimas propias y las ajenas, que, aun en el caso de que unas y otras no pasen de medianas, ganan el mil por ciento cuando Pichardo las engarza en el pentagrama de su voz y de la expresión y colorido que sabe dar á su palabra.

Y la juventud que se impone por su propio mérito, y entra por la puerta grande en los dominios de la intelectualidad ya consagrada, en Jesús Castellanos que leyó aquella noche un trabajo magistral estudiando la labor de los poetas llamados parnasianos, entre los cuales ocupa lugar tan distinguido el ilustre muerto en cuyo honor se celebraba la velada.

Pero el éxito de la temporada—adoptando la terminología teatral—lo constituyó la discución propuesta por el Ateneo sobre si debía ó no restringirse el uso del sufragio.

El tema era de palpitante actualidad y despertó grandísimo interés en los primates de la política, en la prensa de todos los matices, en el público grande y en el chico, y lo que más vale: hizo salir de su torre de marfil, para tomar parte en la contienda, á pensadores y estudiosos que, egoistas y desatinados según nuestro leal parecer, dormitan en el cómodo triclinio

de la llamada *neutralidad*, haciendo plácidamente la digestión de sus desdenes y pesimismos hacia los hombres y los sucesos de la cosa pública.

La discusión duró buen número de sesiones, sin que por un momento decayese el interés que despertó en tirios y troyanos: eran éstos, como directamente interesados en sostener determinado criterio en el asunto, los liberales y los moderados; ó mejor, para dar esfera más amplia á las dos tendencias, los de la escuela liberal defensora de que el sufragio se ejercite en el sentido más extenso posible, y los de la escuela conservadora que piensan corregir los defectos del sistema y por ende los abusos á que se presta, restringiendo el derecho al voto.

Del primer grupo hablaron los señores Alfredo Zayas, Ezequiel García, Orestes Ferrara, Juan Gualberto Gómez y Ricardo Dolz.

Los contrincantes fueron Octavio Averhoff, Eduardo Dolz y Pablo Desvernine.

Los abstenidos de la política activa, señores Enrique José Varona, Antonio Sánchez de Bustamante y Antonio González Lanuza representaron ambas tendencias, de modo que la filosofía olímpica (!) de *los neutros* se inclinaba, según la simpatía de cada uno de ellos, ó por la restricción del sufragio, ó porque la «universalidad» del mismo se ejerza según la acepción más lata del término (1).

(1) Si, por antropofagía involuntaria, nos hemos comido algún orador, perdónese el pecado.

El conjunto de estos nombres representa «el cogollito», la flor y nata de la intelectualidad cubana.

Un vacío muy sensible se notó en este turno de oradores: el del ilustre Presidente del Senado, Don Manuel Sanguily, que por su indiscutible autoridad política y por su extraordinaria elevación mental hubiera indudablemente *dado la nota*, como suele decirse, en este debate.

Hubo sus anomalías, aparentes al menos, en aquel interesante torneo de la elocuencia, y fué una de las más notables el caso ofrecido por don Ricardo Dolz que desentonó de sus colegas en moderantismo entonando un entusiasta canto en loor del sufragio universal, al cual, dijo, hay que reconocerle la más amplia libertad de ejercicio y aplicación.

Como paréntesis abierto en aquellas veladas memorables que constituyeron un brillante curso de Derecho político y de Sociología, nos cupo á nosotros la honra insigne de ocupar una noche la tribuna del Ateneo; y de ello hablamos, exponiéndonos á que se nos tache de inmodestos, porque estimamos que aquí deben tener un lugar ciertas observaciones que es bueno repetirlas de tanto en tanto:

La prensa habanera, las autoridades, los particulares—igual los cubanos que nuestros compatriotas—todos cuantos en la esfera oficial como en el terreno privado tuvieron trato con nosotros, llevaron á tal extremo las manifestaciones de su simpatía y de su cordialidad á favor nuestro, que creímos in-

dispensable llegar al punto extremo en la franca explicación de quienes éramos y á donde íbamos.

Nuestro viaje de cinco años á pie al través de Francia é Italia—aventura juvenil que, si no fama, nos ha dado cierta notoriedad, y de la cual estamos orgullosos hasta la pared de enfrente—despertó inusitado interés en la Habana (en la Habana, donde, como en otras muchas partes de ambos continentes, todavía resuena el ruido de los *sablazos* de ciertos «profesionales del andar á pie») y,—no padece la modestia cuando se habla ó se escribe con sinceridad—se nos trató en todas partes y por todos como es de ley tratar á los personajes. Si no lo éramos ni lo somos, en el sentido usual que se da á esta palabra, ciertamente que no nos reputamos indignos de cuanto con nosotros se hizo, si bien declaramos que fué excesivo y por la sola virtud de la insuperable obsequiosidad que se respira en el ambiente cubano.

Y... precisamente por ello: porque se nos festejó de modo tan espontáneo y en manera tan espléndida; porque los agasajos y las atenciones no obedecían á la sugestión de títulos del saber ni de credenciales de la valía social ó intelectual; porque nadie, ni por un momento y aunque hubiera sido en forma velada, nos pidió que identificásemos nuestra personalidad de viajeros ni de periodistas; precisamente por todo esto, repetimos, fué por lo que, á título de «amor con amor se paga» nos empeñamos en confesarnos públicamente con la opinión, con las respeta-

bles entidades personales y colectivas que habían tenido para con nosotros tanta simpatía y afectos tantos.

Al efecto, enviamos á destino la siguiente carta:

Sr. D. Alfredo Martín Morales,
Presidente de la Asociación de la Prensa

Distinguido señor nuestro y compañero: Algunas indicaciones sueltas que se nos han hecho en el terreno particular con respecto á que tal vez resultase grato para el público cultísimo de esta ciudad el conocer por medio de una conferencia algunos recuerdos é impresiones de nuestro viaje por las naciones latinas de Europa, nos han sugerido el medio de satisfacer un deseo honda y sinceramente sentido:

La prensa de la Habana nos ha acogido con tal cariño, nos ha dispensado atenciones tantas, ha sido tan pródiga en afectos y simpatías á nuestro favor, que con ella tenemos contraída formal deuda de gratitud. Por razones de compañerismo personalizamos en ella todo el cariño, la simpatía y la gratitud que, en justa correspondencia, debemos á esta ciudad hospitalaria, la cual, siendo la puerta de nuestra peregrinación de estudio por América, ha tenido y tiene diariamente para nosotros deferencias que comienzan en el Primer Magistrado de la República y siguen sin interrupción por todo el campo de la vida social, artística é industrial de la Habana, poniéndonos en condiciones de

cumplir satisfactoriamente nuestra misión periodística, modesta como nuestra, pero entusiasta como exige el ideal que perseguimos.

A esa Prensa, pues, á esa opinión benévola y afable, cúmplenos brindarles lo único que poseemos, lo único que constituye el sello de nuestra personalidad, si alguna tenemos dentro de nuestra insignificancia: lo aprendido, lo observado en nuestras correrías de estudio por Europa.

A esa Asociación, pues, que usted tan dignamente preside, dedicamos una Conferencia sobre el tema «Impresiones de un viaje instructivo, á pie, por Francia é Italia».

Si la prestigiosa entidad á la cual nos dirigimos acepta la pobre ofrenda que con una voluntad muy rica le ofreeemos, no nos queda sino esperar sus órdenes y la indicación del sitio, día y hora en que nos sea dado relatar, sin pretensiones de ningún género, la finalidad que perseguimos durante los cinco años de voluntaria expatriación que pasamos visitando y estudiando los pueblos afines al nuestro.

Descarte usted, señor Presidente, la parte de egoísmo que pueda suponer nuestro ofrecimiento—ya que los beneficiados somos nosotros si la Prensa secunda nuestro deseo y si el público de la Habana nos honra escuchándonos—y vea en ello tan sólo la única exteriorización que por hoy podemos dar á nuestra gratitud hacia los colegas, más que colegas hermanos, de esta hermosa ciudad.

De usted, afectísimos amigos, etc., etc...

Aceptado el ofrecimiento y puestos de acuerdo la Asociación de la Prensa y el Ateneo, se dispuso que la conferencia tuviera lugar la última semana de Noviembre.

Cumpliendo lo que estimábamos un deber de cortesía fuimos una tarde á Palacio con objeto de invitar al señor Estrada Palma.

Confesamos francamente que no nos hacíamos ninguna ilusión sobre la posibilidad de que el Presidente asistiese al acto. Concurrían á ello las circunstancias de que don Tomás no sale de noche casi nunca; de que no había ido al Ateneo desde que ocupa el elevado cargo de Jefe del Estado; de que ni el conferencista era uno de esos personajes de campanillas con los cuales hay cierto interés en «quedar bien», ni en la invitación intervenía el cuerpo diplomático, el elemento oficial, ú otra de las palancas eficaces para allanar obstáculos y comprometer cortesías... forzadas; y lo que era más grave: la tirantez de relaciones entre el partido gobernante y el de oposición había llegado aquellos días á un punto excesivamente crítico, y se hablaba del levantamiento de partidas de un momento á otro, y hasta se daba por segura la existencia de un complot para volar con bombas de dinamita el palacio presidencial.

El Presidente nos recibió como siempre: con tales muestras de agrado y cordialidad que acabaron por determinar en nuestro ánimo una franqueza tal, que,

el ir á verle era para nosotros como el ir á visitar á un antiguo amigo.

Nos acompañaba el señor D. Ricardo Dolz. Media hora después salíamos de la Presidencia llevando la promesa formal de D. Tomás de que vendría al Ateneo. Somos sinceros también al declarar que, como antes, estábamos seguros de que á última hora, una cortés excusa arreglaba el asunto, sin dejarnos desairados á los invitadores ni en mala postura al invitado.

Llegó la noche para nosotros memorable.

La conferencia estaba anunciada para las nueve en punto.

A las nueve en punto se dispara un cañonazo en el Castillo del Morro.

En el preciso momento de producirse aquella detonación de todas las noches, entraba en el Ateneo el Presidente de la República acompañado por un ayudante y por el señor Freyre de Andrade.

¡Curiosa psicología la de la entidad «público»!: el congregado aquella noche en el salón de Actos del Ateneo de la Habana creía de antemano en nuestro talento (¡gracias, señores!) y nos reputaba dos jóvenes muy simpáticos é interesantes (*merci, mesdames et mademoiselles!*) y abrigaban la convicción profunda de que la conferencia sería un éxito (¡favor que ustedes nos hacen, señoras y caballeros!). Sin embargo, el movimiento que se produjo en la sala cuando entraron en ella el Presidente y el conferen-

cista, y la caricia de miradas con que se obsequió al segundo, denotaban de un modo indudable que la presencia de D. Tomás había determinado un alza de muchos enteros á favor del papel Segarra-Juliá...

Un episodio:

Ocupaban la presidencia el señor Estrada Palma, el Ministro de España y el Presidente del Ateneo.

El orador, llegado á un punto del desarrollo de su tema, dijo con voz tonante y acento enigmático:

«...Señores, he de relatar ahora un episodio trágico de nuestro viaje. Era en los primeros días de abril del *año terrible* para España: el año 1898...»

Juraríamos que en aquel instante pasó por el salón una punzante ráfaga de angustia.

Don Tomás y Gaytán de Ayala no pudieron reprimir un salto involuntario sobre el asiento de sus poltronas respectivas, y á ambos se les desmontaron de la nariz los sobresaltados lentes.

Apostamos doble contra sencillo á que ambos con la mayoría de los oyentes, pensaron para sus adentros:

—¡Esta criatura va á meter las dos patas!...

Fué una broma del conferencista. Este, siguió leyendo impertérrito las cuartillas de su discurso, sin meter la pata, pues el suceso «trágico» anunciado, era... ¡una misa privada de León XIII!!!...

. . . . . .

Otro incidente *post conferencia:*

La escena representa el despacho de un admirador del conferencista.

El dueño de la casa escribe estrofas campoamorianas, sentado á un lujoso *writing-desk* de caoba, tapizado de cuartillas. Suena un timbre, y á poco, un criado dice al señor que D. Fulano aguarda en la antesala.

—Que pase.

(*Pausa*).

—Con permiso.

—¡Adelante, mi querido amigo, adelante!

(*Cinco minutos de charla insubstancial*).

—Pues, sí, celebro que haya usted venido; iba á enviarle una tarjeta esta misma tarde.

—Usted dirá.

—Mañana comemos en el *Louvre* unos cuantos amigos.

—¿...?

—He pensado invitar á usted.

—¡Oh!... yo no sé si debo...

—Es un *diner* de intelectuales.

—Razón de más para que yo...

—¡Bha, bha!; no andemos con boberías, como decimos aquí... Yo sé que todos los comensales admiran mucho á usted, le quieren de veras, y estarán contentísimos de verle con nosotros.

—Es usted muy bueno.

—De modo que ¿cosa hecha?

—Ya que usted se empeña...

—¡Corriente!... A las 6, pues, en el *Louvre*.

Mutación:—(Comedor reservado de un hotel de pri-

mera clase. Veinte personas, sin contar los camareros, se arrellanan *á la bonne franquette* en su silla respectiva. El hecho de que unos chupen soberbias brevas de á medio peso, y otros saboreen el perfumado moka, y otros se repartan las rosas que adornaban la mesa, y todos hablen hasta por los codos, indica claramente que toca á su fin el banquete).

Un intelectual:—Brindo esta copita de «crema cacao» á nuestro distinguido huésped.

Coro:—¡Bravo!

Otro intelectual:—Compañeros... (sigue un discurso).

Todos:—¡Bien, bien!

Escena Final

Escenario partido:

(A la derecha, *Invitador é Invitado* llevan por sí solos el desarrollo del sainete, mientras al otro lado los demás personajes corean con sus bravos y palmadas al *Intelectual* que sigue en el uso de la palabra).

—...Pues, sí, amigo mío; nosotros, para evitar susceptibilidades y tonterías, tenemos la costumbre de que cada cual pague su cubierto.

—Perfectamente; ¿cuánto es lo que debo?

—Hombre, no corre prisa... Yo se lo digo á usted, porque le trato con toda confianza...

—¡No faltaba más!

—Entre amigos, ¿verdad?: ó somos ó no somos.

—¡Cabal!

—Pues, sí: en consideración á ser nosotros quienes somos, el dueño del hotel nos cobra solamente un *luis*. ¡Ya ve usted, que esta comida por veinte francos es una ganga!

—¡Un verdadero regalo!...

(*Se oye una detonación que hace campanear todos los cristales del hotel. Es el cañonazo del Morro.*)

TELÓN RÁPIDO

. . . . . .

XX

Mesa revuelta

En donde el lector encontrará algunas cosas divertidas, instructivas, dulces, agridulces, picantes y demás que no cabe calificar en este epígrafe.

Magnífica por todos conceptos ha resultado la fiesta con que el Centro Balear ha inaugurado su nueva quinta de salud.

Esta simpática sociedad, digna por su importancia cada día en aumento de codearse con las demás entidades societarias de que hemos hablado, tiene sobre estas algunas ventajas que hacen pensar en que, efectivamente, no siempre los pequeños son los últimos.

Nos referimos á los siguientes particulares de su funcionamiento y del alcance que dá á los beneficios de que disfrutan los socios:

El Centro socorre á todos los naturales de las Baleares, á sus hijos, esposas y viudas, que fundadamente necesitan auxilios en los casos de enfermedad ó indigencia, siempre que residan en Cuba.

La Sección de Inválidos tiene por objeto garanti-

zar la subsistencia de los socios que, llevando más de diez años de inscritos, queden inútiles para el trabajo. En estas condiciones les asigna una pensión mensual de 15 pesos, si residen en la Isla, ó de 10 pesos si residen fuera de Cuba.

Cuando un socio declina el derecho á utilizar los servicios de la quinta de salud, los médicos del Centro le asisten en su domicilio, y además de las medicinas necesarias percibe una dieta de un peso.

Los llamados «socios familiares» pagan una cuota mensual de 35 centavos, y tienen derecho á la asistencia médica y á las medicinas.

Entre estas y otras *novedades* que aseguran al Centro Balear, y dentro de breve plazo, un éxito tan grande y legítimo como el alcanzado por las otras sociedades regionales, lo que verdaderamente dá la nota de la originalidad—hasta hoy exclusiva—es el hecho de reconocerle á la mujer iguales derechos que al hombre para los efectos de la Sección de Beneficencia en todos sus ramos.

***

Camino del Malecón—es noche de retreta—va, entre otros grupos, un grupo de periodistas.

Al verlos, recordamos que es de justicia no circunscribir nuestra gratitud á los periódicos habaneros de que hemos hablado hasta aquí, y que bien merecen, por muchos conceptos, un lugar en estas

«impresiones de viaje» los *papeles* y los amigos siguientes:

«La Unión Española», que dirige el joven é ilustrado compatriota Abelardo Novo. «El Comercio» que, á pesar de su título, dedica atención muy señalada á la útil y amena literatura, en cuyas lides son maestros el Director, Wifredo Fernández, el ático Corzo y el elegante Somoza. «El Liberal», portavoz del partido omónimo. «El Nuevo País», que continúa siendo el órgano de los personajes que antes de la independencia capitanearon el partido Autonomista. «El Avisador Comercial», dirigido por López Seña y editado por el muy estimado amigo Aurelio Miranda. Y «La Opinión Nacional», el chiquitín de la familia, como quien dice, no por su tamaño ni menos por su talla en el orden de las importancias, sino por ser el más joven de la estirpe *giornalística* habanera.

La prensa ilustrada cuenta, además de «El Fígaro» y «El Mundo Ilustrado», que son los prímates, con las revistas «Cuba y América», «El Hogar», «La Caricatura» y «La Política Cómica».

***

La Banda municipal da uno de esos conciertos nocturnos al aire libre, en los cuales lo de menos es la música y *lo de más* es la gente que toma aquello como pretexto para interrumpir por una hora la mo-

notonía de la obligada tertulia en el café ó en el casino y gozar la *brisa*, el fresco de la noche, que en la Habana tiene un no sabemos qué de especial, un «algo» propio que le distingue de la brisa de otras partes, un *sabor* típico de caricias inmateriales, si se permite la frase, como si os envolviese el aliento de

El Malecón

un beso inmenso, como si respiráseis en la atmósfera ligerísima, sutil, impregnada de salud y de perfumes, todas las caricias que hay en la mirada y en la sonrisa de las mujeres, que á aquella hora, en balcones y terrazas, en los bancos de los parques y por los andenes de los paseos, airean sus encantos, exhiben su hermosura soberana.

Sobre los macizos de césped diariamente quemado por el sol y diariamente renovado por la triun-

fadora fecundidad de este suelo prolífico que jamás padece agotamientos ni debilitaciones de su vena generativa de vida, proyectan largas muecas de sombra los parpadeos de los globos eléctricos que diríais cuelgan, á modo de enormes frutas de luz, del toldo de ramaje por entre cuyo calado de hojas escala la mirada otro toldo más alto, la bóveda de un cielo fantásticamente luminoso.

El pretil del Malecón cuya obra de mampostería besan levemente rumorosas las ondas de un mar que el céfiro de aquella hora deliciosa apenas riza festoneando de tenues encajes sus arrugas, sirve de asiento á la gente joven, y por joven alegre, que gusta de aquella penumbra para requebrar con entera libertad á los grupos de niñas que también prefieren la relativa obscuridad de aquella acera... Y al rededor del kiosco de piedra á modo de templete no sabemos si atrevernos á llamarlo *románico* por su estilo, en el cual toca la banda, dan vueltas interminables los paseantes distinguidos. Y es simplemente delicioso aquel desfile circular, aquel anillo en el cual forman en vencedora mayoría las pomposas criollas que tienen la plasticidad de la cera y el tinte del ámbar, las niñas, esas niñas cubanas que de niñas son ya mujeres en toda la plenitud de su hermosura, y cuando mujeres en sazón, siguen pareciendo niñas, adorables en su esbeltez de palmas, en su sonrisa juguetona, en sus encantos que exhalan todas las gracias de ingenuidades picares-

cas, y de pequeñas malicias infantilmente ingénuas.

Lindas, muy lindas son estas gráciles figulinas animadas, juguetonas siempre, siempre decidoras y alegres, lo mismo en la rotonda del Malecón las noches de retreta, que cuando...

¡ Vade retro !: que se nos viene á la pluma, con sus mismos pelos y señales, uno de los párrafos del capítulo «*Día de Difuntos*» que mereció las iras de *cierto periódico* (el mismo *cierto periódico* á que aludimos en el capítulo *El Centro Gallego*, y al cual, no al Centro sino al *colega* hubimos de dedicarle cierta notita de gramática elemental, en el mismo capítulo últimamente citado).

Y ni aún ahora hemos de decir aquí el nombre del papel en cuestión, porque, habiéndole comprendido el juego, no nos da la gana de hacerle el reclamo que él buscaba con sus tontos cuanto inofensivos arañazos.

Fué el caso, que, á ese *cierto periódico* le cosquilleó en el belfo la pajuela que le hace abrir la desdentada quijada que si ya no muerde tiene todavía la afición, y soltó el relincho de la patriotería barata por lo falsa, acusándonos de que en dicho escrito (publicado en el *Diario Universal*), ofendíamos gravemente al pueblo cubano, al ejército cubano, á las mujeres cubanas y no recordamos si también al suelo, al aire, al sol y al mar cubanos.

Cometimos la tontería de tomar en serio tales desahogos y hubimos de dirigir al Director del dia-

rio en cuestión (persona seria y respetable, la cual, cremos firmemente y á pesar de la reincidencia, fué agena en absolnto á los arañazos del Maquiavelo sin uñas que nos tomó por blanco de sus infelices chistes), una carta en la cual refutábamos las especies calumniosas del articulejo que se nos había dedicado fraternal cuanto insidiosa y torpemente.

El motivo principal del relincho gaceteril fué, en apariencia, la suposición de que nosotros habíamos censurado en frases más ó menos duras el hecho, casual probablemente, de que estuviese abandonada la tumba de Máximo Gómez el día 1º de Noviembre; y se daba el caso curiosísimo de que, mientras algunos compatriotas opinaban que tal vez habíamos exagerado la nota de nuestro homenaje al nombre del más implacable de los enemigos que tuvo España durante su dominación en Cuba, algún bilioso que de todo tendrá en su ejecutoria de camaleón menos de cubano, echaba los remos por alto pretendiendo defender á su modo lo que en modo alguno había sido atacado por nosotros.

Hemos calificado de aparente el motivo de tan estupenda «metedura de pata» porque en el fondo del asunto no había sino el necio snobismo de dar la nota, de distinguirse, de llamar la atención, por parte del escritorzuelo que quiso hacerse leer aprovechándose de la popularidad (así, sin pizca de modestia) de que gozábamos en la Habana y en toda la Isla. Y si el hecho inaudito de que se insistió en

las pullas de mal gusto, á pesar de nuestra atenta y correcta rectificación que publicó *cierto periódico* «documentándola» con la reproducción en el mismo número del artículo objeto del incidente, nos autoriza á mezclar la entidad de ese papel, en el pobrísimo concepto que tenemos del anónimo autor de aquellas flatulencias literarias, entonces diremos que les negamos en absoluto la beligerancia para salir á la defensa del ejército cubano y del patriotismo cubano, y menos del general Máximo Gómez (á quien odiaron de vivo y de quien, después de muerto, no pueden apreciar que hablen con respeto dos españoles), á los veletas que en sus pasadas etapas de transformismo presentando la panza al sol que más calentaba—del integrismo á la autonomía, de ésta á la anexión y de la anexión á pretender luego erigirse en Mentor del gobierno de la República—llegaron en su insania á escribir el párrafo siguiente que nunca lograrán borrar de su colección:

«QUE ESPAÑA PIERDA TODO EL TERRITORIO CUBANO EN LA GUERRA CON LOS ESTADOS UNIDOS, SERÁ SENSIBLE, PERO NO DESHONROSO. LO QUE CONSTITUIRÍA UNA ABOMINACIÓN VERDADERA, SERÍA QUE MAXIMO GOMEZ Y CALIXTO GARCIA ARRANCASEN A ESPAÑA UN SOLO PALMO DE TERRENO . . . . . .
. . . . . .»

***

La fresca brisa del Malecón, como el no pecaminoso seguimiento en pos de las lindas criaturas cuya gracia sin par flota y se escapa sobre y por entre las gasas de sus vestidos estivales, como asimismo el respirar las auras afrodisiacas de aquel aire impregnado de electricidad... femenina, son cosas muy buenas para un rato, pero peligrosas si el atracón de ellas rebasa la medida de lo prudente.

A casita, pues; á arreglar baules y maletas, que es llegado el momento de desatar las cintas que en lazo de simpatías y de inagotables bondades nos ha retenido en la Habana por espacio de tres meses que nos han parecido tres día.

Mañana levantamos el vuelo hacia el Departamento Oriental.

RECORRIENDO LA ISLA

I

De la Habana á Santiago

Hacia Oriente.—Grato recuerdo.—Pequeñas meditaciones. —Noche de vela.—Fuertes emociones en perspectiva.

¡Por fin!...

Tiene la frasecilla dos sentidos ó acepciones, ó como quiera llamarse, que deseamos aclarar, cuando, al salir de la Habana, se nos escapa del pecho y de los labios el «¡por fin!» que equivale á un suspiro de satisfacción.

Se mezcla este sentimiento—impuesto por la índole de nuestra empresa que nos exige ser avaros del tiempo—se mezcla, decimos, con una indefinible sensación de pena, de vaga tristeza, al separarnos de amigos muy queridos, al dejar una ciudad que de veras amamos, para buscar en la incógnita de lo desconocido nuevas amistades, afectos nuevos, otros ambientes de simpatía y de cariño...

Decididamente, la sensibilidad afectiva es un mal

para quienes, como nosotros, en el vórtice de una existencia hecha de atropellamientos de la fantasía apenas encauzados en determinado sentido por el imperativo «¡anda, observa, aprende!», han de sortear los escollos de un afecto que echa raíces en el alma, y de una simpatía que os duele interrumpir en sus manifestaciones más próximas, aunque en el fondo, en lo que tienen de esencial, se conserven victoriosos del tiempo y de la distancia.

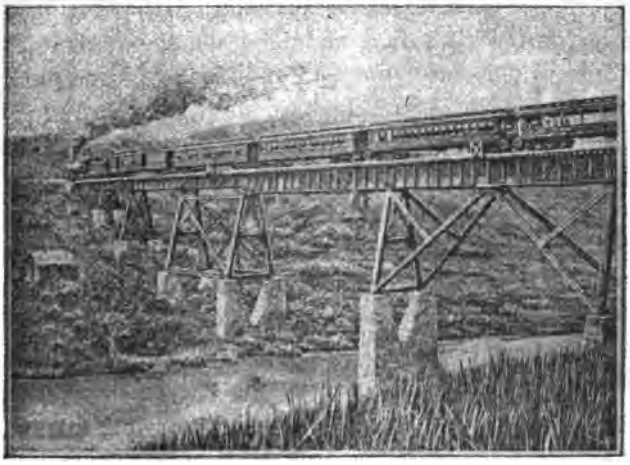
Bajo este punto de vista considerado, el «¡por fin!» de la partida no tuvo ni es posible que tuviera razón de ser:

En la Habana se prodigaron tantos afectos y atenciones tantas á favor nuestro; la hospitalidad ha sido tan exquisita y tantas las benevolencias, que, no ya nosotros que de agradecidos nos preciamos, sino cualquiera que no lo fuese por hábito, hubiera forzosamente sentido en lo más íntimo de su sér brotar vigorosa y rica en perfumes la eflorescencia de las grandes gratitudes y de los afectos imborrables.

Y aunque á la Habana hemos de volver muy pronto—y luego también, más tarde; no es posible fijar la fecha, pero volveremos, pues así nos lo dice allá dentro, muy adentro, esa voz de los presentimientos que se forman y componen de deseos borrosos en un principio pero que á su vez toman cuerpo, como producto de un cariño que nos atrae hacia el objeto que lo inspira—á pesar de ello, el saludo de despedida,

llamémosla provisional, nos pone tristes, con esa indecible tristeza de todas las separaciones.

Pero,... hace tres meses largos que el buque que nos traía de España dobló la punta del Morro. Tres meses largos que tomamos carta de ciudadanía en



Ferrocarril Central

la capital. Tres meses que debieron ser *uno*, según los cálculos basados en el itinerario prefijado. Y si es verdad que no perdimos el tiempo, y que el cronista no estuvo ocioso, y que la pluma no se oxidó inactiva, esos tres meses nos acusan—en el ya nombrado libro de ruta—de haber dedicado á una ciudad la suma de días que allí se dedicaban no sólo á esa ciudad sino también al resto del territorio cuba-

no y á cruzar el mar Caribe camino del país de los Aztecas.

...Corre, endiablado, el tren, y en la ausencia de toda idea que al sueño pueda referirse, pasamos la noche de claro en claro, anegada la mirada y con ella el espíritu en el mar de velos grises que ensombrecen con manchones de tinieblas aquella claridad. Y hay quien filosofa á su modo, en la cátedra del propio *yo* pensante, haciendo lo que él llama para sus adentros «un gran trabajo de psicología inductiva» sobre el alma de unas *cosas pequeñas* que le rodean:

Los dos, ó tres, ó cuatro potentados de la industria, que, antes de retirarse al *pullman* han apurado muchos cigarrillos, hablando de cientos de «caballerías» de terreno y de miles de toneladas de azúcar... Y la parduzca caperuza del bohío donde entre palmas que quieren besar el suelo y arbustos que aspiran á hacerle cosquillas á la luna—que diríais se desliza á ras de tierra, resbalando por sobre las colinas y los matorrales—brilla un farolillo que la vertiginosa marcha del convoy convierte para el viajero en rojiza luciérnaga que luce un punto y es absorbida por los remolinos de las sombras... Y el inspector del tren, que se pasea con flema nórdica á lo largo de los coches, mudo, hiératico, tal vez filosofando también á su modo...

Y sobre los rizados penachos de las palmas que en la lejanía brumosa del horizonte se recortan co-

mo fleco de los girones de neblina, flotantes sobre los negros manchones del boscaje, asoma su exangüe burlona carátula de luz la luna que parece soltar la carcajada en cuanto sorprende nuestras pequeñas filosofías de insomnes...

En la manigua

El soberbio paisaje de la manigua cubana se desarrolla variado siempre en la uniformidad de sus bosques y altozanos: cinta cinematográfica que se prolonga hasta lo infinito, en el triunfo soberano de esa vegetación que, no encontrando espacio suficiente en la tierra, brota y florece en los troncos, en las ramas más altas de los árboles que son como otros tantos campos de cultivo que prestan su sostén y su savia á especies agenas á la suya propia.

...Duermen los venturosos ó despreocupados que pueden hacerlo, unos en las literas del coche-dormitorio, otros en los sillones formando puente entre dos asientos.

El inspector aparece de tanto en tanto en un extremo del largo *carro*. Lo cruza en toda su longitud, y desaparece por el extremo opuesto, mudo, hierático, cual si la fuerza vital que le anima no se encerrase en su cuerpo, sino en la linterna que aprieta contra su pecho con ambos brazos cruzados, al modo de esas imágenes cuyo sello de beatitud consiste en mostrar abierta la caja torácica en la cual flamea un corazón muy rojo...

El estridor del convoy deslizándose con marcha vertiginosa entre las dos barreras de árboles y trepadoras, suena en el tímpano adormilado á inmensa sinfonía de insectos.

Las chispas que arroja el fumero de la locomotora pueblan de libélulas de fuego las paredes de aquel desfiladero abierto en la compacta maleza.

Bailan fantásticos danzones los troncos retorcidos, los blancos postes de las esbeltas palmeras

> que en las llanuras de mi ardiente patria
>
> . . . . . .
>
> ...al soplo de las brisas del océano
> bajo un cielo purísimo se mecen

como dice Heredia *el grande*. Y en las breves paradas, al azar de la problemática luz de los quinqués

expirantes que mal alumbran el interior del coche, consultamos por la milésima vez el mapa de la Guía de Ferrocarriles, y en él leemos los nombres de Coliseo, Cascorro, Júcaro, Morón, Las Tunas, y muchos más que obligan á pensar en muchas cosas tristes y á seguir filosofando en silencio...

Y otra vez la luna, mofletuda, sonriendo burlonamente, subraya con su eterna mueca de excepticismo aquel resucitar atropellado de dormidas remembranzas dolorosas, como diciendo al meditabundo viajero:

—¡Duerme, bendito de Dios, que las bellezas de este paisaje son para vistas á la luz de mi señor el Sol, y harto tendrás que meditar sobre los acontecimientos luctuosos en que ahora piensas, cuando llegues al final de este viaje!...

II

Domingo triste

La ciudad del desastre.—Dolorosa peregrinación.—El Caney.—Las ruinas de «El Viso».—La Loma de San Juan.—El árbol de la Paz.—...«¡Todos en él pusimos nuestras manos!»

Son nuestros acompañantes D. Emilio Aguirrezábal, ex-coronel de Bomberos y D. José Vidal, exteniente de voluntarios; ambos españoles de buena cepa, y, sobre todo el primero—que lleva en Cuba la friolera de cincuenta y tantos años—conocedor de lo mucho y gordo que en esta, para nosotros tristemente célebre, ciudad de Santiago, sucedió en el año de... *desgracia* 1898.

Advertencia importante:

Somos los primeros españoles con etiqueta de periodistas que vienen á esta ciudad después del Desastre. En el cumplimiento de nuestra tarea de información, tropezamos aquí con el primer escollo serio. Nos hemos propuesto ser imparciales en nuestro relato de viaje; no pasar por alto ninguna circunstancia, ningún hecho, ninguna consideración

que nos saliese al paso en nuestra ruta. Sin hipocresías, ni sospechosas complacencias, ni pueriles desahogos, hemos expuesto hasta aquí nuestros pensamientos y nuestras impresiones sobre todo y sobre todos. Pero... al llegar á Santiago de Cuba; al reconstruir, sirviéndonos de datos y documentos oficiales y de la opinión y de los informes de testigos presenciales de los sucesos, todo lo referente al último capítulo de nuestra liquidación colonial; cuando—en la mejor época para hacerlo bien, pues ya se han extinguido rencores y desaparecido peligrosos apasionamientos—sobre el terreno, asesorándonos de españoles, de cubanos, de yankis, de personas agenas á la pasada contienda, tenemos formado exacto juicio de lo que aquí ocurrió, confesamos lealmente que hemos pasado muchos días perplejos ante la cuartilla encabezada con el epígrafe de este capítulo, luchando con el siguiente dilema cuyas proposiciones nos estrechan entre la disyuntiva que ellas plantean:

O renunciamos á escribir un solo renglón sobre lo que tan triste fama ha dado al nombre de esta ciudad, ó nos liamos la manta á la cabeza y allá van documentos, declaraciones firmadas, acusaciones formales, todo un arsenal de ignominia arrojado á la cara de tirios y troyanos.

Afortunadamente, existe la fórmula llamada del «término medio» y con ella nos quedamos. Callar sobre aquellos sucesos, equivaldría á no decir una palabra sobre Santiago. *Hablar*, (así, subrayada la

palabra) fuera, tal vez, y sin tal vez, desnaturalizar la índole de este libro...

Pasaremos, pues, revista á los sucesos del 98, ya que en piadosa peregrinación visitamos los lugares donde acaecieron aquellos sucesos, y hablarán por nosotros quienes, según el caso, no sean sospechosos de apasionamiento, pues para apasionarnos escupiendo todas las lágrimas y la bilis toda y el horror y los rugidos de indignación que nos envenenaron el alma aquel domingo triste de nuestro triste paseo por los alrededores de Santiago de Cuba, no ha de faltarnos valor cuando llegue la oportunidad. . .

. . . . . .

***

Camino de las Lomas y el Caney, detúvose el carruaje frente á un gran edificio que diz fué hospital militar.

Habla uno de nuestros acompañantes:

—Nunca paso por este sitio sin que me estremezca al recuerdo de aquel día terrible, el 1º de Julio... Mi compañía formaba parte de las pocas fuerzas que, diremos de reserva, esperaban aquí la orden de acudir al sitio más comprometido... Se batían desesperadamente en San Juan y en el Caney, y estábamos á pié firme bajo una verdadera lluvia de proyectiles... En carretas, en camillas, en parihuelas improvisadas con ramas y fusiles, llegaban los he-

ridos... En cosa de una hora conté más de doscientos... Se habían defendido como héroes y atacado como leones aquellos pobres muchachos consumidos por la anemia, por el hambre... ¡sí, señores; por el hambre: que nuestros pobres soldados cuando se enfrentaban con el enemigo, estaban ya cansados de

Iglesia del Caney

luchar con todo género de necesidades y miserias!...

Interrumpimos:

—¡Calle, amigo, calle usted, que vamos á resbalar!... Siga el coche su viaje, y leamos un poco, como suele hacerse en los viajes, para matar el tiempo... ¡Arrea, cochero!

. . . . . .

«... En Cuba no hay para el soldado más hogar ni más lecho que el húmedo y mortífero suelo de la manigua, ni hay más techo que un cielo estrellado,

sí, pero del que desciende el gérmen de infinitas y mortíferas enfermedades... El vómito, las calenturas, las úlceras, los infartos del hígado, la anemia, morir en una guerra sin cuartel, de una bala traidora que asesina hasta en las horas de descanso: este es el porvenir que le aguarda... Es menester haber visto á las tropas en el momento de una marcha, atravesar por veredas imposibles é impracticables, con el barro á las rodillas; trepando precipicios vertiginosos ó quedando enterrados en el lodo, y cruzar por los bosques y por los países montañosos perdiendo su calzado y destrozando su vestuario, que tienen *que pagar con su haber*. Es indispensable haber admirado á esos bravos oficiales y soldados llenos de fatiga pasar veinte veces, en el transcurso de horas, ríos y arroyos, con el agua fría de la sierra hasta el cuello, con grave riesgo de ser arrastrados por la corriente, como ha sucedido muchas veces... Teniendo que vivaquear sin más abrigo que el espacio, sin más lecho que el húmedo suelo, ni más alimento que una ración de arroz y tocino, mermada por las pérdidas sufridas en la marcha. Sin galletas, por habérseles inutilizado en el paso de los ríos, y mojados hasta los huesos por los espantosos aguaceros, que han empapado asimismo sus desgarradas ropas....»

GENERAL RIQUELME

Llegamos al Caney.

A este insignificante poblado le cupo la honra de

dar su nombre al mayor acto de «vergüenza española» que por sí solo sirvió para purificar muchas desvergüenzas...—¡Alto, que resbalamos!...

. . . . . .

«...Como á las siete de la mañana, ambas Divisiones americanas rompían el fuego sobre las posiciones españolas del Caney y la Loma de San Juan... Los americanos encontraron tan heróica resistencia y fueron castigados tan bravamente, que supusieron ser mayor de lo que realmente era el número del enemigo que combatió en ambos lugares. Según datos españoles, en el Caney había 500 hombres, defendiéndolo, al mando del General Vara de Rey. La brigada Chaffee, para envolver la población, se desplegó marchando sobre el fuerte «El Viso»; los cubanos apoyados en un palmar, al Este. Roto el fuego sobre el poblado, la brigada Ludlow avanzó por el camino de Santiago de Cuba, y la extrema retaguardia, al mando del coronel Miles, quedó en Ducureau. El avance impetuoso de los americanos fué contenido por el fuego metódico y certero de la guarnición española; el ruido de las descargas era constante y atronador, aumentado poco después por los disparos de la artillería... Cada casa aspillerada fué un fuerte y los asaltantes recibían descargas mortíferas que los sujetaban é impedían su avance. El fuego era incesante por ambas partes: de los asaltantes, nutrido y desordenado; terrible y metódico el de los defensores.

La artillería continuaba lanzando una lluvia de metralla. El ataque comenzado á las siete de la mañana, se sostenía sin cesar á la una, hora en que avanzó la reserva americana que al mando del coronel Miles había quedado en Ducureau. A las tres de la tarde, la brigada Chaffee avanzó sobre «El Viso» y lo tomó, retirándose la guarnición paso á paso y defendiéndose siempre. Tomada esta posición, se concentraron los fuegos sobre el pueblo, que empezaron á abandonar los españoles después de las cuatro... El general Vara de Rey, herido gravemente en ambas piernas durante el combate,.. ordenó la retirada tratando de llevarse á los heridos... Perseguidos en su marcha continuaron batiéndose, siendo muerto el general y quedando también muertos ó heridos todos sus ayudantes que se defendieron heróicamente... La guarnición española que era de 550 hombres, tuvo más de 400 bajas entre muertos y heridos. Las fuerzas americanas serían unos 5,000 hombres, y tuvieron 4 oficiales y 84 soldados muertos, y 24 oficiales y 332 soldados heridos. (1) El Caney es una nota honrosa para el ejército español. El pueblo español, honrando á Vara de Rey y á sus soldados se honra á si mismo.»

CALIXTO GARCÍA
Mayor General del Ejército cubano

(1) D. José Müller y Tejeiro, Segundo Comandante de Marina de la Provincia de Santiago de Cuba, dice que los americanos tuvieron, *confesadas por ellos mismos*, 900 bajas en el ataque del Caney.—*Combates y Capitulación de Santiago de Cuba*.—Madrid, 1898.

También hay que rectificar el número de los asaltantes. Estos fueron, la

Puede decirse que el fuerte «El Viso» fué el último baluarte de la dominación española en Cuba.

«... En la punta NE., el fuerte de «El Viso», guarnecido con una compañía, ocupa una colina desde la cual se dominan los aproches americanos dispuestos para el ataque del Caney.. En lo más recio de la pelea, vióse delante del fuerte á un oficial que se paseaba tranquilamente á lo largo de las trincheras. Se comprendía que el objeto de tan peligroso ejercicio en medio de los proyectiles que se cruzaban entre las fuerzas combatientes no era sino el de animar con el ejemplo á la pequeña guarnición. Se le vió de tanto en tanto agitar en alto el sombrero gritan-

Vara de Rey

División del General Lawton compuesta de las brigadas Chaffee y Ludlow, que, con las fuerzas de reserva y la batería del capitán Capron más 3,000 cubanos al mando de Calixto García, hacen un total de 10,000 hombres. Es verdad que el grueso de las fuerzas cubanas no tomó parte directa en el ataque (sólo el regimiento «José Maceo» operó con las fuerzas del comandante Duany á las órdenes del General Lawton) pero, al ocupar el camino del Caney á Santiago, no sólo imposibilitaban todo socorro á Vara de Rey sino que impedían la retirada de este y su gente hacia la ciudad. (N. de los A.)

do un ¡Viva España! que los soldados contestaban con entusiasmo. La infantería americana, en compacta masa, se echaba y apretaba contra el suelo, imposibilitada de avanzar á causa de las descargas que la pequeña fuerza española hacía sin interrupción. Se hizo preciso pedir refuerzos y á la una avanzó Miles entrando en línea á la derecha de Ludlow. A las tres de la tarde, la brigada de reserva se desplega á la derecha de Chaffee, y este general, media hora después, se lanza al ataque contra «El Viso», pero no logra invadir el fuerte hasta después de un segundo violentísimo empuje. Los españoles ceden el terreno palmo á palmo, demostrando con su tenacidad lo que muchos profesionales del arte de la guerra se empeñan en no admitir: que una buena infantería puede sostenerse largo tiempo bajo el fuego constante de las armas de repetición. El último soldado americano que cayó fué herido á 22 pasos de las trincheras... El estruendo del combate de aquel día memorable no cesó hasta la puesta del sol. Durante diez horas, 500 bravos soldados resistieron á otros 6,500... ¡Después de esto no se oyó en el campo americano ni una sola palabra sobre la pretendida inferioridad del pueblo español!»

CAPITÁN WESTER,

Agregado militar de la Legación de Suecia y Noruega en Washington, y testigo presencial de los hechos relatados.

*
* *

La Loma de San Juan:

Declina la tarde. Mudos, intensamente pálidos, los ojos muy brillantes, los cuatro excursionistas nos sentamos sobre la carcomida cureña de un cañón antiguo, que, medio clavado en el suelo, tenía su herrumbrosa boca como apuntando á lo alto, en eterna amenaza de escupir al infinito la metralla de muchos rugidos y de muchas maldiciones...

Sobre la joroba de aquella altura célebre, interrumpe la intensidad del verde tapiz que alfombra los altozanos y hondonadas del campo, el monumento conmemorativo levantado por los yankis, blanca pirámide de piedra en medio de la vegetación lujuriosa de aquel terreno tan espléndidamente abonado con sangre humana...

Mirando á la ciudad, sus rojizos edificios se esfuman tras la neblina del anochecer, y en la ondulada mancha obscura de la manigua que cubre la llanura dilatada, van poco á poco naufragando las fugaces notas de color que el crepúsculo prestó por un momento al somnoliento paisaje.

Por el lado opuesto, casi cortada á pico, la Loma refresca su base en el escaso caudal del río San Juan... cuyos remansos por aquella parte estuvieron *cuatro días* tintos en sangre...

«El Paso de la Muerte» es el nombre con que los americanos han bautizado aquel lugar.

Durante las cuatro horas de vigoroso ataque—ambos ejércitos se hostilizaban desde el amanecer—300 españoles con 2 cañones Krupp resistieron á 3,000 americanos apoyados por 4 cañones Grimmes y una división de caballería.

Y aun después de tomado el fuerte por el enemigo, los heróicos marinos señores Bustamante y Capriles, con fuerzas de la Escuadra, recuperaron la posición, siendo el primero mortalmente herido y retirándose el segundo por falta de socorro oportuno.

La aventura... *redentora* costó á los Estados Unidos—entre las acciones de Aguadores, San Juan y el Caney, y según declaración del general Shafter—1,625 bajas...

El choque del día 1º de Julio fué tan rudo, que el desaliento cundió en el ejército americano, donde reinaba tal malestar y desagrado que llegó á hablarse con toda formalidad, en el cuartel general, de retroceder, abandonando el sitio de Santiago...

Como dando expresión á las meditaciones que á los cuatro paseantes nos embargaban el ánimo, uno de los cuatro, el más autorizado para hacerlo, exclamó rechinando los dientes de santo y patriótico coraje:

—¡Miserables!... ¡Aún hoy escarnecen el nombre de la patria, pretendiendo que en ellos y en sus felonías y en su ineptitud y en su TRAICIÓN esté vinculado el prestigio de esa nación infeliz!... ¡Aún hoy escarnecen la honra inmaculada del Ejército y de

la Marina, queriendo aparecer como sus más celosos defensores!... ¡Miserables! ¡Miserables! ¡Miserables!

***

. . . . . .

«Ninguna medida se tomó para detener ó contrarrestar este ataque inminente, del que dependía la

«El Viso»

suerte de la única Escuadra que tenía España... Se pudo efectuar una concentración de fuerzas bastante considerables, dispersas por los principales lugares de la provincia. El éxito de la columna Escario, que partió de Manzanillo y entró en Santiago la víspera de ser embestida por los americanos, lo demuestra. En Guantánamo se encontraban 6,000 hombres, en Holguin 12,000 y en Manzanillo 6,000; pero todas estas fuerzas permanecieron inactivas...»

SEVERO GÓMEZ NÚÑEZ,
Comandante del Ejército español

. . . . . .

«...Dos de los votos que habían opinado por la salida, manifestaron que en su honor y conciencia tenían el convencimiento de que el Gobierno de Madrid tenía el determinado propósito de que la escuadra fuese destruida lo antes posible...»

«...La guerra era deseada por el Ejército y por la Marina americanos; pero cuando se sepan, si algún día se saben, las gestiones hechas en París casi momentos antes de estallar, en cuyas gestiones intervinieron nuestro Embajador y un Ministro de España que había sido en Washington, es posible que aparezca que el gobierno americano no quería la guerra, y que, salvo Cuba, pudimos salvar todo, incluso el reconocimiento de la deuda...»

VÍCTOR M. CONCAS,

Comandante del crucero acorazado *Infanta María Teresa*, y Jefe de E. M. de la Escuadra, (hoy Ministro de Marina).

. . . . . .

«...A pesar de poseer Santiago de Cuba un puerto como el que posée, tan fácil de defender y cuya posesión tanto interesa conservar... no había al estallar la guerra actual más que *seis piezas modernas* de retrocarga... El resto eran piezas antiguas de bronce y aún de hierro, á cargar por la boca y que podían hacer un disparo por cada veinte que hacía el enemigo con una de las suyas, contentándose de la

Habana con mandar 6 obuses de 21 centímetros, también antiguos, y á cargar por la boca... Para el servicio de todas las piezas (*de las defensas exteriores y del recinto de la ciudad*) sólo se contaba con *79 artilleros*... Sólo viéndolo pudiera comprenderse el trabajo que costó subir á la esplanada del Morro piezas de hierro de tres y cuatro mil kilos de peso, por un camino que desde que se construyó la fortaleza creo no se ha compuesto jamás... Todos los cañones de á 8 eran inútiles, según acta de la Junta Central de la Habana, por cuya razón, lejos de ser eficaces estas piezas, eran peligrosas... Los de 12 centímetros estaban colocados en montajes de otros cañones, por cuya razón se inutilizaron por sí mismos, sin que el enemigo tuviera que hacerlo... Los cuerpos armados y todo el elemento militar de la jurisdicción, igual que los hospitales, cobraban las consignaciones con nueve meses de retraso... Aquí ha habido hambre, y de hambre han perecido no pocas personas... ¿A qué seguir? Con lo dicho basta y sobra para comprender la inmensa responsabilidad que contrajeron los que, pudiendo haber surtido la ciudad de víveres, olvidaron ó eludieron el cumplimiento de tan sagrado deber...»

JOSÉ MÜLLER TEJEIRO

Segundo Comandante de Marina de la Provincia de Santiago de Cuba.

. . . . . .

*
* *

¡Domingo triste aquel, que jamás se borrará de nuestra memoria!...

Todo el día, desde las primeras horas de la mañana hasta la puesta del sol, ocupados en reconstruir las escenas culminantes de la tragedia.

El Caney, la Loma de San Juan, las ruinas de «El Viso», las riberas de la famosa bahía... ¡Los últimos capítulos de aquella epopeya en que un pueblo conquistó—sólo de nombre entonces—la deseada independencia, y otro pueblo hubo de despertar á la comprensión de que sus verdaderos intereses y prestigios no son siempre los intereses de quienes se erigen en susguías y mentores!...

Por fortuna, en este Calvario—todas las redenciones han tenido su altar de los holocaustos—nos brindó la sombra de su copa frondosa y el apoyo de su tronco magestuoso el Arbol de la Paz, cuyo ramaje, con ténue chasquido de sus hojas que la brisa del atardecer impelía á besarse, susurraba sobre nuestras cabezas las inarticuladas expresiones de una cordialidad sincera, de una pacificación más efectiva que la pactada allí hace ocho años.

Y es que en aquel lugar de los supremos heroísmos y de las grandes exacerbaciones del ánimo y de la pasión, allí donde adquirió mayor intensidad el conflicto entre el derecho secular y la aspiración redentista, el nombre de aquel árbol, el nombre que se

le ha dado á aquella ceiba gigantesca, es como el monumento consagrado á lo más grande que puede darse en la tierra *á los hombres de buena voluntad...*

Pero... hay que dejar rienda suelta á los rugidos que hierven en el pecho, y á las lágrimas que se agolpan á los ojos irritados por un llanto renovado muchas veces durante algunas horas, y hay que rene-

Loma de San Juan

gar de la menguada especie humana y maldecir del *hombre...* porque el hombre es malo, porque el hombre es miserable, ruin, no hecho á imagen de Dios, sino vil hechura del más bajo é innoble de los demonios...

¡Señor! ¿es que en este mundo menguado el árbol de la Paz no da flores ni frutos si no abonan sus raíces huesos humanos, lágrimas en hirviente riego de maldiciones y blasfemias?

¡Arbol de la Paz! ¿es que no pudiste agitar en

sublime gesto de abrazo tus brancas seculares sin que antes se tiñese de rojo el campo donde te levantas soberano?

¡Ah, los hombres!... ¡Qué malos somos los hombres!... ¡Qué despreciable, qué repugnante es el *hombre!*...

***

«...Sí, amigo mío; ha sonado ya el último tiro y terminó la terrible contienda. ¡Lástima que este suceso feliz, no ocurriese al principio, pudiéndose evitar tanta sangre vertida, tantas lágrimas y ruinas. ¿Habrá acaso mañana alguien responsable ante la Historia del largo martirio de Cuba? Es posible que sí lo haya...»

MÁXIMO GÓMEZ

(Carta abierta al señor Tomás Estrada Palma. *La Reforma*, 26 Agosto 1898).

. . . . . .

«...No sólo es dañoso á los españoles, sino que también á los cubanos, contemplando la obra de exterminio comenzada en nuestra guerra civil. Ha llegado por tanto el momento supremo en que olvidemos nuestras pasadas diferencias, y en que, unidos cubanos y españoles para nuestra propia defensa, rechacemos al invasor. España no olvidará la noble ayuda de sus hijos de Cuba, y una vez rechazado de la Isla el enemigo extranjero, ella, como madre cariñosa, abrigará en sus brazos á otra nueva hija entre las naciones del Nuevo Mundo, que habla su lengua, profesa su religión y siente correr en sus

venas la noble sangre española. Por estas razones, General, propongo á Ud. hacer una alianza de ambos ejércitos en la ciudad de Santa Clara. Los cubanos recibirán las armas del ejército español, y al grito de ¡Viva España! y ¡Viva Cuba!, rechazaremos al invasor...»

RAMÓN BLANCO
(Carta á Máximo Gómez).

. . . . . .

«Ninguna oportunidad se presentó más fácil para iniciar negociaciones para la paz con España directamente, una vez que se conocía su situación apurada, el nuevo régimen implantado en Cuba gracias á la presión hecha por el gobierno americano, las exigencias de éste y la necesidad que existía de ceder España para evitar de un modo honroso la guerra con los Estados Unidos. Todo esto se traslucía claramente del paso dado por el general Blanco, capitán general de la Isla de Cuba. Se sabía además que se había decretado la suspensión de las hostilidades por parte de España, á pesar de conocer ésta de manera terminante que los cubanos no tratarían sino sobre la base de Independencia; cosa que se sobreentiende en la carta del general Blanco, cuando dice: «Ella, como madre cariñosa, abrigará en sus brazos á otra nueva hija entre las naciones del Nuevo Mundo...» Pero parece que los que estaban al frente de los asuntos de la República padecían del mismo mal ó les cegaba el ansia de obtener el

apoyo de los americanos... Si la mediación americana sólo buscaba, por amor á la justicia y á la humanidad, la cesación de la guerra en Cuba, España se había adelantado á decretar la suspensión de hostilidades, había suspendido la reconcentración y se prestaba á todo lo que fuera necesario para mitigar la miseria; si todo lo que se exigía estaba conseguido, ¿qué podía motivar la guerra declarada el día 20?...»

ENRIQUE COLLAZO
General del Ejército cubano

. . . . . .

«La Guerra ha terminado, la paz está hecha; las tropas españolas se fueron, las tropas americanas se quedaron; la bandera roja y amarilla cayó hasta el suelo humilde y entristecida, la bandera de las estrellas se alzó hasta las nubes orgullosa y regocijada. Pero, en la contienda, ¿había sólo soldados españoles y americanos, bandera española y bandera americana? Y los soldados cubanos y la bandera cubana ¿á dónde fueron? ¡Ah, la fuerza! ¡cómo te has burlado del derecho!... Los norteamericanos son muy inteligentes, muy astutos y muy civilizados para incurrir en salvajes groserías. Por eso no dijeron á los españoles, ni á los cubanos, ni á las naciones europeas: «Nos conviene Cuba, la queremos para nosotros y la tomaremos á la buena ó á la mala, porque somos ricos y fuertes». Ese lenguaje habría lastimado el amor propio y el interés de los prime-

ros, ultrajado el carácter independiente de los segundos y despertado los antiguos y dormidos celos de las últimas. Adoptaron el sistema diplomático á la antigua: engañar á los demás con frases halaga-

Arbol de la Paz

doras y equívocas. Pero en esta ocasión han navegado con poco tino y con poca fortuna: dejaron ver el juego á todo el mundo. No le ve el que no quiere verle, ó el que tiene interés en la partida. La jugada está bien dispuesta, el banquero ganará infaliblemente... Y no se hable más de la deuda inmensa de gratitud contraída por nosotros con los Estados Unidos; porque está probado que ellos no vinieron á

libertarnos, sino á eliminarnos de la contienda, para recabar todas las ventajas del vencimiento en su provecho. No les debemos ni siquiera la indemnización de guerra, porque ya se la pagó España con la cesión de Puerto Rico y Filipinas...»

JOSÉ MARÍA CÉSPEDES
Ex Decano de la Facultad de Derecho
en la Universidad de la Habana.

. . . . . .

«En los países donde la guerra civil late... ¿qué nación ha cedido nunca ante un vicio de la voluntad de esta naturaleza?... Lo que ha hecho es reprimir; lo que ha hecho es castigar; lo que ha hecho, al fin, es vencer por el peso de su fuerza, y por la fuerza de su derecho constituido, que es tan derecho y más que el derecho que con más ó menos fundamento se supone constituyente»... «¡Lucharemos hasta perder el último hombre y la última peseta!»...

CÁNOVAS DEL CASTILLO

***

Por culpa del orgullo, de la ineptitud, de la ambición, del egoísmo,... ¡cuánta sangre, cuánto horror y cuánto duelo!...

En aras de la ceguedad y de los mezquinos intereses de unos pocos, ¡cuánta víctima sacrificada, cuánto heroísmo inútil, cuántas lágrimas que *pudieron* y *debieron* ahorrarse!...

¡Paz á los muertos, y eterna ignominia para los victimarios!...

III

Miscelánea santiaguera

Su Majestad el *Dollar*.—Blancos y morenos.—¡Compatriotas!: si no por sentimiento, por vergüenza.—Siguen los agasajos.—A la memoria de un amigo.—Contra los nervios, bromuro.—*Carta* oro.—Un Alcalde como hay pocos.

Dos cosas principales nos llaman la atención aquí: la gran preponderancia, numérica al menos, del elemento de color sobre la gente blanca; y el que en esta ciudad, mejor dicho, en todo el Departamento ó Provincia Oriental, impera despóticamente el *dollar*, no solo en la acepción figurada que suele darse á esta frase, si no que el tipo oro, oro americano, es la única moneda que circula.

Respecto á lo primero, á la cuantía de la población de color, se explica teniendo en cuenta la proximidad de Haití y Jamaica, principalmente, entre el grupo de las Antillas menores; de modo que, Santiago, y con ella el extremo oriental de la Isla que forma el ángulo Cabo Cruz-Gibara con Punta Maisí por vértice, es el centro inmigratorio lógico de los negros que han emigrado y emigran de las vecinas

colonias francesas é inglesas, bien por motivos políticos—como pasó con los haitianos y muchos de la Martinica pue fueron los que fomentaron aquí la un día considerable riqueza del cultivo del café—bien por otras causas diversas pero que dieron por resultado la aclimatación en esta comarca del elemento más á propósito para hacer frente á los rigores del clima.

Otro hecho curioso, aunque tal vez á alguien le parezca insignificante, es el de que, contra lo que ocurre en el resto de la Isla con respecto á la «composición» de los dos partidos en que se divide la opinión política en Cuba, aquí en Santiago, los blancos, «la aristocracia de la piel», como había que llamar á esta minoría, milita en el partido liberal, en tanto que, la gente de color, en su gran mayoría, está afiliada al moderantismo.

Los primeros, se reunen en el Club «San Carlos» instalado en edificio propio y con un lujo extraordinario; los otros tienen sus centros sociales asimismo bien dispuestos en todo lo referente á ornato y á confort, y hasta en esta fase de la vida ciudadana se advierte el prurito que hay entre las dos clases de la sociedad santiaguera porque los unos no les «borren la raya» á los otros: pacífica rivalidad entre blancos y morenos, que, afortunadamente, no va más allá de oponer en el terreno de las comparaciones cultura á cultura, fortuna á fortuna, y—en las puerilidades de la tontería humana es donde casi

siempre se manifiesta mejor la insigne memez de la especie—en que si tal ó cual Pancho lleva los dedos, la corbata y la pechera convertidos en escaparates de joyería...

***

Tienen los americanos, en las Guásimas, dos monumentos; en la Loma de San Juan, otro; en las ruinas del fuerte «El Viso» están construyendo otro, y al rededor del llamado Arbol de la Paz, bajo el cual se firmó la capitulación de Santiago, construirán un parque; todo esto, Á LA MEMORIA DE SUS MUERTOS EN CAMPAÑA. Tienen los cubanos en el cementerio de Santiago, un panteón á los mártires de su independencia. Tenemos los españoles,... en candelero á los directamente causantes de nuestras desventuras; en los *etagéres* del despacho de algunos patriotas del tanto por ciento, los libros en los cuales tal vez consten las pingües ganancias que les produjo el hambre del soldado; y... ¡tente pluma!, que diz no es propio de buenos españoles escribir en el extranjero ciertas cosas y cosazas...

Vemos en el despacho del señor Cónsul un proyecto de mausoleo para depositar los restos de nuestros pobres soldados muertos en la hecatombe definitiva de la gran hecatombe colonial. El municipio de Santiago ha tiempo que cedió el terreno necesario para emplazar el monumento. Y el monumento no ha pasado de proyecto... porque ya ha enmude-

cido el chin-chin bélico-patriotero de nuestros beneméritos coterráneos, y ya nadie se acuerda de aquellos rabiosos ¡Viva España! que le dieron la puntilla á la pobre España, y los muertos no comen conservas putrefactas que la Administración paga á peso de oro, y el patriotismo y el integrismo y otros ismos no sirven de pantalla para engordar con piltrafas humanas,... y apenas si entre todos los connacionales de la Isla se han recaudado mil duros—de los cuales una mitad corresponde á los cubanos, ayer insurrectos, como Quintín Banderas y otros que han ido de casa en casa recogiendo entre sus compañeros de armas el óbolo para honrar á los muertos españoles—... y ¡maldita pluma que no quiere detenerse!...

Conste de una vez para siempre que no somos partidarios de que se gaste en mármoles y en bronce, ó en tosca berroqueña lo que, para honrar la memoria de las víctimas, fuera mejor empleado destinándolo, por ejemplo, á levantar un gran cadalso... No padecemos de *monumentomanía*, y contra esa perniciosa chifladura de perpetuar en piedra el nombre de personas y de hechos que no siempre hablan en favor de la época que los consagró, protestaremos mientras, como en el caso concreto de que nos ocupamos, sólo se trate de un poco de piedra para algunos muertos, sin pensar en las piedras que fuera de justicia dedicar á muchos vivos. Pero, por la frasecilla aquella de que «lo cortés no quita á lo va-

liente», ya que no por sentimiento, por vergüenza al menos, los españoles residentes en Cuba—sobre todo los que allí tienen intereses desde hace más de diez años—debían dar una limosna á la memoria de los eternamente condenados á sufrir hambre y sed de justicia, aun después de muertos: que los difuntos no les piden tocino agusanado, ni pan de arroz, ni agua podrida, y sí solo que su abnegación ante el sacrificio se honre debidamente cuando, como en el mes de Febrero último, representaciones de las autoridades y del pueblo de Cuba y de los Estados Unidos se reunieron en Santiago para rendir justo homenaje á los héroes y mártires del 98.

***

Si no fuera por temor de ofender á los hijos y vecinos de esta hospitalaria ciudad suponiéndoles necesitados de que álguien espolease su cortesía y la exquisitez de su trato para con nosotros—cualidades innatas en ellos—diríamos que el cariñoso reclamo que nos hizo *cierto periódico* dió mejor resultado del que tal vez esperaba el «cariñoso» colega.

Se dijo en letras de molde—y por si alguien no se fijaba en ello fueron remitidos á Santiago y bajo sobre recortes del «papel» señalados con lápiz azul—que nosotros, *cuervos de la ingratitud* (¿!?!), correspondíamos á los agasajos que se nos prodigaron en la Habana, hablando mal y escribiendo peor del

pueblo cubano, del ejército cubano, de las mujeres cubanas, y ya lo dijimos: no sabemos si también desprestigiamos al dulce de guayaba, á la ensalada de aguacate (1) y á los limpiabotas del Parque...

Y, efectivamente: el Club «San Carlos», el «Casino de la Colonia Española», «La Filarmónica Cubana», el «Centro Catalán», las sociedades todas, grandes y chicas, de Santiago, nos han abierto de par en par sus puertas, nos han colmado de atenciones, y las tres primeras de las arriba mencionadas organizaron en nuestro honor veladas que nunca han de borrarse del registro de nuestra gratitud.

Las autoridades, los periodistas, los particulares han rivalizado en cortesías y agasajos; y el *summum* de la delicadeza:

Pensando, tal vez, que pudieran herirnos los arañazos del gato anónimo, los compañeros de la Prensa local—olvidando por un momento y en nuestro obsequio (hay cosas que nunca se agradecen bastante) hondísimas é irreductibles diferencias originadas en luctuosos sucesos de política interior, vinieron en comisión al hotel donde nos hospedábamos

---

(1) Rectificación:—«En la ciudad de San José de Costa Rica y á tantos de Mayo del año 1906, los infrascritos, á tenor de lo que se dice y promete en las líneas 14—20 del párrafo 2º de la página 179 correspondiente al capítulo XI de la sección «En la Habana», de este libro, reconocen solemnemente haberse convencido de su error al ofender de palabra y por escrito á un fruto genuinamente tropical llamado *aguacate*, del cual hoy son apasionados admiradores y tragones. Y para que conste *urbi et orbi*, así lo declaran ante una docena de estos señores aguacates que tienen sitio de honor en esta mesa de trabajo donde le damos la última mano al presente libro.—Rubricado.—*N. de los A.*

y nos entregaron el documento que transcribimos, no por vanidad ni porque necesitemos justificarnos de nada ni ante nadie, sino simplemente para que perdure en estas notas de viaje como consolador ejemplo de solidaridad profesional:

Blancos y morenitos

«Santiago de Cuba, 21 de Enero de 1906.—Señores Segarra y Juliá.—Excelentes amigos y compañeros: vistos por nosotros los comentarios hechos por (*cierto periódico*) (1) de la Habana, respecto de varios artículos publicados por vosotros en el «Diario Universal» de Madrid; y leídos después, por nosotros

(1) ¡Nada!: que somos unos ingratones, y no queremos corresponder al reclamo gratis que quiso hacernos el «papel», ni siquiera publicando su nombre.

mismos, los aludidos artículos que son los titulados «Triscornia», «El grito de Yara», «Día de difuntos» (1) y «Estrada Palma», debemos declarar de *motu proprio* y en honor de la verdad y de vuestro honor de periodistas y de huéspedes caballerescos, que en ninguno de esos artículos existe ni la más leve sombra de ofensa para el nombre de Cuba, ni de ninguna de sus instituciones.—Y así nos place hacerlo constar, con la ratificación de nuestros afectos á vosotros.—Emilio O' de Aguirrezábal, *Director de «La Colonia Española»*—Joaquín Navarro, (DUCAZCAL), *Redactor en Jefe de «El Cubano Libre»*—Juan M. Ravelo, *Redactor Jefe de «La Independencia»*—Ramón Regüeiferos, *Redactor de «La República»*...

Una notita:

Cuando *cierto periódico* estaba muy lejos de sentir la picazón de la escarlatina patriótica que ahora viene á formar una nueva costra sobre su costrosa epidermis política, se publicaba en el campo insurrecto un periódico titulado *El Cubano Libre*. Tratándose de definir lo que cae dentro del código moral del patriotismo cubano, nos quedamos con el parecer del diario de Santiago, ó en otros términos, si se nos tolera referirnos al tamaño y *colorido* de

(1) Este únicamente fué el leído por el *gato*, y lo leyó mal, ó no lo leyó (es lo más probable) pues ni siquiera acertó á decir en cual diario madrileño fué publicado, metiendo la zarpa (ó la pata) al darlo por publicado en *El Heraldo*.

ambas publicaciones: dejamos la servilleta «camaleóntica» y cojemos la sábana revolucionaria...

***

En esta época de la compilación de nuestras notas de viaje, nos sorprende la noticia de la muerte de un amigo muy querido que dejamos en la capital de Oriente.

Ramón Regüeiferos, tan bueno, tan cariñoso, alma de niño encerrada en un cuerpo de atleta, cayó herido por la fatal realización de sus tristes presentimientos habituales en él, y de los cuales nos burlábamos todos sus amigos, motejándole de supersticioso y de aprensivo.

El, que fué nuestro acompañante de todos los días; que desde el primer momento de nuestro trato tuvo la obsesión de abrumarnos con su fraternal solicitud, con su empeño constante de llevarnos á todas partes, de presentarnos á todo el mundo, temeroso siempre de que pudiéramos aburrirnos, procurando adelantarse á nuestros menores deseos y caprichos;... el bueno, el cariñoso Regüeiferos, llevaba—apenas advertida por nosotros y bien á pesar suyo, de seguro—una ténue sombra de tristeza que por breves momentos era como una pequeña nube en nuestras diversiones: creía, ¡el pobre amigo! que moriría repentinamente, en una de aquellas giras al campo, ó cuando más decidor y bromista estaba

en el escenario del Teatro Novedades, ó cuando tomaba su refresco en el Club...

Y fué profeta: tirando á las armas en la academia del «San Carlos»—allí, en su segunda casa, ejercitándose en el deporte que más le entusiasmaba—cayó para siempre, de un modo trágico que las circunstancias del momento hicieron más terrible, á consecuencia de la rotura de una aneurisma; rotura determinada, según parece, por la excitación natural en el juego de esgrima.

Y nosotros, ahora, sentimos remordimientos por aquellas bromas con que coreábamos sus habituales pesimismos sobre su fin... ¡Pobre y excelente amigo nuestro! ¡Descansa en paz!...

***

¡Magnífica tarde la dedicada á la excursión al Puerto de Boniato!

Nuestro acompañante de «turno» es Pepe Hernández: un excéptico forrado de mucha cultura, y para que todo sea *original* en el hombre, un excéptico con puntas de ocultista y ribetes de poeta.

Las rarezas, pues, están á la orden del día, mejor dicho, á la orden de la tarde.

Queriendo dar ejemplo de puntualidad nórdica, Hernández que nos ha dado dos citas en falso, esto es, que no ha acudido á ellas, requiere el cronómetro, y en vista de que los demás amigos inscritos

en la lista de los excursionistas han dejado pasar veintiocho segundos de la hora prefijada, nos obliga á subir al coche, y,... ¡al trote largo hacia la carretera de Boniato!

Uno de nosotros protesta tímidamente de que no se espere un poco más á los otros presuntos paseantes.

Una calle de Santiago

La protesta no surte efecto. Se repite con alguna energía. Igual resultado. Vuelta á protestar, esta vez ordenándole al cochero que vuelva atrás. Hernández conmina al auriga que no haga tal cosa. El compañero del protestante excusa la vehemencia de éste, diciendo, en broma, que es muy nervioso.

—Pues, para aquietar los nervios, no hay nada como el bromuro—sentencia Hernández.

Y dicho y hecho: hace detener el coche á la puerta de una farmacia; pide un vaso de agua de á

cuartillo, en el cual disuelve un gramo de bromuro sódico y otro gramo de bromuro potásico; y el protestante, que en su vida ha sufrido la menor alteración nerviosa, tiene que engullirse aquel medio litro de poción calmante, so pena de que la excursión acabe mal antes de empezar, pues Hernández amenaza con la ruptura de relaciones si el paciente se niega á tomar aquel baño interior de agua salada...

—Cochero, tú, ¿qué tomas?

—Medicinas, no, señor.

—Pues, arrea, y para un poco en *Europa*.

Ya estamos en la puerta del café. Vuelta á la pregunta:

—¿Qué tomas, cochero?

—Una carta.

Hay para asombrarse, pues no estamos en la oficina de correos, ni es probable que el cochero quiera jugar á las «treinta y una» en el pescante y en medio de la calle.

Una *carta*, es una copa de ron; y como una copa de ron, pedida así, con todas las letras y con toda propiedad supone una copa de ron inferior, quien se respeta y bebe licor de «marca» pide una *carta* que se sobrentiende quiere decir «ron *carta* oro», «carta blanca», como diríamos «cognac tres cepas», «anís del Mono», «marsala Ingham», etc., etc...

Una pequeña digresión para anotar un hecho que no dejó de interesarnos desde el punto de vista teórico, al menos, y que nunca mejor que ahora, á

la puerta del café *Europa*, podemos ofrecérselo al lector:

Gozando esta ciudad—¡y en el mes de enero!—de un calorcillo capaz de poner al rojo blanco al hombre más «fresco» que se pasee por el planeta, sucede que, según parece, la gente no se contenta con la temperatura exterior y ha menester *abrigarse* por dentro, hasta el punto de permitirnos asegurar, salvadas todas las proporciones, que en Santiago de Cuba se bebe más que en ninguna otra parte de ambos hemisferios, incluidos en la cuenta los supuestos continentes polares...

Tal vez haya quien vea en la anterior afirmación la creencia por nuestra parte de que Santiago es una ciudad de borrachos. Nada más falso. Relativamente, cualquier villorrio de cuarto orden la aventaja en número de afiliados al culto de Baco; y no creemos ofender á nadie si aseguramos que es la ciudad de la Isla que da á la crónica negra menor contingente de escándalos y pendencias en los cuales tiene algo que ver el alcohol.

En Santiago se bebe mucho, pero diríase que no se bebe por vicio sino por sibaritismo. La prueba: es una característica de esta ciudad el fabuloso consumo que se hace de *champagne*. El aristocrático vino se bebe aquí como en otras partes se bebe la cerveza ó el refresco de limón. El *champagne* y la *carta* (ron puro de caña sin mezcla de drogas dañinas) son las «bebidas» usuales. Tal vez haya que

buscar en tal refinamiento del gaznate la clave del fenómeno de que un pueblo cuya virtud principal no es, ciertamente, la sobriedad en el *trago*, no sea ni con mucho un pueblo de borrachines...

¡Hermosa tarde, de fijo, la de la excursión á lo alto del camino de Boniato!

Y cuenta que, si aquel paseo al Puerto fué rico en oxígeno para los pulmones y en espectáculos para la retina, lo fué mucho más para la fraternidad de las almas, ya que, completamente de acuerdo con el obsequioso Hernández en asunto tan serio y peliagudo como es el de la inmortalidad del *yo* personal, aquella tarde, á la hora de las grandes melancolías, en lo más alto de la sierra, nos prometimos los tres, *carta* en mano, libar juntos el nectar de los dioses (que opinamos sea el ron Bacardí ¡y no es reclamo!) en Marte ó en Júpiter... lo más tarde posible.

***

Emilio Bacardí, patrono y fundador de la marca y del ron que ha dado triunfalmente la vuelta al mundo, es también Alcalde de la muy noble y antiquísima ciudad de Santiago.

Y si es difícil que comprendais á un alcoholero filósofo (el señor Bacardí lo es hasta la suela de los zapatos) no es más fácil comprender á un alcalde que, durante las horas que se somete á la esclavitud de la poltrona municipal, lo mismo despacha un ex-

pediente de Obras, que aconseja al campesino que ha venido á consultarle el modo mejor de *tumbar* tantas «caballerías» de monte virgen; ó resuelve un conflicto de Tesorería, mientras una fulana le cuenta su tropiezo con mengano; ó suelta una disertación sobre sociología por todo lo alto, interrumpiéndose para oir al tío tal que viene á pedirle parecer sobre el noviazgo de su hija; y deja al tío tal con la palabra en la boca, para espetarnos una sentencia que huele á petróleo y á dinamita; y deja la dinamita para prometerle al tío tal que le enviará un regalito á la presunta esposa; y abomina de todas las religiones positivas procurando convencernos de que los curas son unos mercachifles, y le pone un b. l. m. al Arzobispo prometiéndole asistir á la fiesta de San Fulano;... y es, en fin, el hombre de mayor actividad que hemos conocido, organizador de un Museo estupendo en el cual, entre otras muchas cosas, se conservan como verdaderas reliquias mil objetos de nuestra destruída Escuadra.

Don Emilio Bacardí es por sí solo y por varios conceptos, una verdadera institución santiaguera y el prototipo de los alcaldes campechanos y simpáticos si los hay.

IV

Un recuerdo doloroso

> «...Yo no sé fijamente cuáles son los sentimientos patrios respecto de Cuba; pero me inclino á creer que la inmensa mayoría de los españoles desea la paz antes que todo; solo que los que así piensan, sufren y lloran en sus hogares, y no gritan como la minoría que vive y medra con la continuación de este orden de cosas...»
>
> ALMIRANTE CERVERA
>
> (*Carta al Ministro de Marina, 7 de Marzo de 1898*).

. . . . . .

Año del *suceso*, el año 1897; día, el segundo de Navidad; lugar, Génova; hora, las ocho de la mañana.

Salimos de nuestro alojamiento y cruzamos el laberinto de inverosímiles callejones que caracterizan al populoso barrio de Pré, y logramos salir sanos y salvos de encontronazos y resbalones á la espaciosa calle de Carlos Alberto, y ya en la vía que corre paralela al muelle, sólo hay que poner cuidado en esquivar los tranvías de San Pier d'Arena y los ómnibus de Sturla y de Staglieno que corren endemoniados entre las filas movibles de carros que se dirigen hacia el puente Caracciolo ó camino de la

Calata delle Grazie, donde nunca falta un trasatlántico que vomita sobre los muelles las balas de algodón que emigran de las prosaicas manufacturas de Boston ó Filadelfia para habitar por algún tiempo en los salones del palacio Serra, Spínola, Raggio ú otros patricios genoveses, cuyos descendientes han convertido en almacenes lo que fué alcázar de sus mayores.

Pero nosotros no hemos salido á la calle tan

Entrada en la bahía, vista desde cayo Smith

temprano por el discutible gusto de filosofar sobre un aspecto de la gran verdad *Vanitas vanitatum*... Arrostramos la molesta caricia del frío vientecillo de esta cruda mañana de Diciembre, para trasladarnos á un pedazo de la patria, flotante sobre el agua verdosa del puerto.

Díaz Moreu nos espera á bordo del «Cristóbal Colón».

...Hemos visitado detenidamente el flamante crucero. Arrimados á la torre de proa, «ponemos cá-

tedra» sin darnos cuenta de ello. Un grupo de marineros nos acosan á preguntas: que qué se dice de lo de Cuba;... que si lo de Filipinas se enreda más cada día;... que si los Estados Unidos meterán la pata;... que...

Nosotros, naturalmente, poco podemos contarles de nuevo... Hace ya más de dos meses que salimos de España... Y como viajamos á pié...

Estupefacción general, y con la estupefacción, remolino de curiosidad en el grupo.

—*¡Boñ!* ¿á pié, disen?—Y rompe el fuego graneado de preguntas un muchacho catalán, casi un niño, simpático y francote, que, descalzo, la gorrilla azul ladeada sobre una oreja, suelta la breve camiseta rayada, se entretiene frotando con albayalde un puñado de botones dorados. Y repite la pregunta:

—*¡Boñ... de Deu!* ¿á pié, disen?

—¿No lo haz oío?: que andan por er mundo andando—dice un andaluz de pura cepa malagueña.

—Yo l'oí nun oficial, que caminan cun maquina de vilocípedu—añade por su cuenta otro que por las trazas es gallego.

—¿Son ustedes de Madriz?...

¡Gente simpática, de veras!: la genuina representación de nuestro pueblo, francote, sencillo, expansivo. Aquel grupo de marineros, casi todos jóvenes, animosos, rezumando salud por todos los poros y alegría al través de sus menores gestos, hijos

de las más distintas regiones de España, fraternizaban con nosotros tanto como por los lazos de la sangre cuanto en virtud de la misteriosa corriente con que nos une á los individuos de la familia el espíritu de la aventura nacional, del quijotismo que

El «Reina Mercedes», (4 de Julio de 1898)

más ó menos despierto late en el fondo de nosotros mismos; y querían, atropelladamente, todos á la vez, que les contásemos las peripecias de viaje tan estrambótico; y fué una de carcajadas ruidosas, y de interjecciones castizamente españolas, y de chistes picantes, y de preguntas, de preguntas que se enredaban unas á otras en interminable eslaboneo de puntos interrogantes...

A poco, se acercaron algunos contramaestres; luego, unos cuantos oficiales... Y vuelta á las preguntas y al cambio de impresiones sobre las cosas de la patria común...

Todo el día á bordo del «Colón», entre hermanos, hablando de España, recordando á España, brindando por España, dándonos cita para volvernos á ver en España...

¡Cuán indeleblemente se grabaron en nuestra memoria todos los detalles de aquellas ocho ó diez horas vividas en el trozo de patria que flotaba sobre las verdosas aguas del puerto de Génova!... No hemos olvidado ni olvidaremos nunca la charla sugestiva del simpático Comandante; ni lo que hablamos con los oficiales; ni los guiños picarescos del cabo A cuyo tema favorito era saber si las muchachas francesas eran tan cariñosas como las italianas; ni las ruidosas carcajadas del contramaestre B...

. . . . . .

. . . . . .

Con las manos crispadas, temblando de pies á cabeza, mascando sollozos, rugiendo blasfemias, en dudoso equilibrio sobre un banco de la canoa que la corriente del canal del Morro zarandea violentamente en el mismo sitio donde se recostó vencido el heróico «Reina Mercedes», se estrecha ante nosotros el horizonte luminoso, y la luz gris de aquel día memorable se convierte en nimbo de fuego, y en el limitado campo visual de aquella locura del

alma y de los sentidos toma cuerpo el recuerdo de aquella otra mañana de Génova, y en el frenesí de la trágica evocación, se revuelven los detalles del recuerdo y los detalles de una espantosa realidad que nuestra fantasía reconstruye con alaridos de rabia, rememorando páginas del mayor de los poe-

Base de la Socapa El Morro

mas épicos, y oyendo, como salidas del seno de las aguas que nos salpican de espuma, la palabra quejumbrosa, de inmensa onda plañidera cual si viniese de lo infinito y no del pecho deprimido del viejo práctico del puerto, acurrucado en un estremo de la canoa que nos sirve de sostén y de suplicio...

Y en el círculo de fuego que en nimbo chisporreante sirve de foco á nuestra lacrimosa mirada, surgen los fantasmas *Vizcaya*, *María Teresa*, *Co-*

lón, *Oquendo*, *Furor*, *Plutón*... partes integrantes del gran fantasma de una heroicidad sin ejemplo... Y todos ellos son para nosotros aquel flamante crucero que lejos de la patria nos hizo vivir en ella durante ocho ó diez horas... Y no alegres carcajadas, ni picarescos guiños, ni charla regocijada, sino ayes de dolor, y muecas de agonía, y crepitar de incendio, y lluvia de metralla, y sangre á torrentes, y estruendo de infierno, y cuerpos mutilados... y un inmenso, estentóreo ¡VIVA ESPAÑA!: que la idea pura, «Patria», estaba vinculada en aquellas víctimas, en cuantos por tierra y por mar honraron con su abnegación sublime la sublime enseña de la pobre España; mientras que sus asesinos—¡miserables! ¡traidores! ¡verdugos!—fuimos *todos*: los ignorantes, los orgullosos, los vividores, los patriotas de mesa de café, los ineptos, los intransigentes, los «ilustradores de la opinión pública», los eunucos del pensamiento, los esclavos de la rutina: EL GRAN GALEOTO de la inconsciencia nacional...

. . . . . .

. . . . . .

V

Firmeza y El Cobre

Las minas de Juraguá.—«La cigüeña».—Obsequiosidad yanki.—Obreros y patronos.—Las minas de cobre.—Paralización y abandono.—Amos y criados en el siglo XVIII.

En compañía de Regüeiferos hemos dedicado un día á las minas de hierro de Firmeza.

Desde el Administrador general de la compañía explotadora, señor Schumann, que tiene las oficinas en Santiago, al último de los empleados técnicos y administrativos que desempeñan sus funciones y residen en el campamento de la región minera, todos rivalizaron en celo y buena voluntad para hacernos tan instructiva cuanto agradable aquella excursión, que, considerada desde el punto de vista del viaje de la ciudad á la sierra, y hasta por lo que respecta á las líneas generales del paisaje, nos recordó otra excursión análoga, también de grato recuerdo para nosotros: la que hicimos en enero de 1899 á la zona marmífera de Carrara.

Sálvese la diferencia, diremos fisonómica, que hay del paisaje alpino al paisaje tropical, y el tinte he-

rrumbroso de las montañas de Firmeza como contraste á la nívea blancura de los montes Apuanos, y el espectáculo es el mismo: las bellezas de una flora magnífica en ambas latitudes, hermosamente salvaje y soberana en su libertad triunfante, sirviendo de toca á los tesoros que la tierra guarda pródiga en sus entrañas: allá, en un extremo rincón de la Toscana, en albos bloques que el arte vivifica más tarde; aquí, en las canteras del más útil de los minerales que el espíritu práctico del hombre transforma luego en los enseres y artefactos más necesarios á las exigencias de la vida moderna.

El señor Schumann pone á nuestra disposición uno de los vaporcillos de la compañía, y á su bordo vamos hasta el desembarcadero del colosal muelle de hierro de Las Cruces, de donde arranca la línea férrea para servicio de las minas llamadas también «Minas de Juraguá».

Desde el muelle á Firmeza, que es el centro de la zona en explotación, hacemos el viaje en el raro automóvil bautizado con el nombre más raro todavía de «la cigüeña»: un diminutivo de locomotora con cuatro asientos para los heróicos viajeros que se aventuran á un viaje de hora y media... que puede muy bien *prolongarse* un poco más si al extraño vehículo, en uno de sus epilépticos saltos sobre las paralelas, le dá por correr en libertad...

Afortunadamente, «la cigüeña» se portó bien con nosotros, á pesar de que había recibido orden de

volar más que de ordinario, pues los ingenieros de Firmeza habían telefoneado á Las Cruces diciendo que nos esperaban á almorzar, y es sabido que no conviene jugar con la proverbial puntualidad de los

Minas de Juraguá

norteamericanos, sobre todo tratándose del reglamento interior del *home*.

Almorzamos mucho, hablamos más... y apenas si nos entendimos los unos á los otros. ¡Ah, el deseado idioma universal!

Aunque, hablando en justicia, ante una mesa bien servida, y entre gente joven, pueden ustedes reirse de la confusión de lenguas decretada en un momento de divino buen humor (pues debió ser muy diver-

tido el suceso que dió al traste con la torre de Babel), como nosotros nos reímos de la pretendida seriedad un si es ó no es ofensiva que injustamente se atribuye á los yankis. No crean ustedes en tal paparrucha.

Al menos, los que fueron nuestros anfitriones en Firmeza, no pertenecen á la clase de «monigotes automáticos», como alguien ha llamado á los sobrinitos del tío Sam...

«The Juragua Iron Company» compró estas minas en 1880, comenzando á sacar producto de ellas cuatro años después y siguiendo su explotación hasta 1904. Durante estos 20 años se extrajeron y exportaron á Baltimore y Filadelfia 4 millones de toneladas de mineral.

Actualmente es principal accionista de este gran negocio minero la poderosa empresa metalúrgica «Bethlehem Steel Corporation», de Nueva York.

Cuando fuimos á Firmeza, conocíamos las quejas que se formularon sobre supuestas deficiencias de la vida de los mineros, y quisimos ver con nuestros propios ojos el funcionamiento administrativo con respecto al trato que da la compañía á sus obreros.

No es tan malo como alguien ha querido dar á entender. Y para que nuestra opinión sobre el asunto no se crea apasionada, conste que lo mismo que nosotros decimos, resulta del Informe que presentaron al Centro Gallego de la Habana los comisionados que fueron á comprobar sobre el terreno las denuncias hechas por la prensa.

Es indudable que la compañía minera de Firmeza no es ni con mucho el Mesías redentor que ha dicho—ó debe decir—la última palabra de equidad en el complicadísimo problema de las relaciones entre el patrono y el obrero. El trato que este recibe en Juraguá pudiera, desde luego, estar más en armonía con la consideración de que, relativamente

Cargador de mineral en Firmeza

al salario habitual en Cuba, el término medio de un peso diario es bastante inferior al tipo de jornal ordinariamente establecido por el uso para otros trabajos; pero no se necesita ahondar mucho en el asunto para llegar á la evidencia de que esto no es, en realidad, sino un caso más del universal dualismo de intereses existente entre el capital y el trabajo. Y estas cuestiones no se han resuelto nunca ni se resolverán jamás con platonismos que se lleva el viento, ni con diatribas que la experiencia ha desacre-

ditado por completo, sino celebrando acuerdos y pactos entre una y otra parte, armonizando en lo posible los intereses de cada una de ellas, puestas de acuerdo por recíproca concesión á los fueros de la justicia.

El preconcepto que las modernas justísimas aspiraciones del proletariado ha llevado á muchos ánimos superficiales con respecto á los abusos del patrono—máxime cuando este es una compañía poderosa—perdió fuerza en nosotros (lo confesamos lealmente) al tomar sobre el terreno apuntes y datos relacionados con las condiciones de conjunto que ofrece la vida del minero en Firmeza. En cuanto á los detalles, á la posible modificación en sentido de mejora para el colono, creemos que cuantas consideraciones pudieran hacerse sobre el particular, se sintetizan en pocas palabras, evidenciando que, si allí se da el fenómeno de un constante trasiego inmigratorio que hace difícil el que eche raíces el espíritu de solidaridad defensiva y reformista por parte de los directamente interesados en mejorar su vida, la iniciativa oficial y privada puede—y hasta afirmamos rotundamente que *debe* hacerlo—ejercer saludable tutela sobre los intereses de quienes, se expatrian del terruño natal para venir á estas latitudes á ofrecer su esfuerzo personal y colectivo, para que se acreciente la riqueza de aquellos á quienes solo piden, en justo cambio de servicios, un salario de personas y no de acémilas, y un trato de hombres y no de *cosas*.

*
* *

Un libro pudiera escribirse dedicado á recoger y comentar las innúmeras tradiciones que se refieren á la famosa Virgen y Santuario del Cobre, cuya historia fecunda en estupendos acaecimientos está ín-

Minas y Santuario del Cobre

timamente ligada á la historia de las no menos famosas minas de cobre (Reales Minas de Santiago del Prado).

Nos acompaña otro muy estimado amigo, D. Prisciliano Espinosa, conocedor del pueblo y de sus cosas como puede serlo de las cosas de su casa.

Cruzamos la bahía por su anchura máxima, del Club Náutico á Punta de Sal, donde la primera im-

presión es la de que vamos á visitar una Pompeya de la industria: tal es el abandono en que la paralización de los trabajos tiene al enorme tinglado que fué un día importante centro de actividad y de estruendo, cuando funcionaban los aparatos de trituración, lavado y fundición del mineral.

Hoy, apenas si se trabaja en las minas, y lo poco que de ellas se extrae es exportado en bruto.

Otra vez nos vemos instalados en un coche de un ferrocarril no tan extraño como «la cigüeña» de marras, pero tampoco más seguro que aquel endemoniado vehículo.

Una hora de viaje que casi casi es un intento de suicidio, y llegamos á las minas. El movimiento que allí se nota no guarda relación con la importancia que, á la primera ojeada, se comprende debe tener la explotación en época de funcionar *au grand complet.*

Cualquier fase del pasado de las famosas minas interesa más que su presente estancado y tristón.

Cuando eran explotadas por cuenta y á beneficio de los reyes de España, se destinaba el cobre que rendían á la fabricación de cañones. Tal vez por una de esas ironías del Destino fué por lo que, precisamente en las cercanías del Cobre, no tenía España cuando los necesitó, media docena de cañones que valiesen una higa...

Hay también que recoger aquí una nota simpática, á la cual, por vía de moraleja, se une otra no-

ta que lo que no tiene de simpática le sobra de instructiva:

A principios del Siglo XVIII y como satisfacción á las justas quejas de los esclavos que trabajaban en las minas, S. M. Católica declaró libres á los descontentos. Moraleja anunciada: en castigo al pernicioso liberalismo del monarca, el contratista ó arrendatario de la explotación, dejó de cumplir con la obligación que tenía de suministrar al rey determinada cantidad de bronce para los consabidos cañones...

Moraleja no anunciada:

¡Cualquiera se atreve á calificar de *modernismos* de esta nuestra época materializada y egoista, los conflictos que se derivan del choque entre el relativo bienestar del obrero y los intereses del patrono!.. Ya en 1700 se cocían habas, y á calderadas, por cierto...

VI

Un día en Guantánamo

Viaje desgraciado.—Agua por todas partes.—A orillas del Guaso.—El ingenio «Confluente».—Hablando con Sánchez de Toca.—Ministro y Agricultor.—Un peligro para Cuba.

Fué un día impropio para hacer otra cosa que no fuese permanecer recluídos en el cuarto del hotel, ó á lo sumo en la sala de un café, departiendo con los amigos, ó en la biblioteca de algún Casino matando el tiempo en la lectura de esas pequeñas cosas que nos sirve cada día la literatura telegráfica, febricitante, de los modernos monitores del noticierismo impreso.

Ya al tomar pasaje en el ligero y confortable *Oteri* amenazaba el cielo con echarnos á perder la excursión.

En efecto: podemos decir que hemos hecho el viaje de Santiago á Guantánamo «entre dos aguas»; que, si mucha cortaba la quilla del vapor, mucha también baldeó su cubierta durante la noche, y más fué la que nos puso hechos una sopa, ó dos sopas, ó

dos azucarillos remojados, durante veinticuatro horas de lluvia torrencial, ininterrumpida ni siquiera por un minuto.

El tren que bordea las marismas del recodo de la bahía en cuyas puntas extremas se apiñan los pardos caseríos de Boquerón y Caimanera, vuelve á llevarnos por breve trecho al través de la típica

Paisaje del Guaso

manigua, cuyo enmarañado boscaje de bejucos y trepadoras forman pabellones tendidos entre los troncos de caobas y cedros, en las copas de los cuales se refugian del aguacero centenares de auras (cuervos) que, acurrucadas sobre los penachos de las pensiles orquídeas, contemplan con mirada estúpida la carrera vertiginosa de la culebra de coches que serpea siguiendo las inverosímiles curvas de la línea.

Y pronto, la salvaje exuberancia de la selva virgen deja el sitio en el dominio del ondulado campo

á los cultivos de caña que en sábanas inmensas se extienden hasta formar horizonte.

La calle de entrada á Guantánamo nos recuerda á Mayagüez, si bien el estado deplorable de su piso que la lluvia ha convertido en barrizal intransitable, dá la ventaja en la comparación al poblado portorriqueño, é invita á que el negociado de policía urbana del floreciente poblado cubano, acometa sin demora la limpieza y afirmado de unas vías que desdicen mucho del estado de prosperidad por que felizmente atraviesa la que puede considerarse metrópoli de la rica región del Guaso.

Diluvia, mejor que llueve, y es forzoso dar por perdido el día que pensábamos pasar en el campo.

Del mal el menos, encontramos un cochero que se arriesga á la empresa no fácil ni más grata y cómoda de llevarnos á los dominios del que fué, puede decirse que recientemente, Ministro de Gracia y Justicia en España, D. Joaquín Sánchez de Toca.

Hemos sabido que, á pesar del temporal que hacía prever lo contrario, se trabaja hoy en el ingenio «Confluente»; y ya que contra nuestros proyectos y deseos debemos renunciar á conocer sobre el terreno las operaciones todas de la zafra ó recolección de la caña, nos contentaremos con ver el aspecto industrial propiamente dicho, y lo que por el momento tiene mayor interés para nosotros: al político convertido en agricultor, al hombre que ha trocado la febril actividad de la escena ministerial por la vida

relativamente sosegada y apacible del campo, aunque también al campo se lleve el espíritu de trabajo que exige toda empresa en grande escala y en condiciones que reclamen la directa vigilancia del dueño.

No conocíamos personalmente, ni tan siquiera de vista, á nuestro egregio compatriota. Pero, aún suponiendo que la fotografía—que tanto se prodiga con los personajes y personajillos que están en candelero—no hubiese dejado memoria en nosotros de los rasgos fisonómicos característicos del señor Sánchez de Toca; y aún llevando la suposición al extremo de que hubiésemos ignorado el nombre y los antecedentes de «conspicuidad» que le dan sello propio á la persona de nuestro visitado, casi nos atreveríamos á dar por cierto que hubiéramos adivinado en el hacendado de Guantánamo, al hombre que no hace mucho movía uno de los principales resortes del tinglado gubernativo de España, desde el caserón rojo de la calle Ancha de San Bernardo.

El señor Sánchez de Toca, en el pequeño despacho de su casa de madera en el ingenio «Confluente», modesto en el vestir, fácil de abordar, libre del aparato circunstante de ugieres y ordenanzas, *huele á ministro*, á pesar de los pesares.

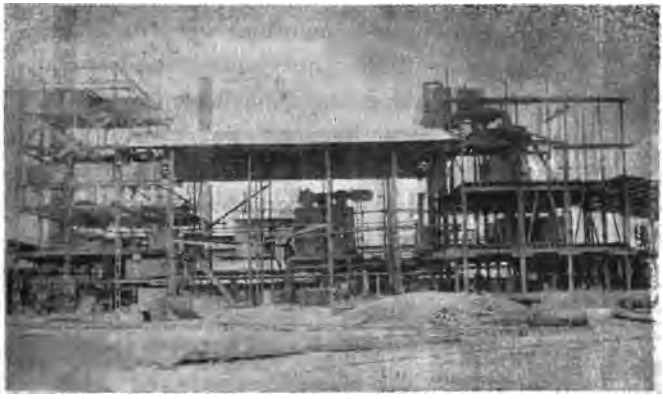
Hay en su gesto cierto airecillo no sabemos si definirlo acertadamente llamándolo «burocrático»; y en su conversación menudean los puntos suspensivos, como ténue freno de reserva y de prudencia

«diplomáticas» al emitir un concepto ó aventurar una opinión por inocentes que sean el uno y la otra; y en su mirada, algo así como el «quién vive» de un centinela interior que, recatado tras el muro de una corrección no exenta de tiesura empalagosa, atisba por las aspilleras de los ojos la intención del interlocutor; y en su apostura toda, un vago aire de *pose* ministerial, netamente ministerial... Así que, nosotros, al través de las melosas obsequiosidades con que en aquel despacho nos recibió y trató durante dos horas largas (5 pesos de coche) no podíamos acostumbrarnos á la realidad de estar departiendo á la buena de Dios con el propietario rural, con el hombre amable y cortés que no desdeña tomar en nuestro obsequio y por nuestra culpa una copiosa ducha natural cruzando el encharcado patio del batey, para enseñarnos por sí mismo las dependencias todas del ingenio, encaramándose por el intrincado andamiaje de las galerías de trapiches, tachos, centrífugas, filtros y cristalizadores...

¡Nada!, lo confesamos: en cuanto comenzábamos á acostumbrarnos al fabricante de aúcar, surgía el ex-ministro; apenas apartábamos un punto nuestra atención de las máquinas y aparatos del «Central» para fijarla en el hacendado, éste se «desdoblaba» dejando todo el sitio al *otro*, al «Excelentísimo Señor», diplomáticamente circunspecto, casi enigmático, con la diplomacia que lleva aparejada consigo toda posición preeminente en el orden de la llamada

cosa pública, y con la circunspección típica, especial, distintiva de esos afortunados ó infortunados individuos de quienes el gráfico léxico del vulgo dice que son «hombres de muchas campanillas»...

Como hemos dicho, pasamos dos horas muy agradables oyendo de labios del ex-ministro agricultor



Ingenio «Confluente»

la explicación detallada del funcionamiento de los aparatos en actividad, y de los que, ultimado su montaje de allí á pocos días, estaban destinados á reemplazar á los otros imprimiendo un sello modernísimo al ingenio «Confluente».

—Como nos interesa sobremanera cuanto afecta al indudable aumento de la producción y por ende de la riqueza de Cuba, y leímos hace algún tiempo lo que usted escribió con respecto al desarrollo ex-

traordinario cuanto alarmante que va adquiriendo la afición norteamericana á ir apoderándose poco á poco del suelo cubano, le agradeceríamos nos dijese algo sobre el particular.

—El hecho matriz á que se refiere la pregunta, ó el deseo de ustedes revelado en lo que acaban de decir...

(Interrumpimos mentalmente á nuestro interlocutor para pensar y temer que aquello pudiera adquirir proporciones de discurso parlamentario al uso español). Alcanzamos al señor Sánchez de Toca que iba diciendo:

—...y el calificativo de alarmante está muy bien aplicado al caso. Por lo que á mi opinión personal atañe, conviene tener en cuenta que mi carta al señor Secretario de Agricultura no fué escrita para que fuese publicada. La carta y cuanto en ella decía tenían carácter privado.

—Con mucha miga en aquel parrafito:... «y por no tener debidamente organizadas instituciones de crédito agrícola, *el suelo se nos va de las manos*».

—...El fenómeno, después de todo, es de los que merecen estudiarse y tenerse en cuenta por quienes dirijan la mirada de la previsión hacia el porvenir, y tengan interés en que la riqueza de la Isla no constituya en plazo más ó menos breve un bien para goce exclusivo de los extraños.

Ciertamente, si el asunto es complejo en sus manifestaciones actuales, adquiere la categoría de un

problema magno si se piensa en que á la corta ó á la larga habrá de dar lugar á lo que bien pudiera llamarse la extranjerización de la tierra.

Y es notable el hecho de que no se hayan tomado por parte del Gobierno medidas encaminadas á poner un freno á lo que puede llegar á ser un grave peligro para la independencia, si no de la nacionalidad, ciertamente de la riqueza del suelo.

A propósito de esto, alguien ha dicho que Cuba debía imitar á algunos estados de la Unión, legislando en el sentido de prohibir la propiedad territorial á cuantos no llenasen el requisito de nacionalizarse cubanos.

Quisimos saber el parecer del señor Sánchez de Toca, pero el señor Sánchez de Toca no quiso sin duda que su parecer nos fuese conocido, por cuanto con mucha finura desvió el curso de la conversación:

—Yo tengo la seguridad absoluta—dijo—de que aquí ha de dar magníficos resultados la creación y fomento del Crédito Agrícola, verdad, sin mixtificaciones, establecido sobre sólidas garantías que atraigan al capital europeo y americano, que á su vez dará considerable impulso al desarrollo de la riqueza agrícola por cuenta propia de los terratenientes cubanos, que hoy, salvo un número limitadísimo de ellos, apenas pueden moverse por la falta de medios y por las trabas de la usura.

—Eso supone, por lo que á usted respecta, que piensa dedicar alguna parte del márgen de la acti-

vidad que todos le reconocen, á su nuevo aspecto de hacendado, digamos de economista.

—¡Psch! Se hace lo que se puede.

—Así que, el político queda relegado á segundo término, y nace el agricultor.

—La política tendrá su día... Por ahora... (*cambio de frente al giro de la conversación*): El tacho que ven ustedes allá arriba, fué subido por los obreros jamaicanos, sin andamiaje ni grúas, gracias á un procedimiento tan ingenioso cuanto primitivo: un caballete improvisado con dos tablones de resistencia, un juego de poleas y de cuerdas, algunas parejas de bueyes que tiraban de las estachas, y ¡arriba la enorme caldera!... Viendo aquello pensaba uno en las antiguas construcciones de los egipcios...

La discreta «diplomacia» del ministro, triunfó resueltamente, en aquella oportuna transición, de los proyectos del hombre de negocios.

Y bajo la lluvia despiadada de aquel día brumoso y frío que nos recordaba los días en que Madrid tirita á la caricia del micidial Guadarrama, el coche nos sacó lo mejor que pudo del encharcado patio del ingenio «Confluente», cuya silueta daba tumbos en nuestra juguetona fantasía, luchando por sobreponerse en ella á la silueta del rojo caserón de la calle Ancha de San Bernardo...

VII

Excursión á La Isabelita

Paseo accidentado.—La aventura de la carreta.—El amigo William.—La biblioteca del bohío.—Cabalgatas, conciertos y otros excesos.—Dos días inolvidables.

Tenemos en un rincón de Cuba, en uno de los pequeños paraísos que tanto abundan en la pintoresca provincia de Santiago, un amigo terrible, amablemente terrible, cuya agradabilísima compañía de dos días no hemos de olvidar jamás, pero cuyo recuerdo más inmediato lo debimos á unas malditas agujetas que nos ganamos en cuatro horas de cabalgata al trote de *hipógrifos* más «violentos» que el que montó la princesa Rosaura, y por un terreno no muy á propósito que digamos para quienes, como nosotros, entienden tanto de equitación como de capar monas.

Habíamos dicho al buen Regüeiferos:

—Deseamos vivir un día la vida del campo cubano, pasar la noche en un bohío, internarnos en la manigua, charlar con el guajiro su charla típica, y

comer con él su comida, y conocer de cerca sus costumbres, y verle en familia, y tratarle en el ambiente que le es propio.

Y el buen Regüeiferos había contestado:

—Nada más fácil. Yo me encargo del asunto. Hoy, no; mañana,... á ver,... eso es: pasado mañana iremos de excursión al campo. Yo elegiré el lugar, de acuerdo con algunos amigos que nos acompañarán... ¡Cosa hecha, queridos, cosa hecha!...

Efectivamente. Se concertaron todos los particulares de la gira, y con las consiguientes carreras y precipitaciones á la hora de la salida del tren, en la estación nos encontramos con el simpático Castillo (omitimos el nombre porque no lo recordamos), y con el archisimpático Rogelio (suprimimos el apellido porque nunca lo supimos) y con el despampanantemente simpatiquísimo director de la expedición.

¡Válganos Dios, que no fué mal bohio y mal guajiro el que nos hizo los honores de la vida campestre en un pequeño paraíso no lejos de La Maya!...

Nosotros, aunque en ayunas de la jugarreta preparada contra aquellos deseos de la choza sin confort, de la cocina sin afrancesamientos tropicales, de la hamaca amarrada á dos estacas bajo pardo cobertizo de guano, ó al aire libre al amparo de las sombrillas de un bosquecillo de palmas reales, debimos, en verdad, sospechar que algo gordo iba á ocurrirnos, y era lógico pensar así en vista de los

incidentes y peripecias que amenizaron la etapa en tren desde Santiago á La Maya.

Pero, hay que confesarlo á fuer de imparciales cronistas de los sucesos: pecamos de cándidos, y nunca pudimos suponer que la broma iba á ser tan gorda... cuanto agradable.

Por poco, en la estación del Cristo, nos crucifican,

Carreta cubana

ó lo que para el caso es igual, nos quedamos en tierra por culpa de una taza de café hirviente y de un maquinista impaciente (¡oh, los consonantes en *ente!*) que puso en marcha el tren sin decir oste ni moste al conductor del convoy que nos acompañaba en el agape matutino.

Poco después, apenas repuestos del susto y de la fatiga de una carrera casi casi homérica (es de suponer que también Homero hubiera corrido de habérsele ido el tren en alguna ocasión), «en pleno» coche de primera clase—démonos tono, ¡oh Fabio!—dos ama-

bles pasajeros se acariciaron el cutis recíproca y contundentemente, y hubo intervención de la rural, gritos de señoras, lloriqueo de muchachos, y alarma generalísima (para no aconsonantar con los beneméritos custodios de la paz pública).

Luego, llegados á la estación de destino, nos encontramos con que no encontramos ni al guía que debía acompañarnos á La Isabelita, ni caballos, ni nada que salvase al director de la partida de la merecida rociada de improperios que se había ganado con su imprevisión.

El mantecoso Rogelio protestaba indignado de que se tratase—¡á la fuerza ahorcan!—de salvar á pié la distancia que media entre la estación de La Maya y la finca del más campechano de los campechanos Ramsden. El infatigable Castillo, asaltado por una idea luminosa, asaltó á su vez á un pacífico carretero que se disponía á cargar algunos sacos de no sabemos qué en su típico armatoste con ruedas, y le conminaba por las buenas y por las malas á que, sin réplica ni dilación, se preparase á cargar con nosotros y á llevarnos al término de nuestro viaje.

—Pero, señor, que Pancho el bodeguero me espera con esas mercancías...

—Indemnizaremos á Pancho. ¡Arrea!

—Pero, señor, que tengo el viaje comprometido...

—El viaje comprometido es el nuestro.

—Pero, señor, mire que yo no conozco el camino de ese cafetal de que me hablan ustedes...

—Nosotros te guiaremos.

—¡Qué vá! si ustedes tampoco lo conocen...

—¡Arrea, y déjate de boberías!

—Pero, mire, señor, que se lo juro por mi madre...

Bohío de un colono de La Isabelita

Interrupción á coro, con golpes de bastón sobre las tablas de la carretilla:

—¡¡¡Paso!!! (1)

—Que le digo, señor, que no puedo servirles...

Al buen hombre no le valieron las protestas, y hubo de dejar en el muelle del «paradero» de La

(1) Es la interjección obligada cada vez que á alguien se le escapa «mentar» la madre ó la hermana propias ó agenas. Parece que, sobrentendiéndose algo ofensivo para la aludida, cada uno de los oyentes pone á salvo el buen nombre de su madre ó de su hermana pronunciando el sacramental ¡paso!

Maya los sacos de Pancho el bodeguero, y consintió en llevarnos en su desportillada carreta, y allá fuimos á merced del mulo coetáneo de la burra de Balaam, apiñados sobre las tablas del inverosímil vehículo que amenazaba descostillarse á cada bache del camino fangoso que atrevido se internaba en los accidentes y espesuras del bosque ubérrimo, serpeando al través de un paisaje salvajemente hermoso.

Hubimos de apearnos varias veces y ayudar al auriga á «poner á flote» su armatoste en peligro de naufragio entre los caballones de barro de una encarrilada buena para salvada en globo. Hubimos de aguantar las exigencias del fotógrafo de la expedición que á cada recodo y á cada peripecia nos obligaba á quedarnos en actitud «retratable». Y por último, se impuso la heróica providencia de enviar noramala al carretero y á la carretilla, y seguir adelante *pedibus andando*, convencidos de que nuestros huesos no tenían la resistencia de las mercaderías del bodeguero Pancho...

Ya estamos en La Isabelita.

El bohio de nuestros deseos se ha convertido en confortable *palazzina*, donde se vive tan patriarcal y primitivamente como deja suponer el teléfono, el reloj eléctrico, el alumbrado de acetileno, la terraza encristalada, el fonógrafo, el horno á gas, las alfombras y cuadros y bibelots que adornan el salón, el cuarto de baños con completa modernísima instalación hidroterápica, y... señores, ¡á descubrirse

tocan!: la Biblioteca; así como suena, la Biblioteca.

¿Que esto no tiene nada de particular, tratándose de una casa tan espléndidamente paramentada?

Es verdad,... hasta cierto punto. La cultura del dueño de aquel coquetón palacio en medio de la

Plantación de cacao

manigua, se adivina viendo los montones de libros y revistas que hay en todos los rincones, sobre las sillas, en casi todos los muebles del comedor, de la galería ó terraza que sirve de antesala, en el salón, en los cuartos destinados á los huéspedes.

Pero, la Biblioteca propiamente dicha, ¡ah! lo que es la *Biblioteca* (así, en cursiva, para que nos vayamos acostumbrando á distinguir) la *Biblioteca* del

bohío encantado, es cosa que no se ve todos los días ni en todos los bohíos.

El dueño de La Isabelita, el espléndido y rumboso William Ramsden (el guajiro con quien nosotros soñábamos comer un potaje de democráticos frijoles y darnos un buen atracón de boniato cocido y de ñame cocido también) quiso, tal vez haciendo honor á nuestra profesión de emborronadores de cuartillas, llevarnos á la *Biblioteca*, aun antes de quitarnos el barro que nos recordaba los apuros pasados en la carretilla de marras.

La *Biblioteca* del amigo William es el mueble más curioso que puede imaginarse:

Un armario de corte no exento de elegancia, y unos estantes bien provistos de *volúmenes*, que constituyen la más estupenda antología vinícola y licorera que se puede desear...

Y fuera preciso un infolio de algunas resmas para hacer la crónica detallada de los dos días pasados en el magnífico feudo rural del gran Ramsden, al calor de su obsequiosa hospitalidad de magnate del saber vivir, al abrigo de su afecto exquisito, al amparo de la ciencia... infusa de los grandes filósofos que se llaman Moet & Chandon, Marie Brizard, Aldabó, Bacardí, Sánchez Romate, Nolli Prats y demás *sabios* de las Facultades de Jerez, Burdeos, Champaña y otros «centros docentes» por el estilo...

Excursión memorable á caballo (¡ay, lastimadas posaderas!) á la sierra, cruzando hermosos cafeta-

les, y soberbias plantaciones de cacao, y bosques de caucho—cultivo que ha introducido en la región el amigo William—compartiendo la sublime embriaguez del paisaje con los contínuos sobresaltos de una cabalgata por terrenos quebradísimos y al través de la selva virgen...

Célebre siesta de la cual os despierta el ingenioso juego de timbres (!) especialidad Ramsden—que consiste en que el dueño de la casa entre en el cuarto donde dormís pacíficamente, y con la mayor flema del mundo dispare, á vuestra cabecera, los diez tiros de su revólver americano...

Grata tertulia nocturna «al amor» de la *Biblioteca*, cuyos volúmenes van quedando sin hojas, mientras el diabólico aparato de Edison canta «El Morrongo» que corea con sus envidiables carcajadas el buen Rogelio, y «El Ratoncito» contra el cual prorrumpe en tempestad de gritos y silbidos el filarmónico Regüeiferos, y el «God save the King» que escuchamos de pié, más que por el rey, por debido respeto al abolengo del huesped...

Todo ello y mucho más cuya sola enumeración al correr de la pluma haría excesivamente prolijo el relato de aquella inolvidable gira campestre, danza todavía ante nuestra retina y ha de ser por mucho tiempo nota imborrable de la lista mental en que se consigna el recuerdo de los días más felices.

A mejor oportunidad fué preciso relegar el deseo de vivir algunas horas la vida del campesino: que

aquello fué un grato engaño, ya que en La Isabelita nos rodearon las comodidades y el lujo que, tanto en la ciudad como en el campo, dan un sello especial á la dorada existencia de quienes, como el amigo William, saben muy bien lo que es el trabajo, pero no desconocen lo que es gozar del mundo y hacerlo gozar á cuantos tienen la suerte de ser sus huéspedes en sitios como el pequeño paraíso de La Maya...

VIII

Puerto Príncipe

En un lugar de la Mancha...—Agricultores y ganaderos.—El Ferrocarril Central.—Indole y vida de los camagüeyanos.—El P. Valencia.—Fumadores de pitillos.

Por primera vez desde que estamos en Cuba—y refiriéndonos con ello tan solo á la sensación la llamaremos «estética», de forma, á lo que es exterior—tenemos por un momento, y luego, en varias ocasiones, en varios momentos, la sensación de no encontrarnos en Cuba; y esto, completando el sentido de lo que hemos querido decir en el inciso anterior, vale en lo que atañe al «golpe de vista», al aspecto que ofrece en su conjunto este rincón de Cuba, el corazón de Cuba, que así puede considerarse á esta llanura central, á la provincia de Camagüey y á la típica ciudad que es su centro, sin que por serlo esté en su centro, propia y geográficamente hablando.

Con relación al aspecto general del campo cubano, la gran *sabana* ó llanura de la región que antes llamóse Puerto Príncipe y que hoy se llama Camagüey preferentemente al otro nombre, es la Mancha

cubana. Y al llegar á la capital de la provincia, para que en el ánimo del viajero se complete la ilusión de que se ha trasladado por arte de magia á la famosa meseta castellana, el aspecto de la ciudad, clásicamente española, le recuerda cualquier ciudad manchega:

Campanarios rojizos sobresaliendo por cima un oleaje de parduscos tejados, sin una nota clara que interrumpa la monotonía de aquella masa de colores sombríos. En las afueras, algunos caserones cuadrados que bien pueden ser las típicas bodegas ó el antiguo solar de algún hidalguejo lugareño más ó menos emparentado en ochavos y en saberes con el señor de Quijano; y formando horizonte por los cuatro puntos cardinales y sus correspondientes arcos intermedios, la llanura inmensa, uniforme en el tono gris de sus ondulaciones apenas perceptibles, con escasas brevísimas zonas de cultivo, silenciosa, despoblada, anegada en fuego cuando el sol calcina los terruños yermos y tuesta los yerbajos y envuelve el paisaje todo en el vaho asfixiante de una canícula eterna.

En 27,000 kilómetros cuadrados de terreno apenas si hay una población absoluta de 67,000 habitantes, que hacen una población relativa de 3 habitantes por kilómetro cuadrado. Así se explica que esta provincia á la cual solamente la de Santiago de Cuba aventaja en extensión territorial, sea la más pobre de Cuba desde el punto de vista agrícola.

La ganadería ha sido su principal riqueza que va reconstituyéndose poco á poco de la espantosa crisis determinada por la guerra, en colaboración con la usura por falta de verdadero crédito agrícola. Tal

Parque Agramonte (1)

vez á ninguna otra región de Cuba puedan aplicarse más por entero las siguientes amarguísimas reflexiones del Dr. Casuso:

«... El agricultor cubano ha ido poco á poco enagenando girones de su propiedad. Los desastres de la guerra, la falta de crédito, las trabas arancela-

(1) Las cuatro palmeras simbolizan otros tantos monumentos á Joaquín de Agüero, José Tomás Betancourt, Fernando de Zayas y Miguel Benavides, fusilados por revolucionarios en agosto de 1851.

rias, la escasez de brazos, todo ha conspirado al mismo fin. Huérfano de ayuda, se ha ido entregando al codicioso mercader, al prestamista, al especulador... Nuestros agricultores tienen que soportar la usura por un dinero que le entregan con un 18 y un 20 por 100 de interés, y necesita competir con el agricultor extranjero, vecino, limítrofe á su finca, que adquiere todos los fondos que necesita para el cultivo con un tipo de interés módico que no rebasa un 5 ó un 6 por 100».

La reorganización del Banco Hipotecario del Camagüey y los nuevos horizontes que abre á la vida de esta región el Ferrocarril Central que ha venido á sacarla de su secular aislamiento, han de dar notable impulso á su riqueza, de la cual puede decirse que apenas si hasta hoy se ha iniciado su desarrollo, aún refiriéndonos á las épocas mejores de su relativo bienestar.

Corre por aquí un dicho no exento de gracia y de verdad, según el cual «los tres benefactores indiscutibles de Cuba han sido, Cristóbal Colón, que la descubrió; José Martí, que la independizó, y... Sir William Van Horne, que construyó el Ferrocarril Central»...

Indudablemente, esta obra magna—eterno bochorno de nuestros gobernantes que no supieron ó no quisieron acometerla, y legítimo orgullo de la generación que la ha visto realizada casi por arte de encantamiento en menos de dos años—ha venido á

cambiar por completo la faz y el porvenir del interior de la Isla.

Surgen diariamente y se acrecen de un modo prodigioso, á ambos lados de la línea, poblados y caseríos, potreros y zonas de cultivo, que en plazo no lejano habrán transformado extensos eriales y dilatadísimas maniguas en otros tantos centros de producción que señalan para Cuba un espléndido porvenir.

El Camagüey, por su suerte, es el corazón de este nuevo núcleo de riquezas y de actividades que se condensan y adquieren personalidad de un modo rápido y bien definido.

Por lo que respecta á la capital de la provincia, interesa vivamente su carácter de vetusta ciudad clásicamente española.

Sus calles estrechas, tortuosas, demarcadas por casas de aleros salientes y grandes rejas voladas; los típicos patios y zaguanes que recuerdan los de Toledo; los grandes tinajones para el agua; los pasamanos de escaleras y galerías, la disposición interior de las viviendas, la relativa abundancia de iglesias y conventos, la vida patriarcal que allí se hace, la sencillez en las costumbres y en el vestir, el ambiente sosegado que rodea la existencia de una gente afable en grado máximo; todo predispone desde el primer momento á forjar la ilusión de que nos encontramos trasladados á la paz de la vida de hace cien años, en el tranquilo rincón de nuestros mayores.

Desde este punto de vista, casi diremos que le perjudican á la medioeval ciudad las prosaicas claridades con que profanan sus callejas silenciosas los focos eléctricos del alumbrado público. Y casi deploramos, haciendo profesión de fe de reaccionarios, (!) no haber visto en la tertulia del querido Juanito Alcalde, cómo sus preciosas nenas despabilaban de tanto en tanto las torcidas de los monumentales velones de bronce; y hubiéramos preferido que el óptimo doctor Adam se hubiese contentado con ser el Bachiller maese Luis, y en lugar de ufanarse con su acta de diputado, aparejase su mula para emprender el viaje camino de la Corte para dar cuenta al Rey de la demostranza que le hicieran los hijosdalgo del lugar; y que las muchas fermosas de esta tierra clásica de la fermosura y de la gentileza, se hubieran reunido, acompañadas de sus dueñas y de sus pajes, en poético Consistorio, donde el trovador errante les hubiera cantado mejor la trova de sus ensueños y esperanzas...

Creemos firmemente que el aislamiento en que ha vivido la ciudad de Puerto Príncipe, ha influido muchísimo en el estado de cultura que se advierte en sus habitantes.

Allí está en insignificante minoría la gente de color; á penas sin trasiego de población; viviendo todos en familia, como quien dice, sin otros entretenimientos que los que en el hogar y en las tertulias de vecindario pueden procurarse, el natural estudio-

so de estas gentes se ha estimulado en la lectura y en cuantas manifestaciones artísticas no exigen como requisitos indispensable á su exteriorización un gran público que las acoja ni un ambiente espacioso que las sirva de marco y escena.

El genial Márquez Sterling ha dicho que en el

Patio de una casa de Camagüey.—Los «tinajones»

Camagüey «las cosas son como la leyenda las repite, y las rectificaciones son tan odiadas que el pueblo protesta de ellas, y sigue viviendo en una especie de fanatismo lamentable».

No nos atrevemos á desmentir el estancamiento que denuncia la primera parte del aserto, principalmente porque dicha quietud de ánimo no está exen-

ta de encantos y nos place muy mucho, siquiera sea, por lo que á nosotros atañe, como paréntesis de tranquilidad y de relativo reposo en la vida febricitante á que parece nos hemos condenado voluntariamente. Pero esa especie de *fanatismo lamentable* que en el sentir del prestigioso escritor parece suponer algo parecido á insensibilidad por parte del pueblo camagüeyano, no la hemos visto en ninguna de las manifestaciones de su vida, pues, ni considerado individualmente ni como colectividad, hemos advertido en ese pueblo «bueno, patriota, valiente si los hay», nada que permita afirmar en absoluto que vive «encerrado en sus creencias como si una muralla de amor á sus propias cosas y á sus propios hombres le impidiera ver el ancho horizonte de la vida universal».

Nota simpática para nuestro amor propio de españoles y de valencianos muy orgullosos de la *patria chica*, fué la visita al magnífico Hospicio fundado por nuestro paisano el Padre Valencia, santo varón que desde las remotas riberas del querido Guadalaviar vino á ejercitar su caridad en las riberas del Jatibonico.

Y para terminar, una noticia que brindamos á los tabaqueros cubanos por lo que pueda convenirles:

Fuimos una tarde con Juan Alcalde á dar un paseo por el parque de la Caridad, y junto al alambrado que cierra un á modo de corral donde viven pacíficamente y por cuenta del municipio algunos

simpatiquísimos gamos—que vinieron muy corteses á saludarnos—díjonos nuestro acompañante:

—Ya que, como ven, los venados de Cuba son tan amables y cumplidos, correspondan ustedes á tales muestras de afecto ofreciéndoles un pitillo.

El lector con toda seguridad:

—¿ . . . ?

Si, señores: nada de aspavientos. En un santiamén, y con indecible regocijo por nuestra parte, los venados del parque de la Caridad se engulleron como si tal cosa, y uno á uno, los cuarenta y tantos cigarrillos de cuatro paquetes de «engomados pectorales»...

IX

Ante el sepulcro de Vico

El buen don Antonio.—Ultimos honores.—Abandono de propios y homenaje de extraños.—Voto cumplido.—Promesa incumplida.—Por el buen nombre de España.

Nuestro viaje de Puerto Príncipe á Nuevitas ha tenido las proporciones distintivas de lo que en el lenguaje sportivo se llama *un tour de force.*

Pero, para satisfacción propia, el motivo que nos llevó del vetusto Camagüey á la sonriente villa ribereña, quedó cumplido fielmente en lo que tenía de promesa, de voto, de empeño sagrado que hubimos de formular, en el secreto de nuestra conciencia, hace cuatro años cabales, cuando el telégrafo, con su laconismo terrible, dijo á España que uno de sus hijos beneméritos, el grande, el glorioso Antonio Vico, había muerto.

El que esto escribe—y valga el singular, refiriéndose al amanuense que traslada al papel las sensaciones y el criterio de dos que funden en una sola exteriorización aquel criterio y aquellas sensaciones

íntimamente hermanadas—el que esto escribe, se encontraba en Madrid cuando acaeció el triste suceso por el cual Talía vestía los crespones de un luto que, por lo que al arte hispano respecta, se ha de prolongar por muchos años: que el taller espiritual donde se elaboran los genios de la talla del

Bahía de Nuevitas

gran actor muerto, no es muy pródigo en enviar á este pobre planeta los raros ejemplares de mentalidades superiores fusionadas con la baja condición característica de la especie.

La noticia impresionó á toda España; el estupor se produjo lo mismo en los centros literarios y artísticos—digamos intelectuales—que en el pueblo, en la masa, en los elementos que por lo general viven agenos á la comprensión de lo que para ser com-

prendido presupone la existencia de cierta sensibilidad psíquica que, desgraciadamente, en aquella época de los desastres recientes, estaba como atrofiada en el pueblo español, que apenas si sentía el escozor de los latigazos que flagelaban su personalidad.

Y era que el nombre de Vico, su labor escénica, su fama, constituyendo para altos y bajos, para sabios é ignorantes, para quienes *piensan* y para cuantos *sienten*, la no discutida y siempre acatada realeza del arte, la majestad de la inteligencia, el dominio soberano de las almas y del sentimiento, tenían su trono de heroismo ideal y su imperio por todos reconocido, en el corazón y en la memoria de todos los españoles: los nobles y los plebeyos, los sabios y los ignorantes.

Toda España lloró á Vico. Toda España bendijo á Díaz de Mendoza que había prometido desde el primer momento traer á la madre patria los restos del gran muerto.

Pero... el generoso ofrecimiento del prócer artista no pudo realizarse entonces, y los restos del genial expatriado siguieron en la emigración, en el destierro á que la suerte—que con él no debió ser tan implacable; y la maldad de quienes no tienen perdón de Dios ni lo merecen de los hombres por haber sido tan malos para el bueno, condenaron en vida, precisamente en las postrimerías de una vida gloriosa, al sér que tuvo por armazón de su envol-

tura terrestre aquellos huesos que eran roídos, no solo por los gusanos de la huesa, sino también por los gusanos de la ingratitud, del desamor, del abandono...

Nosotros, en el presentimiento de nuevas correrías por el mundo, el uno en Madrid, el otro en París, sintiendo al unísono el mismo angustioso dolor de la noticia y fieles guardadores de la memoria de imborrables emociones que debíamos al eterno desaparecido—cuando, en noche memorable, los jardines de nuestra tierra volcaron sobre un escenario sus flores más preciadas—sirviéndonos de los hilos misteriosos que ponen en comunicación á las almas al través de las mayores distancias, prometimos de modo no por tácito menos solemne:

«Peregrinaremos por el mundo de Colón, llevando en renglón preferente de nuestro libro de ruta la flecha que marque el nombre NUEVITAS. Y ante la losa ó sobre la capa de tierra que cubra los despojos del coloso, deshojaremos una flor para cuyos pétalos guardamos la más cristalina, la más ardiente de nuestras lágrimas: flor en la cual se contengan todos los perfumes de aquel montón de flores tantas veces renovadas á los pies del hombre glorioso que Cuba guarda en depósito; lágrima que á los manes sagrados de aquel hombre sea prenda de que el corazón español le ha erigido el monumento de su amor y de su veneración»...

Y victoriosos de mil accidentes de la vida, á los

cuatro años cabales de haber hecho aquella promesa, un día nos hemos sustraído á todas las conveniencias del itinerario, y hecho fuertes contra los apremios del tiempo, y olvidado compromisos de varia índole, para hacer en devota peregrinación la visita prometida á la tumba de Vico.

. . . . . .

Antes de salir para Nuevitas, el señor Cónsul de España en Camagüey, don Juan Mata, nos puso al corriente de lo sucedido al pobre don Antonio:

—Estaba yo de vice-cónsul en Nuevitas. En las primeras horas de la mañana del 4 de Marzo de 1902 vino á buscarme un amigo para decirme que el barquero Emiliano Manresa había desembarcado del vapor «Julia» el cadáver de un compatriota... Es para supuesta pero no para descrita la profunda impresión que me hicieron las siguientes palabras de Manresa: «señor, un pasajero del «Julia» me ha entregado el cadáver de don Antonio Vico, recomendándome suplicase á usted que lo entierre y que le ponga una cruz sobre la fosa... Me ha dicho que era hijo del difunto... El «Julia» salió del puerto hace una hora, y el señor del encargo, muy conmovido, ha continuado su viaje á la Habana»...

—Me hice cargo del cadáver que ordené fuese trasladado á las oficinas del Consulado... Comencé las gestiones para que el entierro fuese digno del ilustre muerto... Fácil fué mi cometido. Las autoridades, la colonia española, todo el vecindario de

Nuevitas fueron mis colaboradores entusiastas en cuanto cundió la voz de lo que ocurría... A las once mi despacho estaba convertido en lujosa capilla ardiente; el cadáver colocado en suntuoso féretro... Dinero para los gastos del sepelio hubo de sobra

Cementerio de Nuevitas

desde el primer momento; coronas, se recibieron muchas hasta de Puerto Príncipe y otros pueblos de la provincia; banderas enlutadas ondeaban en todos los edificios públicos y en muchos particulares...

Aquello fué una manifestación de duelo como no se ha visto nunca en Nuevitas... Al entierro asistieron todos los niños y las niñas de las escuelas públicas, el Ayuntamiento, nutridas representacio-

nes de la Junta de Educación, del Comercio, de la Prensa local y habanera, de los obreros del vecino poblado de Minas, de las sociedades Club Martí, Unión Club, Gremio de Obreros, Hermanos Maceo, Veteranos, y la banda de música del pueblo, y todo el pueblo de Nuevitas... Un episodio que no se me olvidará nunca: al irse á poner en marcha el lucido cortejo, el alcalde, señor Miranda, me dijo que creía interpretar los sentimientos de sus representados proponiéndome que el féretro fuese envuelto en las banderas española y cubana...

. . . . . .

Orlando la modesta lápida que cubre el nicho en el cual la piedad de un pueblo hermano guarda en depósito sagrado las cenizas del buen don Antonio, han quedado, perleando el rocío de las almas, unas flores y unos laureles cogidos en el campo, en el campo libre... Y como nuestra insignificancia personal ha querido asumir y ha asumido allí, en aquel momento solemne de cumplir nuestro voto de hace cuatro años y en la paz augusta del santuario de la muerte, la representación de una patria sin olvidos criminales: la gran patria de los corazones, hemos creído ver al través del breve tabique de ladrillos, que el gesto bondadoso del gran muerto sonreía complacido y que la piadosa visita de dos extraños le compensaba de las amarguras que sobre él vertió el egoísmo de los suyos, llevado al mayor grado de repulsiva brutalidad, en los supremos momentos de

la agonía última, por aquel *compañero* de viaje sobre cuyo nombre y sobre cuya suerte en la tierra pesará siempre el bochornoso sambenito de haber dicho á un barquero de Nuevitas:

—¡Buen hombre!, dígale al cónsul de España que en esa caja que ve sobre el lanchón va el cadáver de Don Antonio Vico...Que lo entierre y le ponga una cruz sobre la fosa... Yo debo continuar mi viaje á la Habana...

. . . . . .

Voto cumplido

El Cónsul de España, los españoles de Nuevitas, el pueblo todo de Nuevitas cumplieron el piadoso encargo:

La mezquina caja de pino, sin forrar, se convirtió en lujoso ataud de caoba; el cuerpo del muerto reposó en lecho de flores y tapices de terciopelo; la fosa común decretada por el desamor, trocóse en

nicho temporal, y la cruz de palo en inscripción sentida y cariñosa...

Nuevitas, Cuba, han hecho lo que debían por el glorioso artista.

Pero sus restos están amenazados de ir á parar, por fin, á aquella fosa común... En marzo de 1907 expira la concesión del nicho comprado por suscripción popular... Nadie habla ya de repatriar á sus expensas aquellos pobres huesos... Las leyes sanitarias justificaron en un principio el incumplimiento de aquella promesa. Pero—¡siempre los enemigos de la víspera dando lecciones con el ejemplo!—así como sobre el ataud de Vico fué donde por primera vez se abrazaron las enseñas de la madre patria y de la colonia emancipada, así el primer Presidente de la República, y el mismo día de su exaltación al poder supremo del nuevo Estado, el 20 de Mayo de 1902, *firmó el decreto autorizando la exhumación de los restos del glorioso actor...*

¿Habrán de ser también los cubanos quienes vayan á España á llamar *por caridad* al panteón de hombres ilustres, pidiendo que allí tenga un puesto la urna que guarde las cenizas de don Antonio Vico???...

. . . . . .

X

La mujer cubana

La camagüeyana.—Blancas y mestizas.—Opinión equivocada sobre las mulatas.—Superiores é inferiores.—El ideal de la parda.—Para *aventajar* la prole.—Apodos de mal gusto.

Ningún sitio más apropiado que el Camagüey para dedicar á la mujer cubana no un corto capítulo en pobre prosa sino un libro, dos libros, muchos libros de versos—que debiera estar prohibido hablar en prosa de la dulce mitad del género humano.

Grande es la fama de que gozan las camagüeyanas por su espléndida belleza; en rima y sin rimar se han volcado sobre ellas todos los adjetivos encomiásticos del habla castellana; pero, en honor á la verdad, hay que decir que la fama no ha acertado en este caso á sacar de sus trompetas la nota adecuada al objeto de sus alabanzas, ni el repertorio de calificativos «favorables» de que no es muy parco que digamos nuestro idioma, basta á expresar la admiración, el asombro, la... apoteosis en que naufragan el cuerpo y el alma de quien afronta osado

los innúmeros riesgos—¡deliciosos peligros!—de que está rodeada la al'parecer sencilla empresa de mirar de cerca y cambiar algunas frases con una mujer de Puerto Príncipe.

Majestad en el conjunto de la figura; el más perfecto clasicismo griego en las líneas; irreprochable curvatura rafaelesca...—¡ay, ay, ay, que caemos en las cursilerías de cajón!

Nosotros, y sirva esto de profesión de fé que si no otra cosa valga á escudarnos contra la opinión de que pecamos de exagerados, no comulgamos en la iglesia de los exclusivismos viciosos cuanto vulgares en que se suele incurrir al hablar del eterno femenino. En esto somos eclécticos, hasta el punto de no haber dicho nunca ¡oh, las italianas!, ¡oh, las andaluzas!, etc., etc. Conocemos una matrona del Trastévere, auténtica, «sin mezcla ni composición», en la plenitud de la vida... y de la vulgaridad más desesperante; y merecimos, á dúo, las sonrisas y los ceceos insinuantes de una sevillana con más flecos en el pañolón y más flores en la cabeza y más sandunga en los andares... ¡y más bigotes que un tambor mayor! Nada, que abominamos de todos los absolutismos en general, y en particular del que pretende establecer patrones y castas en lo referente á belleza femenina. Pero, Señor, ¡si es que en el Camagüey casi casi resulta ofensiva (¡!) la uniformidad de la hermosura mujeril!; ¡si, buscándola, no hemos podido encontrar una mujer fea!; ¡si es que

todas, todas las mujeres camagüeyanas son bonitas, arrebatadoramente bonitas, seductoras en el más alto grado!...

La Colonia española, el Liceo, la Popular, la buena sociedad de Puerto Príncipe quiso festejarnos del modo espléndido á que ya nos tienen acostumbrados estas gentes simpáticas y rumbosas de Cuba, é improvisaron una velada por todo lo alto en el magnífico salón de fiestas del tercero de los centros arriba citados. Y lo confesamos, pidiendo que perdonen la confesión los amigos y colaboradores en el éxito de aquella velada: no sabemos si tocó ó dejó de tocar, bien ó mal, ó con sordina ó sin ella, la Banda Infantil; ni si el Dr. Adam estuvo elocuente ó no en su discurso; ni si la señorita Juanita Martínez interpretó bien la Polonesa de Chopín; ni si Juan Alcalde leyó con expresión y sentimiento la «confesión» de *La Ermita;* ni si el señor Silva tiene ó no tiene vis cómica para recitar los monólogos de Eduardo Vega... No sabemos ni recordamos sino que pasamos tres horas en un constante *monólogo* de los ojos, tres horas de *sinfonía*... del lado izquierdo, tres horas de visión, audición y absorción de belleza, en un verdadero Nirvana de todas las potencias espirituales anegadas en el piélago luminoso de sonrisas, de miradas, de perfumes...—¡ay, ay, ay que esto ya no solamente es cursi, sino que es perder por completo los estribos!...

Se ha dicho, y no tratamos de desmentirlo, que

las mujeres de la Habana y de Santiago de Cuba están más «europeizadas» que la mujer del Camagüey. Buen provecho les haga, pues si su superioridad consiste, como dice—ofendiéndolas gravemente—el escritor que aseguró tal cosa en letras de molde, en el hecho de que saben vestir con mayor distinción, nosotros nos quedamos—solo metafóricamente, por desgracia—con la mujer camagüeyana que, como dice acertadamente Giner, «no necesita de ese refinamiento para brillar, pues le bastan sus extraordinarios y naturales encantos físicos y la grandeza atlética de su alma». (1)

Por fortuna para el buen nombre de las cubanas en general, no es su gusto por las modas ni su afición á asimilarse, muchas veces sin método ni justo criterio, las *cosas* de Europa, la característica más personal y más notable de su modo de ser.

Sobresale en ellas una exquisita sensibilidad de corazón y de inteligencia. La primera, las hace apasionadas, vehementes, encantadoramente voluptuosas, envueltas en los encantos de una languidez ensoñadora que no es pereza ni abandono irreflexivo á la influencia del clima, sino algo que nosotros hemos tenido sobradas ocasiones de apreciar como natural propensión al amor, pero un amor que nada tiene de las violencias que le atribuye la leyenda, sino que es un amor cuya intensidad radica más en

(1) P. Giner. «Mujeres de América», pág. 44.

la mente que en los nervios ó en la sangre. Mientras que, su sensibilidad intelectiva se manifiesta en una gran disposición para la poesía y para la música, los medios mejores de exteriorizar los romanticismos de que está impregnada la personalidad interior de toda mujer cubana.

Y conste que no entendemos referirnos á la poesía que en variada métrica se escribe sobre el papel con mayor ó menor respeto á las reglas de la sintaxis y del sentido común. Muchas (algunas aceptables) cultoras de las letras hay en Cuba, pero, como ni por incidencia queremos meternos por semejantes trigos y las Gertrudis Gómez de Avellaneda no se encuentran á cada esquina—ni en estas ni en *las otras* latitudes—decimos que las cubanas son poetisas, no por aquellas que perpretan sonetos con fecundidad pasmosa (en América el *soneto* no es ni con mucho «la composición poética más difícil» sino la más *corriente*, hasta el punto de que creemos sea originario (!) del Nuevo Mundo) sino porque la cubana siente, piensa y habla «en poeta», y en poeta á la antigua: cantando sus pensamientos, sus sentimientos y sus palabras.

Generalizando, la mujer de Cuba es una sensitiva en la cual no vibran los nervios sino las fibras de ese otro tegido más sutil, flúdico, que constituye la esencia de la delicadeza femenina: vibración de un alma exquisitamente delicada que vive como desprendida del cuerpo, conectada con él tan solo por

el hilo periespiritual que permite el desdoblamiento. Y creéis en la efectividad del fenómeno, cuando véis á la cubana abandonada al rítmico balanceo de la mecedora, los ojos errantes por el infinito, la carne ambarina trasparentando en su morbidez el supremo abandono interior, y escapándose, tenue y acariciador, de sus labios de orquídea, el lánguido ritornelo de una de esas canciones populares que nadie repite ni colecciona, pues la soñadora las improvisa, las engarza unas á otras en la sarta de ensueños y fantasías que prende desde su pensamiento y su alma á la región más alta del ideal colocado en el indeciso punto del cielo, que explora la mirada de sus ojazos de fuego vagando por el espacio luminoso que sirve de fondo y manto al paisaje tropical...

Desaparecido casi por completo el tipo del habitante primitivo de Cuba, el indio siboney, fueron los negros africanos quienes—como providencial compensación al infame espíritu de tráfico que los arrebató de su barbarie nativa para hacerles probar la barbarie de los mercachifles civilizados—fueron los negros, decimos, los que reemplazaron á los indígenas en la inevitable ley de los cruzamientos de razas, produciendo con los blancos el tipo mulato, que, especialmente por lo que se refiere á la mujer, ofrece un curiosísimo campo de estudio.

«La mulata es la mejor fruta cubana», afirma un dicho popular. En el orden físico, la mezcla del blanco con el negro y hasta con un derivado de la

raza negra, produce en la *sub-especie* mestiza, y en proporción mayor de la que pudiera creerse de primera intención, ejemplares de rara hermosura, casi perfectos, fuertes y ágiles. La mujer, excepcionalmente fecunda, nada tiene que envidiar en robustez y resistencia física á los hombres de otras razas consideradas como superiores, si bien en esto la aventaja el hombre de su clase, el mulato.

En el orden intelectual, contra la opinión de los que solo conocen el asunto por referencias que perpetuan los prejuicios de casta, y á pesar del aislamiento, de la pobreza y de las preocupaciones sociales que rodean su vida, la mulata de Cuba puede brillar y brilla, bien que en esfera limitada, en el campo de la distinción y de la cultura.

En el orden moral... para tratar este punto dejemos la palabra á una señora que por pertenecer á la clase y por su exquisito talento tiene motivos de sobra para avalorar este breve estudio sobre la mujer *parda* con algunas observaciones que trascribimos íntegras de su converzación sugestiva en grado sumo:

—¿Quiere decirnos, señora, á qué atribuye usted el hecho de que la mayor parte de los viajeros más ó menos observadores coinciden al tratar á la mulata con cierto desprecio que nosotros reputamos injusto, francamente injusto?

—Obedece ese hecho á que la mayor parte de los que han pretendido estudiarnos han caído en el lazo

de la confusión lamentable que ellos mismos han cometido en su superficialidad de exámen. No han conocido á la mulata «de familia», si ustedes me permiten la frase, sino á mulatas que no viven en familia. De otro lado, han frecuentado las familias de blancos, pero no han tratado de estudiar á la mujer blanca «sin familia», ó viviendo en familia mal organizada. Ya pueden comprender ustedes que la comparación, descansando en bases tan poco sólidas ó por lo menos desiguales, no debía dar por resultado nada que fuera favorable para la mujer de mi casta, sino que debía llevar á los aludidos observadores á sentar de un modo casi absoluto la afirmación de que, mientras *todas* las blancas son honradas, ordenadas, serias, sociables, buenas esposas y madres modelo, nosotras las mestizas somos... unas cualquier cosa.

Falsa de toda falsedad la aserción última. Nosotros hemos frecuentado el trato de algunas mulatas tan *señoras* como la que más se precie de serlo, y no precisamente en la Habana que no es terreno muy indicado para estudiar este tipo de mujer, ya que allí las blancas—aún sin salirnos del elemento diremos indígena—las criollas, las de abolengo europeo nacidas en Cuba, constituyen la mayoría y gozan de honores, de posición, de ambiente favorable, de una serie de circunstancias propicias que no lo son tanto para las mujeres de los otros troncos ó ramas étnicos. Pero en Santiago de Cuba, por ejemplo, donde el

pardo se impuso por el número, primero, y luego por el desarrollo de sus facultades propias, allí la mulata compite con ventaja con las blancas, en los tres órdenes que hemos bosquejado: en el orden físico, en el intelectual y en el moral.

El rasgo psicológico más notable de esta mujer singular es su pasión, casi monomanía por la maternidad. No es esto sólo ni en ello estriba el *clou* de la característica apuntada: quiere mejorar, «elevar» su raza por el matrimonio con el hombre blanco... Desprecia al negro del cual, en parte, proviene, por considerarlo inferior; rehuye en lo posible el ayuntamiento con el mulato, porque los hijos serían mulatos y por lo tanto muy lenta la soñada nivelación de su estirpe con la estirpe blanca. Su ideal, pues, es el blanco, que le dará prole blanca, nenes á quienes los nenes blancos no humillarán, ni las señoritas blancas mirarán esquivas, ni la sociedad blanca rehuirá admitirlos como sus iguales...

Tan potente existe en el alma de la mujer de color este instinto de sublime reivindicación de la especie, que brindamos al lector el siguiente caso presenciado casualmente por nosotros:

Un amigo nos llevó á la casa de una negra ya entrada en años, la cual poseía un curiosísimo ejemplar de *cemí* ó ídolo indio. El bicharraco monstruoso era el pretexto de la visita; esta tenía por objeto principal, diremos único, conocer de cerca á una hija de la negra, el tipo más acabado y seductor de la

belleza mulata. Encontramos á la madre y á la hija de un humor de todos los diablos. Cupido era el culpable del disgusto existente entre la negra (que debió ser en sus buenos tiempos una Venus hotentote, en el mejor sentido que se le pueda dar á esta aparente paradoja) y la deliciosa mulatita, que era, sin paréntesis y sin paradoja, una Afrodita color de chocolate y sabor de... ¡vayan ustedes á saber la graduación edulcorante de aquel terrón de azúcar terciado!... La vieja no pudo reprimir su enojo, y salvados los formulismos de la presentación, dijo con voz temblona y encarándose con nuestro acompañante:

—Usted, mi viejo, sabe pasé cuatro años de mi juventud detrás de mi gallego, y que no paré hasta que me hizo suya. Y usted no ignora que perseguí al blanco y me dí á él, solamente para *aventajar* á ésta (señalando á la hija). ¿Y he de consentir ahora que la condenada quiera *retrasarme* con un moreno? (con un negro) ¡Por el alma de mi madre, que la mato si hace tal cosa!...

Creemos que huelgan los comentarios, y que este es el mejor final que podemos ponerle á este capítulo que por exigencias de espacio no pasa de abocetar muy á la ligera lo mucho que pudiera decirse convirtiendo en tema de larguísimo discurso el título que lo encabeza.

¡Ah!, no; no ponemos punto final todavía, que es un caso de conciencia, dada la sincera y muy entu-

siasta admiración que nos inspira la belleza femenina cubana, el consignar aquí un pequeño cuento:

En los primeros días de nuestra permanencia en la Habana, cuando, como quien dice, estábamos en ayunas de muchas costumbres y muchos usos, leímos en la crónica de una fiesta del gran mundo, y en la lista de las personas de distinción que habían asistido al sarao, entre otros nombres como Dios y el buen gusto mandan, estos nombres que no sabemos quien les habrá dado carta de naturaleza en tierra de cristianos:

Terina, *Chita*, *Nena*, *Celí*, *Cheché*, *Loló*, *Mina*, *Charito*, *Quiquí*, *Teté*, *Bellita*, *Pepilla*, *Cuca*, *Lelia*, *Chichí*, *Llilly*, *Panchita*, *Nina*, *Maucha*, *Lilita*, *Corina*, *Lulú*, *Margot*...

Pero, ¿es posible—nos preguntamos castamente horrorizados—que frecuente la sociedad elegante toda esa colección de... (¡Ave María Purísima!) cuyos nombres hacen pensar en una de las zarabandas nocturnas del *Moulin Rouge?... Ubinam gentium sumus?*

Bien sabe Dios que hemos hecho formal acto de contrición, arrepentidos de nuestro juicio temerario, pues en nuestra ignorancia de que la moda caprichosa pudiese atreverse hasta con los bienaventurados del martirologio romano, eso de *Lulú* nos olía á perrillo faldero, y *Chichí* á perrazo galgo ó podenco, y *Cuca* á cosa de brujas, y *Maucha* á gata en celo, y otros nombres del catálogo nos hacían pensar en

un *la* antepuesto á cada uno de ellos, formando los nombres de batalla de *chanteuses* averiadas y otras cosas más averiadas aún...

Y, ¡oh, ironía de las ironías!: el estrambótico vocabulario de la «crónica mundana» en cuestión, se refería, precisamente, á señoritas muy distinguidas, muy bellas, muy virtuosas, de la mejor sociedad habanera. Y ahora, cuando nosotros, pública y muy formalmente hacemos penitencia del error confesándolo para vergüenza de nuestra falta de sindéresis, vistiéndonos de saco y cubriéndonos de ceniza, y doblando la frente ante la virtud y la hermosura de las aludidas, nos atrevemos á preguntarlas:

Señoritas, cuyos pies besamos, ¿por qué consienten ustedes la *fealdad* de esos pseudo diminutivos que no suenan sino á apodos ridículos, muy ridículos, horriblemente ridículos?...

Ustedes, tan bonitas, tan interesantes, tan buenas; preciado encanto de los salones, flora exuberante de la belleza tropical; ustedes, que tanta poesía contienen en sus ojos, en su sonrisa, en su cultura, en su voz, en los detalles todos de su persona, ¿cómo pueden llevar adheridos á tal conjunto de perfecciones esas feísimas contracciones del nombre, que hieren el oído cuando se escuchan, y traban la lengua cuando se pronuncian, y hacen daño á los ojos cuando se leen, y hacen pensar en cosas malas cuando se escriben?

Por respeto á sí mismas, por buen gusto, por con-

sideración á la buena eufonía, y á la gramática, y al Santoral y á la ortografía, y al sentido común, y á la ley divina, y á los reglamentos humanos,... ¡extirpen de su belleza esos *apéndices* horribles!

¡Por caridad, señoritas, y por los santos y santas de la Corte celestial, amén!...

XI

De Santa Clara á Cienfuegos

La ciudad de Marta Abreu.—Cañamiel.—La producción azucarera.—Peligro en perspectiva.—Un consejo de Moltke.—Camino de Cienfuegos.—Descanso en Cruces.—*Maltiempo.*

Estamos en el centro de la región azucarera de Cuba.

Un día en la coquetona capital de Las Villas, cuyo sello típico lo constituye su aseo urbano y los encantos naturales de la llanura relativa en medio de la cual se levanta la ciudad que es una nota blanca en la campiña intensamente verde, y nos disponemos á peregrinar por la provincia, de ingenio en ingenio, procurando sacarle el mayor provecho posible á la feliz oportunidad de haber llegado aquí en plena época de la zafra.

Para ir preparando el ánimo al estudio y á la comprensión de este principalísimo ramo de la riqueza cubana, aceptamos de muy buen grado el paseo que nos brinda nuestro acaudalado compatriota don Ramón González, presidente de la Colonia española

de Santa Clara, ó Villa Clara como la llaman quienes aspiran á modernizarle el nombre á la ciudad que bien pudieran haber rebautizado con el nombre de *Santa* Marta Abreu.

Sobre el terreno, cómodamente sentados en el suelo y á la sombra de un bosquecillo de bananos,

Santa Clara, Teatro de la Caridad

en un pequeño altozano que domina una extensa plantación de caña, «endulzamos» la conversación chupando un regular tallo de la sabrosa gramínea cuyo jugo chorrea de los labios á la cartera de apuntes.

La industria azucarera que como es sabido es el principal venero de riqueza de la Isla,—representada en el comercio de exportación por un 60 % de la exportación total—da un rendimiento ánuo que no

baja de un millón de toneladas, cuya cifra corresponde, aproximadamente, á diez millones de toneladas de caña.

Existen en Cuba unos doscientos ingenios entre grandes y medianos, pudiendo alguno de ellos llegar

Un platanal

á moler en una temporada la friolera de un millón de arrobas de caña. En la actualidad, hay iniciada una verdadera revolución en los procedimientos industriales, que tienden á alcanzar el *desideratum* de producir el azúcar en cantidad y en proporción de rendimiento que contrarresten la baja de los precios en mercado y el gravámen que da á la industria la escasez de braceros para la operación de la corta. To-

dos los hacendados procuran perfeccionar sus instalaciones, adoptando los aparatos modernos que dan sobre el procedimiento antiguo una ventaja de 5/8 de centavo por libra de azúcar en el costo de la elaboración, más una extracción de un 2 por 100 mayor que la obtenida por el método que se trata de modificar.

El sistema de cultivo que lleva el nombre de su inventor, el Dr. F. Zayas, está dando magníficos resultados y generalizándose por toda la Isla.

Idéntica revolución produce en la actualidad, y con respecto á los procedimientos industriales, la llamada «difusión del bagazo» que consiste en conseguir el máximum de rendimiento de guarapo ó melaza, sometiendo la caña ya triturada á la acción de los difusores á vapor, de modo que se extraiga todo el jugo.

Un peligro, aunque remoto, para la industria azucarera de Cuba lo constituyen las Filipinas, donde es seguro que, una vez normalizada la legislación arancelaria—que habrá de sufrir una trascendental modificación en cuanto prescriba la cláusula del Tratado de París que al caso se refiere (1)—tomará impulso extraordinario la explotación agrícola con un capítulo no mínimo para el cultivo de la caña.

(1) «Los Estados Unidos, durante el término de diez años, á contar desde el canje de la ratificación del presente Tratado, admitirán en los puertos de las Islas Filipinas los buques y las mercancías españolas bajo las mismas condiciones que los buques y las mercancías de los Estados Unidos.» (Artículo IV del Tratado de París).

El corresponsal de un diario habanero escribía hace poco desde Washington, y refiriéndose á este asunto:

«Acerca de lo que sucederá en Filipinas cuando haya el *free trade*, ó cabotaje, con los Estados Uni-

Lugar de la acción de *Maltiempo*

dos existen dos opiniones. Según la una, en el Archipiélago se desarrollará muy rápidamente una gran producción de azúcar y de tabaco, que se apoderará del mercado americano. Según la otra, es seguro que, con el estímulo de no pagar aquí derecho alguno, y con la seguridad y el orden que da á aquellas islas al estar bajo la bandera de los Estados Unidos, se fomentará allí esa producción; si no acuden capitalistas americanos á hacer el negocio,

lo harán los extranjeros. Pero el crecimiento no será rápido; primero, porque para todo se necesita tiempo; y luego, porque habrá que resolver el problema de los brazos y mejorar las comunicaciones; y finalmente, porque, hasta que no se vean los resultados obtenidos por los capitalistas que se adelanten á emprender algo, no se operará en grande escala».

De todos modos, la amenaza es positiva, y bueno es que Cuba tome con tiempo las medidas conducentes á parar el golpe que la amaga, siguiendo el consejo que con la voz de alerta da al gobierno y á los hacendados cubanos el escritor aludido, cuando les invita á tener presente el consejo que Moltke dió á los hombres de guerra y que les viene de perillas á los hombres de negocios: *Nunca despreciéis al enemigo. Proceded como si fuera muy valeroso, muy inteligente y muy rico. Si es todo eso, tendréis probabilidades de derrotarlo porque habréis hecho todo lo posible, preparándoos con tiempo; y si no es todo lo temible que se creía, tendréis la seguridad de vencerlo.*

Con muy grata impresión de la Colonia, del Liceo y de las sociedades de gente de color «Gran Maceo» y «Bella Unión»; en el bolsillo un boletín meteorológico hecho para nuestro uso exclusivo por el primer *astrólogo* de Cuba, Don Julio Jover; y en el buche aún los nutritivos manjares de la cena netamente criolla con que nos obsequiaron una veintena

de entusiastas villaclareños, dejamos la pulcra ciudad de Santa Clara ó de Marta Abreu, saliendo para Cienfuegos.

A mitad de camino, en Cruces, nos da el ¡alto! el excelente «depositario de la fé pública» del partido

Campo donde hay enterrados 99 soldados españoles de los macheteados en *Maltiempo*

judicial y adyacentes, señor Domingo Valdés Losada, que quiere acompañarnos al campo de *Maltiempo*, lugar de la sangrienta batalla que tan funesta fué para las tropas españolas y en la que algún general de la clase de *ministrables* contrajo sobrados méritos para que le hubieran fusilado... hasta nueva orden.

Pero, francamente: estamos ya asqueados de batallas, y desastres, y crónicas de horrores y de errores, y nos parece vivir envueltos en pegajoso vaho de sangre humana... Vamos á *Maltiempo*, sí, para que apuremos hasta las heces este caliz de amarguras indecibles; mas vayamos solamente, para dedicar una visita piadosa al campo donde reposan noventa y tantos soldados españoles cuyas fosas, á falta de cruz y de inscripción, se señalan por la extraordinaria lozanía de los ramilletes de cañas cuyos penachos de verdes lanzas gimen al viento ténues suspiros, y por los aromas de quebradizos yerbajos cuya flora innominada brinda al sol para que los absorba—y transformados en rocío del alma los lleve á los secos ojos de cien madres enlutadas,—en cada pétalo una gota de sangre, en cada pistilo el polvillo de oro del postrer recuerdo...

XII

Almorzando con Marta Abreu

Diversión inesperada.—Las peleas de gallos.—Cuernos y espolones.—Versitos.—Un ingenio y un palacio.—La gran benefactora.—Santa por derecho propio.—El epígrafe del capítulo no parece.

En el breve trayecto de Cruces al ingenio *San Francisco*, estaba de Dios ó del diablo que habíamos de topar con una «impresión» que, si por solas referencias nunca hubiéramos recogido en este libro, ya que nos salió al paso, sin buscarla, no es posible pasarla por alto so pena de comprometer lo que estimamos sea cualidad mejor de estos apuntes de viaje: el relato imparcial y el comentario ajustado en un todo á nuestra idiosincrasia, á nuestro temperamento, cuyo criterio no se falsea por ninguna conveniencia propia ó agena.

En el apeadero donde dejamos el tren para esperar el coche que había de conducirnos á la finca de doña Marta Abreu, amenizó y entristeció nuestra espera un espectáculo que, por las circunstancias en

que tenía lugar, resultaba interesante y curioso para nosotros: cinco ó seis individuos, una vez alejado el tren y convencidos de que nosotros éramos gente de paz, se dispusieron á lidiar gallos...

El repulsivo juego está severamente prohibido en

Palacio de los señores de Estévez

Cuba; pero, como no se ha dado aún con el secreto de dictar una ley-panacea que posea la virtud curativa de sanar de golpe y porrazo las úlceras del alma y del sentimiento de un pueblo, el buen pueblo cubano que diz ama apasionadamente el espectáculo de las peleas de gallos, burla bonitamente la moralizadora ley, como es seguro que el buen pueblo

español haría diabluras por burlar la ley que prohibiera—¡cuánto tarda en dictarse!—las corridas de toros. Con una agravante: que así como es seguro, pero segurísimo, que nuestros regeneradores *rotativos* protestarían de una medida que entre otros inconvenientes tendría el de privar al público lector de los encantos de la literatura taurina, así, el amigo Pichardo, actuando de poeta nacional, dice en su soneto *Soy cubano*—imitación del famoso de Enrique López Alarcón *Soy español:*

. . . . . .
es mi gozo en la paz lidiar un gallo;
mi orgullo, improvisar una cuarteta.
. . . . . .

Ya, según dicen, dijo el general Concha que para tener contentos á los cubanos bastaba darles un violín y un gallo. Nos parece que el *violín* del general no tiene otro objeto que el de completar un chiste que, por cierto, no es de muy buen gusto; así como la *cuarteta* del vate no juega otro papel que el de aconsonantar con una *escopeta* que hay algunos versos más arriba. De modo que dejamos el instrumento del militar y la rima del poeta, y nos quedamos con el gallo: que el juego del ídem sí que es una pasión arraigada profundamente en el alma de los cubanos, á pesar de todas las leyes habidas y por haber y á prueba de multas, tanto que, pues estamos de versos, no podemos resistir á la tentación de pa-

rodiar á Ricardo de la Vega diciendo de las peleas de gallos lo que el ilustre sainetero ha dicho de nuestro espectáculo nacional:

Es una fiesta... cubana
Que viene de prole en prole;
Y... aunque el gobierno la abole,...
El pueblo se llama andana.

Ingenio «San Francisco»

. . . . . .

Es ya hora de llegar al almuerzo de que habla el epígrafe de este capítulo.

El ingenio *San Francisco*, enclavado en el centro de la zona azucarera de Cienfuegos, comprende dos aspectos por igual manera interesantes: la parte que afecta á la explotación industrial, y la que se refiere al retiro tranquilo á cuya paz se acoge una

de las figuras más sobresalientes de la Cuba contemporánea; mejor, las dos figuras sobresalientes que componen el matrimonio Estévez-Abreu.

El ingenio propiamente dicho, es una «coquetería» de la industria azucarera; una instalación modelo, en la cual, los últimos adelantos de la mecánica, el aseo, la metodización del trabajo, el trato dado á los obreros, todo forma un conjunto de orden y de pulcritud hasta en los mínimos detalles, que, dan el convencimiento de no ser utopía de reformadores teóricos sino hecho innegable la posibilidad de llevar á la práctica cuantas condiciones hagan del trabajo un placer y no un martirio.

El palacio de los dueños de aquel trozo de paraíso, levanta su mole blanca á pocos pasos de la «casa de calderas», que es el nombre propio que se dá en Cuba al cuerpo principal del ingenio. Y en aquella espléndida morada señoril nos hacen los honores de la hospitalidad más exquisita la dama insigne que toda Cuba venera y Villa Clara adora rendidamente, y el afortunado esposo de tal dechado de virtudes, don Luis Estévez y Romero, ex vicepresidente de la República y escritor notable que trata como pocos en su país la crónica histórica contemporánea.

Marta Abreu personifica el ideal de la Caridad sin etiqueta de bandería ó de secta, y de la Riqueza que se hace amar y respetar no por la cuantía monetaria del caudal acumulado y de la influencia que

en la sociedad adquiere el potentado del dinero, sino porque con hechos se demuestra que tal poder y tales bienes sólo en depósito y á título de administración los han puesto la suerte y la Providencia en manos de quien los posee.

Dª Marta Abreu y su esposo D. Luis Estévez Romero

Marta Abreu sintió como cubana de corazón el ideal de independencia patria, y ofreció su fortuna á la Revolución, no con platonismos rimbombantes y escasas realidades, sino suscribiéndose, con la mayor naturalidad del mundo, por la friolera de 50,000 duros. Y antes de la guerra, y en la guerra, y después de la guerra, en todo tiempo, constantemente,

la diaria ocupación de la ilustre dama ha sido y es distribuir dinero á manos llenas, y con el dinero, consuelos á la indigencia, bondades á la desgracia, amparo al talento desvalido de recursos materiales... Siempre su corazón, un corazón inmenso, inagotable en latidos generosos, acudiendo donde se sufre, llorando con los que lloran, y lo que más vale: anticipándose al infortunio y previendo las tristes consecuencias del dolor.

Son innumerables las fundaciones benéficas que llevan su nombre. Ella sostiene de su peculio escuelas y asilos; ella construye casas para los inválidos del trabajo; centenares de familias comen su pan; y hace propietarios á los pobres de Santa Clara, para los cuales edifica un soberbio teatro, el Teatro de la Caridad, cuyos rendimientos van íntegros á manos de esos pobres *propietarios*.

Es seguro que en el Santoral del porvenir ha de figurar su nombre, por derecho propio. Pensar lo contrario equivaldría al sacrilegio de suponer que los administradores del Cielo son unos perfectos majaderos. De todos modos, á Marta Abreu la han canonizado en vida los innúmeros adoradores de su alma gigante, y el nombre de la gran benefactora cubana tiene un inmenso altar construido con bendiciones de gratitud amasadas en lágrimas de los humildes, de los desheredados, de aquellos á quienes el Maestro dedicó lo mejor de su sublime sermón de la Montaña...

XIII

La abeja industrial

De panal en panal.—La corta de la caña.—Su transporte al batey.—Elevadores, desfibradoras, tachos y centrífugas.—La producción de azúcar en Cuba.—Mejoras introducidas.—Cultivo y molienda.—Problema resuelto.

Del ingenio *San Francisco*, al central *Caracas*, y del central *Caracas*, al ingenio *Andreita*, dos días completos, con buena parte de una noche, dedicamos al dulce capítulo del azúcar.

Es esta la provincia agrícola más rica de Cuba, y la segunda en densidad de población. Más de sesenta ingenios dan un sello típico á esta región privilegiada, entre ellos el ya nombrado *Caracas*, que con el *Chaparra* es considerado como la mejor y más importante instalación industrial de la Isla.

... Al chis-chas inexorable de los machetes, caen tronchadas las cañas que dejan el suelo alfombrado con mullido colchón de hojas. Haciéndolas crujir bajo su tardo paso, las yuntas de bueyes clavan el hocico en el tapiz de amarillentos penachos, escogiendo los brotes más tiernos, mientras las enormes

carretas se llenan de nudosos tallos morados, de tallos verdes, de tallos color de oro.

Y las carretas sacan la caña desde los campos á los apartaderos del ferrocarril, ó tiradas por cuatro, por seis, por ocho bueyes, según la distancia y el terreno por sobre el cual ruedan, llevan su carga

Cortando caña

hasta el ingenio. Y, las carretas dando tumbos de bache en bache por caminos abiertos para la ocasión, ó las locomotoras del *central* recogiendo los vagones esparramados por la línea que serpea en todos sentidos por la vasta llanura, llevan al batey en procesión interminable de armatostes rodantes, centenares de arrobas de la preciosa gramínea.

El vagón ó la carreta llega bajo el tinglado de monumentales cuanto curiosos ascensores que, me-

diante una ingeniosa combinación de zarpas de hierro, abrazan toda la carga (por lo general de tres á cinco toneladas) y ¡arriba!: allá va la carga de caña, elevada por el raro ascensor, cuyas garras sueltan la presa en el enorme embudo que la distribuye de un modo ordenado y constante en los con-

Batey del ingenio *Andreita*

ductores á guisa de cinta de noria ó doble corredera que llevan la caña á la desmenuzadora, que la tritura, y luego al desfibrador, y de aquí á los trapiches; y ya no caña, sino «guarapo», á la batería de defecadores, donde el jugo queda limpio de impurezas y en estado de pasar á los «triple efecto», al tacho, á las cristalizadoras, á las centrífugas, á los aparatos de envase, á la báscula, al almacen, al

muelle de expediciones, á la bodega del barco que lleva aquellos miles y miles de sacos de «miel granulada» á las grandes refinerías de los Estados Unidos,... y después, después ¡qué poca importancia damos al hecho de endulzar una taza de moka más ó menos falsificado!...

«El azucar se produce en toda la Isla, pero el centro mayor de elaboración son las cuatro provincias centrales de la Habana, Matanzas, Santa Clara y Puerto Príncipe. La caña crece de una manera exuberante y con poco cultivo, por cuya razón no hay necesidad de renovar las plantaciones sino cada diez ó quince años, por término medio; así es que las cosechas se obtienen fácilmente y con poco gasto; pero la fabricación del azúcar resulta comparativamente cara, por comprender la árdua labor de cortar y transportar la caña, la construcción de los bateyes, la adquisición é instalación de costosos aparatos, la manipulación, envase y transporte del fruto, etc., etc. El promedio del costo de fabricación, es como ya hemos dicho, de dos centavos libra, y en ciertos casos algo más. Antiguamente ese promedio era más elevado. La reducción apuntada más arriba se ha obtenido mediante la instalación de maquinaria moderna para la fabricación, mejores métodos de cultivo y la nueva organización del trabajo llevada á cabo después de la guerra, y la supresión de los onerosos impuestos que durante varias generaciones sostuvo la administración españo-

la. La nueva era de mejoras no hace más que empezar, y opinan generalmente las personas mejor informadas, que á las reformas llevadas á cabo ya, seguirán pronto la total reconstrucción de los ingenios destruidos durante la guerra, el fomento de otros nuevos, la liquidación de las hipotecas y de-

Elevador de caña en el central *Caracas*

más deudas antiguas y la adopción en general de los aparatos perfeccionados, mediante los cuales quedará más reducido aún el costo de producción, á cuya reducción habrá de contribuir también la construcción de nuevos caminos que aumentarán las facilidades del transporte. Un hecho digno de tenerse en cuenta es el de que, no obstante adaptarse maravillosamente la casi totalidad de los terrenos de Cuba al cultivo de la caña, no está sembrada de esta gramínea más que $^{1}/_{14}$ parte de los mismos,

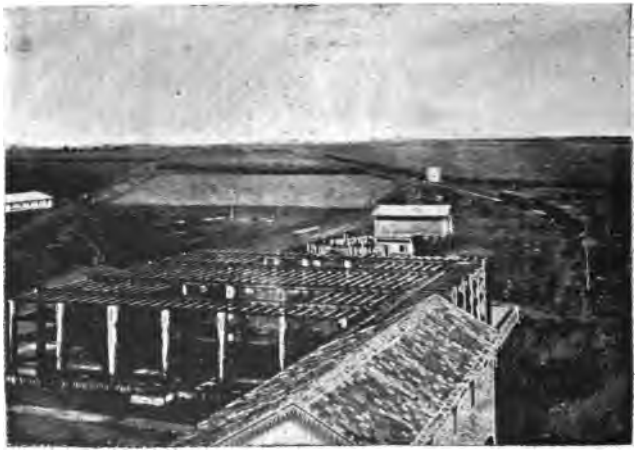
pues la mayor zafra que se hizo en la isla antes de la última guerra, fué la de 1894 que ascendió á 1.054,000 toneladas, y se obtuvo en 2 millones de acres que representan con respecto á la superficie total de la Isla, la fracción antes indicada. A consecuencia de la tremenda devastación que ocurrió durante la última insurrección, muchos ingenios sufrieron grandes desperfectos y fueron demolidos; como no se han vuelto á poner en explotación sus campos, resulta que el área dedicada al cultivo de la caña es hoy algo inferior á lo que era en aquella fecha. Teniendo en cuenta esta circunstancia y la de que 5 millones de acres, por lo bajo, pueden ser fácil y rápidamente convertidos en ricas colonias cuya caña será molida por nuevos y grandes *centrales*, la mente queda absorta ante la magnitud de la producción que Cuba podrá rendir dentro de un período relativamente corto. Las mejoras que se han introducido en los ingenios de Cuba durante los últimos años, comprenden la introducción del vapor para el cultivo de los campos y como fuerza motriz para la maquinaria, aparatos de varias clases para ahorrar la mano de obra, hornos para quemar el bagazo verde, clarificadoras, trapiches de múltiple presión, desfibradoras, defecadoras, tachos al vacío, centrífugas, cargadores y descargadores de caña, vías férreas, laboratorios químicos, luz eléctrica y un gran número de reformas que atañen á las herramientas, los abonos y el sistema de cultivo. Se-

gún sucede generalmente con la agricultura en todas partes, la cuantía y calidad de las cosechas de caña varían con arreglo á la feracidad del suelo y la pericia del cultivador. En Cuba el rendimiento cultural fluctúa entre doce y cincuenta toneladas, con un promedio de veinticinco por acre, que rinden

Interior del ingenio *Resulta*

sobre dos y media toneladas de azúcar. La caña madura en el Otoño ó principio del Invierno, según la fecha en que ha sido sembrada, y se cosecha y muele de Diciembre á Mayo. Al tratarse del área ocupada por los ingenios de Cuba, debe tenerse en cuenta que la totalidad del terreno que pertenece á cada ingenio no está dedicada exclusivamente al cultivo de la caña, pues en gran parte del mismo se han instalado sitios de labor, jardines, huertas, ve-

gas de tabaco, potreros, cortes de madera y algunas otras industrias análogas; pero siempre se consideran como ingenios de azúcar, por ser este producto la fuente de sus mayores ingresos. Así es que cuando se dice que la zafra de 1894 excedió algo de un millón de toneladas y se produjo en dos millones de



«Enfriadero» del *Andreita*

acres de terreno, debe entenderse que fué elaborada en ingenios cuyos terrenos tienen esa extensión, pero en realidad, la caña de la cual se extrajo el referido millón de toneladas, fué cosechada en solamente cuatrocientos ó cuatrocientos cincuenta mil acres, á razón de un promedio de rendimiento de dos y media toneladas. Los demás productos de la caña, como son las mieles, el aguardiente y el alcohol,

proporcionan también buenos ingresos al hacendado, particularmente las primeras, cuya exportación es considerable, mientras que la producción del aguardiente, que está todavía bastante limitada, se consume principalmente en el país».

Hemos extractado lo que antecede de un informe reciente del Departamento de Comercio de los Estados Unidos, informe el cual, además de su autoridad, nos aportaba al caso que tratamos, y en compendio, todas las fases de este principalísimo factor de la riqueza cubana.

Cuando estamos ordenando estas notas, llega de Cuba en *El Mundo*, la noticia de que el Gobierno y la Cámara han resuelto el problema de la inmigración en el sentido de patrocinarla directamente.

Están, pues, de enhorabuena los hacendados, que ya no verán comprometidas las cosechas por falta de brazos, y es de justicia felicitar también, á cuantos, obligados por la dura ley del pan cotidiano á expatriarse del terruño natal, encontrarán en Cuba respeto y garantías para su derecho de hombres, y campo propicio á compensar con largueza su laboriosidad y justas aspiraciones de mejora social y económica.

XIV

En la Perla del Sur

Procedimiento nuevo.—Nota *gris*.—Bromeando con el lector.—Hablar por boca agena.—Excursión marítima y fluvial.—Banqueteando.—*Soirée* inolvidable.—Velada ídem.—Lo que es Cienfuegos.

Lector amigo:

Ahora que llegamos al punto y momento críticos de hablarte de la ciudad de Cienfuegos y de comunicarte nuestras impresiones referentes á los tres días allí pasados, has de permitir—y si no lo permites ha de salirte la cuenta por lo mismo—que aderecemos este capítulo con salsa «modernista», en el sentido de ofrecértelo de un modo presentado que parecerte pueda raro asaz...—y vamos al grano en evitación de mayores transposiciones.

Cienfuegos es á Cuba, lo que Barcelona á España, lo que Marsella á Francia, lo que Génova á Italia: la ciudad comercial por excelencia.—Cienfuegos mira con ojos no muy benévolos á Villa Clara, ó *séase* Santa Clara, á la cual quisiera birlarle la capitalidad de la provincia ó región de Las Villas.—Cien-

fuegos, ciudad moderna, modernísima (fué fundada en 1819) y por lo tanto sin los prestigios que da la vetustez; *item más*, puesta bajo la advocación del dios Mercurio, es una ciudad prosaica. Para encontrar poesía hay que huir de sus calles tiradas á cordel, de sus parques y paseos desesperadamente monótonos, de sus palacios del «tanto por ciento», y hasta de sus habitantes cuya conversación, cuyo trato frío, cuya sequedad de formas, cuya reglamentación de vida *huele* á fabricante catalán, á almacenista marsellés, á mercader lígure; y dar un paseo por sus ríos, bordear la bahía, salir al campo...—Quien va á Cienfuegos á hablar de cosas que no sean cotizables en Bolsa, ha errado el camino.—Las pocas, poquísimas manifestaciones de vida artística que hay en Cienfuegos, pueden subsistir allí gracias á lo que tengan de incondicional halago á la estulta vanidad de los potentados del centén, ó centín, ó como deba llamarse en puridad á esa simpatiquísima moneda de cinco duros que en España ya no se encuentra ni siquiera en las colecciones de numismática...—Cienfuegos, sólo ofrece una nota de... romanticismo bélico en época de elecciones. Sólo entonces le sale un rival al dios Hermes, mejor dicho *una* rival, la diosa Política, que se enseñorea de los nervios cenfoguenses, y Cienfuegos tiene sus *sucesos*, con letra bastardilla, con su correspondiente tragedia en el hotel «La Suiza» y acompañamiento de muertos, heridos, bombas más ó menos revolucio-

narias ó policiacas, encarcelamientos, procesos, fantasías, exageraciones, etc., etc...

Con lo apuntado hay bastante para asegurar el éxito de este *choteo* preliminar del presente capítulo, que por algo lo hemos «prebautizado» de estrambótico:

¿Verdad, lector querido—y más si eres *de* ó habitas *en* Cienfuegos—verdad que lo que antecede tiene sabor de diatriba, como si, suponiendo que nos hubiesen tratado mal en la Perla del Sur, quisiésemos tomar venganza; ó si, sabiendo positivamente que en la Perla del Sur se portaron con nosotros á las mil maravillas, queremos sentar plaza de groseros, de renegados de nuestro optimismo habitual y de nuestro entusiasmo cuando hablamos de Cuba y de sus cosas?...

¿Verdad que lo uno ú lo otro se desprende indudable é infaliblemente, de la anterior síntesis de psicología (?) cienfueguera?

¡Ah, lector amado, y cómo nos reímos del chasco que te acabamos de dar!... Porque te has llevado chasco, no cabe duda, pues eso y algo peor se te ha ocurrido pensar cuando has leído, y tal vez releído el párrafo aquel preñado de observaciones grises; *grises*, sí señor: que en legítima técnica modernista hay sonidos *azules*, y horas *opacas*, y pueden haber muy bien observaciones *grises* y colores en *llave de sol* y hasta ideas á la *mayonesa*, pensamientos *au gratin* y suspiros en *salsa tártara*...

Pues, sí: todo aquello del mercantilismo hostil á toda idealidad artística, y lo de los deportes dinamiteros y electorales, y lo del centén como único señor de la mentalidad cenfoguense, y etc., etc. no

Parque de Cienfuegos

lo dicen ni lo suscriben estos cristianos que te hablan.

Esas *cosas* figuran en este libro, porque de algún modo había que inaugurar la crónica extravagante que te hemos prometido, ¡oh Teótimo benévolo! Esas *cosas* tal vez las hayamos oído nosotros de labios de pesimistas ó envidiosos ó ignorantes; y cónstete que, en sério y muy en serio, nosotros podemos y queremos ser garantes de que miente el pesimismo

y faltan á la verdad la envidia y la ignorancia; que en Cienfuegos hay más que mercaderes, y también hasta los más rabiosos adoradores del Vellocino

tienen su corazoncito,

como dijo el otro, y su grandeza de alma, y su cultura, y su amor á las cuestiones de arte, y su delicadeza social, como afirmamos nosotros.

Siguiendo el plan propuesto para desarrollar la tesis de este capítulo, dejamos de hacer crónica por nuestra cuenta, como fuera natural y lógico, y pues te hemos ofrecido, lector muy estimado, salirnos de la naturalidad y de la lógica admitidas como aceptables en la relación de un «apunte» de viaje—y por nosotros empleadas hasta aquí—lo que en Cienfuegos nos ocurrió, lo que allí hicimos, lo que hicieron con nosotros aquellas gentes «frías», «metalizadas», y demás de la broma que nos permitimos hace poco, no lo contaremos nosotros, sino que lo dirán y comentarán los periódicos de Cienfuegos.

Oído á la caja:

Fiol Caballero, el *benjamín* de los periodistas de Cienfuegos y uno de los escritores de buena cepa *á pesar de ser joven*, muy joven todavía, dijo en letras de molde, en una larga correspondencia á *La Unión Española* de la Habana:

«Decididamente... de hoy en adelante no creeré más en la supuesta fatalidad que traen aparejada consigo los *martes trece*... Y no creeré más en esa

superchería tan corriente, no porque haya recibido una lección de sentido común que me demostrase que esa superstición es, como todas, un absurdo; sino porque, sencillamente, el martes 13 de febrero de 1906 ha sido uno de los días más felices de mi vida. Verán ustedes: Segarra y Juliá (*aquí una buena*

Castillo de Jagua

rociada de adjetivos encomiásticos) llegaron á Cienfuegos el domingo pasado por la tarde. El lunes lo dedicaron á hacer entrega de las innumerables cartas de presentación de que eran portadores para las personalidades de nuestro mundo social é intelectual. Inútil es que consigne aquí que desde el primer momento fueron muy atendidos por todos y en todas partes, y es mi empeño referirme en esta correspondencia, exclusivamente al día de hoy, *martes* y *13*...

Acordado desde la noche del 12 el programa de festejos, ha sido el primero de ellos una excursión por el pintoresco río Caonao, en un vaporcito fletado al efecto, en el cual, además de los expedicionarios *tomaron puesto* gran número de cestos y paquetes conteniendo todo lo necesario para una soberbia merienda»...

Como, siguiendo en su relato, el amigo Fiol se entusiasma de un modo sospechoso al recuerdo de los pasteles, sandwichs y sobre todo del rico *Benejama* (de la bodega del *ché* ó sea el valenciano más rumboso que parió Játiva, y que vió detrás de su mostrador el Café Unión), le interrumpimos dándole la palabra al cronista de *La República*, el cual hace constar que «si agradable fué la impresión que causaron en los expedicionarios las lindas posesiones de Cayo Carenas, Punta Gorda y el Castillo, no lo fué menos la que les produjo el panorama que ante su vista ofrecieron la boca del Damují, el paseo por el Caonao y los islotes y cayos que adornan la pintoresca bahía de Jagua.»

El Comercio copia de nuestro «libro de oro» el siguiente pensamiento:

Aunque separada Cuba de España, nunca serán los españoles extranjeros para los cubanos, y nadie mejor que ustedes, heraldos de la Prensa, que hoy nos visitan y son testigos de esa verdad, son los llamados á declararlo así ante aquellos que por no habernos visitado no nos conocen.

FAUSTINO G. VIETA,
Alcalde de Cienfuegos.

Y el citado periódico comenta lo transcrito, en los siguientes términos:

«La declaración, sobre ser enteramente exacta, es hermosa y digna de ser conservada y reproducida, siquiera sea para que sirva de consejo y norma á los que no han olvidado todavía antiguos rencores, por demás violentos ahora, para que fueran así sentidos.»

La República:

«...En el banquete en el hotel «La Suiza» que el periodismo cenfoguense ofreció á sus compañeros de España, Segarra y Juliá—que ocupaban ambos centros de la mesa—tomaron parte los señores Florencio Véliz, Cándido Díaz y Carlos Canto, Directores de *La Opinión*, *La Correspondencia y La República*, respectivamente; José Morán, León Ichaso, Luis Perna y Casimiro Pérez, redactores de *Realidad*, *La Correspondencia*, *El Boletín Científico* y *La Republica;* dando realce al acto la presencia del Ldo. Antonio Porrúa, Delegado de la Asociación de la Prensa, Ldo. Felipe Silva, Presidente del Liceo, Benigno R. Barroso, ex-Director de este diario, Vicente Sánchez Torralba, Director del Instituto local de música, Rafael Fiol, corresponsal de *La Unión Española*, Julián Sanz, de *La Discusión*, Manuel Posada, artista pintor, y Trino Martínez, Director de la sucursal del Banco Nacional».

Realidad:

«...Terminada tan deliciosa comida, pasamos á la morada de los distinguidos esposos Torralba-Mon-

tagud, donde nos esperaba una selecta concurrencia, lo mejor de nuestro mundo social»—Y como también el amigo Sanz se entusiasma demasiado con nuestras humildes personas, le cedemos la pluma á un redactor de

La Opinión:

«...La casa del distinguido profesor estaba cuajada de concurrencia selectísima: las señoras Montagud, de Copperi, de Goya, de Calves, Tillet de Piñal, señoritas Calves, Villapol, Figueredo, Sanz, Fiol, Zaragoza, Murray, Piñal, los señores Pellón, Calves, Cónsul de España, Coimbra, Goya, Copperi, Santisteban, Posada, Delfín y otros muchos. Acompañado al piano por el señor Sánchez Torralba cantó una romanza el señor Buchaco, y en la improvisación de la animada charla, el señor... (*aquí entra en escena uno de nosotros, y como arrecia la lluvia de amables piropos, poñemos punto y comá*); los dueños de la casa obsequiaron espléndidamente á la concurrencia y tuvieron atenciones exquisitas para todos.»

La Correspondencia:

«Una página brillante ha añadido el Liceo á las muchas que cuenta en su historia. La velada de anoche fué de esas que dejan en el ánimo recuerdo perdurable. Los señores... (*dos largos párrafos de adjetivos superlativos*)...—Buchaco, el Caruso cienfueguero, cantó con extraordinaria dulzura el *O Paradisso* y el «racconto» de la *Bohemia*, acompañado

al piano por el maestro Sánchez Torralba. El señor Lugo Viña recitó con maestría y sentimiento una hermosa poesía del vate mejicano Díaz Mirón. El señor... (*vuelta á las andadas*). El numeroso y distinguido público premió con entusiastas aplausos la

—¡Hasta la vuelta!

labor de todos. La Directiva del Liceo obsequió con dulces y licores á sus invitados».

. . . . . .

Y acaba el capítulo.

¿Que por qué,—preguntas, lector benévolo—no hemos querido hablar por cuenta propia, dejando que lo hagan en este libro nuestros muy benévolos y estimados colegas de la Perla del Sur?

Pues... por salirnos de la corriente, que en este caso nos hubiera hecho pecar—bien que solo en apariencia—de exageradamente rendidos á las excesivas bondades que allí se tuvieron con nosotros; y porque no es posible, á menos de dedicar un libro, tan extenso como ya va resultando el presente, á nuestras impresiones de Cienfuegos, á nuestra gratitud á Cienfuegos, á nuestros fraternales amigos de Cienfuegos; y porque así, en síntesis, impersonalmente por modo de decir, queda hecha la crónica de la excursión al Caonao, y al castillo de Jagua, y del banquete de la Suiza, y de la inolvidable *soirée* en los salones del muy benemérito «chufero» *Visentico* Sánchez Torralba, y de la velada del Liceo, y de los constantes agasajos de que fuimos objeto en el Centro de la Colonia española, y de cuantas atenciones se nos dispensaron en la ciudad que es á Cuba lo que Barcelona es á España (la más trabajadora), lo que Marsella es á Francia (la más comercial), lo que Génova es á Italia (la más rica), lo que Cienfuegos es á Cienfuegos: un centro de riqueza, un solar hospitalario, una ciudad eminentemente simpática y de la cual conservaremos gratísima memoria, precisamente por el *contraste* entre lo que de ella se suele decir y lo que nosotros vimos con nuestros ojos y tocamos con nuestras manos...

XV

Sagua y Cárdenas

Ciudades improvisadas.—Su actual riqueza é importancia. —Un museo notable.—Proposición digna de que sea tomada en cuenta.—A los españoles residentes en Cuba y al gobierno de España.

Dos ciudades también modernas; las dos, menores de un siglo, que es como decir en plena adolescencia; y como modernas, sin historia: condición que vale mucho si hemos de tomar en cuenta—y nosotros sí la tomamos—la sentencia de quien dijo que los hombres y los pueblos más felices son *los que carecen de historia.*

Sagua y Cárdenas tienen sus «cositas», sus correspondientes efemérides heróicas en la crónica de la pasada guerra; pero, *¡vade retro!*, que no queremos faltar á la promesa de estar alegres hasta el final de este libro, huyendo, como el diablo de la cruz, de hablar más de guerras y catástrofes.

Sin rancias gestas en la historia, sin hombres extraordinarios en el respectivo panteón del pasado

respectivo, Sagua y Cárdenas tienen, no obstante, una nota de interés en la vulgarísima cronología de su vida: el portentoso desarrollo de su personalidad.

El que nosotros reputamos—sin miedo de equivocarnos—futuro cronista de la ciudad, el óptimo amigo Antonio Miguel Alcover, nos dice en un libro su-

Puente de hierro sobre el Sagua

yo muy interesante por cierto, en *El Periodismo en Sagua*, que esta villa era un campo erial en los comienzos del siglo pasado. De 1812 á 1822 el conato de poblado cuyo iniciador fué D. Juan Caballero, arrastró una vida lánguida cuanto insignificante, y en 1823 «pasó á mejor vida» destruido completamente por un incendio. Resurge la ciudad, y poco á poco la vemos sede de una Ayudantía de Marina,

tiene una escuela, estafeta de correos, Comandancia de armas y juzgado pedáneo. En 1845 comienza el verdadero desarrollo de la joven población. En ocho años se acrece en un doble el número de habitantes, y de 2455 que contaba el año 52, llegamos al Censo último (1899) que le reconoce al término municipal de Sagua la Grande un vecindario de 21.342.

Cárdenas—y que nos ayude en la tarea el también compañero y amigo muy estimado A. Fitz Gibbon con sus *Apuntes Históricos y Estadísticos*—fué fundada en 1828.

A los dos años se hizo preciso duplicar el espacio de terreno señalado para el poblado. A los ocho contaba con 227 casas y 1,000 habitantes. Pasan otros dos años y ya se impone la creación de una Administración de Rentas, en vista del tráfico comercial que imprime sello á la joven localidad.

El 43 es cabecera de Tenencia de Gobierno. El 44 tiene puerto habilitado y Aduana independiente de la de Matanzas. El 45 comienza á funcionar la Junta Municipal. El 53 obtiene el título de villa. El 59 la Junta Municipal se convierte en Ayuntamiento. El 66 es elevada á la categoría de ciudad. Y en nuestros días, el dato más elocuente es el de que Cárdenas es considerada como el primer puerto exportador de azúcar, según se desprende de la siguiente estadística referente á la zafra de 1901 á 1902:

Cárdenas exportó **1.085.770** sacos. — Matanzas, 949.075. Habana, 912.895. Cienfuegos, 904.900. Sa-

gua, 433.528. Caibarién, 366.070. Gibara y Puerto Padre, 350.944. Guantánamo, 304.161. Manzanillo, 146.530. Nuevitas, 139.450. Santiago de Cuba, 76.872. Casilda, 66.654; y Zaza, 29.559.

Sagua.—Kiosko para conciertos en el parque de la Libertad

Lo más notable de Sagua es la estación del ferrocarril y la escuela *Machado*, edificios que, cada uno en su orden y aplicados á su objeto respectivo, no tienen rival en toda la Isla; el Casino de la colonia española, en cuyo salón de fiestas caben desahogadamente todos los habitantes de la ciudad; el puente de hierro sobre el río *Sagua;* el vecino poblado

de La Isabela, que recuerda á Venecia con sus casas edificadas sobre el agua; y los deliciosos parques de la Trinidad, de la Libertad y de la Independencia por cuyo embellecimiento hizo tanto y tan bueno D. Carlos Alfert á su paso por la Alcaldía.

En Cárdenas es de admirar la incomparable playa del Varadero, uno de los sitios más pintorescos de Cuba y tal vez del mundo; el monumento á Colón, que es sin disputa la mejor efigie en bronce que se ha hecho del inmortal genovés; un Museo que es un monumento en vida al tesón y al buen gusto de su fundador y actual Director D. Oscar de Rojas, (la colección de mariscos es tal vez la mejor en su género. No hemos visto nada parecido, fuera de la estupenda colección del museo del *Chateau d'eau*, en Marsella)... y en esta atropellada reseña de estas dos simpáticas ciudades, dejamos en el tintero lo referente á la hospitalidad, á la cultura, al trato exquisito, á las prendas morales todas de los hijos y habitantes de la una y de la otra, porque con ser cosas ya proverbiales tratándose de cubanos y de gentes que en Cuba viven, habríamos de llenar muchas cuartillas y para el lector tal vez pecáramos de pesados é inmodestos si abriésemos la espita al depósito de nuestra gratitud y de nuestros entusiasmos.

Para acabar, consignemos aquí, por lo que pueda tener de *aprovechable*, el resúmen de una conversación muy interesante sostenida en el Casino Espa-

ñol de Cárdenas con varios prestigiosos miembros de la colonia:

Estaba sobre el tapete la tan manoseada cuanto indiscutible ausencia de verdadero sentido patrió-

Sagua.—Casa de salud de la Colonia Española

tico que *distingue* á nuestras clases gobernantes y por reflejo á nuestras clases gobernadas (la frasecilla de Costa es de las que no se gastan con el uso).

—Señores,—peroraba con mucha vehemencia un compatriota que no es rana, como verá el curioso lector—proclamemos el triunfo de la paradoja, ya que por algo somos españoles y por algo también

corre por esos mundos el célebre dicho de *¡cosas de España!*: yo soy de los que más se indignan cuando pienso en el olvido sacrílego en que nuestros gobiernos y nuestro pueblo tienen el heróico sacrificio de las víctimas del desastre colonial; y al mismo tiempo, he jurado ante mí mismo no dar ni un centavo, *ni un sólo centavo* para suscripciones de monumentos ni cosa que lo valga.

—¿ . . . ?

—¡Ni un centavo, ni medio centavo, ni siquiera la firma!... Y advierto á ustedes que le he puesto el candado al bolsillo, lo mismo para el caso en que se trate, por ejemplo, de un Martínez Campos que en mi concepto fué una bella persona (el único tal vez que vió claro sobre el terreno la *cosa* de Cuba) como si me hablan de Vara de Rey, de Santocildes, de Villaamil, de Bustamante, de los soldados y marinos que con tanta abnegación se sacrificaron por la patria.

Nosotros, sotto voce:

—¡Este tío es un hotentote!...

—¡Vaya una gracia—prosigue el *tío*—gastarse el dinero en perpetuar nombres y hechos, de los cuales y de la generación que impasible los vió é impasible los consintió han de abominar nuestros hijos!; porque esos nombres nos acusan de que fuimos tan menguados, tan miserables, que el talento y el heroismo en ellos vinculados los sacrificamos á tontas y á locas, y porque esos hechos patentizan nues-

tra ceguera espiritual y el vergonzoso desequilibrio de nuestra personalidad colectiva.

Nosotros, á media voz:

—El *tío* va explicándose, y no se explica mal...

Una calle de La Isabela

Sigue la «paradoja»:

—¡No más obeliscos, ni monigotes sobre pedestales de bronce ó de piedra! Yo y los compatriotas que como yo piensan, y aquí somos más de dos y más de cuatro, queremos honrar *debidamente* á los mártires de la patria... (¿qué digo mártires de la patria, ni qué culpa tiene la patria de que el remordimiento de los menos y la inconsciencia de los más convirtamos á la pobre patria en celestina encubridora de

nuestros pecados?) No ya mártires de la *Patria*, sino víctimas de la insania nacional. Sí, queremos honrarlas debidamente... ¿Cómo? Haciendo que su sacrificio sirva de provecho y de enseñanza á las generaciones futuras. Haciendo, por ejemplo, la *Escuela* VARA DE REY, el *Asilo* SANTOCILDES, el *Ateneo obrero* VILLAAMIL, la *Escuela de Artes y Oficios* BUSTAMANTE... Y esto podemos y debemos hacerlo los españoles que residimos en América, en Cuba especialmente... Abrase una suscripción permanente; somos los suficientes en número para recaudar cada año lo necesario para la fundación de uno de estos *monumentos* que serán conmemorativos y propiciatorios á la vez... Y como nuestra cualidad principal es la de ser españoles antes que gallegos, ó asturianos, ó canarios, ó vascuences, ó catalanes; y como de todos los rincones de España procedían los héroes y las víctimas, anónimas ó no, de aquel gran «pecado nacional», sortéese anualmente la Escuela, el Asilo, el Taller Modelo, (sobre todo hay que preferir el *boceto* ESCUELA en esta série de monumentos) sortéese, digo, entre todas las provincias, dando la prioridad á las más necesitadas, y en pocos años toda España, todos los españoles, tendrán donde adorar «en espíritu y en verdad» á aquellos héroes, y á aquellas víctimas...

Nosotros, á voz en cuello:

—¡Chóquela paisano, y á poner en práctica tan generoso pensamiento!

—Se lo brindo á ustedes para su libro de impresiones. Lancen la idea, y que los poderosos Centros de la Habana la hagan suya: Yo personalmente, y conmigo, estoy seguro, la Colonia española de Cárdenas, no nos hemos de quedar atrás...

Catedral de Cárdenas

Cumplido el encargo,... y tienen la palabra los «señores del márgen». Mientras estos responden, y por si acaso tuviéramos la fortuna de que en esta circunstancia se desmintiese aquello de *pedir peras al olmo*, nos permitimos recordarle á quien de derecho:

En el castillo de Jagua (Cienfuegos) hemos vis-

to buen número de cañones de bronce que, según parece, pertenecen á España. Creemos que lo mismo suceda con todos ó con parte de los cañones que hay en la Habana, en Santiago y tal vez en algún otro punto de la Isla.

¿No es ya hora de que se resuelva la venta ó utilización del metal de esos «mudos testigos»... de tantas cosas y cosazas?

¡Ah!, pero dése por no hecha esta pregunta si ella, directa ó indirectamente, ha de servir de pretexto para que haga otro viajecito de recreo una de esas *comisiones técnicas* que cuestan un ojo de la cara y no inspeccionan nada ni nada resuelven.

Bastará con que el *New York Herald*, *The Times*, y *Le Fígaro*, por ejemplo, anuncien la venta de dichos cañones, para que, seguramente, se presente comprador y pueda hacerse la operación por medio de nuestro Ministro en Cuba ó de los cónsules en la respectiva localidad.

Algunos miles de pesetas, probablemente de duros, puede valer ese bronce, y la cantidad que sea, grande ó chica, bien podía servir de base á la suscripción de que nos habló el compatriota de Cárdenas.

Sería el único modo de que los cañones que de nada sirvieron en la guerra, compensasen á la patria de su costosa inutilidad, sirviendo en la paz para algo noble y elevado...

XVI

Del Yumurí á Bellamar

El carnaval en Matanzas.—En constante bailoteo.—El *danzón* cubano.—Bellezas de la provincia, á vista de pájaro.—Amigos qué se quedan y bohemios que se van.

Llegamos á Matanzas en plena fiebre de las fiestas de Carnaval.

Por lo pronto, la primera, casi única impresión que podemos trasladar al papel, es la de que hemos caído en la ciudad de *San Carlos* en época de jolgorio casi constante.

Llegamos en sábado, sí, pero fiesta nacional por ser el aniversario del levantamiento de Baire. Al otro día, pues,... lo que ocurre igual en Cuba que en otras muchas partes: que el día siguiente al sábado, suele ser domingo,.. Y sábado, domingo, lunes, etc., una noche sí y otra también, baile y más baile, cuando no en el Liceo de Matanzas, en el cercano Liceo de Versalles, cuando no en ninguno de ambos liceos, en el Casino Español, ó en el vecino Pueblo Nuevo,

ó—lo que era más seguro y frecuente—en todos ellos á la vez.

Y nosotros que por nuestra buena suerte caímos (¡todo son caídas en este capítulo hasta la hora presente!) en poder de Jaimito—no hay razón para que

Plaza de la Libertad y Centro Español

á los jóvenes de *facultades* se les prive del correspondiente diminutivo, y el apuntado, al menos, no sabe á perro ni á gato—nosotros, decimos, que fuimos secuestrados por la amabilidad exquisita de *Jaimín* Baca Arús que es tan excelente compañero, como buen amigo de sus amigos, insustituible cicerone é infatigable *Terpsícoro* (!)... *ça va sans dire*

que nos dimos un atracón de bailes y bailoteos de padre y muy señor mío.

De intento hemos dejado para esta oportunidad el decir nuestro parecer sobre la danza nacional cubana.

¡Agárrense ustedes, pues por agarrarse mucho no perderá carácter (¡muy al contrario!) el célebre cuanto... sicalíptico *danzón!*

Tomad, hipotéticamente desde luego, una orquesta compuesta de timbales, tambor, (asegurándoos bien de la solidez de los parches respectivos) un par de pistones de los de *pistón* en cuanto á la «sonoridad» que le rompa el tímpano á la mismísima estatua del Comendador, ó á otra estatua más ó menos parecida; tres ó cuatro violines, un par de contrabajos, y algo así parecido á un enorme rallo de cocina. Desafinad los instrumentos que sean susceptibles de tal operación, y dad á los músicos la formal consigna de que rompan á tocar cada cual por su lado, y cuánto mayor sea la algarabía y el estruendo, muchísimo mejor.

A la *suave cadencia* de tan armonioso conjunto, elegid una muchacha bonita, bien tallada, de resistencia (¡?) y ¡á danzar han dicho!... Contoneo bien ceñidito; vaivén marca «ésta para tí, ésta para mí»; no mover mucho los pies y sí muchísimo las caderas y demás adyacentes; de tanto en tanto unos pasitos de gorrión; y... si sois neófito, y bien educado, y de temperamento algo volcánico, y de ma-

neras delicadas con las señoras y señoritas, nosotros os juramos que á la media hora de danzón tenéis necesidad de un par de sangrías en ambos brazos y dos docenas de sanguijuelas en el cogote, única pro-

Valle del Yumurí

videncia que tal vez nos libre de una congestión cerebral... y general.

Conste que hablamos como profanos, como «no iniciados» en las recónditas bellezas musicales de que se hacen lenguas los que están en el secreto.

Tal vez en esto nos pase como con el aguacate. Pero, hoy por hoy, dicho sea entre amigos y sin intención de molestar á nadie, suscribimos lo que dicen que dijo un músico cuando dijo que estos galimatías

sinfónicos (de algún modo hay que llamarlos) son la negación más absoluta de la música, del buen gusto, y hasta de la decencia.

Y si esto nos ha de acarrear el calificativo de detractores de un uso cubano que los cubanos tienen

La *volanta*

en tanto, no tenemos inconveniente en declarar del modo más formal y convencido, que no somos tales detractores ni Cristo que lo fundó, y es más: nos suscribimos muy entusiastas partidarios del danzón y demás contorsiones á dúo que completan el repertorio de los bailes genuinamente cubanos; pues—salvo la parte musical que en detalle y en conjunto lo mejor que recuerda es un festín de caníbales—la

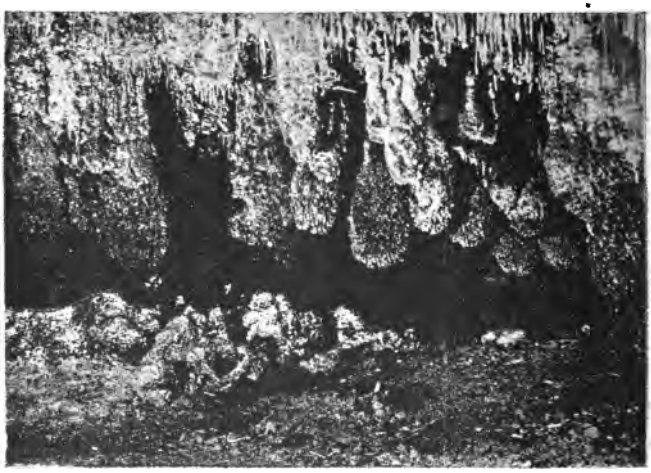
parte puramente coreográfica, vamos,... el *meneo* con todos sus probables incidentes, es el colmo de lo delicioso, es el disloque, la órdiga, el descuaje, el desmigue, el acabóse,... ¡la *Vía Láctea* y todo el sistema planetario!...

Descontada la Habana, Matanzas es de todas las ciudades de la Isla la que tiene mejor marcado el sello europeo. Sus calles y plazas, sus edificios, la vida social que allí se hace, todo compone un conjunto tal de «modernización» que contribuye á robustecer la apariencia de que uno ha dejado muchas leguas atrás lo que constituye el sello característico de la ciudad y de la vida cubanas.

El paisaje circunstante es de lo más pintoresco que puede imaginarse, mereciendo que en su honor y alabanza se agoten todos los adjetivos y todas las interjecciones admirativas del diccionario.

El espectáculo de la bahía y de la ciudad, vistas desde el castillo de San Severino; el espléndido panorama que se extiende desde la altura de Montserrat dominando un rincón del incomparable valle del Yumurí; las riberas de este río digno de que la mitología lo hubiera declarado tan sagrado como el Anapo; y las del San Juan, ambos sirviendo de espejo á las más caprichosas fantasías de una Naturaleza extraordinariamente pródiga en bellezas. Mas allá, los mismos horrores de la famosa Ciénaga de Zapata con sus pantanos infestados de cocodrilos; la salvaje hermosura de los alrededores del Cabo Hicacos; la

cenicienta perspectiva del Pan que semeja el trono de algún dios fabuloso que desde lo alto del singular peñasco protege con su hálito fecundante la fertilísima llanura... Y como maravilla de las maravillas, las cuevas de Bellamar, el capricho geológico más interesante que conocemos hasta hoy.



Cuevas de Bellamar.—Gruta «de las esponjas»

La Directiva del Casino Español organiza en honor nuestro una excursión á las famosas grutas.

Rueda la típica *volanta* sobre los accidentes de una carretera inverosímil—parece que la sabiduría popular la ha bautizado con el expresivo nombre de «la carretera del infierno». Y descendemos á las entrañas de la tierra, á los salones encantados de aquel

inmenso palacio subterráneo, donde, convertidos en cristalinas estalactitas monumentales, lloran eternamente—con lágrimas que son diamantes líquidos,—el secular castigo de su encantamiento, los gnomos guardadores de los tesoros de la tierra...

Salimos de Matanzas, dejando allí muchos y excelentes amigos que, pasada la fiebre de las carnestolendas, volverían al cauce de sus muy honorables cuanto pacíficos entretenimientos: el sumo sacerdote de la política local, Dr. Luis Fortún, á cuidar del orden en las filas del moderantismo matancero; el poeta Byrne, en su secretaría del gobierno, sonriendo siempre, lo mismo á la musa que le inspira un soneto, que al empleado que va á firmar en el libro de asistencia; el señor Botet, velando desde la presidencia del Liceo sobre la pureza y la *intangibilidad* de aquel centro intelectual exento de toda impureza plebeya; Javier Resines, el químico-filósofo, analizando una muestra de azúcar según las sentencias del Irónico, ó resolviendo por electrolisis y mediante una ecuación algebraica el más complicado problema de ética individual ó colectiva; Van Canegham, haciendo del prosaico ambiente de la vida ciudadana una sucursal de la romántica Provenza, rememorando en los versos de su ídolo la tierra de Nerto y de Mireya... Y así, los compañeros de la prensa local, los conterráneos del Centro, los buenos amigos de tres días, por muchos conceptos inolvidables para nosotros...

XVII

En la isla de Pinos

Cada cual por su lado.—Crónica en singular.—A bordo del *Araña*.—De Batabanó á Nueva Gerona.—El flato anexionista. -El *amigo* Morgan.—Peligro inminente.—¡Cuidado con los borrachos!

El gobierno, y por lo que á este caso concreto se refiere, el general Rius Rivera, siempre tan cortés con nosotros, siempre tan obsequioso, queriendo siempre facilitarnos el cumplimiento de nuestra tarea de información, ha dado órdenes telegráficas á Batabanó para que un cañonero de la flotilla de guardacostas nos conduzca á Nueva Gerona.

Aquí se impone una declaración á fuer de verídicos hasta en los menores detalles:

Sólo el 28 de Febrero nos fué posible romper las agradables amarras con que nos tenían sugetos á su afecto y hospitalidad cariñosa los buenos amigos de Matanzas. Para completar nuestra excursión por la Isla, nos quedaba por ver todavía Pinos y la provincia de Pinar del Río. Teníamos comprometido el

pasaje para el vapor *Montserrat* que había de llevarnos á Centro América. Y el *Montserrat* debía salir de la Habana, indefectiblemente, el 5 de Marzo.

¿Qué hacer? Pues, partir la *entidad;* separarnos, adoptar el sistema de la «división del trabajo».

Así fué que el Cronista Nº 1 tomó á su cargo el croniquear sobre la isla que los anexionistas quieren hacer célebre, mientras el Cronista Nº 2 echó á correr hacia la región de Vuelta Abajo. Y así es que, desde ahora y por ahora tiene la palabra, mejor dicho, la pluma, en singular, el Cronista Nº 1:

...El viaje á bordo del *Araña* es simplemente delicioso, cruzando, primero, por entre un verdadero archipiélago de lanchas, de los cientos de lanchas que se dedican á la pesca de esponjas—la principal industria de Batabanó—y luego, caracoleando por entre los innumerables islotes ó cayos de los Canarreos.

Fué aquella una excursión casi diré fantástica, en el pequeño buque que se desliza silencioso, veloz como una flecha, sobre aquel mar que semeja dormido lago de aguas muertas, en la calma de una noche luminosa, de esas noches características de los trópicos.

Al amanecer estamos en la desembocadura del río Casas. Poco después echo pié á tierra en el desembarcadero de Nueva Gerona.

Como no tengo tiempo que dedicar á las bellezas naturales por exigirme todo el tiempo de que dis-

pongo el conocimiento «documentado» de la fealdad anexionista, me hago el ciego á los encantos del paisaje, y allá voy, lápiz en ristre, á *interviewar* al primero que se me ponga delante.

Que es, un simpático individuo del benemérito cuerpo de la Guardia Rural.

Comercios de esponjas en Batabanó

—...Sí, señor, dice: aquí hay muy poca fuerza. En la actualidad somos catorce para el servicio de Nueva Gerona y Santa Fe, donde no hay destacamento... Si *esos* continúan haciendo el oso, nos harán picadillo cuando les venga en gana... Yo creo que no ha de tardar. Ayer mismo celebraron un mitin en el cual acordaron pedir protección al gobier-

no americano y, en caso de que éste no les haga caso, asaltar el cuartel...

A cuya puerta habíamos llegado en estas y otras razones.

—Yo soy el Cronista Nº 1.

—Yo, Francisco Arredondo, administrador de la Aduana.

—Muy señor mío.

—Para servir á usted... Esta es su casa, y tiene donde elegir, pues este edificio, como usted ve, es lo que pudiéramos decir «el todo Nueva Gerona»: cuartel, escuela, cárcel y administración de aduanas...

—Agradeciendo. ¿Qué me dice usted de la agitación anexionista que hay por aquí?

—Mire usted aquel individuo que se pasea por el patio. Es el *mártir* de la anexión.

—¿Tal vez es ese tipo el casi famoso mister Moerke ó Moltke ó...?

—El mismo: Moerke, según aparece en el expediente que contra él se sigue; Moltke según varios periódicos, que vaya usted á saber si cometen esa pequeña alteración ortográfica por simple error de caja, ó por considerar al héroe como á *feldmariscal* de este nuevo imperio que está en vísperas de surgir en el mar Caribe.

—Está bien el chiste; completándolo, ¿habrá también, supongo, el correspondiente *canciller de hierro?*

—¡Cómo no! Yo me ofrezco á presentarle al Bismark del anexionismo pinero.

—Perfectamente; pero antes quisiera hacerle algunas preguntas al preso.

El señor Arredondo, muy amable y complaciente, se acerca al *feldmariscal*, habla con él unas cuantas palabras y vuelve á mi lado para decirme:

—Se niega en absoluto á hablar con ningún reporter.

Ni deploré ni me extrañó la actitud del personaje. Su papel en esta aventura tartarinesca se ha limitado á lo siguiente: el aludido mister dice no reconocer la soberanía cubana (sin perjuicio de estar cobrando un sueldo del gobierno cubano á título de encargado de la estafeta de correos del poblado de Columbia) negándose por ello á pagar ciertos arbitrios municipales. Habiendo incurrido en el tercer grado de apremio, se opone á que sea practicado el embargo correspondiente, y da con sus huesos en la cárcel por negarse también á pagar la multa que se le impuso.

Ha sido, pues, el testaferro del grupo de sus connacionales que piden la anexión de Pinos á los Estados Unidos; el *ballon d'essai* de estos aventureros que, sin saberlo tal vez, le están haciendo el caldo gordo á Mr. John Morgan que busca, por cualquier medio, crearle dificultades á Roosevelt. Por cierto que—y permítaseme esta digresión, aunque altera un poco el orden diré cronológico de los

sucesos—sobre este señor Morgan, senador de Alabama en el Congreso norteamericano, puedo y debo consignar aquí un hecho *la mar* de instructivo que está pidiendo á gritos el comentario de eso que se llama la filosofía de la historia:

A la vista tengo un número de cierta revista ilustrada que se publicaba en Nueva York en 1897, no sólo para defender el ideal de la independencia cubana (cosa que merece todos los respetos) sino también para denigrar todo lo que llevaba el sello de español, hasta el punto de que en el número de referencia se exhibe un poetastro que combate por la libertad de su patria... llamando á Castelar *serón de necedades* y *cerebro gastado*. Pues bien, ese mismo número lleva en la primera plana el retrato del senador de Alabama, y en el texto el siguiente *entre-filet:* «EL SENADOR MORGAN. Entre los nombres más brillantes de su triste historia, la mártir Cuba inscribirá agradecida el del Senador y estadista de los Estados Unidos John S. Morgan. Sus esfuerzos constantes por nuestra causa no han sido ni serán perdidos. El día del triunfo, los cubanos redimidos alzaremos estátuas que inmortalicen en la patria libre su recuerdo.—X—... (*aquí el título de la revista.*) se engalana hoy con el retrato y autógrafo de este ilustre prócer.»

Y á la vista tengo también, ahora que ordeno estos apuntes, el siguiente cablegrama de la Prensa Asociada:

«*Washington, junio 1º*—En la sesión que celebró hoy el Senado, habló el senador Morgan, de Alabama, en favor de la resolución por él presentada, en la que pide se disponga por el Congreso que se practique una investigación acerca de la Isla de Pinos. Dijo en su discurso que la citada Isla es territorio

Cuartel—escuelas—aduana y cárcel de Nueva Gerona que intentan asaltar los anexionistas.

de los Estados Unidos, y que si este asunto no se resuelve como debe resolverse, los resultados serán muy serios. Declaró que el gobierno americano había adoptado una actitud contraria á la investigación por él solicitada, y que se quiere tratar á los americanos de dicha Isla como vagabundos y foragidos, en favor de *una política injusta y arrogante*

por parte de Cuba... Agregó que la Isla de Pinos pertenece á los Estados Unidos, y que si así no se reconoce, *la propiedad de ella corresponde á España.* Al hablar del gobierno de la Isla, dijo que era un gobierno puramente nominal, *sucio, despreciable é infame»...*

De modo que si les parece bien á los *patriotas* que se paseaban tranquilamente por Broadway mientras otros sacaban las castañas del fuego en la manigua —*patriotas* primos hermanos de aquellos que en la península nos inflamábamos en santo ardor llamando *bandoleros* á los insurrectos y *tocineros* á los yankees—si les parece, digo, este es el momento más indicado para honrar al *ilustre prócer* alzando *estátuas que inmortalicen en la patria libre su recuerdo...*

Son los inconvenientes que tiene el exagerar más de la medida ciertos entusiasmos, sobre todo cuando son á favor de los profesionales de la política...

Regreso á Pinos y á la agradable compañía del señor Arredondo que se dispone á cumplir su promesa de presentarme al *Bismark* de la anexión, á mister Pearcy, sirviéndome de intérprete en la entrevista.

Pero mister Pearcy no está en Nueva Gerona. *Peccato!...* De todos modos, no hemos perdido el viaje: su socio, el socio de *Bismark*, mister James Steere, satisfará de buen grado mi curiosidad. Así es que, yo pregunto, el señor Arredondo traduce mi pregunta, mister Steere contesta, el intérprete vuel-

ve á traducir, y yo hago trabajar el lápiz poniendo mis cinco sentidos en tener el lápiz bien cogido, en ver bien lo que escribo, en humedecer de tanto en tanto la *mina* (por más que esto esté feo) en oir bien lo que me dice el traductor, y hasta en «oler» lo que comprendo que no quiere acabar de decir el mister.

—...*Nosotros* tenemos derecho indiscutible sobre esta isla, ya que en el Tratado de París solamente se refiere á Cuba la frase, ó su sentido directo, «mientras dure su ocupación por los Estados Unidos», (artículos 1º y 16º) en tanto que se habla de cesión absoluta de Filipinas, la isla de Guam en el Archipiélago de las Marianas, Puerto Rico y *las demás que están ahora bajo su soberanía* (la de España) EN LAS INDIAS OCCIDENTALES (artículos 2º, 3º, 5º y 8º)... A los que dicen que Pinos perteneció siempre á la provincia de la Habana, les contestamos que no hallándose especificado este caso en aquel convenio, no hay más ley sagrada que el Derecho Internacional y este sólo considera como territorio de un estado todo territorio que no esté á más de tres millas de la costa de dicho estado; y la Isla de Pinos está á más de cuarenta millas del punto más próximo de la costa de Cuba... ¿Que si fundamos nuestras pretensiones en otros motivos?, sí, señor: el general Wood, cuando fué gobernador general de Cuba, dejó consignada en un documento que hoy obra en poder de nuestro representante en

Washignton, la declaración formal de que el gobierno americano *conservaría su soberanía sobre* Pinos. Nosotros hemos creado intereses aquí, comprometiendo grandes sumas, porque el Presidente Mc. Kinley *nos dió la seguridad de que Pinos sería siempre territorio americano*... ¿Quiere usted más «documentos»?: mire este mapa. Fué publicado por el Departamento del Interior en 1900. Fíjese en que todos los territorios y posesiones insulares de los Estados Unidos los señala el color rojo: Hawai, Filipinas, Puerto Rico, PINOS... Es verdad, como usted dice, que en otro mapa posterior, publicado también por dicho Departamento, ya no figura Pinos entre las «manchas rojas»; pero eso son *intrigas* de Roosevelt...

El señor Augusto Saladrigas, juez de Nueva Gerona, me recibe muy atentamente y me explica el *caso* Moerke ó Moltke del modo siguiente:

—...Yo no le doy ninguna importancia política á este asunto. Creo que se trata solamente de una fantochada de un individuo que tiene la manía de la notoriedad... Cuando se negó á pagar los impuestos que adeuda al municipio, cometió la imprudencia de decir que á quien fuera á practicar el embargo lo recibiría á tiros... Queriendo agotar todos los recursos pacíficos y en evitación de un conflicto (pues no era el sólo americano que adoptaba una actitud rebelde ante las leyes cubanas), le llamé extraoficialmente á mi despacho. Se excusó, le cité en forma, y vino por fin, no cuando debía, sino cuando le dió la

gana. A las primeras de cambio dijo que no me reconocía autoridad ninguna... Hube de citarle á juicio de faltas. También en aquella ocasión dejó de presentarse á la hora señalada y vino cuando quiso. Apuré la paciencia hasta el extremo de exhibirle mi nombramiento de juez, pues insistía en que él

El guardacostas *Araña* en el desembarcadero de Nueva Gerona

no sabía yo quien era ni en virtud de qué prerrogativas lo llamaba á mi despacho... Tuvo la osadía de preguntar que si á mi me investía de autoridad el gobierno de Cuba, al gobierno de Cuba quién le había dado poderes para tanto. Tuve la calma de contestarle que la Constitución. Y salió diciendo que él era ciudadano americano, y que estaba en territorio

americano y que solo acataba las leyes americanas... Y yo le impuse 50 pesos de multa, y él se negó á pagarla, y yo le metí en la cárcel, y eso es todo... Por cierto que la medida produjo excelente efecto; todo el mundo ha pagado los arbitrios, incluso mister Pearcy que es el director de toda esta agitación, y su socio mister Steere que se llama *Tesorero de la Convención Territorial de la Isla de Pinos.*

—¿Y qué noticias tiene usted del mitin de ayer?

—Ahora mismo acaba de dejarme un testigo presencial del acto. Pues, se acordó remitir fondos á mister Raynard agente de los ánexionistas en Washington, para que active la campaña en pro de sus pretensiones y de acuerdo con el senador Morgan; se nombró una comisión para que gestione la libertad del preso, otra para que redacte una exposición al gobierno de los Estados Unidos; y se proclamó que, si Roosevelt insiste en no hacerles caso, *llegarán hasta la revolución si es preciso...*

Resumen: la agitación anexionista existe positivamente en la Isla de Pinos. Es cierto que entre los americanos allí residentes abundan las personas sensatas y ajenas por completo á los manejos de unos cuantos mercachifles completamente chiflados; pero entiendo lealmente que el gobierno debe estar prevenido contra cualquier acto de violencia. Creo con toda sinceridad que este se producirá más ó menos tarde si no se toman medidas enérgicas. Entre

otras razones en que fundamentar tal creencia hay la siguiente: los sesenta ó setenta aventureros de la anexión, celebran mitins que duran, como el de la víspera de mi llegada á Nueva Gerona, *desde medio día hasta las seis de la tarde*... Peroran y despotrican de lo lindo durante quince minutos y luego *descansan* una hora bebiendo más lindamente todavía. De modo que el primer anexionista de Pinos se llama mister *Whiskey;* y hay que evitar que este señor se les suba á la cabeza cualquier día á los «morganistas» ó morganáticos (!) pineros, y si no otra hazaña, hagan la de asesinar impunemente á una guarnición desvalida y á un vecindario que apenas si tiene una escopeta roñosa que oponer á los flamantes rifles de que disponen los *belicosos*...

Y haciéndome estas reflexiones regreso á bordo del *Araña*, cuyo simpático comandante, D. Antonio Rancel, me reserva la sorpresa de una *paella* «pistonudamente» cocinada: ¡como que el cocinero del «arácnido» guardacostas es valenciano de pura raza!...

XVIII

Legítimo de Vuelta Abajo

Monólogo.—Llegada á Pinar del Rio.—Recibimiento casi *presidencial.*—Comilonas.—A la Coloma en automóvil.—Sigue la racha de los obsequios gastronómicos.—Pérdida del sentido.—¡A la salud de ustedes!

Toma la pluma el Cronista Nº 2 y escribe:

Pues, señor, que casi me muero de susto al llegar á la estación de Pinar del Río.

Mi cariñoso amigo el senador D. Ricardo Dolz había tenido la bondad de telegrafiar á su amigo íntimo el gobernador electo de la provincia, señor Indalecio Sobrado, anunciándole mi visita y dándole el encargo de que, pues yo no podía dedicar á Pinar del Río más de venticuatro horas, tomase las providencias necesarias para que pudiera formarme una idea, siquiera general, de lo que caracteriza á la región: el cultivo del tabaco.

El susto á que aludo al principio de estas notas, consistió en que ya desde lejos ví el andén lleno de gente, y hubo de darme la corazonada—¡perdón pa-

ra tal alarde de inmodestia!—de que era á mí á quien esperaban aquellos caballeros. ¿Qué digo inmodestia, si acostumbrado á saber por experiencia cómo las gastan los cubanos en punto á cortesía, lo raro era que la estación no estuviese engalanada, las tropas formadas y la banda preparada á soplarme una marcha triunfal?...

Valle de Luis Lazo.

Por ambas plataformas fué invadido el coche, y comenzaron las presentaciones:

—El señor Alfredo Porta, alcalde de Pinar del Río... El señor Eligio Ferrer, presidente del Consejo Provincial... El Dr. D. Eduardo Gomis, Cónsul de España... D. Ricardo Fernández, presidente de

la Colonia Española... El señor Luis Estéfani, ingeniero de la Provincia... D. Eduardo Valdés, Director de *La Verdad*... El Dr. D. Guillermo Montagud... El Dr. D. Eugenio Cuesta... El Dr. D. Juan M. Cabada... Los señores Emilio Aymerich, Luis Cuervo, José Collantes, Leopoldo Galiana, Pablo Llaguno, Juan González, Octavio Doval, Bernardo de la Rionda,.,.—y he olvidado el cargo, el título de cada uno de ellos y de muchos más cuyos nombres han naufragado involuntariamente en el caos de mi memoria, si bien su recuerdo perdura fresco en mi alma: los compañeros de la prensa local *La Fraternidad*, *El Porvenir*, *La Verdad*, *El Eco Español*... ¿qué sé yo?

Fueron aquellas, venticuatro horas de fiesta contínua, de agasajos inmerecidos que á mucho me obligan para con los pinareses y por toda mi vida. Venticuatro horas de delicioso atropellamiento para aprovechar todos los minutos; sin tiempo para sacudirse, sino el polvo del camino, la carbonilla de la locomotora; pues el tren llegó á las once y cuarenta y tantos minutos de la mañana, y á las doce rezaba el programa «Banquete de las autoridades»; y luego de aquel *modesto almuerzo*, como tuvo la osadía (!) de calificarlo el señor Sobrado, arriba á los coches, y en marcha hacia las magníficas vegas de tabaco de los señores de Ibiricu; y allí, quieras que no quieras, haz los honores al exquisito café preparado por el más laborioso de los cultivadores

de la planta de Nicot; y otra vez en marcha, al trote largo, camino de *La Flora*, la deliciosa finca del rumboso Eugenio Vandama á quien no es posible desairar un exquisito refresco que suavizará los horrores de la digestión... ó nos hará reventar de puro hartos... Y por el andén central de aquella quinta soberbia que tiene tanto de factoría agrícola como

Una vega. Corta de tabaco.

de confortable residencia veraniega, viene echando bufidos el *Darraq* del excelente Estéfani que carga con los cuatro ó cinco valientes que ya nos importa poco el morir de viejos ó el que nos recojan en una espuerta *fragmentados* en la carretera de la Coloma, y hacia la Coloma... ó hacia la eternidad nos lleva

el endemoniado vehículo que dirige Marianito Osuna—modelo del *chauffeur*... homicida,—y á la Colomallegamos habiendo recorrido una distancia de 23 kilómetros ¡en 18 minutos!...

Un paseo en barca por la pintoresca bahía; otro *atentado* en forma de cerveza y licores; y otra vez al automóvil...

Son las cinco de la tarde cuando entramos en Pinar del Río recibidos por una formidable ovación perruna, envueltos en espeso torbellino de polvo y apestando á gasolina. Nueva consulta al programa y nuevo impulso á la máquina que nos deja á la puerta del hotel «Ricardo» con el tiempo justo para tomar un baño. *A las 5½ banquete de la Colonia Española...*

A las siete todavía vivimos. Visita al Casino... A las nueve, baile en la sociedad «La Patria»... A las doce, pérdida del conocimiento y de la memoria, atrofia de los sentidos, entrada en un período al cual se debe asemejar mucho el período agónico, danza de luces, sinfonía sorda en los oídos, lasitud general... ¡la nada!: el casto y mullido lecho me acoge benigno y me brinda su amparo por las pocas horas que han de dejarme libre.

...Y acabemos en esta ojeada retrospectiva, pues confieso que comienzo á notar, al solo recuerdo de aquellas venticuatro horas, todos los síntomas del vértigo:

A las ocho, visita á la casa de salud de la Colo-

nia, á las nueve visita al hospital, á las diez visita al Instituto de 2ª Enseñanza, á las 11... *Banquete de la Prensa*, á las 12, salida del tren para la Habana.

¡Ahhh!... Respiro.—Digan ustedes con toda franqueza, si no tengo motivos de sobra para poner

Plantación de tabaco.

aquí punto final al capítulo de Pínar del Río, aunque los envidiosos de *mi apoteosis* tomen venganza gritando á pleno pulmón que soy un mal cronista, merecedor de que me rebajen la clasificación y en lugar de 2º me llamen el Cronista 0º; pues resulta que sólo he ido á *parrandear* á la Vuelta Abajo y

no sé una palabra del cultivo del tabaco, ni he dicho media palabra de las palmeras barrigonas, que son una característica de aquella región, ni...

Interrumpo:

¡La *barrigona* se me ha puesto á mí con solo recordar las venticuatro horas de marras! Y en cuanto al tabaco, ahora mismo acabo de dar la primera chupada á una breva de Ibiricu, y ahí va la primera bocanada á las narices de criticones envidiosos...

Saludo de despedida

Nuestro libro de impresiones sobre Cuba ha terminado.

No se nos oculta que, en lo que antecede formando el cuerpo del libro, se puede advertir, sin necesidad de que el «descubridor» sea un lince, la omisión de algunos puntos del índice de capítulos anticipado en el *Prospecto*, como también lo que nuestro amor propio de «padres de la criatura» no ha de impedirnos consignar con toda claridad: cierto atropellamiento en lo que respecta al proceso narrativo de la parte comprendida bajo el título general RECORRIENDO LA ISLA.

Lo primero, por lo que respecta á dos omisiones principales, lo excusamos del modo siguiente:

Nada decimos, por ejemplo, de la que en general se llama «cuestión religiosa», primero porque en Cuba no hay tal cuestión, al menos hoy por hoy; y si á los cubanos—con un gran sentido práctico que les honra muy mucho—no les ha dado frío ni calor la transición legal operada al pasar en este asunto

desde el «proteccionismo» católico de la antigua metrópoli á la separación de la Iglesia del Estado consignada en el Artículo 26 de la Constitución de la República, no habíamos de ser nosotros más papistas que el papa, como suele decirse... Omitimos también lo referente á los teatros de la Habana, porque el *cartel* de los mismos es, tanto en el repertorio de obras como en la lista del personal, tributario de España. Hay una excepción: el teatro *La Alhambra*, donde podemos decir que se hace género netamente cubano; pero, francamente, no nos hemos atrevido á tocar un punto que lo reservamos para un futuro libro que ha de titularse: *Impresiones de viaje,... sólo para hombres...* Retiramos asimismo un capítulo dedicado al estudio del Estado cubano en sus relaciones digamos «psíquicas», íntimas, invisibles casi, con los Estados Unidos. Y lo retiramos porque, siendo un capítulo hecho con procedimientos no sabemos si llamarlos proféticos en cuanto que tan delicado asunto no puede tratarse fuera del marco que le dan los recelos de unos y los optimismos de otros, un suceso reciente, de gran resonancia en Cuba, nos ha hecho renunciar en absoluto á todo lo que huela á profecía:

Hace dos meses que cayó en la Habana como una bomba cierto llamado doctor Herr Van Nowack, el cual, le dió quince y raya á la cualidad dominante del carácter cubano, á lo que llaman el *choteo*, pronosticando, por medio de una planta ayer vulgarísima,

hoy casi célebre, la peonia, la «pepusa»—el *abrus precatorius* de los botánicos—un espantoso terremoto de agua (!) que devastaría parte de la Isla... Ha habido allí dos meses de un pánico horrible; las gentes acomodadas huyeron de la zona amenazada; han danzado en el asunto astrónomos, naturalistas, sonámbulas,... ¡el caos! Afortunadamente, pasó la fecha del espeluznante vaticinio, y la Habana goza de perfecta salud, y el doctor Nowack se ha ido con viento fresco á ensayar en otra parte la virtud de sus peonias. De modo que, ¡pronto nos metemos nosotros á hacer pronósticos con las «pepusas» de Platt, Morgan (John S.) y otros terremotos navoterrestres de Yankilandia!...

Por lo que respecta al desarrollo por procedimiento sinóptico de la última parte de nuestro libro, téngase en cuenta que, además de las angustias de tiempo y de espacio con que hemos tenido que luchar, no ha sido nuestro propósito hacer una guía-nomenclátor y sí sólo dar la «impresión» la nota de nuestras observaciones en tésis general y por golpe de vista llamémoslo *impresionista*.

Consignado lo que antecede, creemos heber cumplido lo prometido en el *Prospecto* que anunció la publicación de esta modesta obra hija de nuestra lealtad de procedimientos y de nuestra honradez de criterio.

Dijimos que este libro no sería sino el reflejo, exacto, leal, tan modesto cuanto honrado, de lo que

vimos y aprendimos en Cuba. Y ajustado en un todo á este plan creemos haber llevado á cabo la promesa.

Ningún sentimiento mezquino ha guiado nuestra pluma al tratar asuntos de esos que los ánimos pusilánimes adjetivan de *delicados* y *escabrosos*, pues entendemos que no hay escollos ni obstáculos para el que se propone ante todo y sobre todo ser sincero y exponer, libre de prejuicios, lo que siente y lo que piensa.

Creemos no haber llegado nunca á la diatriba ni al ofuscamiento en las páginas que anteceden. Si en determinados casos pudiera parecer sobradamente caldeado el lenguaje, ó vivo el comentario, ó «fuerte» la frase, ó incorrecto el estilo, ó atrevidas las apreciaciones, ó mordaz la ironía, ó inadecuado el «tono», cúlpese de ello á la fogosidad del temperamento, á nuestro modo personalísimo de ver y tratar las cosas, á nuestra idiosincrasia, á nuestra falta de talento, á la escasez de dotes literarias. Acháquese el pecado á la causa ó motivo que se quiera, con *absoluta exclusión* de que incurrimos en tales defectos impelidos á ellos por mala voluntad, por mezquinas miras de «campanilismo» trasnochado, por malévolos sentimientos á la intención de las personas que directa ó indirectamente aparezcan juzgadas en los aludidos probables lunares de nuestro relato.

Y es tan sincera y tan absoluta esta nuestra declaración, que desde luego damos por no escrito

cuanto pudiera convencernos de haber pecado á sabiendas y con mala voluntad contra la prometida elevación de miras al tratar todos los puntos de nuestras impresiones del viaje por Cuba.

En el *Prospecto* de referencia decíamos también que, al acometer la publicación de este libro no entendíamos ni por asomo realizar un negocio editorial en el sentido de lucro, y así lo patentizan sobradamente las condiciones materiales de este volúmen, condiciones que superan en mucho á las anunciadas y prometidas.

Esta al parecer nimiedad propia de un reclamo de librería, la consignamos aquí en demostración de que con nuestro libro aspiramos á algo más que á salir del compromiso, como suele decirse, sin gravar el presupuesto de gastos y cortando por lo sano—otro modismo también muy gráfico y expresivo—por ejemplo, al llegar á la página **301**, con lo cual ya no pecábamos de informales con aquello de... CUBA *formará un volúmen de más de 300 páginas.*

En otro orden de ideas colocado el asunto, aspiramos asimismo á la compensación moral de que se estime nuestra pobre labor, primero, (y pedimos perdón por la pequeña vanidad que esto pueda suponer) como la prueba fehaciente de que si nuestros humildes nombres adquirieron algún relieve en el catálogo de los muchos «bichos raros» que en el mundo han sido y son, debido á un *viaje á pié*, no figuramos en la lista de los que á tal extravagancia

han recurrido viendo en ella un modo de vivir á costa de los crédulos y de las «buenas almas»; después, que si ahora recorremos tierras de América sin más viático que nuestros entusiasmos juveniles y nuestra buena voluntad para ganarnos el pan de cada día mediante nuestro trabajo—que si modesto, es muy honrado—venimos á realizar efectiva labor de estudio, y á comunicar al público lo que vemos y aprendemos en esta peregrinación de hoy por las naciones hermanas de la América latina.

Y sobre todo esto y por encima de cuanto pueda derivarse de lo apuntado, conste una vez más, sincera, entusiasta, incondicional, nuestra simpatía profunda, nuestro cariño entrañable, nuestra gratitud inmensa al simpático pueblo cubano, del cual, repetimos que es nuestro, muy nuestro, como nosotros somos suyos por el afecto, vencedor de pasadas discordias; por la sangre, triunfadora de momentáneas desavenencias; por el orígen común y por el común idioma, que nos impelen al abrazo fraternal que borra recuerdos tristes, y cancela errores del pasado, y extiende sobre el escudo de la madre patria y sobre la cívica diadema de la hija emancipada el luminoso manto de la Paz y del Amor.

Nosotros no podremos nunca corresponder debidamente á las señaladas muestras de cordial simpatía y de entrañable afecto con que en Cuba se nos abrumó durante los cinco meses de nuestra permanencia en aquella Isla bendita, en aquella tierra encan-

tadora, en aquella joven nación que tiene por entero todas nuestras predilecciones y entusiasmos.

Por eso, al menos, queremos que una vez más les conste en manera absoluta nuestra muy sentida gratitud, á las altas autoridades de la República, á los queridos compañeros de la Prensa, á todo el nobilísimo pueblo cubano; y que ante propios y extraños conste también de una manera solemne, la grata memoria que en nosotros perdurará siempre de aquella tierra hidalga, donde, autoridades, amigos, nacionales y compatriotas, tanto nos distinguieron facilitándonos en todo y por todo nuestra labor de estudio y de información.

Y ahora, cuando nos disponemos á poner el FINIS sacramental á este pobre libro para reanudar muy pronto la tarea ordenando el «material» que en nuestra cartera de viaje lleva la etiqueta *Costa Rica*, ahora, decimos, en este momento lo llamaremos de la despedida, del saludo fraternal á la querida Cuba, no podemos emplear la palabra «¡adiós!»: pues en Cuba hemos dejado tantos afectos, simpatías tantas, que francamente, no sabemos ni queremos decir sino «¡hasta la vuelta!..., ¡hasta pronto!»...

SAN JOSÉ DE COSTA RICA

15 de Junio de 1906.

INDICE

Páginas

DEDICATORIA 5
DOS PALABRAS QUE NO ESTÁN DE MÁS.—Al lector.—Explicaciones necesarias.—Propósitos y finalidad de este libro.—Alcance de la Dedicatoria... 7
CUATRO PALABRAS QUE NO ESTÁN DE MENOS.—Prólogos y prologuistas. — Auto-presentación. — Nuestro viaje por Europa.—Intenciones que nos animan.—Aproximación entre los pueblos latinos.—Nuestro programa en América..... 13

EL VIAJE

I.—RAMONCETE Y LA «PROVIDENCIA». — Un amigo modelo.—Recuerdo de días tristes.—El abrazo en Tenerife.—Horroroso ciclón.—Peligro inminente de naufragio.—Heroísmo de los emigrantes.—La odisea de una loca.—El amor errante. —La filosofía del viejo lobo de mar..... 21
II.—POLIZÓN.—Recuento del pasaje.—La piara humana. — Viajeros clandestinos. — Huyendo del hambre. —Vagos y laboriosos..... 33
III.—LA MAROMA.—Polizones de mala índole.—La caza de un indocumentado.—El funámbulo de Alicante.—Propósitos simpáticos.— El soplón.—Un devoto defraudador.—Ojo por ojo y diente por diente..... 41
IV.—VISIÓN DE PUERTO RICO.—¡Tierra!—Evocando el pasado.—Trámites ridículos.—Portorriqueños y yankis.—¡A buena hora, mangas verdes!—Crisis angustiosa.—El deber de los Estados Unidos.—Un «morenito». — Paisaje tropical. — Dos horas en Mayagüez.—Colón sin paraguas.—El Diluvio..... 48

Páginas.

V.—MEDITACIONES DEL AUSENTE.—Pensando en la familia.—La catástrofe de la Calabria.—Sin noticias.—Mar y cielo.—Llegada á Cuba.—Noticias que no se pierden.—La muerte de Navarro Ledesma.—¡Solamente tenía genio!..... 59

EN LA HABANA

I.—FE DE VIDA.—Treinta y cinco días en el mar.—Aburrimiento y pereza.—Propósitos incumplidos.—Encargo á *Diario Universal*..... 67

II.—TRISCORNIA.—El espantajo.—En medio de la bahía.—El *Maine*.—El célebre lazareto.—Plancha yanki. — La explotación de la desgracia.—Campaña de la Prensa. - Agentes poco escrupulosos.—Visita á Triscornia.—El General Menocal. — Mejoran las cosas. — El emigrante en Triscornia.—La Liga Agraria.—Reformas necesarias.—El Departamento de cuarentenas.—Algo de estadística.—La Inmigración española.—Panecillos y hojas de catecismo..... 71

III. — EL GRITO DE YARA.—El 10 de octubre.—¡A nosotros con cohetes!—La Revolución del 68.—Grandeza de alma del pneblo cubano.—Olvido del pasado. — Todos hermanos. — Ejemplo que imitar.—Céspedes y Castelar.—La abolición de de la esclavitud..... 90

IV.—DÍA DE DIFUNTOS.—El 1º de Noviembre.—Visita al cementerio.—La tumba de Máximo Gómez.—Pensando en cubano.—Censuras de amigos, no diatribas de adversarios.—«Los pueblos que honran á sus muertos ilustres, se honran á sí mismos.»..... 96

V.—ESTRADA PALMA.—Presentación por teléfono.—Semblanza del Presidente.—Biografía á vuela pluma. — Pequeñas psicologías. — El prisionero del 77 y el ídolo de 1902.—El señor Jorge Belt.—Audiencia improvisada.—A don Tomás no le importa que vayamos con camisa de dormir.—Cabizbajos y meditabundos.—Llaneza del ex-maestro de Central Valley. — El Presidente y su criado.—Una opinión del *New York Herald*..... 102

VI.—HABLANDO CON EL PRESIDENTE.—Acogida cariñosa. — «¿Cómo, no?». — Un retrato en pocas líneas.—Los cubanos y los españoles hacemos buenas migas juntos.—Empeño por la pacifica-

Páginas.

ción de los ánimos.—Labor común.—Recuerdos del tiempo viejo.—No pensaron fusilarle.—Hidalguía castellana. —Estado actual de Cuba.—Números son amores, y no buenas razones.—El Tesoro de la República.—La inmigración española.—Salubridad de la Habana.—La raza latina. —No estamos en decadencia. —Un pensamiento autógrafo.—Al salir del despacho.—El Protocolo misterioso..... 113

VII.—MOSQUITOS... Y ¡ARMAS AL HOMBRO!—Moderados y liberales. —Patriotas ante todo.—Conato de levantamiento. —Los sucesos de Cienfuegos.—Palabras de Juan Gualberto.—El General José Miguel Gómez.—Tarasconada.—No hay que darle gusto al *tío* Platt.—¿Y los Mosquitos?..... 123

VIII.—EN VÍSPERAS DE ELECCIONES.—Cínifes perniciosos.—Un huésped molesto.—El *stegomya fasciata*.—Pánico en el *Diario de la Marina*.—¿Y de las elecciones qué?—Tartarín anexionista.—Bichos molestos.—No queremos ser Pennino.—El triunfo de Don Tomás.—¡Viva el azufre y el agua de Carabaña!..... 130

IX.—«IN MEMORIAM».—Lutos nacionales.—El 27 de Noviembre.—Los estudiantes de Medicina.—Extravíos de la pasión.—Capdevila representaba á España.—El encuentro de Punta Brava.—La figura de Maceo.—Justo homenaje..... 137

X.—AMIGOS Y CONOCIDOS.—Presentaciones de Morote.—*Dones* y señores.—De redacción en redacción.—Periódicos y periodistas.—El Rajah del Cerro.—Llueven postales.—Athanasius y el *Conde*.—Un día con Juan Gualberto Gómez. —La Embajada de la *paella*.—Pintores, dibujantes y caricaturistas 144

XI.—...POR LAS CALLES DE LA HABANA.—Gatas y perros.—De paseo.—El patrono de la Habana.—Un trayecto en guagua. —Monumentos.—«Romeo y Julieta»—En el café.—Cigarros y cigarrillos.—En el restaurant.—*¡Mea culpa!*—Vendedores ambulantes.—La pudibundez de uu policía.—¡Fuego!..... 162

XII.—EL CENTRO ASTURIANO.—La obra del patriotismo.—Pocos, pero buenos.—Muchos y poderosos.—El espíritu de asociación. —Palacio suntuoso.—Asturias en Cuba. —Descendientes de Pelayo.—18.000 asociados. —«La Covadonga».—Un hospital que no lo parece.—La obra del doc-

Páginas.

tor Bango.—Directiva obsequiosa,—Si Lister resucitase.—El lujo para los humildes.—Lo útil en lo agradable.—Milagros de la voluntad 186
XIII.—EL DUENDE.—La fiebre amarilla en la Habana.—La obra de los Doctores Finlay, Barnet y López del Valle.—El cuerpo médico y el vecindario.—El Departamento de Sanidad.—La lucha contra el mosquito.—Fumigación á diario.—El dengue y el perendengue.—Los Doctores Castro y Pereda.—La Navidad á dieta.—«El Ticket» y sus regalos.—1906.—Sin fiebres ni forúnculos.—El horizonte político.—Un candidato que triunfa y otro que regresa á Cuba.—Por la paz de la República 199
XIV.—ESCUELAS Y MAESTROS.—La enseñanza primaria en Cuba.—Comparaciones que pueden ser provechosas.—Con el Doctor Aguiar.—En «Luz y Caballero».—Sloyd y kindergarten.—La Ciudad Escolar.—El saludo á la bandera.—Arámburu y sus artículos.—La mayor gloria de Cuba es su interés por la Instrucción Pública—El problema del porvenir latino debe resolverse en las escuelas..... 209
XV.—EL CENTRO GALLEGO.—Grata alarma.—Los gallegos y el Teatro Nacional.—Conquista pacífica.—Las dos banderas hermanas.—Digresión gramatical para uso de ignorantes y malévolos.—Empresa magna.—Un millón de duros para una casa.—Los doce emigrados de Arés.—«¡Airiños d'a miña terra!»—La Benéfica.—Tiene la palabra don Secundino Baños.—Habla el Doctor Zequeira.—A los dos vence el amigo Barros.—Datos á granel.—Estadísticas á porrillo.—Brindis... y siguen los datos.—Todavía habla Barros. 230
XVI.—DE TODO UN POCO.—Gaytán de Ayala.—Rociada de latinajos y otros excesos.—Hablando con Zayas.—El Marqués de Santa Lucía.—El automóvil de Lincoln de Zayas.—La brujería.—Pepe Jerez y su gente.—Un día en Guanabacoa.—Dos *chuferos* beneméritos..... 243
XVII.—«INTERVIEWS» Y VISITAS.—Por las Secretarías.—El Mensaje presidencial.—Obras públicas y Agricultura.—El amigo Freyre de Andrade.—Una noche en el Vedado.—Política grande, política chica, arte sano, arte enfermo... y otros efectos del *champagne*..... 260
XVIII.—LA ASOCIACIÓN DE DEPENDIENTES.—La

Páginas.

unión hace la fuerza.—Origen y desarrollo de esta Sociedad.—Las Casas de Salud.—«La Purísima Concepción».—Un palacio.—Elecciones tropicales.—Paz y concordia.—Palabras del Doctor Carrera y Jústiz..... 274
XIX. — En el Ateneo. — Veladas memorables.—Nuestra conferencia.—La Asociación de la Prensa.—El Presidente en el Ateneo.—Un incidente tragicómico.—El sainete final..... 282
XX.—Mesa revuelta.—En donde el lector encontrará algunas cosas divertidas, instructivas, dulces, agridulces, picantes y demás que no cabe calificar en este epígrafe..... 296

RECORRIENDO LA ISLA

I.—De la Habana á Santiago.—Hacia Oriente.—Grato recuerdo.—Pequeñas meditaciones.—Noche de vela.—Fuertes emociones en perspectiva..... 305
II. — Domingo triste.—La ciudad del desastre.—Dolorosa peregrinación.—El Caney.—Las ruinas de «El Viso».—La Loma de San Juan.—El Arbol de la Paz.—«¡Todos en él pusimos nuestras manos!»..... 312
III. — Miscelánea santiaguera.—Su Majestad el *dollar*.—Blancos y morenos.—¡Compatriotas!: si no por sentimiento, por vergüenza.—Siguen los agasajos.—A la memoria de un amigo.—Contra los nervios, bromuro.—*Carta* oro.—Un alcalde como hay pocos..... 333
IV.—Un recuerdo doloroso..... 348
V.—Firmeza y El Cobre.—Las minas de Juraguá.—«La cigüeña». — Obsequiosidad yanki.—Obreros y patronos.—Las minas de cobre.—Paralización y abandono.—Amos y criados en el siglo XVIII..... 355
VI.—Un dia en Guantánamo. — Viaje desgraciado.—Agua por todas partes.—A orillas del Guaso. — El ingenio «Confluente». — Hablando con Sánchez de Toca.— Ministro y agricultor.—Un peligro para Cuba..... 364
VII.—Excursión á La Isabelita.—Paseo accidentado.—La aventura de la carreta.—El amigo William.—La biblioteca del bohio. — Cabalgatas, conciertos y otros excesos.—Dos dias inolvidables..... 373

Páginas.

VIII.—PUERTO PRÍNCIPE.—En un lugar de la Mancha...—Agricultores y ganaderos.—El Ferrocarril Central.—Indole y vida de los camagüeyanos.—El P. Valencia. — Fumadores de pitillos.. 383
IX.—ANTE EL SEPULCRO DE VICO.—El buen Don Antonio.—Ultimos honores.—Abandono de propios y homenaje de extraños. — Voto cumplido.—Promesa incumplida.—Por el buen nombre de España..... 392
X.—LA MUJER CUBANA.—La camagüeyana. —Blancas y mestizas.—Opinión equivocada sobre las mulatas.—Superiores é inferiores.—El ideal de la parda.—Para *aventajar* la prole.—Apodos de mal gusto..... 401
XI.—DE SANTA CLARA Á CIENFUEGOS.—La ciudad de Marta Abreu. — Cañamiel. — La producción azucarera.—Peligro en perspectiva.—Un consejo de Moltke.—Camino de Cienfuegos. — Descanso en Cruces.—*Maltiempo*..... 414
XII.—ALMORZANDO CON MARTA ABREU.—Diversión inesperada.—Las peleas de gallos.—Cuernos y espolones.—Versitos. — Un ingenio y un palacio.—La gran benefactora.—Santa por derecho propio.—El epígrafe del capítulo no parece..... 422
XIII.—LA ABEJA INDUSTRIAL.—De panal en panal.—La corta de la caña.—Su transporte al batey.—Elevadores, desfibradoras, tachos y centrífugas.—La producción de azúcar en Cuba.—Mejoras introducidas. — Cultivo y molienda.—Problema resuelto..... 429
XIV.—EN LA PERLA DEL SUR.—Procedimiento nuevo.—Nota *gris*.—Bromeando con el lector.—Hablar por boca ajena. — Excursión marítima y fluvial. — Banqueteando. — *Soirée* inolvidable.—Velada ídem.—Lo que es Cienfuegos..... 438
XV.—SAGUA Y CÁRDENAS.—Ciudades improvisadas.—Su actual riqueza é importancia.—Un museo notable.—Proposición digna de que sea tomada en cuenta.—A los españoles residentes en Cuba y al Gobierno de España..... 449
XVI.—DEL YUMURÍ Á BELLAMAR.—El carnaval en Matanzas.—En constante bailoteo.—El *danzón* cubano.—Bellezas de la provincia á vista de pájaro.—Amigos que se quedan y bohemios que se van..... 460
XVII.—EN LA ISLA DE PINOS.—Cada cual por su lado.—Crónica en singular.—A bordo del *Araña*.

Páginas.

De Batabanó á Nueva Gerona.—El flato anexionista.—El *amigo* Morgan.—Peligro inminente.—¡Cuidado con los borrachos! 468

XVIII.—Legítimo de Vuelta Abajo.—Monólogo.—Llegada á Pinar del Río.—Recibimiento casi *presidencial*.—Comilonas.—A la Coloma en automóvil.—Sigue la racha de los obsequios gastronómicos.—Pérdida del sentido.—¡A la salud de ustedes! 481

Saludo de despedida 489

Indice 497

PARA LOS PEDIDOS:

EN AMÉRICA

Don Vicente Küster, Apartado 573

HABANA

EN ESPAÑA

Don Joaquín Segarra, calle de Troya, 9, 2º

VALENCIA

EN PREPARACIÓN:

COSTA RICA

This book should be returned to the Library on or before the last date stamped below.

A fine of five cents a day is incurred by retaining it beyond the specified time.

Please return promptly.